ANTOLOGIA DE POETAS MODERNISTAS MENORES



MINISTERIO DE EDUCACION Y CULTURA

BIBLIOTECA ARTIGAS

Art 14 de la Ley de 10 de agosto de 1950

COMISION EDITORA

ESC PEDRO W CERSOSIMO
Ministro de Educación y Cultura

JUAN E PIVEL DEVOTO
Director del Museo Histórico Nacional

DIONISIO TRILLO PAYS
Director de la Biblioteca Nacional

JUAN C GÓMEZ ALZOLA
Director del Archivo General de la Nacion

Vol 139

Preparacion de la edicion a cargo del DEPARTAMENTO DE INVESTIGACIONES de la BIBLIOTECA NACIONAL y cuidado del texto a cargo de los Profesores JOSÉ PEDRO BARRÁN y BENJAMIN NAHUN

ANTOLOGIA DE POETAS MODERNISTAS MENORES

Prólogo de
ARTURO SERGIO VISCA

MONTEVIDEO
1971

PROLOGO

I

LA EPOCA

El ambiente intelectual del Uruguay, en la última década del siglo XIX y la primera del siglo XX, se caracteriza por la gran variedad de tendencias que se entrecruzan y que tan pronto parecen converger hacia un centro común como partir de un centro común para divergir bien pronto Esta heterogeneidad hace que el período indicado sea un período extremadamente complejo Para intuir esta complejidad es suficiente recordar los trazos de la obra y personalidad de las figuras más representativas El período se dibuja, entonces, con los rasgos de una fisonomía intelectual que auna muy diversos matices Junto al naturalismo zoleano de gran parte de la obra de Javier de Viana (1868 - 1926) y al realismo del teatro de Florencio Sánchez (1875 - 1910) se halla la enrarecida atmósfera lírica de la obra de Julio Herrera y Reissig (1875 - 1910) ; junto al pensamiento denso y serio de José Enrique Rodó (1871 - 1917), las distorsionadas creaciones de los primeros libros de Horacio Quiroga (1878 - 1937) ; junto a la penetración crítica para el análisis filosófico de Carlos Vaz Ferreira (1872 - 1958), el erotismo, por momentos nar-

cisista y desmelenado, de la poesía de Delmira Agustini (1886 - 1914); junto a la narrativa de Carlos Reyles (1868 - 1938), empeñado en penetrar en el corazón de su época, la poesía de María Eugenia Vaz Ferreira (1875 - 1924), enclaustrada en una orgullosa soledad a la que no es ajena la angustia existencial o metafísica La complejidad de este cuadro se acrecienta si se recuerda que algunos de estos creadores impusieron a su orientación literaria golpes bruscos de timón que varió su trayectoria. Y se acrecienta aún más si se recuerda —quedan citadas solamente las figuras prominentes de la llamada *generación del novecientos*— que se hallan aún en pleno ardor creador algunos de los máximos escritores de la promoción anterior Juan Zorrilla de San Martín (1855 - 1931) publica ese gran mural épico-histórico que es *La epopeya de Artigas* (1910) y Eduardo Acevedo Díaz (1851 - 1921) cierra con *Lanza y sable* (1914) su tetralogía épico-novelesca, iniciada con *Ismael* (1888), seguida con *Nativa* (1890) y continuada con *Grito de gloria* (1893)

Esta fisonomía intelectual tan rica y matizada adquiere, sin embargo, en el núcleo de la *generación del novecientos*, una cierta coherencia Y la adquiere a través de un rasgo, que de un modo u otro, en todos se manifiesta Todos viven la convicción de que en esos años en que un siglo muere y otro nace han surgido un nuevo modo de sentir la vida y una sensibilidad nueva complejísima y refinada Dos textos son extremadamente ilustrativos al respecto El pri-

mero es el notable ensayo de José Enrique Rodó titulado *El que vendrá* (1896) El joven ensayista añora allí el advenimiento del *Revelador* profético en cuya obra plasmarán esas ansias del corazón y del pensamiento a las que todavía "*nadie ha dado forma*", esos "*estremecimientos cuya vibración no ha llegado a ningún labio*", esas "*inquietudes para las que todavía no se ha inventado un nombre*" El otro texto es la página titulada *Al lector* que Carlos Reyles puso al frente de la primera de sus *Academias, Primitivo* (1896), y reiteró, con algunas ampliaciones, al frente de la segunda, *El extraño* (1897) Se lee allí lo siguiente "*Me propongo escribir, bajo el título de* Academias, *una serie de novelas cortas, a modo de tanteos o ensayos de arte, de un arte que no sea indiferente a los estremecimientos e inquietudes de la sensibilidad* fin de siglo, *refinada y complejísima, que transmita el eco de las ansias y dolores innombrables que experimentan las almas atormentadas de nuestra época, y esté pronto a escuchar hasta los más débiles latidos del corazón moderno, tan enfermo y gastado En sustancia un fruto de la estación*".

Este sentir que la vida renacía con forma nueva se traduce en muchos núcleos intelectuales, formados especialmente por hombres muy jóvenes, en una serie de ademanes vitales que dan una tónica o coloración particular a la vida intelectual de esos años Para la mayoría de los jóvenes escritores el máximo esfuerzo creador debía canalizarse hacia el hallazgo de nuevas

formas de expresión, formas innovadoras que permitieran dar voz a ese nuevo modo de sentir la vida y a esa presuntamente nueva sensibilidad Para esos jóvenes, que en su mayoría más que *sentir*, con todo lo que el *sentir* tiene de rica carnalidad, *pre-sentían*, con todo lo que el *presentir* tiene de vago anhelo e indeciso rumbo vital, ser artista era ser un *raro*. Ser artista era sentirse exquisito y hallarse como traspasado o aguijoneado por las más extrañas sensaciones No es extraño, pues, que muchos de esos jóvenes al descender por primera vez a la arena literaria la convirtieran en la arena de un circo donde afanosamente practicaban posturas clownescas Para muchos, la vida intelectual se convierte en una nebulosa Los viejos sentimientos eternos, la salud moral, la viril visión normal de la vida se consideran sólo dignos del vil *buen burgués*, sobre el que recaen todos los desprecios, o del *"vulgo municipal y espeso"* que seguramente no era ni tan espeso, ni municipal ni vulgo Al mismo tiempo, aparece el *intelectual de café*, que estrepita el ambiente con su anarquismo ítalo-catalán que dará lugar a la fundación del *Centro Internacional de Estudios Sociales* y se promueven escandalosas polémicas literarias en las que los polemistas hacían gala, entre otras cosas peores, de un repulsivo compadrismo Estas polémicas no trataban de dilucidar nada importante. Eran explosiones de vanidad herida y un anhelo imperialista de afirmar el propio *ego*. En la mayoría, quede bien aparte el tan noble Rafael

Barrett (1875 - 1910), el mismo anarquismo se reducía a una peculiar manifestacion egolátrica Más que un anarquismo social se trataba de una especie de anarquismo mosqueteril y estético. El esteticismo, en verdad, tanto en la vida como en la creación, es el signo caracterizante de esos núcleos intelectuales *Lo Bello* era el objeto de adoración suprema, aunque con ello se desgonzara la integridad de la vida espiritual, y roto el equilibrio, la vida entera —en el plano de la realidad y en de la creación— quedaría como obturada Esa adoración por *Lo Bello*, considerado como objeto independiente, limita y constriñe la vida, y toda ráfaga vital poderosa es sentida como una amenaza Sólo se desea realizar *Lo Bello* a través de una exacerbación de los sentidos, se elude lo sustancial humano; se carga el acento en el hallazgo de ritmos verbales extraños y novedosos; se intentan *efectos* sorpresivos e inconsistentes; los medios llegan a ser sustantivos y adjetivos los fines, se hace del *yo* un objeto imperial Por los mismos años, otros hombres nada esteticistas se desangraban en las cuchillas, en las de 1897 y 1904

Este esteticismo es uno de los signos detectables en el ambiente intelectual del Uruguay en el cruce de los siglos XIX y XX No es, desde luego, el único, pero colora intensamente la vida intelectual de esos años Tanto, que infiltraciones esteticistas se da en la obra de creadores a los cuales no se les podría adjudicar con justicia el adjetivo Piénsese, por ejemplo, en Rodó y Reyles. ambos vivieron una obsesiva,

devoradora pasión por lo formal e incluso en sus ideologías hay trazos de esteticismo, aunque ello no les impidió la creación de un orbe intelectual complejo y serio, en el que tienen eco múltiples resonancias, y que trasciende ampliamente la actitud esteticista; piénsese en Javier de Viana: su fuerte realismo no lo hace proclive al esteticismo, pero es posible descubrir en su obra la huella esteticista, especialmente en algunos toques de preciosismo descriptivo no infrecuentes en su narrativa. El Supremo Sacerdote del Esteticismo es, sin duda, Julio Herrera y Reissig, cuya poesía, a pesar de ello, muestra, en muchos aspectos, calidades de primer orden que la hacen perdurable, pero donde el esteticismo novecentista se muestra más al desnudo es en las creaciones de algunos escritores menores, no despojados ciertamente de talento, y en las obras iniciales de algunos de los creadores mayores. Esas obras, por carecer precisamente, de las cualidades y calidades hasta cierto punto intemporales de las obras perdurables, están como traspasadas de momentaneidad y, por lo mismo, el signo esteticista se manifiesta sin velos.

Esta antología incluye, es cierto, algunos textos de Horacio Quiroga, Carlos Reyles y Julio Herrera y Reissig, esto es, de tres de los representantes mayores de la llamada generación del novecientos. No representan al autor, en sus rasgos sustanciales, sino una etapa de su trayectoria creadora vinculada al 900. También se incluyen para representar el final del

modernismo tres poemas de Fernán Silva Valdés, cuya obra, en lo que tiene de sustantivo y perdurable pertenece a un momento y orientación distintos Pero, en lo esencial, esta antología está formada, y por la razón antes expuesta, por textos de nueve poetas que podrían ser denominados *poetas novecentistas menores* (y esta denominación le cabe, asimismo, a don Alberto Zum Felde, que en su iniciación correspondió de lleno al novecientos y que luego cambió la pluma del poeta por la del crítico y ensayista). Esos nueve poetas son Toribio Vidal Belo, Roberto de las Carreras, Federico Ferrando, Pablo Minelli González, César Miranda, Juan Ylla Moreno, Francisco G Vallarino, Justino Jiménez de Aréchaga, Julio Lerena Juanicó Sin duda alguna, todos ellos tienen ese aire de familia proveniente del haberse formado dentro de coordenadas vitales y literarias idénticas pero cada uno de ellos dibuja un perfil literario y vital bien personalizado Diseñar esos perfiles es un modo de subrayar algunos trazos de la época Es lo que se proponen las semblanzas que siguen a estas páginas iniciales

II

LOS POETAS

Y DESPUÉS EL SILENCIO.

Es frecuente, y frecuente con temible exceso en los países de lengua española, el caso

de quienes, sin aptitud real, y quizás también sin verdadera vocación, experimentan la necesidad de *sentirse* poetas Esta necesidad, nada censurable como actitud íntima, ha aparejado la proliferación de infinitos seudo-poemas, innumerables como las arenas del desierto, porque la necesidad de *sentirse* poeta no ha quedado, como debía, reducida al ámbito personal. Situación ésta tan lamentable como inevitable. Más lamentable es el caso contrario. cuando existe aptitud real y ella queda prácticamente inejercida A veces, este abandono de lo que se tiene en sí llega a ser totalmente inexplicable Esta situación se da en Toribio Vidal Belo (1878 - 1923) Lo que de él se conoce revela auténticas imaginación y sensibilidad poéticas, y, lo que hace más extraña su situación, una destreza expresiva llevada casi al grado de ese *oficio* que el escritor alcanza generalmente en su madurez Toribio Vidal Belo, sin embargo, alcanzó ese oficio a los 20 años Luego se silenció para siempre Su labor, por otra parte, es, por escasa, casi invisible (1) De él sólo se conocen tres poemas, publicados en "La Revista" de Julio Herrera y Reissig, y recogidos después en *El Parnaso Oriental* (1905), de Raúl Montero Bustamante, y dos páginas en prosa, *De mis prosas de taberna* y *La última página*, aparecida, la primera, en "Almanaque Artístico Siglo XX, 1901". y transcripta, la segunda, en la conferencia *El decadentismo en América*, dictada por César Miranda el 2 de agosto de 1907, en el "Ateneo" de Montevideo bajo los

auspicios de la "Asociación de los Estudiantes" Esta obra, tan breve, concitó, sin embargo, los elogios entusiastas del Sacerdote de "La Torre de los Panoramas" y también de sus corifeos. ([2]) Y aún hay más: esos pocos poemas, y la personalidad del joven poeta, pueden ser estimados como uno de los elementos determinantes de la transformación estética de Julio Herrera y Reissig, tres años mayor que él, cuando el poeta de *Los peregrinos de piedra* pasa de sus elocuentes cantos de corte romántico, como *Canto a Lamartine* (1898), a sus primeros poemas modernistas. Es indudable que tanto por la calidad de su brevísima obra como por la influencia ejercida y su total mutismo literario posterior, Toribio Vidal Belo configura una de las personalidades más singulares de la literatura uruguaya del novecientos

Los tres poemas citados de Toribio Vidal Belo son, sin lugar a dudas, las primeras manifestaciones en el Uruguay de poesía modernista Publicados apenas una década después de la aparición de la obra maestra del post-romanticismo uruguayo, *Tabaré*, de Zorrilla de San Martín, los tres poemas denotan una sensibilidad que ha ido más allá de la inspiración post-romántica característica de la poesía uruguaya de esos años Si los románticos y post-románticos intentaron impactar al lector con los grandes temas eternos — el amor, la muerte, la naturaleza sentida a través de un *elan* de tono panteísta — y con los decorados tenebrosos en

los que proliferaban sepulcros y cipreses, Toribio Vidal Belo, por lo contrario, busca seducir al lector mediante un tema muy tenue que le sirve para el bordado de una filigrana verbal y metafórica Su postura poética es, pues, típicamente modernista, tanto en la búsqueda de un tema expresivo de una sensibilidad fuera de lo vulgar como en la aspiración de lograr la metáfora innovadora, el adjetivo inhabitual, el refinamiento o exquisitez de las sensaciones. Son, asimismo, poemas en los que lo decorativo, como en los más característicamente modernistas, alcanza valores sustantivos En los tres poemas, por otra parte, pero muy especialmente en el segundo, hay otro rasgo modernista la conjunción de lo pagano o lo exótico con los elementos paramentales de la religión cristiana (con lo que los poemas se tiñen, aunque no se impregnan, de un vago sentimiento de religiosidad). Los tres poemas, si bien no de un gran poeta, tienen indudables valores. Léanse en voz alta y se percibirá su sostenido ritmo verbal, nótense en algunos versos el ajustado juego de vocales y consonantes, percíbase la adecuación de la metáfora a la imagen visual que se quiere trasmitir (por ejemplo. "*Y a los golpes del remo se enrulan las pelucas de espumas de ámbar*") Todo ello muestra, sin duda, la mano diestra de un poeta y sorprende que esa destreza haya sido lograda casi de un golpe, sobre todo cuando el poeta, como de un salto, se ubica en el centro de la corriente más inno-

vadora del momento. Tenía, sin duda, muy bien aprendidos su Verlaine y su Rubén Darío. Pero ésto no disminuye el mérito de haber poetizado *en modernista* por primera vez en el Uruguay y de haberlo hecho a los veinte años y con tres piezas recordables. En *De mis prosas de taberna* y *La última página* se perciben idénticas intenciones y análoga calidad de realización. Son prosas poemáticas —por momentos prosa rítmica— en la que el autor logra un ajustado equilibrio de elementos objetivos y subjetivos. Y en todo, prosa y verso, es visible la presencia de un espíritu aristocrático, en el mejor sentido de la palabra. En diciembre de 1902, el poeta obtuvo el título de abogado en la Universidad de Montevideo, y, absorbido por la profesión, por tareas administrativas y por la acción política desapareció del escenario literario. Inició en el Uruguay un movimiento renovador en la poesía; después, fue el silencio.

El Luzbel Criollo

El entusiasmo con que, en el Uruguay, algunos jóvenes escritores, y otros que ya no lo son tanto, se dedican a explotar el tema erótico podría hacer pensar que han descubierto un filón literario hasta ahora inédito al que hay que explorar hasta su última veta. Las raíces de Eros, claro está, son milenarias, y en el Uruguay no faltaron, naturalmente, quienes,

desde hace ya muchas décadas, incidieran en el tema. Y en algún caso, con tanta desenvoltura y falta de velos como ahora Y con mayor coraje. Porque a esta altura de los tiempos, pornografía más o menos suele resbalar por las más delicadas epidermis morales sin dejar roncha, y en aquellos años, una leve audacia podía ser el escándalo y aún aparejar, para el audaz, la excomunión social En este aspecto, y en los años iniciales de este siglo, nadie fue más audaz, en vida y obra, que el ya casi mítico Roberto de las Carreras (1873 - 1963), quien se autotituló Doctor en Anarquismo y Voluptuosidad y que, enarbolando la bandera del Amor Libre, predicó la Revolución Sexual, escandalizando al Montevideo más o menos aldeano de su época con su satanismo criollo aunque de importación francesa El estudio de su personalidad sería un interesante capítulo de esa ciencia que Ortega y Gasset gustaba llamar *Conocimiento del Hombre* Promotor de incidentes escandalosos, que llegaron hasta la página policial, fue "*protagonista de una crónica novelesca en cuyo carácter se mezclaron la elegante ironía de Alcibiades, la rebeldía romántica de Lord Byron y el cínico libertinaje de Casanova*", según ha escrito don Alberto Zum Felde (3) No por la calidad de su obra sino por la singularidad y lo significativo de su personalidad —paradigmática de lo vitalmente más hondo del novecientos— Roberto de las Carreras merecería que se le dedicara un libro

Un libro que sin dejar de atender a lo anecdótico y lo pintoresco, no descuidara lo realmente importante del personaje su representatividad histórica, ya que asumió con autenticidad innegable las vigencias éticas, estéticas, sociales de ciertos grupos de la intelectualidad uruguaya de comienzos de este siglo, sincrónicas, por lo demás, con las producidas por la sensibilidad fin de siglo en todo el ámbito de la cultura occidental.

La obra literaria de Roberto de las Carreras puede fácilmente dividirse en tres grupos: poesía, prosa poemática o narrativa y prosa de libelista. La poesía está fundamentalmente representada por un libro, *Al lector* (1894), dedicado a Carlos Vaz Ferreira, de quien era íntimo amigo, y algunos poemas publicados en diarios o revistas; son prosa poemática o narrativa *Sueño de oriente* (1900), *Oración pagana* (1904), *Yo no soy culpable* (1905), *Psalmo a Venus Cavalieri* (1905), *En onda azul* (1905), *Diadema fúnebre* (1906), *La visión del arcángel* (1908), *El cáliz* (1909), *La Venus Celeste* (1909); el libelista, y aparte de las publicaciones en la prensa diaria provocadas por polémicas varias, se halla especialmente representado en *Amor libre Interviews voluptuosos con Roberto de las Carreras* (1902) Fuera de esta clasificación queda *Parisinas* (1904), donde combina la prosa poemática con algo del libelista y hace crítica literaria Este conjunto de obras, si bien no constituye labor li-

teraria perdurable, no carece de interés Como poeta, Roberto de las Carreras se manifiesta como un versificador diestro —y con rara maestría en el manejo del alejandrino— aunque, en verdad, prosaico en el contenido, sus poemas son relatos versificados, en los que no es posible ver, todavía, los trazos de la estética modernista no hay en ellos ni metaforismo suntuoso, ni exquisitez paramental, ni adjetivación deslumbrante, ni exotismo geográfico o histórico Hay, sí, la manifestación de una personalidad rebelde, a contrapelo de todas las convenciones sociales y que se va perfilando ya con los rasgos del dandy excéntrico, provocativo, mezcla de Alcibíades, Lord Byron y Casanova, según Zum Felde, que serán los perfiles de su personalidad futura Sus versos, con todo rigor, son confesiones anecdóticas o subjetivas Son, además, en general, divertidos y se leen sin mayor esfuerzo De su prosa poemática y narrativa, el más famoso, nominalmente, de los libros de Roberto de las Carreras es *Psalmo a Venus Cavalieri* El prestigio, un tanto de leyenda, de esta obra, se debe, en gran parte, al lujo con que fue editada, a la fama y belleza de la destinataria y al desenfado con que el poeta le dirige su reto amoroso Hay en estas páginas un chisporroteo metafórico no carente de pujanza y en el cual entran — y en ésto ya el autor se ubica en plena estética modernista — un innumerable tropel de nombres de las culturas griega, latina y oriental. Aunque hay hermosos

momentos, el carácter exarcebadamente rítmico y poemático de esa prosa, debajo de la cual no hay mucha sustancia, no la hacen de amena lectura El mejor momento se da en el reto amoroso final, donde se declara *"púgil del sensualismo"* Anotaciones similares corresponden a sus otras piezas de prosa poemática, de las cuales, incluso por su brevedad, la más legible es *Yo no soy culpable*. En sus últimos libros de esta índole —*La visión del Arcángel* y *La Venus Celeste*— la situación se agrava: ya en los lindes de la demencia, poseído por arrebatos casi místicos, el tono llega a lo delirante, el ritmo de la prosa tropieza frecuentemente y el conjunto se torna incoherente y casi incomprensible Son, en cambio, de fácil y divertida lectura su novela breve *Amigos*, trasunto de su situación vital y literaria hacia 1894 y en la que refleja su amistad con Carlos Vaz Ferreira, y *Sueño de Oriente*, donde relata su frustrado intento de seducir a una mujer casada Pero donde en verdad su talento se revela es en su faz de libelista: poseía un casi endiablado ingenio para la invectiva, una desaforada imaginación para el insulto y la difamación Por desgracia, se han perdido los manuscritos de sus tres libros inéditos destinados a zaherir la vida montevideana, cuyos títulos eran, según recuerda Zum Felde, *El Sátiro*, referido a la vida galante, *Fuego al Ateneo*, defensa del Amor Libre, y *Antología de la Aldea*, sátira al medio intelectual, con especial dedicación a los poetas Su

obra maestra en el género es *Amor Libre. Interviews voluptuosos con Roberto de las Carreras* El libro es, a la vez, alegato doctrinario y crónica autobiográfica Casado con una menor —Berta Bandinelli, prima suya— a la que había seducido, Roberto la adoctrinó en Anarquismo y Amor Libre La discípula resultó aventajada y al poco tiempo el maestro la halló con un amante Y el Luzbel Criollo escribe, entonces, su libro, en el que justifica a su mujer, la llama su mejor discípula y la proclama *Musa del Amor Libre* Los interviews son tres En el primero narra y justifica los hechos, en el segundo, se teoriza sobre Anarquismo y Amor Libre, enfrentando, en forma casi existencialista, a dos entidades antagónicas El Marido y El Amante, en el tercero, se narra el reencuentro pasional del Marido, convertido en Amante, con la engañadora, cuyo temperamento pasional es proclamado impar Todos los textos de Roberto de las Carreras importan, desde luego, más que por sus valores intrínsecos por su carácter testimonial en triple sentido: muestran aspectos interesantes de la sociedad montevideana de principios del siglo XX, dibujan ciertos perfiles de la literatura y del clima intelectual del mismo período y aportan datos de la vida de uno de sus representantes más significativos, ya que no por su obra sí por su vida. Es en función de este valor testimonal que deben ser leídos Sólo así tendrá sentido su lectura

Los textos seleccionados procuran dar una

imagen lo más completa posible de Roberto de las Carreras. Tras lo arriba escrito, no es preciso comentarlos uno a uno Cabe agregar unos pocos datos sobre algunas de las páginas seleccionadas a fin de facilitar la comprensión al ubicarlas en sus circunstancias *Mi herencia*, como surge del texto, es un alegato en favor de sus derechos a su parte de la herencia familiar Debe recordarse que Roberto de las Carreras era hijo natural de Clara García de Zúñiga y de Ernesto de las Carreras, secretario de Leandro Gómez cuando la Defensa de Paysandú, y que su madre era hija de don Mateo García de Zúñiga señor feudal de Entre Ríos y poseedor de una de las mayores fortunas argentinas de su época El texto referido a Alvaro Armando Vasseur es una réplica a la silueta publicada por éste en "El Tiempo" y en la cual, aunque sin citarlo explícitamente, hacía un denigrante retrato del autor del *Psalmo a Venus Cavalieri*. En cuanto a *Oración pagana*, apareció en un folleto titulado *La Tragedia del Prado*, nombre dado a un escandaloso suceso de la época Una esposa infiel Alevosa actitud del marido que finge la reconciliación, lleva a la esposa al Hotel del Prado y la mata de dos tiros Reacción del abogado. Dr Teófilo Díaz, que a su vez mata al marido La *Oración pagana* fue escrita con intención de ser leída en el sepelio de la dama. *Interview político con Roberto de las Carreras*, publicado en hoja suelta, es un comentario histórico-político con motivación en

los acontecimientos políticos de 1903, cuando ya se preveía el levantamiento revolucionario que se produjo al año siguiente, pero su intención secreta es presionar a Batlle para que le otorgara la Legación del Uruguay en París

UN DESVÍO SUGESTIVO

Tras su inicial *Por la vida* (1888), novela con rasgos autobiográficos que de inmediato retiró de circulación, Carlos Reyles publicó *Beba* (1894), novela naturalista de ambiente rural Dos años después, y con esa su particular sensibilidad para ponerse siempre a la *altura de los tiempos*, Carlos Reyles (1868 - 1938), y de acuerdo con las vigencias vitales y literarias de la época da un vuelco en su orientación literaria y de su inicial naturalismo transita hacia un modo de narrativa que entronca con la creación literaria modernista Publica, entonces, sus *Academias Primitivo* (1896), *El extraño* (1897) y *Sueño de rapiña* (1898) En ellas quiere realizar *"una obra de arte tan exquisito, que afine la sensibilidad con múltiples y variadas sensaciones, y tan profundo que dilate nuestro concepto de la vida con una visión nueva y clara"*, según escribe en el prólogo, *Al lector*, de la *Academia* inicial De las tres *Academias* es, sin lugar a dudas, *El extraño*, tanto por su personaje como por realización, la más típicamente modernista de las tres Y es,

también, la primer manifestación clara, consciente y de valor del modernismo —o decadentismo— en la narrativa uruguaya Pero en la postura modernista de Reyles hay una particular inflexión que debe ser subrayada Importa, por consiguiente, evidenciar cuáles son los ingredientes modernistas o decadentistas de *El extraño* y cuál es la aludida inflexión particular

Queda indicado ya que los rasgos decadentistas de *El extraño* son ostensibles tanto en el personaje como en la realización de esta breve novela ¿Quién es y cómo es Julio Guzmán, el protagonista de la obra? El primer perfil de su carácter es la exquisitez o el refinamiento, si por tal se entiende el gusto por lo raro, lo exótico, lo difícil y fuera de serie *"Una acción infame podría no sublevarlo,* —escribe el autor— *pero las pequeñas equivocaciones, las tontadas, las vulgaridades le producían verdadero dolor físico Su inteligencia era aristocrática, su modo natural, ser complicado, estudiado, de igual manera que el natural de otros es ser sencillos y llanotes. Amaba, lo raro, lo difícil, lo que por exigir cierta intelectualidad para ser comprendido y apreciado, no está al alcance de todos"* Esta exquisitez o refinamiento le apareja, como es natural, un distanciamiento de su medio: siente el mundo en que le toca vivir como expresión de una abominable vulgaridad y no siente que le sean *prójimos* los seres que lo rodean Es, en consecuencia, *un extraño*, en el doble sentido de su rareza y de su foraneidad

con respeto a su medio Más cabe preguntarse si esa rareza y esa foraneidad, si sus refinamientos y exquisiteces son, en verdad, el fondo insobornable de su ser. El mismo personaje, en un momento en que se autoanaliza, responde *"Sin duda una mezcla extraña de elementos forman la esencia íntima de mi ser, tengo el alma muerta, y, sin embargo, no existe nadie más accesible que yo al entusiasmo y la sensiblería, soy una criatura naturalmente falsa, insincera, siempre lo he sabido más o menos bien, pero nunca he podido remediarlo"* Esta confesión puede rubricarse con una palabra: el inauténtico La de Julio Guzmán es una vida inauténtica, la de un ser que no se atreve a vivir desde los centros reales de su ser El refinado es proclive a la sensiblería, su ajenidad es temor a la vida Es incapaz de vivir desde una radical sinceridad para consigo mismo y para con los otros Por eso tiene, y él lo dice, el alma muerta a pesar de su capacidad para el entusiasmo Esta vida enajenada busca una forma de escapismo en la literatura, y se dedica a pulir y repulir un libro de poemas, *Zafiros*, y otro de prosa, *Tratado del amor*. Pero uno y otro son sólo bisutería literaria, expresiones de un esteticismo vácuo Escribe Reyles· *"Guzmán era un diamantista del verso, un artífice más que un poeta; su amor a la preciosura del arte inspirábale el gusto del término raro, de la expresión recamada y pulida, el gusto de las filigranas, taraceas y cinceladuras de la frase"* Es

notorio, a través de lo expuesto, que este antihéroe novelesco es paradigma del personaje típicamente decadente, de ese *"corazón moderno, tan enfermo y gastado"*, a que el autor se refiere en el prólogo No menos evidente es que, en su realización, *El extraño* se ajusta a las innovaciones modernistas El mismo Reyles busca quintaesencias expresivas, se complace en decorados donde lo paramental toma carácter sustantivo, se obstina en hallar lo raro, que en lo anecdótico se traduce en ese doble amor simultáneo, tan intenso el uno como el otro que desgarra el alma del personaje. Julio Guzmán, que es sin duda un enfermo de la voluntad, reaparece en *La raza de Caín* (1900) Pero ahí ya comienza otra historia

El extraño es, reitero, la primer manifestación del modernismo narrativo en el Uruguay Mas el modernismo de Reyles tiene, como se ha indicado antes, una inflexión personal Es —lo he procurado demostrar en otro trabajo— ([4]) un modernismo atenuado. Acepta su espíritu innovador, los nuevos aportes que trae a la literatura; se complace, incluso, en el gusto por lo raro característico del modernismo Pero ve con clarividencia sus limitaciones; en especial, su tendencia al esteticismo Y en este aspecto, está más allá del modernismo al pie de la letra Su concepción de la novela como una forma de conocimiento, como un instrumento de buceo en lo humano lo ponen fuera del riesgo del puro esteticismo Y en ésto, su posición em-

parenta con la de Rodó, que también aceptó el modernismo pero en forma moderada, cautelosa y restringida. Es necesario subrayar que *El extraño*, si bien obra muy teñida por las vigencias literarias del momento, tiene valores memorables. Los personajes viven, la construcción es sólida, la anécdota se desenvuelve con precisión. Zum Felde, aunque opina que *El extraño* es *"un momento de desvío sugestivo en la vida intelectual de Reyles"*, afirma también que la novela es la más importante de las tres *Academias*, *"porque en ella se manifiesta por entero el estado de conciencia del autor, volviendo al motivo autobiográfico"* ([3]) *El extraño*, por otra parte, y ésto demuestra que causó impacto, provocó una áspera crítica de don Juan Valera, que acusó a Reyles de seguir la última moda de París, manifestando luego *"El autor, en mi opinión, aspira a que admiremos a su héroe; pero sólo logra que nos parezca insufrible, degollante y apestoso"*

ANTES DE LA SELVA

La imagen que de Horacio Quiroga tienen la mayoría de sus lectores es la casi mítica del hombre semi-salvaje, huraño, enquistado en una querida soledad y que, en su retiro de la selva misionera, escribía de cuando en cuando un cuento de impar calidad, en tanto dedicaba lo mejor de sus energías a sus trabajos de pio-

nero agrícola y de industrial experimental Es la imagen que documentan tantas fotos en las que se le ve barbudo y desgreñado, con su rotosa indumentaria de peón misionero, dedicándose a las más diversas tareas manuales Esta imagen es indudablemente exacta y corresponde a uno de los muchos Quirogas que había en Horacio Quiroga Pero hay otras imágenes suyas tan exactas como ésta Y no menos interesantes Entre ellas, la juvenil, que es la antítesis del Quiroga selvático Esta imagen del Quiroga de los 20 años es la de un dandy, excéntrico y revoltoso, anhelante de llamar la atención por sus extravagancias, entregado a las aventuras eróticas y muy preocupado —¡qué lejos del Quiroga selvático!— por su atuendo personal Este Quiroga es el Quiroga novecentista que contribuyó con la "Revista del Salto", el *Consistorio del Gay Saber y Los arrecifes de coral* (1901) al movimiento literario modernista uruguayo Este período de su vida, se extiende desde 1897, en que aparecen sus primeras colaboraciones en periódicos salteños, hasta 1904, año en que publica *El crimen del otro* Los sucesos fundamentales de este período de la vida de Quiroga, desde el punto de vista literario, son los siguientes camaradería literaria con Alberto J Brignole, Julio J Jaureche y José Hasda, con los que forma la "Comunidad de los Tres Mosqueteros", que culmina en la fundación de la "Revista de Salto", cuyo primer número aparece el 11/IX/1899 y el último, el 20, el 4/II/1900 y donde

publicó 32 colaboraciones, la fundación, en Montevideo, del *Consistorio del Gay Saber*, que compartió con la *Torre de los Panoramas*, de Julio Herrera y Reissig, la primacía de los cenáculos literarios montevideanos de esos años y que estuvo integrado por Quiroga (*Pontífice*), Federico Ferrando (*Arcediano*), Julio J. Jauretche (*Sacristano*), Alberto J Brignole (*Campanero*), Asdrúbal E Delgado y José María Fernández Saldaña (*Monagos Menores*); el lamentable viaje a París, para donde partió, el 30/III/1900, como "*un dandy, flamante ropería, ricas valijas, camarote especial*", y regresó, el 12/VII/1900 con "*pasaje de tercera* ( ), *un mal jockey encima de la cabeza, un saco con la solapa levantada para ocultar la ausencia de cuello, unos pantalones de segunda mano, un calzado deplorable*", (6) el triunfo obtenido en el concurso de cuentos organizado por "La Alborada" en 1900, con un jurado integrado por José E Rodó, Javier de Viana y Eduardo Ferreira, que le concedió el segundo puesto por el *Cuento sin razón pero cansado* (el primero lo obtuvo Oscar Ribas por *La fruta de los olivos* y el tercero, Alvaro Armando Vasseur por *Página de la infancia y para la infancia*), la publicación de *Los arrecifes de coral* y de *El crimen del otro*

Los textos recogidos en esta antología documentan los rasgos de esta primera etapa de la trayectoria creadora del narrador salteño El primero de ellos, *Aspectos del modernismo*,

muestra como el joven Quiroga va sintonizando las inquietudes de su época mientras hila las bases conceptuales de su posición modernista Con fina percepción vincula la creación literaria con el tono existencial de la época: percibe que el modernismo es algo más que un modo literario, ya que, con todo rigor, se trata de una actitud vital totalizadora Hay una forma modernista de sentir el amor; hay una indumentaria modernista; hay un modo modernista de aprender la naturaleza; hay, en fin, un estado de conciencia que en literatura se llamó modernismo pero que abarca todos los aspectos de la vida. El segundo texto, *Episodio*, que como el anterior pertenece al período de la "*Revista del Salto*", es un cuento revelador de esa sensibilidad modernista y en él es visible, además, la temprana influencia de uno de los maestros de Quiroga. Edgar A. Poe Como su maestro, Quiroga se complace en el horror, hay también la característica complacencia modernista por lo raro El cuento, aunque no una obra maestra, revela ya las dotes del narrador que su autor llegó a ser Los textos siguientes —*En un caballito ni bueno ni malo* *Layes*, *Una tarde en que Moisés apacentaba sus cabras..* , *La siesta, como un niño repleto* — pertenecen al *Archivo del Gay Saber* Esos seis poemas, típicos piruetеos literarios como todos los que constituyen el Archivo, revelan, sin embargo, las buenas dotes de versificador que había en Quiroga y sus dones imaginativos Es

perceptible en estos poemas la clara influencia de Lugones y de Rubén Darío. En verdad no pasan de ejercicios de aprendiz de poeta modernista. De ese poeta, extravagante pero ya más maduro, que se revelará públicamente con la publicación de *Los arrecifes de coral*, de donde provienen los textos que se titulan *Tu garganta*, *El martes, 24 de noviembre*, *Lemerre, Vanier y Cía.*, *El tonel de amontillado*, *A la señorita Isabel Ruremonde*. El libro de donde se han antologizado estos textos es la decantación de los principios estéticos y vitales de los componentes del *Consistorio*. Su publicación promovió un pequeño escándalo en el Montevideo de la época. Dedicado a Leopoldo Lugones, supremo maestro de los consistoriales, reune páginas en prosa de carácter poemático o narrativo, versos y tres cuentos: *Jesucristo*, *El guardabosque comediante* y *Cuento* (es el premiado en el concurso de "La Alborada"). El libro pone de manifiesto el indudable talento del autor, pero al mismo tiempo evidencia como estaba en una postura vital y literaria descolocada. Hay en esas páginas un talento desviado por un ansia de originalidad a toda costa, aún a costa del sentido común y del buen gusto. Es un libro, me permito decirlo así, deliberadamente enfermizo y en el cual el no disimulado anhelo de ser un refinado lleva con frecuencia al autor a lo morboso. Al respecto, bastan unos pocos detalles: se reiteran las páginas donde el amante, casi voluptuosamente, y en algún caso como ex-

presión sensual de goce erótico, mata, real o imaginariamente, a la amada, hay varias prosas donde el recuerdo de la amada muerta es sentido con perverso goce, la perversión sexual no está ausente, como es claro en la página titulada *A la señorita Isabel Ruremonde*, (breve narración bien construída y con uno de esos efectos finales que con destreza usó muchas veces el gran narrador de la madurez). El mundo poético creado en *Los arrecifes de coral* es endeble, pero el talento del autor es notorio Así lo vio Leopoldo Lugones, que contrariamente al resto de la crítica, que fue adversa, predijo para el autor un "*seguro porvenir de prosista*" Por otra parte, *Los arrecifes de coral* es un libro ineludible en la historia del modernismo en el Uruguay. En cuanto al poema titulado *Tarde de los jardines tranquilos y otoñales*, no fue recogido en libro Es un buen poema de tono modernista menor En él se da esa veta modernista que no buscó lo exótico sino lo delicado Tiene buen ritmo verbal y también un ajustado ritmo en el desenvolvimiento del tema

La muerte lo segó joven

Manuel Acuña, en la literatura mexicana, y Adolfo Berro y Andrés Héctor Lerena Acevedo, en la uruguaya, pasaron a la vida de la historia rodeados de esa extraña aureola que otorga más que la obra realizada la presentida

como posible Muertos cuando recién salían de la adolescencia, dejaron un manojo de poemas cuya inspiración hace pensar que debajo de ellos subyace un auténtico poeta al que la muerte segó joven, impidiendo la plenitud de su realización. Análoga situación, aunque no tan difundida, es la del también uruguayo Federico Ferrando (1877 - 1902) Acuña se suicidó, Berro y Lerena Acevedo fueron abatidos por la enfermedad Ferrando fue muerto involuntariamente por su mejor amigo· Horacio Quiroga. Salteño como Quiroga, Ferrando intimó con éste cuando, radicados los dos en Montevideo, el primero capitaneaba la alocada grey del *Consistorio del Gay Saber* Fueron ambos, sin duda, los que con mayor intensidad sintieron el anhelo innovador en lo literario que convirtió el *Consistorio* en un mar de extravagancias, de pirueteos mentales, de actitudes c ownescas más que literarias, de ebullición juvenil que producía los más delirantes vapores síquicos Muerto a los 25 años, la labor de Ferrando es muy escasa Esta formada por tres cuentos (*Un día de amor. En un café al caer el sol, Por el amante se calcula. el grado de la ilusión*), dos estampas (*Juan Bautista y Luis Gonzaga*), un extenso poema titulado *Encuentro con el marinero,* un soneto sin título, unas biografías apócrifas de algunos de los consistoriales tituladas *Páginas de un diccionario biográfico que vio la luz en París en 1950*, las contribuciones —poemas y ejercicios en prosa— al *Archivo del Gay Saber*

El interés que para el estudio del proceso de la literatura uruguaya ofrece todo este material es indudable. Documenta con precisión algunos de los matices de la *situación* de la literatura uruguaya a comienzos de siglo. Para poner de relieve cuáles son esos matices no es necesario un análisis pormenorizado. Basta con subrayar algunos aspectos de los diversos trabajos de Ferrando que aquí se reúnen. Conviene comenzar con algunas indicaciones de las prosas y versos extraídos del *Archivo del Gay Saber*. Esas prosas y esos versos evidencian, con meridiana claridad, el desesperado afán de renovación literaria y de originalidad a toda costa que fue en esos años, el impulso sustancial que movía la pluma de la mayor parte de los jóvenes escritores, aunque no supieran con exactitud en qué debía consistir esa renovación y sustituyeron la auténtica originalidad —que es expresión de un modo profundo y hasta entonces inédito de sentir la vida y el arte— por el logro de lo meramente insólito, que es simplemente expresión de un querer ser diferente. Dentro del grupo del *Consistorio*, el afán de renovación y originalidad condujo a lo extravagante. Se ha señalado en alguna oportunidad que en los ejercicios literarios de los consistoriales hay ya, adelantándose a los surrealistas, un cierto automatismo de escritura. No lo creo. En rigor, hay en esos ejercicios el deliberado propósito de arribar al absurdo y el procedimiento, bien ostensible, consiste en destruir todas las asocia-

ciones lógicamente normales Se opera —y permítase la paradoja— mediante una muy lúcida lógica contralógica La fórmula es sustituir toda asociación por contiguidad por asociaciones —en realidad ficticias— entre objetos o ideas que nada tienen que ver entre sí, no regidas ni siquiera por una ley de contraposición, que es siempre un modo asociativo normal Esto no es automatismo sino deliberación Este procedimiento, que no es, desde luego, el único empleado, permite algunos logros medianamente divertidos aunque literariamente nada importantes Ferrando, entre los consistoriales, se distinguió por su notorio ingenio para este tipo de ejercicios. Léanse, por ejemplo, *Leyenda índica* y las dos secuencias de estrofas que comienzan, respectivamente, con estos versos *"Corre un río blanco como la estearina"* y *"Un navegante italiano, al mascar una nuez seca"* Esas estrofas evidencian, por otra parte, que poseía aptitudes para la versificación, siempre fluida y ágil De igual interés son el soneto sin título y el poema titulado *Encuentro con el marinero* El soneto encuadra abiertamente en las coordenadas del modernismo, y hay en él resonancias lugonianas y de Julio Herrera y Reissig A través de elementos descriptivos, se intenta dar expresión a una emoción que pretende ser compleja y refinada, pero, en verdad, sólo se trata de simple ingeniosidad insustancial En cambio *Encuentro con el marinero* tiene reales valores Este poema, rebosante de

imaginación y versificado con gallardía, denota la presencia de un poeta ya en camino de hallar su propia voz. Característicamente modernista es la alusión a países que se consideraban exóticos y llenos del colorido de lo pintoresco (Arabia, Turquía); tambien lo son, y además reflejo de los hábitos literarios del *Consistorio*, la intención de hallar una adjetivación sorprendente y una rima novedosa ("... *me fui con él, que estaba con un semblante apático, / a la casa vistosa de un mercader asiático / que tiene la sabiduría de un hombre numismático*"), son, asimismo modernistas y consistoriales, la concepción total del poema, que procura dar un personaje de características sicológicas singulares y que vive una situación extraña. Pero, y en esto se diferencia de los ejercicios literarios de los consistoriales, el poema tiene una arquitectura sólida y regida por una lúcida lógica poética. Y, a pesar de la entonación modernista, modula dentro de la corriente un tono personal —una especie de alegre fruición en el juego de la fantasía— que alcanza para hacer intuir el poeta que pudo ser Ferrando sin el trágico accidente que segó su vida. Este goce en el jugueteo imaginativo, aunque ejercido con intención diferente, es evidente también en las páginas, tan representativas del ambiente literario de la época, tituladas *Páginas arrancadas de un diccionario biográfico que vio la luz en París en el año 1950.* De orientación modernista, aunque más por su concepción que por su estilo, son también los tres cuentos que

recoge esta publicación En dos de ellos, *Un día de amor* y *Por el amante se calcula . el grado de la ilusión*, el tema no es tanto el amor como la extraña situación sicológica con que una mujer enfrenta su íntima vivencia amorosa o erótica En ambos cuentos, la técnica se aproxima a la del monólogo interior El tercer cuento, *En un café al caer el sol*, muestra asimismo personajes *extraños*, pero el autor hace incidir el mayor interés en lo *raro* de la situación Ninguno de los tres cuentos llega a ser un gran cuento, pero están escritos con fluidez y se leen sin esfuerzo. Personajes y situaciones quedan delineados, aunque un tanto primariamente En Ferrando había, sin duda, dotes de narrador, y estas tres piezas no carecen de interés para el estudio del proceso evolutivo de la narrativa uruguaya De las dos estampas, *Juan Bautista* y *Luis Gonzaga*, la más interesante y original es la primera, que no carece de cierto *elan* poético. En cuanto al artículo *Enfermedades políticas*, pertenece a una serie de siete trabajos de la misma índole cuyos manuscritos integran el acerbo del Departamento de Investigaciones de la Biblioteca Nacional (donación Fernández Saldaña) Aunque esta publicación procura mostrar la figura literaria de Federico Ferrando, no está demás dar a conocer este artículo de distinta índole que evidencia que el alocado juvenil poeta del *Consistorio* era capaz, cuando quería, de razonar sensatamente

Un trágico accidente, reitero, terminó con

la vida de este joven escritor de quien, a mi juicio, mucho pudo esperarse, aunque lo realizado sólo haya sido un *signo* de época y no creación cabal. Su muerte, que concluyó con la vida del *Consistorio*, fue, aunque indirectamente, una consecuencia de la actitud vital y literaria que los mismos consistoriales asumían. Los consistoriales no tenían pelos en la lengua. Su actitud fue polémica. Inevitablemente, se crearon enemigos. Uno de ellos fue Guzmán Papini y Zas, que inició, con la de Ferrando, una serie de *Siluetas* en "La Tribuna Popular". Al anunciar las *Siluetas*, el diario adelantaba, en un suelto del 25 de febrero de 1902, que ellas serían escritas por *"una pluma bien empapada en sal ática"*. La silueta de Ferrando, aparecida el 26 de febrero del mismo año, se titulaba *El hombre del caño*, aludiendo a un robo cometido en una joyería, unos días antes, y a la cual penetró el ladrón por el caño colector, y en la silueta se afirmaba, y sirva de ejemplo de lo que se entendía por *sal ática*, que Ferrando se caracterizaba *"por su falta infecciosa de limpieza"*, agregando luego: *"¡Mi héroe por parentesco de suciedad desciende de Diógenes; y, por las pústulas que le avejigan el rostro, por lo que denominaré consanguinidad purulenta, pertenece a la familia de Job! A la raíz de su árbol genealógico la vigorizan con abonos recogidos en el estercolero del gran leproso (...)* *"¡Es un enfermo incurable de tontería clásica complicada con un desaseo crónico! Narciso del alma, Narciso inverso, no se enamora de sus rústicas*

exterioridades, pero se contempla interiormente, le rinde una íntima devoción a la belleza de su pedantería!" Los denuestos seguían en tono creciente, y Ferrando, también por la prensa, contestó en el mismo tono. El enfrentamiento físico de Ferrando y Papini se respiraba en el aire, y el primero, previsor, compró una pistola Lafaucheux. Y esto desató la tragedia Ferrando, junto con su hermano Héctor y Horacio Quiroga, comenzó a examinar el arma en el domicilio del primero Ferrando y su hermano estaban sentados en el borde de una cama, y ante ellos Quiroga De pronto, Quiroga tomó el arma, la cargó y al cerrar los dos caños para asegurarla, se le escapó un tiro. Sonó una violenta detonación Y cuando la madre de Ferrando penetró a la pieza, enfrentó el cuadro trágico Ferrando ensangrentado — el tiro involuntariamente disparado por Quiroga le había penetrado por la boca y se le incrustó en el hueso occipital — y Quiroga, preso de una crisis de nervios, abrazado a su amigo Ferrando, privado del habla, hizo unos gestos con la mano como disculpando a Quiroga Las atenciones médicas fueron inútiles Murió a los pocos minutos Quiroga fue detenido, y su defensor, el Dr Manuel Herrera y Reissig, logró a los pocos días su libertad bajo fianza La muerte de Ferrando terminó con el *Consistorio* Fue también una de las tantas ráfagas de tragedia que conmovieron la vida de Quiroga Tragedia que terminó con la vida de un joven escritor que pudo haber realizado obra perdurable Un azar trágico se lo impidió

RIMAS DE LUTECIA

Roberto de las Carreras pasó a la historia de la literatura uruguaya no por los valores intrínsecos de su obra sino por el halo satánico que rodeó, como una atmósfera de mito o leyenda, su personalidad con fama de Luzbel criollo Otro poeta, Pablo Minelli González (1883 - 1970), ha pasado a la misma historia por la irradiación de escándalo —tormenta en un vaso de agua— de su libro inicial *Mujeres flacas*. El libro apareció en Montevideo, en 1904, en un formato cuadrado, inusual en esa época, y con una carátula dibujada por el mismo autor, y en la cual se representa a una mujer delgada hasta lo esquelético, sumida bajo un gran sombrero, muy novecentista, enfundada en un vestido de arrastrante cola y con los brazos cruzados sobre el vientre Los brazos totalmente cubiertos por las amplias mangas del vestido impiden ver las manos, las cuales, aunque invisibles, sostienen un gran bolsón negro, cuya ubicación y forma le da una coloración tenuemente pornográfica Esta carátula, y aún el título del libro eran un desafío o provocación, en esa época, para el lector corriente Y el contenido se sintió como una agresión a las buenas costumbres e, incluso, a los buenos sentimientos Así, en su vejez, me lo confesó el autor, que agregó que la publicación del libro —él tenía en ese entonces 21 años— determinó la ruptura definitiva con la que en esa época era su novia El autor, íntimamente, renegó de su

libro, y en su vejez —lo pude comprobar personalmente— sentía una cierta mortificación de que se le hablara de él O del que publicó, en 1905. *El alma del rapsoda*, al que estimaba algo mejor que el anterior, pero al cual, por estar ubicado dentro de la misma orientación modernista, tampoco consideraba de mayor importancia Y se lamentaba que el recuerdo, modulado con sesgo humorístico, de su libro inicial hubiera oscurecido a sus mejores logros posteriores, especialmente su *Paisajes y marinas de Iberia* (1949) y sus crónicas de diversa índole dispersas en publicaciones periódicas.

La explicable reacción de Pablo Minelli González —literariamente, Paul Minely, a principios de siglo— contra *Mujeres flacas* no impide que el libro sea un testimonio importante del clima literario del Uruguay en los comienzos del siglo XIX Lo es ya en su dedicatoria, que dice así. "*Dedicaces / A Julio Herrera y Reissig /Para Ud que es mi Maestro / Para tí que eres mi amigo / Para vos que sois mi POETA / P M G.*" Y no lo es menos en la página inicial, *Irónico y galante*, especie de profesión de fe vital y poética, en la cual, como expresión de la galofilia del autor, que era también la galofilia ambiente se asienta en la primera línea "*Mi libro viene de París*" Y esa galofilia, que se manifiesta a través de toda esa página introductoria, se evidencia, desde luego, a través del libro entero· *las mujeres flacas "son todas de París", de ese viejo seductor París de los exotismos y los refinamien*

tos, de los espasmos y los rugidos de fiebre Y los maestros máximos del poeta son también franceses: Verlaine, Baudelaire, Arthur Rimbaud. Si esta galofilia es típicamente modernista, lo es igualmente la figura que de sí mismo compone el poeta Como poeta modernista o decadente le es imposible ser un hombre normal Roberto de las Carreras buscó la excentricidad a través del dandismo, la pose luzbeliana, la erotomanía, Paul Minely la buscó aparentando una distorsión íntima, afirmando que en su "*cuerpo flaco*" vivía un "*espíritu enfermo*" Esta actitud, sin lugar a dudas mucho más ficticia que real (y en ésto se diferencia de Roberto de las Carreras en cuya vida hubo de verdad drama), condujo al esquelético poeta a imitar también a sus maestros franceses "*Para parecerme a Verlaine he bebido ajenjo. — Para parecerme a Charles Cros me he pintado la cara de negro. — Para parecerme a Corbière he tratado de ponerme tísico*". En acuerdo con esta excéntrica actitud íntima se halla el gusto del poeta por un tipo de mujer también fuera de serie "*noctámbulas finas, ojerosas y espectrales, fantasmales, exangues, erotomaníacas*" Como es natural, todo remata en una especie de teoría literaria muy curiosa y fuera de lo vulgar, puede formularse en una sola cláusula: la literatura es veneno (o, más galamente, *poison*) En todo esto hay, sin duda, más imaginación que realidad Pero la postura vital y literaria de Paul Minely es bien reveladora de las constancias del poeta modernista, y de ahí

que, por representativo, su *Mujeres flacas* perdure en el recuerdo. Es un testimonio. Igual que la *persona* Roberto de las Carreras, el libro *Mujeres flacas* paradigmatiza ciertos aspectos del novecientos y tiene, diré así, el carácter de un mito menor. En cuanto a los poemas, hoy, a tantos años, es difícil percibir que hayan sido sentidos como escandalosos. Son más bien de una riente ingenuidad. Y se le debe leer con una sonrisa. El autor poseía don para versificar y un limpio ingenio. La lectura de estos versos —si no se les pide lo que no tienen: poesía— no deja de ser divertida. Son versos transitados por un espíritu amablemente juguetón e incluso el autor, como es evidente en *Mi autto-afiche*, se ironiza a sí mismo. Ese espíritu burlón no desaparece del todo ni siquiera en *Amor macábrico*, a pesar de su tema. En verdad, lo que puede atraer en *Mujeres flacas* es el zumo de época que contiene.

Cinco años después de la publicación de *Mujeres flacas*, Pablo Minelli González, a quien el espejismo parisién había llevado a estudiar en la capital de Francia en 1902 y 1903, ingresó a la diplomacia. Y comenzó un largo peregrinaje por Europa, durante años, residió en las más diversas capitales europeas, desde Viena a Madrid, desde Budapest a La Haya. Jubilado en 1950, vivió los últimos 20 años en Montevideo. Esos postreros años fueron de pobreza y soledad. Recluido en un subsuelo de una casa de apartamentos de la calle Treinta y Tres,

pobre, solitario y enfermo, el ex-diplomático, que había almorzado con el emperador Francisco José y gozado de la amistad de numerosas celebridades europeas, desde Sara Bernhard y Raquel Meller hasta Pío Baroja, convivía sólo con sus recuerdos Unos pocos muebles desvencijados, restos de glorias pasadas, una pared atiborrada de retratos de celebridades que se los habían dedicado, carpetas con cartas de otras tantas celebridades constituían su ambiente Allí lo conocí. Con más de 80 años, y a pesar de hallarse enfermo, mantenía una mente lúcida Leía y escribía Y aunque se complacía en el recuerdo de su vida pretérita, no dejaba la impresión de hallarse enquistado en ese pasado No había en él dolida nostalgia ni resentimiento por el cambio radical que experimentó su vida. Conservaba íntegro un delicado y conmovedor señorío, una insobornable fineza de modales. Con serenidad, y hasta con una no hiriente ironía que atenuaba las aristas ásperas de su declinación social y económica, aceptaba sin alardes de resignación esa su opaca vida crepuscular *"Todas las noches salgo a la calle desafiando a la muerte"* —confió a un periodista— *"pero es la muerte la que huye de mí, coquetea conmigo, sabiendo que no la temo, sino que la deseo"* (7) Y en uno de sus últimos poemas, escrito ya pasados los ochenta años y en un tono muy distinto y distante, de los versos de *Mujeres flacas*, moduló su sentir de esos años postreros

randa (1884 - 1962) fue, sin duda, el de mayor talento, y uno de los pocos que —fuera, desde luego, de los astros mayores Julio Herrera y Reissig, María Eugenia Vaz Ferreira y Delmira Agustini— escribió algunos poemas cuyos valores, dentro de la corriente modernista, sobrepasan lo meramente testimonial y pueden juzgarse por sus calidades intrínsecas Es, también, otra de las no infrecuentes personalidades literarias uruguayas que, tras un comienzo brillante, y cuando parecen encaminarse hacia una real madurez creadora, enmudecen, o, por lo menos, se alejan tanto de la actividad literaria que, lo que luego escriben, es apenas el rescoldo de un fuego que fue productos ocasionales, escritos impuestos por circunstancias menudas y realizados ya sin real ambición creadora Contertulio de la *Torre de los Panoramas*, de la que dejó una muy plástica descripción en uno de sus trabajos sobre Julio Herrera y Reissig, César Miranda fue el mejor y más fiel discípulo del poeta de *Los peregrinos de Piedra* Muerto éste, se convirtió, de hecho, en su albacea literario y colaboró muy activamente en la edición realizada por Orsini M Bertani de las obras del poeta. Muy joven, en 1904, cuando sólo contaba 21 años, publicó su primer libro de poemas: *Letanías simbólicas*, tres años después, publicó el segundo *Las leyendas del alma* Muchos años más tarde, editó *Prosas* (1918), donde reúne un extenso ensayo sobre Omar Kháyyám una conferencia sobre Julio Herrera y Reissig y un

pequeño grupo de breves notas sobre el mismo Reissig, Rubén Darío, Villaespesa y Guerra Junqueiro Estos tres libros, más su conferencia sobre los poetas modernistas, de la cual se publican fragmentos en esta antología, es su obra literaria más visible El resto son breves notas —más o menos circunstanciales— publicadas en diarios y revistas Dentro del grupo de los poetas novecentistas uruguayos, César Miranda se caracterizó, según todas las apariencias por una gran mesura en sus actitudes personales No ha quedado de él una historia de desplantes, de actitudes de dandy presumido, de excéntrico ni de postulante a convertirse en el terror de los maridos Los rasgos más típicos de los novecentistas, en lo personal, están ausentes en él Buen estudiante, se graduó muy joven, a los 24 años, con el título de Doctor en Derecho y Ciencias Sociales Luego fue diputado en varias legislaturas y ocupó varios cargos públicos Y, por lo menos en forma pública y asidua, renunció al cultivo de las letras Mientras las cultivó, y no podía dejar de hacerlo en esa época de seudónimos, tuvo el suyo Pablo de Grecia

Curiosamente, este poeta que en sus actitudes externas es el menos representativo de los novecentistas uruguayos, es, en cambio, y junto con Julio Herrera y Reissig el que en su obra se ajusta más al pie de la letra a lo que hoy podemos estimar como *preceptiva* modernista En sus poemas, se dan casi todos —o todos— los trazos de la poesía modernista · deco-

rativismo, gusto por lo exótico, variedad métrica, búsqueda de la metáfora sorprendente, máxima intensificación del ritmo verbal, predominio de la sensación sobre el sentimiento, cromatismo Sus poemas evidencian sin lugar a dudas, además, que la estética modernista fue asumida por César Miranda con una lucidez conceptual de la que carecieron la mayoría de los modernistas uruguayos, cuya postura modernista mas que una estética conscientemente asumida fue un reflejo de la sensibilidad ante la imantación de algunos de los grandes maestros del momento. Esta lucidez ante la estética de su hora es bien ostensible en su conferencia sobre *El decadentismo en América*, escrita a los 23 años Sus dos libros revelan, por otra parte, que la asunción de esa estética no fue estática sino dinámica no sólo el segundo supera las calidades del primero, sino que pone de manifiesto que supo ver tempranamente lo que el modernismo tenía de exceso ornamental, de postura sustancialmente esteticista y logró, sin dejar de ser fiel a su estética, depurarla de esos excesos y buscar modos más hondos de poesía En esto, y salvadas las innegables distancias, parece acompañar el proceso creador del propio Rubén Darío, que tras de ser el maestro *"de la sensación y de la forma"* supo mostrar *"la hondura de su alma"*, según afirmación de Antonio Machado En su primer libro, *Letanías simbólicas*, reúne 18 poemas y un pequeño grupo de prosas poemáticas Esas prosas —que el mismo autor, en una de las sesio-

nes, denomina prosas de álbum— no tienen mayor valor, salvo el de mostrar al desnudo la utilería modernista: japonerías, orientalismos, acumulación de vocablos presuntamente poéticos, filigranas con aspiración de exquisitez Los poemas, muy trabajados, aunan elementos simbolistas y parnasianos, síntesis también bien modernista En algún poema, *Phiala*, se complace en un hermetismo que le exige una exégesis, en otros, por ejemplo, *Fiat Lux*, dedicado a Lugones, es bien visible la influencia del mismo Lugones y del Julio Herrera y Reissig de *Los parques abandonados*, en otros, *Pan* y *Sapientia summa*, obtiene buenos logros en la expresión de esa sensualidad más estética que real tan típica, también, de tantos poemas modernistas Pero el poema más significativo del libro es *Los paquidermos*, del cual opina Zum Felde lo siguiente *"Un poema suyo del primer libro, en el cual* "pasan por las rutas amarillas los paquidermos antiguos", *y luego en el prado saltan pareciendo, más que elefantes, chivos provocó a su hora otro de los mas resonantes escándalos en los corrillos de las comadres literarias de la ciudad La gente rio mucho, entonces, de aquellos paquidermos acrobáticos, que les parecieron incongruentes; sin embargo, ese poema es uno de los mejores que produjo la lírica decadente en el Uruguay"* ( ) ([8]) El poema, como otros del libro sintetiza el parnasianismo descriptivo con el simbolismo de contenido. En lo descriptivo, logra un cuadro plásticamente poderoso, bien visualizable y, como

corresponde a la estética modernista, de ambiente exótico: el desierto, los palmares donde grandes monos piruetean en los árboles, y, ya con claro sentido simbólico, unos lagos cristalinos a los que llaman *Fuente de las Musas*, en lo simbólico, postula con claridad la concepción vital y estética del modernismo, a través de una oposición muy violenta los pesados paquidermos— de hecho· el *"vulgo municipal y espeso"* que despreció Darío— y los cisnes —el ave aristocrática— emblema de la Belleza y la Poesía para los modernistas Los paquidermos con sus pesadas patas enlodan la fuente de la pura poesía y los cisnes poetas ya no cantan Oposición, pues, de lo selecto y lo vulgar La posición estética y vital es discutible pero es indudable que el poema logra cristalizarla en una imagen fuerte incisiva, perdurable en el recuerdo En lo formal, es también un buen logro Como ya quedó indicado, de *Letanías simbólicas* a *Las leyendas del alma* hay un doble progreso: mayor calidad poética y mayor densidad en el contenido humano Pero manteniéndose siempre dentro de la más estricta orientación modernista Un cotejo entre el ya citado poema *Los paquidermos*, del primer libro, y *El buque fantasma*, del segundo, permite comprobar esta afirmación En ambos poemas, se da una síntesis de elementos parnasianos y simbolistas, y en ambos, se alegoriza la estética modernista, con su oposición del poeta y la multitud. En el segundo, sin embrago, la visión de lo qué es el poeta y la poesía adquiere una dimensión más

honda No está ya representado por el aristocrático, delicado cisne modernista, sino por un corazón de hombre capaz de sentir *"la ebriedad del abismo"* Hay, también, una depuración de los elementos ornamentales, un sentimiento más hondo de lo real, y, por consiguiente, una menor necesidad de recurrencia al ambiente exótico En general, todos los poemas del libro se ubican dentro de esta misma situación El poeta ha ampliado su horizonte humano y ha depurado su estética El tema casi único del libro es Eros Un Eros estético, depurado de escorias Mas es un Eros en el que se siente una densidad que no era perceptible en el libro anterior Y con una irisación de matices que en el libro anterior tampoco había Esta profundización y este enriquecimiento pueden provenir de una experiencia de base real o de un mero ejercicio imaginativo Pero, cualquiera sea su raíz, lo cierto es que el tema adquiere una mayor hondura de contenido al que corresponde un menor requerimiento de lo ornamental Y en algunos poemas, por ejemplo· *Anfora de alabastro* y los dos que se titulan *En el jardín de Eros,*— obtiene excelentes logros y con tono personal, aunque en otros se percibe claramente la influencia de Reissig, hasta en la adjetivación párpados lilas, tarde violeta, ojos magos Pero aún en estos poemas hay auténtica sensibilidad e imaginación poéticas y notoria destreza expresiva El libro en su conjunto revela la maduración de un poeta, de un poeta que parecía orientarse hacia formas más hondas y sustan-

ciales en su trayectoria poética. Lamentablemente, esta eclosión juvenil quedó clausurada cuando el poeta tenía 23 años Posteriormente só'o realizó labor periodítisca De su obra en prosa merecen especial recuerdo su conferencia *El decadentismo en América* donde ofrece un panorama bastante completo de la poesía modernista, y los dos trabajos, recogidos en *Prosas*, destinados al estudio de Omar Kháyyám de Naishapur y de Julio Herrera y Reissig El primero es un análisis inteligente y sensible del poeta árabe, el segundo es la expresión de su admiración incondicional por el lírico de *La Torre de los Panoramas* Con respecto a este último, corresponde señalar que si bien muchos de los puntos de vista de César Miranda pueden ser no compartidos no por eso deben ser desestimados Postula una imagen muy precisa del poeta y la defiende con inteligencia (aûn en aquellos momentos en que su prosa toma una entonación lírica) Además, formula nítidamente una estética —o poética— que es, sin duda, la del modernismo, pero enfocada a través de su visión personal De este modo, las páginas del estudio, y también las de *El decadentismo en América*, importan para la historia de las ideas estéticas en el área cultural platense.

CINCO ENTRE MIL

Cualquier curioso lector que recorra las páginas de las revistas, los almanaques, la pren-

sa diaria de Montevideo de los primeros años del siglo XX las encontrará profusamente sembradas de prosas y poemas modernistas, escritos por prosistas y poetas de ambas márgenes del Plata En esta antología se incluyen cinco poemas que, diré así, asumen la representación de este núcleo de poetas y prosistas. Esos poemas son: *De las estaciones*, de Francisco G. Vallarino, *Cuatro sonetos*, de Juan Picón Olaondo; *El crepúsculo de los dioses*, de Justino Jiménez de Aréchaga; *Sabbat de los inmortales*, de Julio Lerena Juanicó y *Presagio*, de Juan José Ylla Moreno Estos cinco poetas, y aunque con distinta intensidad, participaron en la batalla literaria librada por los modernistas en el Uruguay Los dos primeros, Vallarino y Picón Olaondo, fueron contertulios de *La Torre de los Panoramas* y editaron, en 1901, 1902 y 1903, el *Almanaque artístico del siglo XX*, donde Herrera y Reissig publicó poemas y prosas, Justino Jiménez de Aréchaga publicó cuentos, crítica, poemas, pero luego fue absorbido, como otros, por la actividad profesional y política; Julio Lerena Juanicó, muy fino espíritu, exigente consigo mismo, publicó poco, pero tuvo una brillante actuación como profesor de literatura, Juan José Ylla Moreno, también contertulio de *La Torre*, editó un libro de poemas· *Rubíes y amatistas* (1907) El poema de Vallarino y los cuatro sonetos de Picón Olaondo encuadran dentro de las formas más caracterítıcas de los poemas de tema amoroso modernistas; *El crepúsculo de los dioses*, de Jiménez de Aré-

chaga, procura dar una torsión modernista al pensamiento filosófico de tres germanos; *Presagio,* de Ylla Moreno, introduce un tema inusual en el exotismo modernista el tema egipcio El más interesante de estos poemas es *Sabbat de los inmortales,* de Lerena Juanicó Por sus elementos descriptivos y por su inspiración tenuemente simbolista, el poema se filia sin esfuerzo en el modernismo, también, por las innovaciones métricas y de rima que introduce el poeta, buscando un ritmo verbal cambiante y adecuado al contenido y sentido de los distintos pasajes Es indudable, asimismo, que la asamblea de inmortales —poetas y sabios— que el poema presenta, pertenece a una recurrente temática modernista Recuérdese, por ejemplo, *Las Pascuas del Tiempo*, de Herrera y Reissig Pero corresponde señalar que la intención última del poeta, a pesar del encuadre paramental del poema, es insinuar una concepción filosófica o vital a través de la oposición de la poesía, mundo del ensueño, y la sabiduría, enfrentamiento con el Enigma Esta intención le da a *Sabbat de los inmortales* una especial y grave intensidad que lo convierte en uno de los textos más interesantes, aunque quizás de los difícilmente asibles en forma espontánea, de los poetas novecentistas menores Tiene calidades y cualidades que exigen más de una lectura

UN CHAMBERGO DE ALAS AMPLIAS

Cuando Roberto de las Carreras escandalizaba al aldeano Montevideo del novecientos,

en el séquito de amigos, discípulos y admiradores que lo acompañaban —y entre los cuales se contaban José G Antuña y Raúl Mendilaharsu— figuraba un joven alto, apuesto y delgado, que gastaba un gran chambergo de amplias alas recubriendo una romántica rubia melena y cuya arrogante cabeza, según aparece en un conocido dibujo de José D Barbieri, parecía sostenida por un alto cuello rígido al que se anudaba llamativamente una gran corbata de moña Este joven no fue actor sino más bien testigo presencial —o a lo más, participante un tanto lejano— de los escándalos promovidos por su amigo, el Luzbel criollo Pero si bien este joven no pasó a la historia de la vida literaria uruguaya como un poeta decadente promotor de escándalos personales, sí integra el friso de los novecentista que, por sus escritos o algunas de sus actitudes intelectuales, tipifican posturas ejemplarizadoras de las vigencias de la época Fue, como Roberto de las Carreras, un anarcoesteticista (aunque alguna de sus actitudes, según me dijo en una conversación, lo dejara convertido *"en un microbio rebelde y anárquico"*), elaboró sonetos burilados con refinamiento bizantino y prosas poemáticas con cierto impulso mesiánico, escribió obras teatrales y polemizó por ellas, afirmando públicamente, en ocasión del estreno de *El derrumbe,* que el fracaso de la obra era consecuencia de *"una conjuración nefanda que hombres* y *circunstancias han tramado y realizado",* se proclamó discípulo del terrible Federico Nietzsche; supo asu-

mir en defensa de sus postulados anárquicos, la actitud del orador que con su palabra enardece a las multitudes, y en alguna ocasión subió a la tribuna para apostrofar a los propios auditores Su seudónimo de aquellos años. Aurelio del Hebrón, por su eufonía y sonoridad, se corresponde con las actitudes del joven poeta decadente. Hoy Aurelio del Hebrón es don Alberto Zum Felde y cuando rememorando, vuelve a situarse en aquellos sus años juveniles, lo hace con calor y fervor, con objetividad levemente matizada de nostalgia y, por momentos, pone sobre sus recuerdos un satinado de ironía. A más de sesenta años de publicados, don Alberto Zum Felde se horroriza de sus escritos juveniles, e, incluso, me ha acusado de traidor por haber descubierto y leído a *Lulú Margat*. Se niega obstinadamente a reconocer calidad en sus escritos juveniles Esos escritos, no es preciso subrayarlo, no tienen ni la significación ni los valores de su labor posterior y se hallan en una línea literaria que el autor abandonó después Sin embargo, se ubican dentro de lo más saliente de la producción del grupo de los jóvenes novecentistas uruguayos, muestran algunas calidades evidentes y tienen una significación particular, ya que en cierto modo, prefiguran al escritor que Aurelio del Hebrón llegó a ser en su madurez

Antes de la publicación de *El Huanakauri* (1917) obra que puede estimarse como el umbral de la segunda etapa de su labor literaria, Alberto Zum Felde, o sea, Aurelio del Hebrón,

había publicado numerosas colaboraciones —prosa y verso— en diarios y revistas, había dado a conocer cuatro piezas teatrales: *La hiperbórea*, (1908), *Lu'ú Margat*, (1908), *El derrumbe* (1908), y *La ciega* (1909), y, finalmente, había editado un libro de sonetos *Domus aurea* (1908) De toda esa producción, esta antología recoge los sonetos del citado libro, la segunda de las piezas teatrales mencionadas, y dos piezas oratorias: *Grito de sangre* (1909) y el discurso pronunciado en el sepelio de Julio Herrera y Reissig Estos textos alcanzan para hacer bien ostensible el perfil literario del modernismo de Aurelio del Hebrón. *Domus aurea*, que se abre con esta exhortación: *"Purifícate, extranjero"*, está formado por catorce sonetos, mas otro introductorio, *Loa al soneto*, y una breve prosa final donde el poeta justifica las variantes que introduce en la rima del soneto clásico Como en toda poesía lírica, el Yo del poeta es presencia constante en estos sonetos. Pero ese Yo es, aquí, un Yo filosófico o meditativo. Todos los sonetos están cargados de pensamiento El poeta bucea en sí mismo y extrae de esa autoreflexión una consciente concepción vital, en la que se conjugan algunas categorías sustanciales: Dolor, Soledad, Amor, Belleza, Vibración, Esperanza, Fe. . Este carácter reflexivo da a los sonetos de *Domus Aurea* un tono intensamente personal que los diferencia de la mayor parte de la producción de los jóvenes poetas novecentistas uruguayos, que cargaron el acento, fundamentalmente, en la sen-

sación. Pero se identifican con la orientación modernista por otros rasgos: búsqueda de la exquisitez, anhelo de excentricidad con respecto al medio, necesidad de sentirse *Unico*. No abundan en exotismos —helenismos, japonerías, orientalismos—, aunque ellos no faltan. Un trazo personal, sin embargo, les confiere una cierta cualidad exótica a estos sonetos: la mayusculización, mediante la cual quita de su contexto corriente a conceptos u objetos comunes y los convierte, en intención, al menos, en categorías; en cada soneto abundan los vocablos así exotizados: *Tálamo, Dolor, Destino, Estirpe, Grandeza, Hermano, Solitario, Montaña, Estrellas, Extasis, Verdad, Parábola, Deleites, Potencia, Corazón*. Si *Domus aurea* significa una inflexión personal en la poesía modernista en el Uruguay, *Lulú Margat* es también una inflexión personal dentro del teatro uruguayo de esos años: es uno de los pocos intentos, en el Uruguay, de llevar a escena la tónica modernista y de hacer vivir sobre las tablas personajes de corte decadente. La pieza, denominada por el autor *"juguete trágico en un acto"* pone en escena a un joven calavera que descubre, al fin, que su amante, hija natural de su madre, es, por consiguiente, su medio hermana. Lo que da temperatura decadente a *Lulú Margat* es, más que el tremendismo del tema, el tono de los diálogos y el tipo de los personajes. En éstos, muy decadentes, el calaverismo no es vicio —en la intención del autor— sino aristocracia de espíritu, refinamiento, un estar por encima del

"vulgo municipal y espeso", en aquellos, aunque atenuada por las exigencias del diálogo escénico, se trasluce la orfebrería de la prosa y el poema modernistas Y el personaje femenino protagónico es también una exótica flor de decadencia· viciosa e ingenua, pasional y voluble, un alma por momentos cruel pero con la *"transparencia de las piedras preciosas"* Este juguete trágico, escrito a los 19 años, aparece hoy, a más de sesenta años de publicado, como un tanto ingenuo, pero el diálogo es fluído y la construcción teatral correcta Junto a *Lulú Margat* y *Domus aurea*, esta antología recoge dos piezas oratorias de Aurelio del Hebron que completan su fisonomía de joven escritor decadente La primera, *Grito de sangre*, fue pronunciada en el mitin popular realizado el 17 de octubre de 1909, en Montevideo, como acto de protesta por el fusilamiento, en Montjuich (Barcelona), del anarquista y pedagogo español Francisco Ferrer, la segunda fue dicha el 19 de marzo de 1910, en el Cementerio Central, ante el féretro de Julio Herrera y Reissig Uno y otro configuran magníficos actos de rebeldía El primero es un acto de rebeldía contra una monstruosa injusticia social, contra la irresponsable prepotencia de una clase dominante brutal y corrompida; el segundo es la rebeldía contra otra forma de injusticia: la que condena al creador a la incomprensión y aún a la miseria *Grito de sangre* está escrito con pujanza pasional y real elocuencia, es un *yo acuso* incisivo y poderoso, las mismas cualidades tiene el discurso en el

sepelio de Herrera y Reissig aunque transido por una emoción personal que, por momentos, comunica a sus palabras una temperatura humana más conmovedora que el sostenido tono oratorio Y en ambas piezas se percibe, a pesar de que crecen desde raíces fuertemente emocionales, al ser reflexivo capaz de equilibrar emoción y pensamiento

En una nota publicada en "El País", el 14/VI/64, Alberto Zum Felde insinúa que el estado de conciencia característico de la intelectualidad novecentista cambió por la multitudinaria tragedia iniciada en julio de 1914 Lo afirma en relación con su propia evolución intelectual, al manifestar que toda su labor posterior a ese período *"nada tiene que ver con aquella deslumbrante tragicomedia novecentista, sobre la que cayó el telón sombrío de la primera Guerra Mundial"*. Aunque afirmada para su caso particular, la observación tiene validez general Ya en la década de 1910, el modernismo comienza su agonía Son detectables, desde luego, algunas manifestaciones anacrónicas del espíritu decadentista Pero sólo dos libros recordables de poemas modernistas son publicados en esos años y con ellos se cierra en modernismo en el Uruguay Ellos son *Anforas de barro* (1913) y *Humo de incienso* (1917) ambos de Fernán Silva Valdés En cuanto a Aurelio del Hebrón, dejó de ser tal para convertirse decididamente en Alberto Zum Felde con la publicación de *El Huanakauri*. Con este libro,

el autor abandona al joven poeta y prosista decadente que fue Aurelio del Hebrón y comienza otra etapa de su vida intelectual.

UN POETA PÁLIDO Y MARCHITO

"Si a los veinte años fui un bárbaro casi analfabeto, y a los treinta un exquisito y decadente, a los treinta y tres (en que escribí Agua del tiempo) *volví a ser un bárbaro, sí, pero — y perdónenme la paradoja — un bárbaro civilizado"* Estas palabras fueron escritas por Fernán Silva Valdés en su *Autobiografía* (⁹) y caracterizan, con precisión, las tres etapas fundamentales de su trayectoria poética. En la primera, de la que no ha quedado libro, fue, y es, también expresión suya, *"un vulgar poeta gauchesco"* que, en poemas para consumo de amigos o payadas de aficionados, seguía las huellas de José Hernández y Estanislao del Campo, en la segunda, testimoniada por los dos libros — *Anforas de barro* y *Humo de incienso* — antes citados, siguió los pasos poéticos de Rubén Darío y Julio Herrera y Reissig y escribió poemas de clara filiación modernista, en la tercera, se encontró a sí mismo y, ya no *gauchesco* sino *nativista*, creó ese orbe poético personal que dibuja su fisonomía inconfundible y perdurable en la poesía platense El poeta que entra en esta antología es el poeta de la segunda etapa: el poeta pálido y marchito que no sabe del bien ni mide el mal que el propio autor describe en un poema, *Yo era un hombre pálido,*

transido de motivos autobiográficos Es el poeta, *alto y decadente*, según el mismo poema, que se mancha de orgía y enciende su alba con mujeres rubias y que, llevando a sus últimas consecuencias sus afanes decadentistas, se procuró "*los paraísos artificiales*" que proporcionan las drogas

Anforas de barro y *Humo de incienso* no requieren amplia caracterización, ya que en ellos se dan, en general, los rasgos característicos de la poesía modernista en sus expresiones más nítidas En sonetos a lo Julio Herrera y Reissig o en poemas que, a la manera rubendariana, procuran ritmos verbales novedosos, el poeta se afana tras las sensaciones exquisitas y raras y hace restallar sus versos con los latigazos de las metáforas detonantes En ambos libros se acumulan los lugares tópicos de la poesía modernista, en lo que tuvo de más efímero Estos dos libros, sin embargo, y no obstante evidenciar a un poeta fuera de ruta que se complacía en motivos, ritmos y armonías ya sin curso en esos años no dejan de traslucir un talento poético indudable Posee destreza en el manejo del verso, muestra inventiva poética, atrapa imágenes brillantes, aunque todo eso, y no podía ser de otro modo en un mero epígono del modernismo, es más juego poético que creación auténtica Pero dentro de la postura en que se coloca, obtiene logros poéticos no desdeñables Los tres poemas incluidos en esta antología lo comprueban No sobrepasan, desde luego, la estatura poética que puede alcanzar un

epígono del modernismo, pero hay en ellos duende poético, y en uno y otro poema se percibe una aproximación al tipo de metáfora que caracteriza al ultraísmo y otras orientaciones de los años veinte, que, dentro de ciertos límites, preanuncian algo de la poesía posterior del autor de *Agua del tiempo*

Humo de incienso es, repito, la última manifestación recordable de la poesía modernista en el Uruguay En el mismo año en que se publicó el libro, apareció otro que mostraba ya claramente que la poesía uruguaya tomaba nuevos rumbos Ese libro es *Pantheos*, de Carlos Sabat Ercasty El mismo Fernán Silva Valdés, repito también, abandonó su falsa ruta poética y con su *nativismo*, iniciado, según él ha dicho, tras una curación total de cuerpo y alma, comenzó su labor poética perdurable Esa labor en la que, según las palabras citadas al comienzo, se funden el bárbaro casi analfabeto que fue a los veinte años y el refinado que fue a los treinta Porque el nativismo opera una síntesis dialéctica de lo tradicional y lo innovador Tradicional por su temática, es innovador por el enfrentamiento de la misma y por su forma expresiva .Y en ésto, la experiencia modernista del poeta de *Intemperie* no fue vana Ella le dio el amor por la imagen novedosa y el afán de originalidad Para ser él mismo, sólo tuvo que buscar esa originalidad dentro de sí mismo y no en los moldes desgastados de una orientación ya agonizante. Cuando *se supo* fue un poeta

ARTURO SERGIO VISCA

NOTAS

1) Las referencias bibliográficas figuran al pie de cada texto

2) Ver *Apéndice*

3) *Proceso intelectual del Uruguay y crítica de su literatura* (Montevideo, Ediciones del Nuevo Mundo, 3ª edición, 1967)

4) Prólogo a Carlos Reyles *Ensayos* (Montevideo, Biblioteca "ARTIGAS", Colección de Clásicos Uru guayos, Volúmenes 84 - 85 - 86, 1965)

5) Loc citada

6) José M Delgado - Alberto J Brignole *Vida y obra de Horacio Quiroga* (Montevideo, Claudio García & Cía , 1939)

7) Ramón Mérica *Un reservista de la belle epoque* "El País" 18/5/69

8) Loc citada.

9) Fernán Silva Valdés *Autobiografía* (Montevideo, Apartado de la "Revista Nacional", Nos 193 - 194, 1958)

CRITERIO DE LA EDICION

Al pie de cada pieza, se indica el texto de donde ha sido tomada, el cual se reproduce fielmente, con la sola modificación impuestas por la modernización de la ortografía y la corrección de alguna errata evidente



TORIBIO VIDAL BELO

NOCHE BLANCA

En el album de la señorita Clotilde Stajano

Plenos claros de luna opalizan
la acuarela de un lago de plata,
que en la bruma azogada del cielo
borda el tul de las ágatas pálidas
Por la tersa epidermis del lago,
bogan cándidas góndolas, diáfanas
mientras cantan los castos violines
la cancion florestal de las almas
Suenan suaves las risas gris perla
del gentil rimador de las aguas
y a los golpes del remo se enrulan
las pelucas de espuma de ámbar
En la barca de nieve de un sueño
va Pierrot con su máscara blanca,
escribiendo en un ala de cisne
la romántica triste romanza
" ¡Oh la luz de mis lunas nupciales
' en amor de los lirios deseadas!
" Carne tibia de azahares y nardos
aromada en las mirras de Arabia!
" Quiero arder en tus labios de hostia
" y encenderme en tus líricas ánforas
" y en tu lluvia de polvos de espejos
' consumirme en neblinas opacas
" ¡Oh eucarística sangre de cirios!
" ¡Oh la angélica albura soñada!

" ¿No podrán descansar mis promesas
" hamacando en tu seno sus ansias?"

Y en la misa orquestal de la noche
llora y ríe la gris serenata
mientras suenan los suaves violines
la canción otoñal de las almas

LA REVISTA, Montevideo, Año I, Nº 1º, Agosto 20 de 1899

PONTIFICAL

A mi querido poeta amigo
Julio Herrera y Reissig

¡Repiquetean los seis campanarios
el Carnaval de sus pascuas floridas!
Palmas y olivos de paz y orquídeas,
iris de amor de los pétalos lilas
de los nenufares, tejen los regios
sobrepellises del Arca de Asiria
Amarillea el marfil del relieve
en los estucos de esmalte y de mica
del tabernáculo santo ¡Las rosas
sangran su sangre en las copas pulidas!
Coro de voces de bocas angélicas
pule el cristal de las raras antífonas
y en los armonios y en los violoncelos
las aleluyas alegran sus risas

Van entre estolas y capas pluviales
las elegidas del reino, las ricas
cajas de sándalo y palo de rosa
donde Morcaz y Plessys se confirman
Carlos Morice y Reguier bajo el palio,
de raso persa y de sedas egipcias,
son la magnífica flor de holocausto
sacrificada a la Diosa Harmonía
Viste la veste talar del acólito
y orla de mirtos su clásica lira
Le cordonnel, el histérico loco,
¡ebrio divino en la roja vendimia!
Sobre el coral y el rubí de las naves,
pintan sus símbolos los simbolistas
y el bello Heredia cincela su heráldica
decadentista
Bailan en rueda las rubias bacantes,
saltan los sátiros, riman las liras,
suenan los seis campanarios sus kyries,
y arde el altar bajo el sol de las mitras
Cincelador de los ídolos nuevos
el Gran Verlaine versifica su epístola,
y en el misal de sus Fiestas Galantes
reza el Profeta sus cien profecías
La ora de orar da el reloj del apóstol,
la ora de orar la oración pontificia,
y la inicial procesión de novicios
canta el ritual de la azul letanía
Moscas de luz de benjuí y cinamono
zumban los giros que el verso acaricia,
y en el vidrial ojival de las cúpulas
beben la miel de las místicas misas
Llenas de incienso se besan las bocas

que las modernas parábolas riman
bajo las naves del griego cenáculo
donde se ofrecen las santas primicias
Sobre el altar de mosaico de mármol
queda un triunfal florilegio de ninfas,
¡ecos del salmo del Libro Evangélico!
¡anunciación de los nuevos Mesías!

LA REVISTA Montevideo, Año I, Nº 3 Setiembre 20 de 1899

CAEN LAS HOJAS

caen los líricos caireles musicales!
Caen los prismas del teclado, las bandurrias de esme-
[ralda
los timbales de topacio, las sonoras filigranas,
las pequeñas, diminutas mariposas de mosaico
Llueven lluvias de pistilos, de pistilos y periantos
de corolas afelpadas, de liliales flores muertas!
Llueven lluvias sobre el lago y el jardín se aterciopela

II

Exquisitas manos suaves con sus guantes acarician
la lujosa empuñadura de las dagas merovingias
de los ricos nacarados estiletes de los Borgias
Exquisitas suaves manos asesinan a las hojas
asesinan los pimpollos corazones amatistas
Y los pajes engalanan y perfuman las vitrinas
de floridos filamentos de campánulas de seda,
de pompones de amapolas y *bouquets* de crisantemas

III

En las salas del palacio y en el parque de cristales
galantean las marquesas empolvadas de diamantes
y los duques reverencian a las rubias cortesanas —
— blasonados figurines de condal peluca blanca —
Caen las hojas, caen los prismas del teclado!
y al amor de los balances de los finos contrabajos
de los dulces mandolinos, de las armas, de las violas
bailan rítmicas parejas el compás de las gavotas

IV

Retoñaron ¡oh querida! nuestras lindas primaveras
¡El otoño es en las flores!
Bajo el sol de las glorietas
entre petalos difuntos de verbenas y magnolias
vi abrazadas dos estatuas, dos estatuas de rosada *terra cota!*

Octubre del 99

LA REVISTA, Montevideo Año I Nº 1 Noviembre 5 de 1899

DE MIS PROSAS DE TABERNA

Vallarino y Picón Olaondo, mis amigos

Habla en las almas enfermas, la voz de una lejana angustia! — Mefistófeles, el Esplín, ríe, canta, llora, baila — riman cosas divinas, los divinos locos — los contrabajos suenan a la sordina

¡Y es en los espíritus y en los corazones una rara noche de honda tristeza!

Mi Arlequín está ebrio Mi Arlequín ha bebido todo el vino de su viña y su boca borracha dice versos nuevos! Colombina tirita bajo su blanco vestido y su negro antifaz — Colombina se muere de miedo y de frío

Se apagan las pipas de los bebedores· los vasos se enrulan en la espuma rubia — y la vieja taberna rellena de humo es una tumba gris!

Las luces parpadean moribundas de cansancio en las sucias lámparas tristes — en las lámparas, que cuelgan, como lágrimas de luz, de unos ojos llenos de sueño

Las mesas tan blancas parecen calaveras de Pierrots suicidas En las paredes, grandes chorros de sombras, bailotean como títeres alegres

Colombina se ha llevado a mi buen Arlequín, a mi loco divino, a mi divino ebrio.

Como histéricas risas, suenan los ecos de sus cascabeles . y yo me quedo a solas con mi maldito esplín y mis tristezas

---

En los relojes golpean los sátiros la Media Noche! —ronca el tabernero— y una Bruja pinta en los doce barriles, doce puntos negros!

(Redoblan los tambores a la funerala, y los contrabajos y los violoncelos rezan a dúo

un lento miserere) — La Hora de los enterradores!

¡La Media Noche! *(Caen doce monedas)* — la Hora de Oro de los ladrones celosos y de los raspas embozados! — la Hora de los avaros, de los gatos de ojos de luz, de los lechuzones, y de los cuervos hambrientos! — la Hora del acecho, de la baja traición solapada! — la Hora de Judas!

¡La Media Noche! *(Llueven gotas de sangre)* — la Hora de las ansias pecaminosas y de los rojos rostros de los asesinos — la Hora de la baja tentación lasciva, de las almas impuras — la Hora color de acero de las armas que amenazan y de los puñales que brillan!— la Hora de los condenados, de los suicidas, de los callados remordimientos de las cárceles! — ¡La Hora de los hospitales!

¡La Media Noche! *(Se oyen músicas de castañuelas y de panderetas y doce cráneos bailan un extraño compás macabro)* — La Hora de los desequilibrios y de los trastornos — la Hora loca de nuestros manicomios — la Hora Ofelia de la idea fija!

¡Doce campanadas! ¡La Media Noche! *(Habla la voz de una lejana angustia* y los sueños ideales agonizan*)* — Oh! la Hora mala, la Hora maldita de los que sufrimos el dolor de una lenta muerte de ilusiones! — Oh! la Hora negra, de las almas errantes, de las almas solas

puestas en martirio — Oh! la Hora amarga de los extraños, de los raros, de los incomprendidos! ¡Hora de blasfemias y de rabias, de odios y de maldiciones!

—¡Eh! tabernero! La Media Noche! ¡despiértate viejo bandido!. Yo te daré mis versos que son oro y mis prosas que son buen vino, si me matas por siempre mi esplín y mi horrible tristeza!

MCM

ALMANAQUE ARTISTICO DEL SIGLO XX Montevideo 1902

LA ULTIMA PAGINA

En un album

Y al mirarla, me dijo quejosa "Ven a mí, tú que tienes un alma infiltrada de amables ensueños! Yo quisiera que tú me adoraras!

Yo quisiera tener, de tu rica joyería de estrofas galanas, la más regia diadema de versos que tus manos de artistas engarzaran

Yo quisiera vivir, de tu vida la hora rosa, ¡oh! ven tú si me amas! soñador de un soñado imposible — a cantar tu liturgia sagrada

Soy la sola a quien todos desprecian, la sufrida en quien nadie repara, la olvidada de siempre, la oculta a quien nadie se atreve a llenarla

Pon la luz del azul de tus cielos en mi trágico y gris panorama ¡tú que sabes la ciencia divina del rimar con amor tus palabras!

Soy la buena, la amable, la dulce Cenicienta entre todas las páginas Soy la hermana mayor, la guardiana de las otras hermanas del album

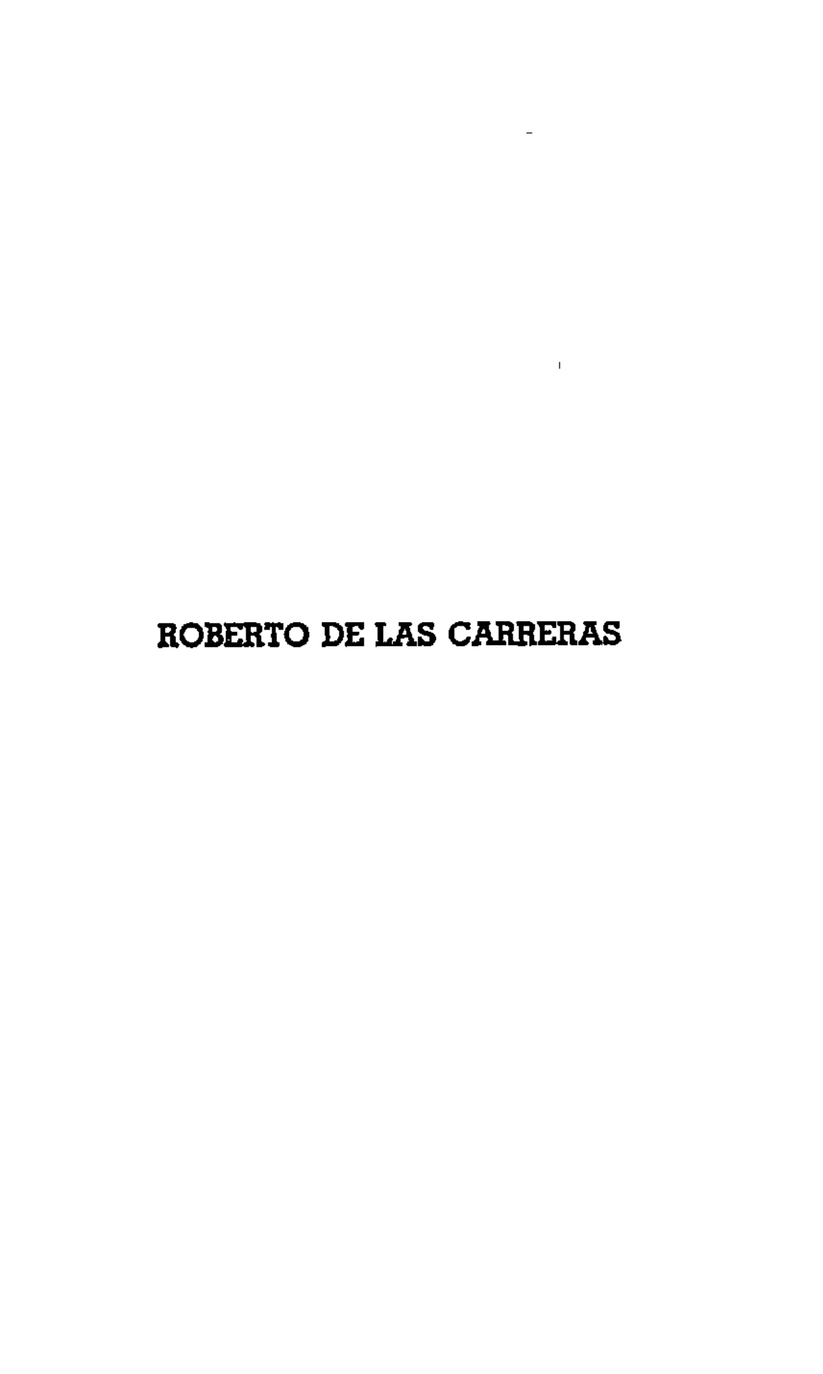
Perfumadme de amor y recuerdo — ya que muerto de amor olvidada — ¡Trovador de esta fiesta galante que sabéis del querer de esta página!"

Y busqué en mis jardines de ensueño la flor lis que pudiera adornarla; y no hallé en mi jardín inviolado la flor lis que es blasón en mi heráldica

Y al mirarla mirarme quejosa, sin poder ofrendar esta página, yo os invoco ¡oh la dueña dichosa del album galante, que es un fiel guardador de recuerdos! Dadle vos esa flor de cariño a esta última página blanca

---

EVOLUCION, Montevideo, Año II, Tomo II, Nº 18, setiembre de 1907 Citado en la conferencia incluida en esta publicación y titulada *El decadentismo en América* por César Miranda



ROBERTO DE LAS CARRERAS



Cuestiones Jurídicas

MI HERENCIA

(Comentario al art 222 del Código Civil)

Tengo hace mucho tiempo un enemigo
Grande, fuerte, por todos respetado,
Implacable y feroz para conmigo,
Con todo su poder me ha fulminado
Y me encuentro, de veras, consternado
Pues me pierde, lector Como lo digo
¿Quién es? preguntarás Acaso un vil
Detractor? ¿Algun crítico insolente?
¿Una mujer? ¿Tus ochocientos mil
Compatriotas? ¿El publico? ¿La gente?
No Mi enemigo es algo más potente
Es, por desgracia, el Código Civil!
Me imagino al lector muy sorprendido
Por lo que francamente he declarado
Pensará que me falta algun sentido
Mas si es así, lector, te has engañado
Estoy y estuve siempre condenado
Yo he faltado a la ley, he delinquido!
Se me contestará seguramente,
que si soy un malvado, un criminal
No será mi enemigo ciertamente,
El Código Civil, sino el Penal
Mas yo no he cometido ningun mal
Voluntario Y la cosa es diferente
El publico está a oscuras ¡Qué ocurrencia!

Se dirá, más que nunca sorprendido
Mas, lo voy a sacar de su inocencia
Con dos palabras más habrá entendido
Es mi crimen lector, no haber nacido
En toda regla Y quedo sin herencia!
Aunque no me preocupo ni me irrito
Por las impertinencias de la suerte,
Sobre este asunto, a mi pesar, medito,
Pues la pobreza es una cosa fuerte
Mi padre ha visto aparecer la muerte
Sin hacer testamento ¡Qué delito!
No se vaya a creer que yo pretendo
Hacer ver que no tuvo un alma honrada
Su memoria, aunque de ello hable riendo
Será para mí querida y respetada
Y, si hoy ha muerto sin dejarme nada
Es porque se olvidó Yo así lo entiendo
Teníamos, es cierto, divergencias
De opiniones Severo, reservado,
El siempre respetó las conveniencias,
Y era, además, político exaltado
Firme y recto, me hubiera dedicado
Por su gusto, al comercio o a las ciencias
Mas, yo, lleno de sueños y lirismo,
Soy un gran holgazán Siempre lo fui
Y si comprendo, con un gran cinismo,
Que los demás trabajen para mí,
Aseguro que nunca concebí
Que ellos puedan tambien pensar lo mismo
Sé muy bien que debiera avergonzarme
De ser así No es cosa muy lucida
Pero ¿qué hacer? No puedo reformarme,
Y como soy, seré toda mi vida

Sin ideal, de condición suicida,
Suelo escribir, esto es, desperezarme,
Y no se me ha ocurrido envanecerme
Al menos hasta hoy, de contribuir
Al progreso del mundo Mi alma duerme
¡Oh glorioso Futuro! ¡Oh Porvenir!
Si tampoco te puedo hacer reír,
Nada, nada tendrás que agradecerme!
Pero, volviendo a la cuestión herencia
Yo tengo las mejores intenciones
Temo que se concluya la paciencia
Sin embargo, y no entienda de razones
Pero qué podría hacer? Mis relaciones
Me aconsejan la calma y la prudencia
Es un asunto serio haber nacido
Cuando, al menos, se es hijo natural
Simple, aunque no se esté reconocido
De una manera explícita, legal,
Se puede como alivio a ese gran mal
Exigir alimentos y vestido
Pero yo no me encuentro en ese caso
Pues en mi nacimiento hay circunstancias
Agravantes Estoy a campo raso
De nada sirven suplicas ni instancias
Y a pesar de mis locas arrogancias,
No sé en verdad cómo salir del paso
Con mi cabeza ardiente y poco cuerda
¿Cómo queréis que viva sin dinero?
No lo puedo ganar, y ni se acuerda
De tal cosa, mi espíritu ligero
Por lo demas colocaria un cero
Lo mismo a la derecha que a la izquierda
No sé nada de serio o de profundo

Y respecto a las cuatro operaciones
Sumo, hasta resto como todo el mundo,
Y multiplico, en fin, con aflicciones,
Mas, sólo hago sencillas divisiones
Pues por más de una cifra me confundo
De Algebra no hay que hablarme ¡Es demasiado'
Allá, en mis buenos tiempos de estudiante
Leí sobre el asunto un gran tratado
Pero sólo recuerdo en este instante
Que no llevé mis cursos adelante
Por salir casi siempre reprobado
Pero dejemos ésto Me encontraba
Entre amigos de mucha intimidad
Hace ya algunos dias Se trataba
De mi herencia, y con toda autoridad
Hablaron del asunto A la verdad,
Su gran parcialidad me sublevaba
Y se entabló una fuerte discusión
Todos eran, lector, a excepción mía,
Hijos de matrimonio, y la opinión
Fue, en general, que yo no comprendía
El objeto moral que perseguía
La ley, y que ésta obraba con razon
Indignado, agitando las dos manos,
Abogué por los hijos naturales,
Y opuse grandes argumentos sanos
Demostrando que en casos especiales
La ley acarreaba grandes males
'La división, señores entre hermanos!''
"Los Códigos", decía, 'están mal hechos"
"Son idiotas, son bestias, sus autores!"
Mas todos sonreían satisfechos
De su estado civil, de sus mejores

Condiciones, como hombres superiores
Que no pueden temer por sus derechos
Yo continuaba "El Código Civil
"Con su gran fin moral está perdido
' Es imbécil, ¡ridículo! ¡pueril!
"Pues ¿quién, al ir a hacer algo prohibido
"Recordando la ley, se ha detenido?
"Se encontrará, tal vez, uno entre mil!
"Pero ni aun eso creo" y proseguía
Con tono de broma "¡Es evidente!
"Nadie ha amado jamás a sangre fría
"No tiene el verbo amar más que Presente
"¿Quién piensa más allá?" Severamente
Uno me respondió "yo pensaría"
Lo cierto es que estoy mal Como se sabe,
Me encuentro pobre, triste, abandonado,
Y aun cuando se me elogia y se ma alabe
La austera sociedad me ha condenado,
Pues al fin represento un atentado
A la buenas costumbres Esto es grave!
Pero no creo ni por un momento,
Que ser bastardo sea denigrante
Al contrario, me encuentro muy contento
Por ello Me parece interesante,
Original, feliz, ¡hasta elegante!
Te lo digo, lector, como lo siento
Mi nacimiento es muy decadentista,
Y viene bien a un hombre que no anhela
Nada más que ser nuevo y ser artista,
A un poeta sin reglas, sin escuela
A más, puedo ser héroe de novela
Romántica y también naturalista
Para nacer, según es muy sabido,

Es de necesidad, generalmente,
Que dos personas hayan consentido
En casarse, a lo menos civilmente
Mas yo ,siempre discorde con la gente,
Para nacer de todo he prescindido
La ley, la religión y la moral
No han tenido, lector, nada que ver
Con mi cuna Eso ha sido algo informal,
Pero se relaciona, a mi entender,
Con mi estilo Ese modo de nacer
Es muy mío Lo encuentro personal'
Yo me reiría si alguien me arrojara
Con la idea de hacer un gran ultraje,
Lo de que soy bastardo, en plena cara
Más de un bastardo recibio homenaje'
Lo ha sido más de un alto personaje'
Por ejemplo El señor de Trastamara
Es preciso tener la vanidad
Del valor, para hablar sobre tal cosa
Y de ello me arrepiento, en realidad,
Pues mi conducta es algo indecorosa
Dıran ¡Qué poesía escandalosa'
Ese joven no tiene dignidad
Yo mismo pienso ¿Cómo se concilia
Lo que hago con mi gran delicadeza?
Me pierdo, si el buen gusto no me auxilia'
Y acaso a muchos les dará tristeza
Que publique estos versos Con certeza
Doy con ello un disgusto a mi familia
Me han contado que un día se trataba
De estos versos y gente de cultura
Opinó que si yo los publicaba
No iba a encontrar empleo Es cosa dura'

Y para completar mi desventura,
Tampoco hallará novia se afirmaba
Yo viviré sin novia, fácilmente
Pues mi alma está completamente fría
Mas lamento, lector, enormemente,
Que no pueda vivir de poesía
Y que al talento se le obligue hoy día
A emplearse, sencilla y burguesmente
¡Oh Musa mía! ¡Oh Musa encantadora!
Tú que has abierto mi alma atribulada
A la rosada lumbre de la aurora
Morirás para siempre! ¡Desgraciada!
La suerte te condena Estás sitiada
Por hambre Esta será tu última hora!
Oh sueños fugitivos, fresco Edén,
Desde el cual yo solía ver el cielo,
La suerte caprichosa en su vaivén
Me ha arrancado de ti! (Pero, en mi duelo
Una cosa me sirve de consuelo
Mi poesía está saliendo bien)
Comprendo que no puedo resignarme
A vivir pobre Moriré primero!
Sí, moriré! Nada podrá salvarme,
Para mí ya no existe el mundo entero
Por holgazán, poeta y altanero,
La evolución decide eliminarme
Dejaré mi lugar a hombres más sanos
Es cosa hecha No vacilaré
Para algo, al fin, me servirán las manos!
Por lo demás, lector, me reuniré
En el siglo con Byron y Musset
Que son mis dos parientes más cercanos
Mas lucho en todo con la adversidad

No puedo como Byron sucumbir
Luchando por la santa Libertad
Cosa que es de gran tono El Porvenir
A tan hermosa acción hace erigir
Estatuas Esto es grande a la verdad.
Y pensar que me pierdo un monumento
Porque no existe un pueblo encadenado
Que ame la libertad y el pensamiento!
¡Polonia! Me dirán Ya lo he pensado
Es esclavo, mas ¡ay! lo es demasiado
Y no hay nada que hacer por el momento
Yo tengo como alivio a esta fatal
Pobreza, que me amarga la existencia
La ventaja de ser original
Pudiendo hablar de mi dichosa herencia
No podría tener una ocurrencia
Tan buena, a no ser hijo natural!
Esto que digo aquí, me lo decía
Un amigo, con quien siempre me río
De las cosas, leyendo una poesía
Bastante mala de un hermano mío
Legítimo ¡Que versos! Daban frío
Era un soneto apenas bien medido
El sol era su tema ¡Qué candor
¡Qué magnífico asunto el elegido!
¡Desgraciado poeta sin vigor!
El sol o bien la luna Eso es, lector
A lo que el pobre se halla reducido
Lamentaría, ¡oh noble sociedad!
Que a causa de estos versos, se creyera
Que es un antro de infamia y de crueldad
Esta alma, únicamente algo ligera
¡Oh padres de familia! ella renueva

Una hermosa virtud La castidad
Sí, mı alma dolorıda y solitaria
Admira, más que nada la inocencia
De José, su pureza legendarıa'
Sı descendıera de él, ¡qué gran herencıa
La ley me acordaría' Mı exıstencıa
No sería como hoy, trıste y precarıa
Pero todo, lector, no se ha perdido'
No desespero Aun puedo hacer fortuna
Tengo esperanzas, yo, gran descreıdo,
Yo, que hasta aquı no concebí nınguna'
Odío menos los versos a la luna,
Y resulta que ya no me suicıdo
Algo grande, algo muy sensacional
Me sorprende, al concluir mi poesía
¡Dıcen que algo me toca' Menos mal
La de la gran notıcıa es una tía
Que me escribe, llorando de alegría
Espero, pues, que falle el Trıbunal'
Pero aquí debo hacerte conocer,
Estimado lector, algo ımportante
Es esto En donde van a resolver
Ese asunto monótono y cargante,
Parece que se ignora lo bastante
Para dejarme bien Eso va a ser
En Buenos Aires, pueblo humanıtario
A más, en que la ley es menos cruenta
Allí el Código no es autoritario
No me impide gozar de alguna renta
Y es cosa que debí tener en cuenta
Al hacer el presente Comentario

EL DIA, Montevideo, diciembre 4 de 1894

MI FRANCESA

Estoy perdidamente enamorado
De una mujer bellísima, increíble,
Y soy terriblemente desgraciado,
Mi infinita pasión es imposible

La mujer que yo sueño, mi quimera
Nada tiene que ver con mi país,
Con mi aldea prosaica es extranjera,
En sus ojos hay vistas de París

Su rostro es de un encanto incomparable,
Hecho de gracia alegre y colorido,
Un rostro *chic*, un rostro insuperable
Que no puede mirarse distraído

Tiene un sello especial esta belleza,
Belleza sin igual, ya se comprende,
Hay en todos sus rasgos la extrañeza
De una cosa casual que nos sorprende,

No es la belleza olímpica y correcta,
Venus escultural de los museos,
Belleza fría, y a lo más, perfecta,
Que admiramos tal vez, mas sin deseos

El rostro de mi amada es más del día.
Su rebelde, su artística hermosura
Se burla de la exacta geometría
Su boca es una ingenua travesura

Ella tiene en sus gestos elegantes
Una malicia fina y delicada
Tiene, llena de tibios excitantes,
Una cara feliz, condimentada!

No hay nada mas sensual, más expresivo,
Que su gracia poética y ligera

La ilumina la envuelve, un atractivo
Que no se halla al alcance de cualquiera
    Guarda en su corazón una alborada,
Algo alegre que siempre está cantando'
Espiritual, risueña, descuidada,
Para que el azar la hizo jugando
    Y sin embargo, su mirada piensa
Y en el fondo de su alma hay sensitivas
Brilla una dulce claridad suspensa
En su rostro sensual de líneas vivas
    Todo su ser, toda ella es un halago
Que hace soñar, cantar, enamorarse,
Tiene en sus ojos un deseo vago
De querer, de besar, de acurrucarse
    Y la adoro, la adoro inútilmente
Con una gran pasión ¡Es de las mías'
Por su parte le soy indiferente,
No conoce tal vez mis poesías'

ALMANAQUE ARTISTICO DEL SIGLO XX 1901
Montevideo

MI ITALIANA

Me hice hace poco tiempo la promesa
De no amar ni escribir Ha sido vana
Y después de cantar a una francesa,
Ahora voy a cantar a una italiana

La mujer que ahora quiero no es ingrata
Me ama yo la idolatro Y no hablo en broma'

Adoro a mi italiana Me arrebata!
Y de París, lector, me paso a Roma!

¡Qué encantos los de Italia! Cuando pienso
Que a causa de otro amor amé la Suecia!
Pero éste es el más grande, éste es inmenso!
Poético y gentil como Venecia!

A un mismo tiempo alegre y afligido
Estoy lleno de angustias y ansiedades
No como duermo mal, me he enflaquecido
¡Qué pasiones! más bien ¡Qué enfermedades!

¿Y mi Musa? La pobre está olvidada
Y debe de encontrarse resentida
Entre mis brazos, loca, enajenada
Ahora en vez de ella tengo a mi querida!

¡Qué amor excepcional! Naturaleza,
Mira! Tienes en él un monumento!
Esta pasión es toda una grandeza!
¡Un acontecimiento!

¡No hay con qué comparar este ardoroso
Juego de amor! La atmósfera está fría
No hay guerra, el anarquismo está en reposo,
Los volcanes ¡tranquilos en el día

No hay nada digno de él Yo nada advierto
Ni un dolor grande ni una gran fortuna
Ninguna tierra más se ha descubierto,
Y no ha nacido ayer montaña alguna!

Está el término medio en derredor
En el cielo magnífico y profundo

Hay los astros de siempre ¡Es nuestro amor
La actualidad del mundo!

El universo debe de admirarnos
¡Qué cuatro alas! Y ella es inteligente!
Cuando hablamos, lo mismo que al besarnos
Estamos frente a frente!

Yo le digo hermosuras, maravillas,
Frases que la acarician por millares!
Mezclo a Dios en las cosas más sencillas
Y hasta llego a decir cosas vulgares!

Soy romántico ahora más poeta!
Mi Musa antigua ya no tiene asilo
Este amor es la pérdida completa
De mi paz, y el trastorno de mi estilo!

Y ella ¿me quiere? Mi alma se encapricha,
Y se empeña en dudar ¡Si no me amara!
Estoy lleno de sombras Esta dicha
Tan natural es una cosa rara!

Mas debo convencerme Soy dichoso!
Seré amado como hoy todos los días
Y de nosotros dos, lo más hermoso
Será el desprecio por las almas frías!

Nuestro amor entrará en el Clasicismo
¡Qué soberbia, qué espléndida pasión!
Despreciamos el mundo hasta el cinismo,
Y vivimos a pleno corazón!

Cuando están nuestros labios confundidos
Sentimos que este amor es de otra zona!

Y ella tiene furores y rugidos
Así me gusta más   ¡Es mi leona!

¿Quién es capaz de amar tan locamente?
¿Quién siente, en fin, una pasión como ésta?
No es amor de salón, seguramente
Es un amor que pasa en la floresta!

Ella tiene en sus venas un ardor
Natural, espontáneo, incalculable!
Y en sus caricias locas un vigor
Que podría matar!   Es adorable!

Mas, por desgracia, su primer amante
No soy yo, ni el segundo, ni el tercero
A todo llego tarde!   Es irritante!
Aunque a su corazón llegué el primero,

Según ella   Ella siempre me ha afirmado
Que su alma es virgen hasta de un deseo,
Me asegura que nunca, nunca ha amado
¡Me lo jura!   y ¡qué diablos! yo lo creo

Nos amaremos, pues, querida mía!
Y seremos de bronce, de algo fuerte,
Para que esta pasión, toda alegría,
Viva a pesar del tiempo y de la muerte!

Pasaré mi existencia entre placeres
Entre tus labios cálidos y suaves
Por lo demás, desprecio a esas mujeres
Que no son más que vírgenes   Lo sabes

¡Que una dicha inmortal sus brazos abra!
¡El resto será olvido!

¡Qué manera de amar! Esta palabra
Infinito, por fin tendrá sentido!

Gocemos hasta el fin! Yo amo la vida!
Tu amor es una fiesta!
¡Este es triunfo! ¡Bésame querida!
¡No dejemos jamás nuestra floresta!

LA REVISTA Montevideo, Año I, Tomo II, Nº 10
Mayo 5 de 1899

PERSONAL

"Explicación de una silueta"
"Acta en un acto"
"Armandito Vasseur"
"(Esfumino)"

Armandito Vasseur a quien todos conocen en Buenos Aires por los deliciosos epítetos de *Ovejita, Cachila, Ovejita loca* (Florencio Sánchez), *Sulamita*, y a quien todos se permiten en aquella ciudad palmearle mimosamente las caderas y darle besitos en las mejillas, Armandito Vasseur, una síntesis de tilinguería, un tonto célebre, un arquetipo de la estulticia, un ingenuo, un pobrecito hablador, un *bebé* literario, un *biscuit*, un paraninfo, un alienado inferior, "un vate", un guaranguito de extramuros, un palurdo, autor de estafas, un mandria, un ex-despachante de un almacén de be-

bidas de la calle Agraciada, que ha pretendido echarla de bastardo adulterino fingiéndose hijo del vizconde de Lautremont (sic) y acusando a su madre de un delito que se halla fuera de la jurisdicción de las villanas; un titiritero de la gacetilla, arrojado de "El Tiempo" por inepto, echado a patadas de "El Mercurio de América", de quien se ríen en Buenos Aires las mujeres, en su propia cara, aludiendo picarescamente a su falta de sexo, un pordiosero del amor, desairado una y mil veces por una señorita de Montevideo, a quien ha dedicado versos revulsivos ejemplo, los desechados en el concurso que hubo de ser, y que acusan en su autor un microcéfalo indigno; andrajo fisiológico, lisiado por bajos erotismos, molusco plebeyo, sietemesino ridículo, producto miserable de la inercia matrimonial, en cuya fisonomía, *hebeté* está inscripto el bostezo trivial con que fue engendrado, abrumado por una herencia patológica de tarambanismo, en el último grado de la tuberculosis intelectual, modelo de raquitismo, príncipe de los granujas, estólido palafrenero, efebo inmigrante, que ha llegado de Buenos Aires corrido por el manoseo de ironía que le prodigaron hasta saciarse, hasta hacerlo llorar, Rubén Darío, el titeador de Rodó; Lugones, Fray Mocho, Ezcurra, Jaimes Freyre, Oliver, Ugarte, Estrada, Geraldo, Ingenieros, Arreguine, Naín, Ortiz, Noé, Berisso, Goycochea Menéndez, Payró, Tiberio, Riu, Sumay, etc —acribillado de risa en el Rosario y La Plata, pateado, golpeado, insultado, ultrajado,

hasta por los tipógrafos de las imprentas de Buenos Aires; secretario *cafften* de Payró, camarero de Rubén Darío, cuyo ridículo en Buenos Aires corre de mano en mano y es tan familiar como cualquier monumento público, — Armandito Vasseur, ha tenido la inconsciente osadía de provocarme

Este heretista cobarde, este despechado viscoso, este sucio, al borronear la silueta con que me ha querido aludir, ha obedecido a la hidrofobia que le causó el desdén, la sonrisa de piedad que le he dejado ver en varias ocasiones No puede pedirse mayor elogio de mi ironía, de mi superioridad sobre esta gentecilla de grafómanos asalariados y testaferros, de estos rufianes del periodismo, que la cólera desentonada de Armandito Su rabieta de niño, sus espumarajos de damisela desairada, me han llenado de satisfacción

Quiero hacer constar que este femenino es de una cobardía inverosímil, y que su audacia tiene por explicación que él jamás pensó en responsabilizarse; prueba de ello el seudónimo con que se ha ocultado y la respuesta dada a mis padrinos los señores Julio Herrera y Reissig y Juan Picón Olaondo, por sus representantes, dos mensajeros de paz elegidos en lo más conspícuo del partido católico por el arzobispo Soler.

He aquí el acta

En Montevideo, a doce de junio de 1901, siendo las 6 15 p m, reunidos los señores Dr José H Espalter y Juan B Schiaffino como

representantes del señor Alvaro Armando Vasseur y los Sres Julio Herrera y Reissig y Juan Picón Olaondo como representantes del señor Roberto de las Carreras, después de canjeados sus respectivos poderes, los señores representantes del señor Roberto de las Carreras, manifestaron:

Que consideraban gravemente ofendido a su ahijado, por parte del señor Vasseur en la silueta aparecida en "El Tiempo" con fecha 10 del corriente, y que por lo tanto exigían una plenís ma retractación por parte del señor Vasseur de los conceptos injuriosos contenidos en dicha silueta, o en su defecto una inmediata reparación por las armas

Los representantes del señor Vasseur manifestaron, que a su juicio caben bastantes dudas respecto del carácter injurioso de los conceptos contenidos en el artículo de que se ha hecho mención, a los efectos de determinar un lance de honor, por cuanto, el mencionado artículo, inviste un carácter pura y exclusivamente de agresión a la personalidad literaria del señor Carreras, que supuestas estas dudas, juzgan que sería del caso la designación de un tribunal de honor encargado de resolver sobre si los conceptos del artículo motivo de este incidente deben originar un caso de duelo.

Expusieron los representantes del señor Roberto de las Carreras que la silueta del señor Vasseur es ostensiblemente injuriosa y agresiva, de carácter absolutamente personal, sin el menor viso de censura literaria, y que

por lo tanto exigían enérgicamente y a la mayor brevedad una reparación por las armas, replicando a los representantes del señor Vasseur que estaba en la conciencia pública la grotesca agresión del señor Vasseur, y en ese concepto no aceptaban la designación de ningún arbitraje por considerarlo obvio y ridículo

Agregaron que estaban convencidos de la absoluta carencia de buena fe de criterio que asiste a los señores representantes del señor Vasseur al excusar a éste de la agresión personal contenida en la silueta Y por último declararon que el criterio equívoco de los representantes del señor Vasseur implica una evasiva sin honor por parte del ahijado de los señores Espalter y Schiaffino

Los señores representantes del señor Vasseur expusieron que al proponer el arbitraje proceden por inspiración propia juzgando que es la manera discreta de dirimir la cuestión previa si hay o no lugar a duelo, duelo a que iría el señor Vasseur si hubiera lugar a ello que juzgan ligero el juicio de los señores representantes del señor Carreras sobre su conducta y la de su ahijado, a quien consideran un caballero

En este estado dieron por terminada la misión que se les confirió por parte de sus respectivos representantes **Julio Herrera y Reissig, Juan Picón Olaondo; Juan B. Schiaffino, José Espalter.**

EL DIA, Montevideo, junio 13 de 1901

GALANTERIA PARA CON "LA REVISTA"

Señor Julio Herrera y Reissig:

Le envío en contestación a su pedido de algunas líneas para La Revista, un párrafo de una composición inédita.

Se trata en ella de una mujer que me encanta única elegante de raza que existe entre nosotros, mujer cuyo porte señoril y cuya desenvoltura dan una idea acabada de lo que es el *gusto*

A su lado las demás mujeres de Montevideo son todas mujeres de aldea, vestidas con falsa elegancia, pobres locas que me inspiran más lástima que risa, con sus sombreros rojos y sus capas largas hechas para las francesas

Para que se explique Ud el párrafo, que le mando, de esa composición en que canto á mi dama, al describirla y que no es más que los labios de la mujer, debo advertirle que aunque mi dama no usa ningún afeite y tiene la boca naturalmente encendida, se le enciende aún más con carmín. capricho oriental de duquesa!

Yo observaba aquella pincelada de carmín, vivo exórtico, como salido de entre las tintas calientes de un cuadro al óleo, pintado sobre un motivo de Turquía, igual al de las bocas de las bayaderas y escondidas concubinas de serrallo, carmin que yo imaginaba llevado bajo la incandescencia blanca del sol, en las tierras donde los colores son supremos, por un merca-

der de Arabia, entre perfumes intensos, mezclado en la misma alforja al almizcle . . .

Entreveía a Lisette en su casa, vestida con un resplandeciente traje de mora, —bombachas, y en los diminutos pies de judía, pantuflas altas parecida a Loti en albornoz, en su camarín de abordo . . .

Hacía y deshacía sobre su frente peinados raros; se la rodeaba como las Circasianas con una diadema de medallitas . . Tenía cojines de terciopelo en que se acostaba desnuda sobre el pecho como una gata rampante . . . Espejos a ras del suelo le devolvían cien veces la imagen de sus caprichosas actitudes, con las que superaba en secreto a las Odaliscas, a las misteriosas esclavas que adormecían a los Sultanes en sus mágicos brazos de favoritas . . . En el risueño desvarío de su imaginación mecida para las fábulas, oscilaba bajo sus pies el puente de los navíos, y se sentía conducida en las literas de las reinas de Egipto . . . Su dueño era un pirata . . . Y la tenía escondida en una isla desierta, junto con el botín y las preseas y maravillosos productos de las tierras saqueadas, entre peñascos y abismos, en fantásticas estancias repletas de oro, los tapices esplendorosos bajo las salpicadas pedrerías de trofeos de alfanjes . . .

LA REVISTA, Montevideo, Año I, Nº 1, agosto 20 de 1899

CARTA A JULIO HERRERA Y HOBBES (Ex REISSIG)

Querido Julio:

En nombre de Afrodita, te debo una explicación.

¡Qué anonadamiento el de tu espíritu, qué síncope fulminante de sorpresa, qué bramidos de indignación los tuyos, viéndome con el dogal al cuello, en la picota ignominosa de los edictos matrimoniales, como cualquier pobre uruguayo que va a cumplir ceremoniosamente su misión prolífica en las cabañas de la sociedad! No roce tu pensamiento que abrazo el fetichismo del matrimonio, que opto por el *cliché* de las convenciones medioevales, que cedo sojuzgado por el ambiente a los prejuicios de las imbéciles mayorías, que este país bacterio, milagro de ridiculez, ironía de nacionalidad, me avasalla triunfalmente, que me tritura la presión asfixiante del océano colectivo.

Se trata de una imposición fatal, abominable, de las circunstancias, de un escape fortuito por una encrucijada de cuchillas, de un acosamiento siberiano de jaurías de contrastes, de un desplome de crisis insolubles, de un apocalipsis de acreedores antropófagos, de Cerberos del agio, de Carontes y Procustos, de un sitio, por hambre, a mi trascendental fisiología!

Entro en explicaciones: una señorita, menor de edad, es mi amante, como tú no ignoras una esclava de mi voluntad, una sugestionada

sumisa de mi haren de Gran Visir Se me aboca un dilema: "El juez, o el Buen Pastor"; una firma, a la que no doy valor alguno, o un tutor cesarino que invada mis prerrogativas de dueño de la Princesa. He optado, como anarquista, por redimir a mi amante de las garras zahareñas de la tiranía burguesa

Mi presentación al Juez, mi contrato extrínseco, mi fórmula de sainete, mi carnestolenda, es una acción libertaria!

Después de haber paseado insolentemente mi conquista por la faz de la miserable aldea, después de haber atravesado como una puntada el corazón del villorrio, después que mi superioridad ha reído de estos evangelios hipócritas, de estos "babuinos emponzoñados" (tuyo) a quienes me complazco siempre en inquietar con mi florete, mi casamiento *legal* resulta la más cáustica, la más alevosa de las ironías

Juego al *football* con la moral de los montevideanos, con los ídolos abracadábricos de los "trogloditas púdicos" (tuyo .).

Como anarquista, no reconozco el matrimonio, esa piltrafa del tiempo negro, este sofisma supersticioso, ese catafalco bíblico que hay que deshacer a patadas, en el que no veo otra cosa que un aquelarre burgues donde se compran mujeres.

Del mismo modo que el concúbito oficial no reconoce la unión cristiana, y los católicos viceversa, yo, quintaesencia del anarquismo, dinamita de rebelión, paradoja contra los imbéciles,

doy un mentís descarado, abanico a bofetadas al aparejamiento civil, al concubinato legal, como lo llama Tolstoi.

Todo valor nomínico *es* sólo por su admisión, por el tercero que lo monetiza. El casamiento es un papel moneda que nada importa para nosotros

La señorita, como menor de edad, no puede disponer de su fortuna heredada la cual a no *casarme*, vagaría sin rumbo, por mil entuertos, faquíricamente pulverizada en los trámites jurídicos.

Mi pereza de no ir hasta el Juzgado, mi resistencia a mojar la pluma, fuera, como se comprende un abandono egoísta Temer la crítica de los inocentes que no me admiran, que mi actitud diplomática de hombre experimentado se interprete como una contradicción suicida, como si desertase de mis trincheras anárquicas, fuera una puerilidad salvaje

Empeñarme en resistir a fuerzas superiores, en ser un Pirro en esta época spenceriana, resultaría un encaprichamiento de damisela, un romanticismo ingenuo de apóstol de las catacumbas, de caballero de Jerusa en Mi situación precaria se felicita, con un sarcasmo, con una mueca de Mefistófeles de este simulacro astuto; sonríe como un sátiro travieso a la austeridad de las togas

¡No me caso! El movimiento mecánico de mi pluma no importa una conversión a la estulticia

Mi primogénito real no será legitimado. Quiero que lleve, arrogante, la corona de la bastardía, que en El se admire la obra de arte del amor libre Quiero que sea mi continuación galante, la eterna pesadilla de los montevideanos, mi protesta encarnada contra plebeyos y legisladores!

Espermatozoide rebelde, con aparatos nerviosos superiores, anudados de lóbulos geniales, será el eslabón soberbio de una raza de Caínes y Arístides, de Luteros y Dantones, de Nietzsches y Baudelaires ! ¡Será un Anacreonte de mi prosapia afrodisíaca!

Si yo lo legitimara, se negaría a creerme padre!

Con mi presentación al Juez no abato mi estandarte de libertino Por el contrario, triunfo como estratego: aumentarán, es seguro los censos de mis conquistas. En nuestra obra futura tú haces constar, tú pruebas que las mujeres de Montevideo, se entregan exclusivamente a los hombres de matrimonio

Te recordaré tu frase. "Nuestras niñas se dan a los casados por un exceso de pudor Conceptúan indecoroso, de muy poca delicadeza tales confianzas con un célibe que no constituye para ellas un hombre de respeto Desconfían nuestras vírgenes, con perspicacia celeste de la discreción de los inconyugados A la verdad, convengo que en materia de honra se hace indispensable mucho disimulo, una reserva de ministro!"

La noticia de mi presentación al Juez ha

levantado una tromba de alegría entre los trilingues burgueses, reos de imbecilidad que enviaremos a la horca, en nuestra próxima catilinaria, cuyas fauces serán rellenadas por el polvo olímpico de nuestro carro de combate ¡En esa obra colosal, hermética, lo único bueno que se haya escrito en el país hasta la fecha, cuyos ecos cavernosos atronarán las Españas, le pondremos la nación de sombrero a los estólidos uruguayos! Ella será la credencial gloriosa de nuestra pisque revolucionaria, de nuestro valor único, de nuestra personalidad ungida por Minerva!

Yo, amante de nacimiento, hidrofobia de los maridos, duende de los hogares, enclaustrador de las cónyuges, sonámbulo de Lisette, me sujeto a tu dictamen, oh Lucifer de Lujuria, hermano mío por Byron, Parca fiera del País, obsesión de pecado, autopsista de una raza de charrúas disfrazados de Europeos ¡Yo imploro tu absolución suprema, oh Pontífice del libertinaje!

Toldería de Montevideo

EL TRABAJO, Montevideo, Año I, Nº 20, octubre 8 de 1901

ORACION PAGANA

¡Yo te arrojo todas mi rosas helénicas, oh amante arrebatada a la gloria del Beso!

¡No se concibe que una mano sacrílega haya podido herirte! ¡Si algo existe con un derecho supremo a la vida es la Belleza inviolable, dispensadora de las lágrimas y de las sonrisas!

El ara de los dioses ha sido profanada y el Olimpo está triste.

Enmudece de congoja mi corazón de amante y perlan sobre ti ¡oh flor pagana! mis lágrimas de esteta.

¿Cómo, frente a la hermosura, no se arrodilló la Muerte? ¿Qué mano fue bastante torpe, que voluntad bastante ciega para herir tu seno, ¡oh peregrina! a la dulzura de amar? ¿Qué aberración monstruosa te arrancó la dicha, flor augusta de tu apasionado corazón? ¿Qué bárbaro derecho pudo disputarte la vida?

Apenas sé quien eras y mi corazón está mustio como las hojas de Otoño ...

El amor exilado vaga sobre la tierra, una vez más maldito ... Aletean en torno fúnebres presagios ... ¡Oh dioses! ¡El falerno de mi crátera se ha convertido en sangre!

Hermana olímpica que como yo soñaste el beso, ebria Francesca que supiste amar, tus ojos se cerraron una noche en espera de las caricias y a la orilla del lúgubre Aqueronte, ¡belleza traicionada! el Odio te condujo dormida ...

El que tuvo el cobarde valor de herirte no fue, cierto, un amante ... Quien no supo devorar mil punzadas no supo nunca amar ... No tienen derecho a invocarte ¡oh deidad misteriosa de los deleites! sino los que veneran su trágico

ananké, los que sabemos que escondes hieles tan amargas como son dulces los besos, los que marchamos serenos, sonrientes, al luminoso martirio

¿Quién habla de asesinar a la Belleza? ¿Quién es bastante débil para ultrajar a la Fuerza, invitándola a estúpidas venganzas sobre las gráciles infieles?

Tu, que eliges el crimen ¡El dolor es más bello! ¿Qué consuelo te depara la sangre? Tu corazón ávido ¿Qué recoge en la muerte? Si amas ¿cómo puedes destruir? ¿Cómo atentar al ídolo si te arrodillas?

Si fuiste lastimado, mil corazones de mujer comprenden tu pena y te llaman para consolarte ¿Por qué matas?

Sibarita de Extasis, liana de amor, enrededor de tu féretro, vagan las sombras de las amantes griegas .

Rebosa mi corazón, sube a mis labios como una ola, que contiene toda la aspereza de los vastos océanos amargos Quiero llorar por ti, tierna heroína de las más bellas cosas. Tus labios que derramaron la dicha, para siempre están cerrados por la Injusticia brutal, ¡y a tu fosa entreabierta llegan la imprecación, el anatema, el vejamen hipócrita, el insulto!

Sobre tu féretro se reclina, lacerada, mi nostalgia de los mundos en que el amor no fue delito ¡Rueden sobre ti, mis rosas a puñados! ¡Con ellas mi desolación, mi protesta!

No importa que te ultrajen Mi corazón pagano te guarda como un escudo. . ¡Es más

grande que el odio de los viles! ¡Mi lamento es más alto que el clamoreo inicuo de la turba cristiana, celebrando tu partida! ¡Aún más resonante que el aullido feroz de los caníbales regocijados por tu sangre!

Amaste fuera de la Ley y de los torpes moldes... ¡Por eso tu cadáver hostigan! ¡Por eso aullan los fieros chacales del Prejuicio!

No fuiste tu, fue la gran naturaleza quien extendió los brazos entusiastas al deleite único.

Sobre mi crátera erigida invocando a Venus, veo gotear tu sangre

¡La altiva soledad de mi esteticismo, mi hondo amor de Grecia, mi inspiración, sollozan!

Te sorprendió la muerte, aleve Regocíjate. ¡te han vengado los dioses!

LA TRAGEDIA DEL PRADO, LA CRISIS DEL MATRIMONIO, EL AMOR LIBRE, ORACION PAGANA por Roberto de las Carreras Montevideo Imprenta "La Nueva Central" s/f

YO NO SOY CULPABLE

Yo amo puesto que vivo ¿Soy yo culpable de que mi corazón florezca hacia tí, llevado por un divino instinto, como esas plantas que persiguen, sonámbulas el calor y la luz?

¿Tengo yo la culpa de sentir el alma mecida por tus ojos; de que tu cuerpo entone, con su ritmo blando, el arrullo de las barcarolas, de

que tu mirada tibia de ensueño aterciopele mi espíritu con el solaz de un bálsamo; de que las oleadas calientes de mi sangre se precipiten todas al deslumbramiento astral de tu cuerpo, en una marea de ternura?

¿Tengo yo la culpa de soñarte, de sentirme a tu vista, todo gemidos, delirante de ensueños, henchido de súplicas, tembloroso de pena, humedecido de lágrimas? ¿Tengo yo la culpa de aspirarte, a distancia, en una agonía de deseos, de unirte en el asilo entrañable y férvido de las palpitaciones del Sentimiento, a las esperanzas supremas, a las supremas melancolías?

¡No, yo no soy culpable de que tu seas divinamente bella, de que tus manos hechas con nimbos lunares, me hagan llorar y gemir, sentir, a la idea de que no puedo besarlas, el hondo afán de la Muerte!

Yo no soy culpable de que poseas el secreto de las armonías de mi espíritu, de que por tí, magnéticas, resuenen en la Emoción misteriosa, las inefables orquestas . y se desplieguen paisajes nostálgicos, sobrehumanos, de un vertigo paradisíaco, y asomen, a mirar, en el tropel de las ondas, criaturas en cuyos ojos descifro no sé si el dolor o la esperanza, el afán o el ensueño Yo no soy culpable de que tu boca sonría con las embriagueces más caras, con el luminoso y diáfano ambiente de los oasis, con el fulgor de las fuentes de que tu cuerpo, amasado con ternura, desfallezca como el de las trémulas La Vallières ! Caricia ondulante y viva que arrebata y mueve la voluntad al ritmo

de mi sangre, que sofoca mi aliento, que para mi corazón!

Yo no soy culpable de que tus ojos tengan un desmayo que viene de Sybaris, de los jardines de Semíramis, de los pórticos de Atenas, de las leyendas de las heroínas muertas de amor, de la codiciosa sombra de los harenes, de las supremas noches pasionales; desmayo como visto en los ojos de una voluptuosa aparición . imborrable, ¡único! Al influjo de su caricia, mi alma toda languidece y se postra a gemir

¡Yo no soy culpable de que tu rostro sea pálido como el pálido Amor, hecho de lirios y de luna soñado por los silfos! Yo no soy culpable de que el Destino haya impreso en tus ojeras hondas el poema de mi ansiedad, acaso el ananké sombrío de mi vida toda ella entregada a la pasión!

¡Yo no soy culpable de que tengas la cabellera ebria, la envolvente cabellera de haces profusos que se derrama, con perfumes de vértigo, en las almohadas tibias, sobre la frente consagrada de los amantes que lograron su afán! Yo no soy culpable de que tu garganta invite a morir en el divino suicidio de los tálamos!

Beben mis noches las ávidas deidades de cabelleras hirsutas, de pupilas sonámbulas frente al cielo en que mueren las estrellas y sonríe el alba . mecida en él tu imagen ¡cruel y delicioso fantasma!

¿Dónde hallar la palabra que llore mi pena,

que retrate mi ansia que, ante tus ojos, sobre la página inerme, viva mi delirante corazón?

Yo me apodero en el Sueño de tu cabeza ebria, yo te entrelazo con un remolino de angustias, con un vértigo de insensato dolor, yo aplaco la sed de mi boca con tus manos lunares mensajeras de la muerte . ¡Escúchame si tú tienes un alma! ¡Si tu comprendes cuál es el objeto de vivir! ¡Piensa que eres llorada, cantada sin descanso por la pasión! ¡Que por ti nacen melancolías ilimitadas como piélagos. que por ti suenan sollozos amargos como la hiel del Amor, que por ti se ciernen oscuros desamparos, violáceas penumbras, tristezas de tempestad que eres unida a los más altos sueños, que haces aletear, asfixiadas, las ternuras en un asfixiado corazón, que enciendes el volcán de las cóleras rebeldes, que por ti corren las lágrimas de fuego de Luzbel! .

Montevideo, Barreiro y Ramos, 1905

RETO A VENUS CAVALIERI

Púgil del sensualismo, te desafío a lid amorosa!

¡El genio griego ha inflamado mi alma por la gloria de los lechos!

¡Anhelo más que el triunfo en los juegos olímpicos del Arte, más que el oro y los trofeos

y las gemas de Bizapur, contemplar, después de la lucha hirviente, los ojos de una amante, llorosos y agradecidos!

¡La moribunda lasitud de un cuerpo ablandado por el placer, me sonríe mejor que la ambrosía; me embriaga más dulcemente que el Falerno apurado en ánforas etruscas!

¡En la noche de Venus yo canto a los deleites soberanos un himno de fatigas!

¡Velan sobre el misterio de la Diosa mis párpados insomnes!

¡Sobre el seno de una amante sé detener la Noche y atraer la mirada de los astros!

¡Yo vivo en las súplicas de la agonía de los besos la eternidad de la tumba!

¡Yo recojo en el seno batiente de las locas derrotadas el laurel de los triunfos venusinos!

Yo seguiré la ruta de tus convexidades ¡Intrincaré tu cuello ,tus brazos, tus senos, tu cintura, tus muslos, tus pies de lotus, con hilos de perlas de besos!

¡Yo tachonaré tu cutis de nácar con las manchas moradas que enseña el libro del amor indostánico!

¡Serán tus incensarios las alcobas hervorosas de sándalo consagradas al arrobamiento de Kama!

¡Se desvanecerán sobre tu ara la mirra y el incienso, el sándalo y el almizcle, el cinamono y el ámbar, todas las notas de la música del Perfume!

¡Yo haré fulgurar bajo tus párpados volteados el centelleo de los goces trémulos que en-

tonan sus cánticos de gloria en los Paraísos del Profeta!

¡Yo ceñiré a tu cuello la sierpe del placer afanoso! ¡Yo abismaré tu razón con filtros salomónicos!

¡Yo poseo de Ovidio y de Propercio el secreto de rendirte!

De PSALMO A VENUS CAVALIERI Montevideo, Barreiro y Ramos, 1905

INTERVIEW POLITICO CON ROBERTO DE LAS CARRERAS

Opinión del hombre de faldas sobre los sucesos de Estado

Entente diplomática entre los dos partidos y Roberto de las Carreras

Roberto de las Carreras constituye, sin duda alguna, sobre cualquier asunto, la opinión más original de nuestro país.

Considerando urgente conocer el efecto que ha producido en el hombre de faldas, la reciente convulsión nacionalista, volamos en su busca.

Hallámosle ante una copa de champagne helado, en el Cenáculo, en la Torre de los Panoramas últimamente *lanzada* por el dios que la habita, Julio Herrera y Reissig

Acogiónos con su bien conocida elegancia de maneras

Hicimos nuestra pregunta

El atrevido pensador de *Amor Libre*, el héroe de la Revolución Sensual, el ídolo de Lisette y de la Berberisca (*Sueño de Oriente*), el enclaustrador de cónyuges, entretuvo, al oirnos, su negligente mirada, en las ensoñaciones bíblicas de Doré, que ilustran la Torre

Con su risita irónica

— Cosas de los uruguayos.

Apuró un sorbo de champagne

— ¿Alguno de los dos partidos ha conquistado su benevolencia?

— Por mi familia pertenezco a ambos Como *de las Carreras* soy blanco, hijo de un héroe de Paysandú, sobrino en segunda línea de Antonio de las Carreras el famoso ministro, el Niezstche del Uruguay que ordenó la temeraria ejecución de Quinteros No juzgo su conducta en estos momentos de delicadeza No obstante él mereció bien de los audaces por su irreprensible valor Condenóle a muerte Solano López Cinco minutos antes pidió una *cigarette* y la fumó sonriendo En seguida dejóse ir hacia la muerte

Fue un gesto de elegancia jónica

Heredero del valor de mi familia, si me ocurre ser pasado por las armas, no olvidaré la *cigarette*.

Como García de Zúñiga, soy colorado Un caballero de este nombre, un hermoso Aramís, un refinado fantástico de una época inverosímil,

poseedor de Serrallos, jardines Babilónicos, bosques flotantes, fastuosas riquezas, cuyos zequíes igualaban en número a las estrellas, salvó la vida a Garibaldi.

Garibaldi salvó a Italia, de donde se deduce que Italia ha sido salvada por mi familia ¡Esa nación me debe un monumento!

—¿Cómo se explica que la heráldica, la blasonada familia García de Zúñiga, descendiente de reyes, haya formado en el partido de los inmigrantes?

—Es una anomalía ... que ha sido castigada no distinguiéndose en América los García de Zúñiga por ningún hecho notable, excepto la salvación de Italia

—¿Piensa Ud. poner su florete a disposición de Batlle?

—Mi vocación diplomática me impone una severa *entente* entre ambos partidos ...

—¿El héroe de la Revolución Sensual, honrará a nuestra patria representándola como Secretario de la legación en París?

—Pienso ocupar ese puesto estratégico de la Galantería. He aquí la carta que persiguiendo este objeto, remití a mi noble amigo el Presidente de la República cuando fue exaltado:

"Sr. José Batlle y Ordóñez

"Ilustre amigo:

"Lo felicito por su caída ... Batlle, minis-
"tro en una ciudad de placer ha desaparecido
" ante mis ojos. No obstante lo aclamo por ser
" Ud. el único que ha repetido un nombre en la

" Presidencia. [texto ilegible] permitirá com-
" prender que el puesto de Secretario de lega-
" ción en París me corresponde de derecho

"Como amigo está Ud obligado a trocar mi
" reciente Waterloo galante (sólo los Napoleones
" tienen Waterloo) en un resplandeciente Wa-
" gram que esta vez será definitivo! El puesto
" de secretario me permitirá pasar triunfalmen-
" te de Montevideo al lecho de la Cavalieri que
" es la Hurí parisiense designada para mi reha-
" bilitación de amante Me he descubierto ante
" su imagen de Ud ostentada en un balcón de
" la calle de Sarandí He hecho en un cenáculo
" su perfil de intelectual y sensitivo refiriendo
" su gusto por Musset, sus delicadezas de oyen-
" te de Renán. He contado sus aventuras de
" París .

"¡Veintiocho intelectuales presentan plu-
" mas ante Ud !

"Al concederme Ud. el puesto que solicito
" tenga la seguridad que su gobierno habrá dado
" la nota de buen gusto.

Roberto de las Carreras"

—¿Cuál de los dos partidos ofrece a Ud. más probabilidades de reconocer sus gestos jónicos, su estetismo de Alejandría, sus fueros diplomáticos?

—El Partido Blanco es indudablemente el partido estético, fundado por el Petronio Oribe, de quien, como de Antonio de las Carreras, la historia ha conservado el gesto.

Carga contra el enemigo nacional en la retumbante batalla de Ituzaingó y sus soldados se arremolinan, enloquecidos por la metralla. Oribe, épico les arroja sus charreteras a la cara, pisotea el mando bajo el fuego. Se retracta de ser un general de cobardes! Los soldados fulminados de valor por aquel gesto se precipitan, arrancan la victoria! Petronio ungió aquel día la frente de Oribe.

—¿Es cierto que tiene Ud. sangre del vencedor de Ituzaingó?

—Me enorgullezco de mis lazos de familia con el héroe.

—¿Qué opinión tiene Ud. acerca de Rivera?

—Un sirviente de Oribe a quien el Petrónico, magnánimo, confirió grado, un plebeyo, un insolente que se rebeló contra su amo y señor, un sublevador de chusmas que no hallaron su Espartaco.

—¿Qué opina Ud. del rol de Garibaldi en América?

—Fue un Jefe de montoneras, un inconsciente.

—¿Lamenta Ud. que uno de sus nobles antepasados le haya salvado la vida?

—*Jamais de la vie!* Venero el rasgo de García de Zúñiga como uno de mis excelsos timbres nobiliarios. El que ejercitó al azar sus armas en América fue apóstol civilizador en Europa! En mi concepto Garibaldi fue víctima de una obcecación.

—¿No le concede Ud. vistas de político?

Roberto, sonriendo:

—A lo más un alma ingenua . Oribe, Presidente legal y constituido, desposeído brutalmente del mando, pidió auxilio a Rosas, tirano de la Argentina La severa diosa de los seculares relatos empieza a fruncir el noble ceño, a vacilar contra los explosivos contra Rosas, sobre su aureola de adjetivación funesta. ¿No estuvo limpio de muchos crímenes que se cometieron en su nombre? ¿La Mazorca fue obra suya? No se han decidido bien estos puntos El desafió a Europa y la venció! Es la mayor gloria americana

Que mi ilustre antepasado Oribe se uniese al discutido Rosas, fue un acto impolítico, al menos del punto de vista de la luz enferma predominante sobre aquel centauro Rivera el usurpador de mi familia que extendió su garra sobre el Cerro, posesión de mis abuelos, era un desamparado *parvenu* Un mal gesto del Petronio lo iluminó, trocándolo en héroe Si Oribe no se hubiera embarcado en Rosas, su empleado no incomodaría a la historia con sus pretensiones de libertador .

Una pausa

—Garibaldi ofuscado por su imaginación roja, italiana, no vio más que a Rosas

Su heroismo fue un rasgo de bonhomía Creyó defender la libertad luchando apasionadamente por las ambiciones oscuras de un subalterno Habla la historia

—Los rojos insisten en no reconocer la historia Idealizan a Rivera

—Es cierto Están obcecados Son sus pro-

pias víctimas Son los enemigos de la patria. El partido bermejo dio lugar a los dos partidos en que se desmembra la nacionalidad. Tal es la obra de Rivera. Si estos niños continúan nos amenaza el protectorado.

—¿Lamentaría Ud que el Brasil nos copase?

—Me es indiferente Habría gustado de la intervención del Brasil coronado de don Pedro pero tratándose de Repúblicas burguesas bah! —echó a volar una nubecilla de humo— Soy, como diría el dios Julio, un soñador del sultanato Entrego la patria a Constantinopla a trueque de un haren!

Al sentirse voces de que Batlle proclamaría la guardia Nacional, el dios Julio voluptuoso morfinómano, determinó, con vehemencia, que el Cenáculo proclamase oficialmente, por mi parte, la neurastenia nacional y por la suya la morfina nacional!

—¡Delira Ud. señor de las Carreras!

—¡Es propio de los cuerdos!

—¿Concibe Ud. algún medio de salvar a la República?

—Dividirla en dos Crear dos repúblicas, una blanca y otra colorada Es una idea que me sugiere la naturaleza. ¿El Río Negro separando fraternalmente la República, en dos partes iguales, es una profecía geográfica? Hay un inconveniente que se me ha hecho notar El Partido que percibiese el dominio del fragmento norte, perdería la capital Montevideo Esto podría subsanarse fácilmente echando Montevi-

deo a la suerte. Sol o número El partido que perdiese se consolaría con la ciudad del Durazno, que ha merecido el honor de ser proyectada capital de la República

No veo otro recurso a menos de la extinción de un partido por el otro . Concepción que la experiencia histórica descalifica Hace cuarenta años que el partido colorado la puso en práctica tratando de ahogar al partido adverso persiguiéndolo, proscribiéndolo, mortificándolo El partido blanco lejos de extinguirse se fortificó en la desgracia, y lanza hoy desde las selvas en que se refugiara un rugido retemb'ante de león, que ha erizado la melena de ese otro león, Batlle

—¿Es cierto que sus cosas de Ud hacen muy feliz al jefe de los rojos?

—Soy la sonrisa de ese hombre ilustre la gracia de su gobierno.

—¿Como anarquista, a la vez que como García de Zúñiga, no reconoce Ud. a sus hermanos, en los rojos?

—El rojo rosista de mi chaleco símbolo de la libertad que sólo nace de la sangre, es una mistificación en cuanto divisa de un partido que no es rojo sino *colorado*. Una observación aguda de sus hombres me permite pontificar que son los colorados burgueses misoneístas, como los blancos, que su divisa no es de un rojo filosófico sino pictórico. Han arruinado a la nación. Han aumentado la deuda en cientos de millones. ¿Pueden llamarse rojos, los que apalearon a la anarquía, durante el gobierno

de Cuestas, los que pretendieron asesinar por la espalda al propagandista anárquico Guagliapone? Casi estoy por decir que los rojos son los blancos ¡Ea!

Roberto apuró su copa de champagne

En ruidoso regocijo

—He aquí que resulto defensor de los blancos, yo, el sultán que no tengo más preocupación que la mujer, yo, el hombre de faldas!

—Nosotros, —dijimos—, admiramos en Ud al descendiente del dios de Ituzaingó, al sobrino de Antonio de las Carreras, varón digno de los tiempos de Roma que retó a los ingleses a desembarcar en Montevideo a causa de un mal entendido diplomático, intimidándolos obcecado por las Euménides de la venganza, señoras de la época, pero que halla su excusa en la valentía con que recibiera la muerte que él dio, admiramos al bastardo del amante Ernesto de las Carreras secretario de Leandro Gómez, héroe chamuscado en mil escaramuzas, que vio, imperterrito morir a Píriz, que propuso al flamígero Gómez en el instante del supremo aprieto abrirse paso con los pechos y las armas, a través de los brasileros, de innúmeros Flores que ahogaban la plaza!

Roberto se inclinó

—Es cierto, soy de una gran nobleza nacionalista

—Su solo nombre es una bandera revolucionaria Podría Ud ponerse a la cabeza de la rebelión urbana La revolución tendría así dos jefes, uno en los campos. Saravia, otro dentro

de la ciudad Ud Batlle sería tomado entre dos fuegos

Los labios del esteta se erizaron con aérea ligereza

— He recibido a ese respecto proposiciones del mismo Saravia, que rehusé con toda la cortesía que se merece el adalid de los blancos Dije al enviado los estetas no combatimos, no discutimos siquiera Sólo tenemos sonrisas, gestos por lo demás respeto mi *entente* personal .

— Esteta ¿cuál debe ser en su opinión el gesto de Balle?

— Devolver a los blancos las dos jefaturas usurpadas por el traidor Acevedo Observar el pacto El gesto obliga De lo contrario, el Presidente se hará culpable ante la Anarquía de un atentado al derecho

— ¿No tiene Ud ningún partido?

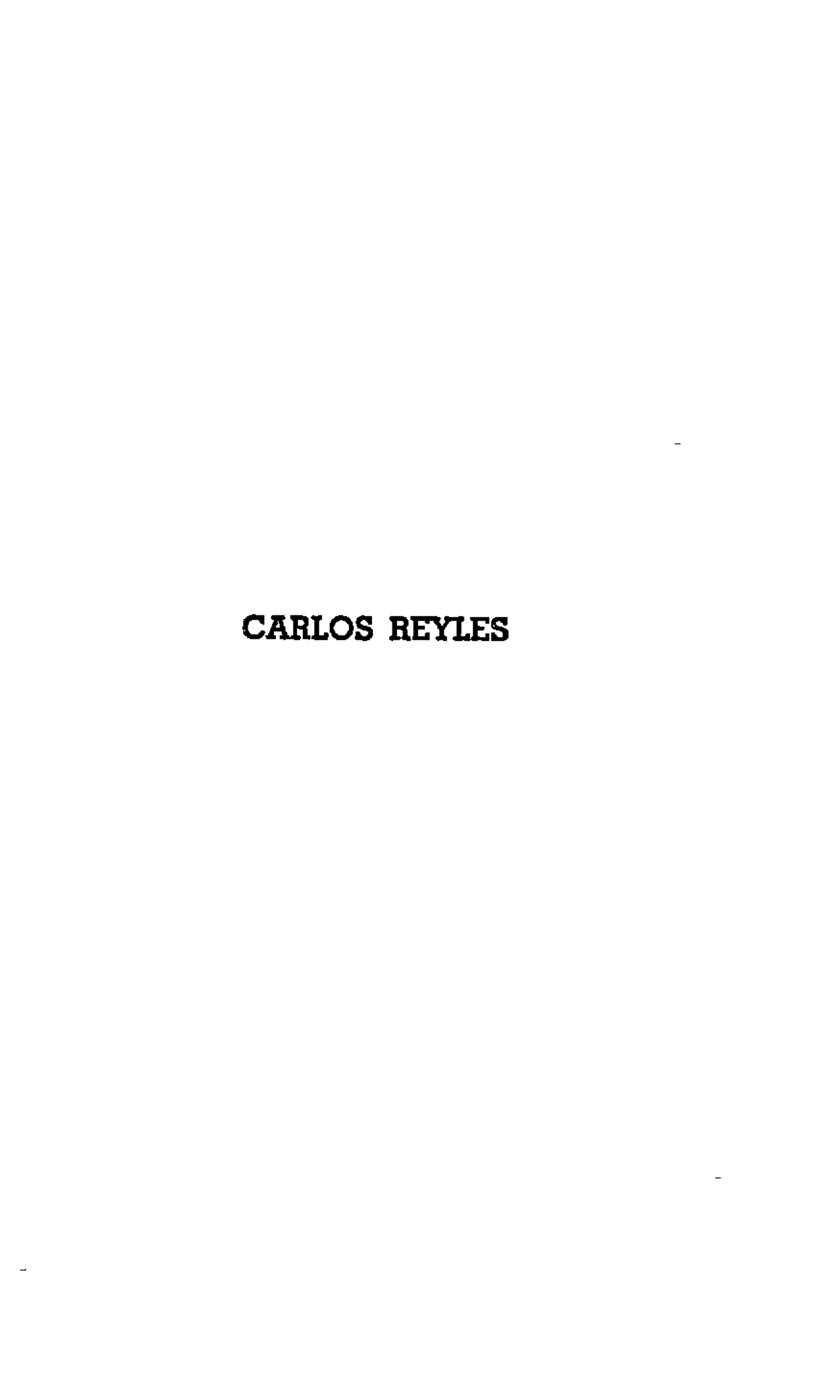
— Sí señor

— ¿Cuál?

— La Anarquía aristocrática!

Texto publicado en hoja suelta Posiblemente en marzo de 1903





CARLOS REYLES

ADVERTENCIA

Las interpretaciones que Gómez de Baquero, de la España Moderna, *de Madrid, Rodó, Ferreira, Magariños Roca, Lugones y otros críticos y "dilettantis" del Río de la Plata han hecho del prólogo de* PRIMITIVO, *me obligan a publicarlo por segunda vez con algunas aclaraciones y fundamentos que antes no creí necesarios*

AL LECTOR

Me propongo escribir, bajo el títu'o de ACADEMIAS, *una serie de novelas cortas, a modo de tanteos o ensayos de arte, de un arte que no sea indiferente a los estremecimientos e inquietudes de la sensibilidad* FIN DE SIGLO, (1) *refinada y complejísima, que transmite el eco de las ansias y dolores innombrables que experimentan las almas atormentadas de nuestra época, y esté pronta a escuchar hasta los más débiles latidos del corazón moderno, tan enfermo y gastado En substancia un fruto de la estación*

En Francia, en Italia, en Alemania y otras naciones se han hecho y se hacen continuamente tentativas numerosas —algunas ridículas, otras muy inspiradas y razonables— para multiplicar las sensaciones de fondo y forma y enriquecer con bellezas nuevas la obra artística,

---

(1) Lo cual no quiere decir que exclusivamente sean esos los asuntos de que traten las Academias

para encontrar la fórmula preciosa de arte del porvenir —que no es el naturalismo ni la novela psicológica, como la entienden Bourget o Huysmans, ni siquiera el flamante NATURISMO, *ni las ideologías de Barrés—, es* OTRA COSA *más ideal y grande, de que acaso sospechó la existencia el Dios de Bayreuth En España no A pesar de* FORTUNATA Y JACINTA, LA FE, SU ÚNICO HIJO, *y otras obras de indagación psicológica, la novela española, nutriéndose sin cesar del vigoroso realismo con que la robustecieron los Cotas, Cervantes, Hurtado de Mendoza, Alemanes, Espineles y Quevedos, es actualmente en su esencia y en sus cualidades castizas— que no consisten en el estudio de caracteres y pasiones, sino en la pintura de costumbres y en la gracia, amenidad y frescura del relato— lo que fué en el gran siglo XVI y principios del XVII costumbrista y picaresca, cuadros de género de exacta observación, magníficos paisajes, escenas regocijadas, mucha luz y mucha travesura; un procedimiento grande y simple que ha engendrado obras verdaderamente hermosas, pero locales y* EPIDÉRMICAS, *demasiado epidérmicas para sorprender los* ESTADOS DEL ALMA *de la nerviosa generación actual y satisfacer su curiosidad del* MISTERIO *de la vida*

Por eso los complejos, los SENSITIVOS, *los intelectuales van a buscar en Tolstoi Ibsen, Huysmans o D'Annunzio, lo que no encuentran en castellana lengua, tan propia por su admirable elasticidad y riqueza para expresarlo y*

pintarlo todo con el fuego que la CALIENTA, *las pasiones ardientes y los amores locos, que dan la nota aguda del sentimiento, con el color que la hermosea, las* CARNACIONES *más bellas y los matices más peregrinos, con la sonoridad y el número que la suavizan y hacen muelle y blanda, las languideces y los desmayos de su voluntad y la fineza y tersura voluptuosas de los muslos y los senos de mujer Todo, todo: el mago y la palabra y el mago del color hablaban aquella lengua. . . . .*

Admirable el REGIONALISMO *de Pereda, admirable y grande el* URBANISMO *de Galdós, pero en arte hay siempre un más allá, o cuando menos* OTRA COSA, *que las generaciones nuevas, si no son estériles deben producir, como las plantas sus flores típicas. Por otra parte, el público de nuestros días es muy otro que el de antaño; los hijos espirituales de Schopenhauer, Wagner, Stendhal y Renán, los espíritus delicados y complejos, aumentan en España y América, es, pues, llegada la hora de pensar en ellos porque su sentir está en el aire que se respira son nuestros* SEMEJANTES *Y para mis semejantes escribo*

Los que pidan a las obras de imaginación mero solaz, un pasatiempo agradable, el BAJO ENTRETENIMIENTO, *que diría Goncourt no me lean, no me propongo entretener pretendo hacer sentir y hacer pensar por medio del libro lo que no puede sentirse en la vida sin grandes dolores, lo que no puede pensarse sino viviendo, sufriendo y quemándose las cejas sobre los ári-*

dos textos de los psicólogos, y eso es muy largo, muy duro . Digámoslo sin miedo la novela moderna debe ser obra de arte tan exquisito que afine la sensibilidad con múltiples y variadas sensaciones, y tan profundo que dilate nuestro concepto de la vida con una visión nueva y clara

Para conseguirlo tomaré colores de todas las paletas, estudiando preferentemente al hombre sacudido por los males y pesares, porque éstos son la mejor piedra de toque para descubrir el verdadero metal del alma

A muchos que ignoran que el dolor es lo más soberbiamente humano que hay sobre la tierra, acaso disgustarán los asuntos que elija, acaso a otros ofendan o irriten las ideas que las Academias pueden sugerir, probable es, asimismo, que sin intento deliberado levante ampollas y reciba insultos y zarpadas Ninguno de estos peligros se me ocultan, de sobra sé que el ir contra la corriente tiene sus quiebras, y ante mis ojos está la senda fácil por la cual haciendo rodeos y del brazo de la HIPOCRESÍA, *se sube descansadamente a las alturas . pero, ¡cosas de la ardida juventud!; el camino recto, regado con la sangre generosa de los luchadores es el que me atrae Tengo mi verdad y trataré de expresarla valientemente, porque yo, asombrado lector, humilde y todo, pertenezco a la gloriosa, aunque maltrecha y ensangrentada falange, que marcha a la conquista del mundo con un corazón en una mano y una espada en la otra*

EL EXTRAÑO

I

"No hay duda, soy completamente *extraño* a los míos ¡a los míos! . pero, ¿tengo que ver algo con ellos?" —preguntóse Julio Guzmán. En seguida dejó caer la cabeza sobre el pecho, y empezó a pasearse de un extremo a otro del salón, haciendo muecas como siempre que se le alborotaban los nervios.

Era el joven de mediana estatura, bien hecho y de aspecto gentil. Un tipo fino. Los ojos grandes y sombreados, de cambiante color verde, que se obscurecían con frecuencia adquiriendo dura expresión, comunicábanle virilidad al rostro, acaso demasiado bonito

Por lo demás, vestía bien, aunque afectadamente; grandes cuellos, grandes *plastrones*, ropas de corte inglés, y se procupaba mucho del físico, la raya del peinado no podía ser mejor hecha, ni mas pulidas las uñas, ni mas artísticamente vueltos hacia arriba los rubios bigotes Algunas alhajas de gusto caprichoso demostraban su amor a lo raro, peregrino y aun chocante

Su madre, la señora de Guzmán, dirigiéndole inquietas miradas suspiró resignadamente, como si acabase de ver algo que le recordara pasadas tristezas, o el mal del momento, que suele olvidarse a ratos por duro que sea

"Ahora suspira, observó Guzmán, es la manera que tiene de hacerme comprender que

no la hago feliz, ¿puede darse cosa más desagradable, para qué diablos he venido, no sabía que ?" y tornó a sentarse, quedando medio oculto por el árbol de Navidad, que alegraba la pieza con sus pintados farolillos, velas de colores y plateadas bombas, y en torno del cual bullían algunos niños atracándose de turrón Desde allí clavaba la mirada escrutadora y penetrante en su mamá, hermanos y cuñadas

Ennegrecíale el humor una de esas desazones de carácter maligno, durante las cuales nos hace daño la alegría de los otros y nos acosa a menudo el secreto deseo de turbarla No padecía ninguna tristeza, ningún dolor reciente, el mal era viejo, su disgusto lo engendraban a una *la pena del que se encuentra en todas partes fuera de su medio,* los escozores del que aspira y nadie cree en él, y la sorda irritación de los seres nerviosos e intelectuales obligados a tratar frecuentemente con personas de inteligencia tarda y vulgar discurso

"He ahí la *familia*, continuó, yo impenetrable para ellos, y ellos cerrados para mí Cuanto piensan y cuanto dicen me ofende, me encocora, me irrita ¿Tengo la culpa de eso y cómo quererlos si me producen tanto mal?" Cruzó la pierna y prosiguió: "Mi pobre madre siempre riendo, es verdaderamente dichosa, *la sed de su alma la colman los objetos que tiene al alcance de la mano*, su espíritu poco exigente la hace perdonar, disculpar o encogerse de hombros, de ahí el secreto de su ventura y de su bondad Yo la estimo, yo la amo, pero no puedo menos de

comprender que es un poco simple, yo la respeto, sí pero ¡Dios santo! ¿por qué ha tenido la inocencia de ponerme en el árbol el *Tabaré*? Quiere lisonjear mis aficiones, mi amor a la lengua y me obsequia con un poeta del agua chirle castellana, como diría el gran Góngora, cree conocer mi gusto sediento de originalidad y me regala ese amasijo de lugares comunes del espíritu y de la letra Y ¡parece cosa del demonio! para colgar al libro le ha pasado la cinta por una página donde se leen lindezas como estas:

"Inmóvil don Gonzalo
Que aun oprimía el sanguinoso acero,
Miraba a Blanca — que poblaba el aire
De gritos de dolor — contra su seno
Estrechaba al charrúa,
Que dulce la miró, pero de nuevo
Tristemente cerró para no abrirlos
Los apagados ojos en silencio"

"¡Qué fluidez, qué gracia, qué fuerza poética! ¡Y decir que hay majaderos a quienes tales prosaismos les sabe a gloria! Quisiera tenerlos cerca para refregarles por los hocicos su estupidez Tanta tontería me irrita, me irrita, me irrita ¡Cristo padre! yo sé que decididamente no es serio volarse por tales cosas, que lo sensato es encogerse de hombros, pero no lo puedo remediar, me lastiman esos detalles como a otros una cortadura, un golpe. "Todo es relativo, dice María Bashkirtseff, y si un alfiler os hace tanto daño como un cuchillo, ¿qué

tienen que decir los sabios a eso?" Muy bien, que tienen que decir los sabios a eso? ¡Ah, ah, no nos entenderemos nunca, cada vez seré más extraño para los míos, es triste pero es verdad", y se quedó mirando en actitud soñadora las nubes blancas de su soberbio puro, que en forma de anillos ascendían majestuosamente, ya encogiéndose, ya dilatándose como *las aguas vivas* en la mar serena

II

En el ángulo de la sala reían a mandíbula batiente El extraño sonriendo con amargura pensó "¡Cómo gozan! todos participan del contento general ¿es la salud del cuerpo o la del alma, la que produce esa alegría? Evidentemente, en todo esto hay mucha estupidez: los *inferiores* son *homogéneos* ¡Cómo se entienden y cómo se penetran! sus corazones palpitan a compás, en tanto que el mío Lo que hace reir o llorar a uno, hace llorar o reir a los otros, se adivinan las ideas antes que salgan las palabras de la boca y de antemano están conformes"

Le temblaron los labios débilmente y aseveró "no, no quiero, *eso* es el vulgarismo, ¡uf, *vade retro!*"

—Qué tal— preguntóle su hermana soltera, plantándose delante de él

Acostumbraba a consultarlo Guzmán estaba casi tan al corriente como cualquier presumida niña, de todo lo que a modas y caprichos del vestir se refiriera, y ella estimaba no poco

su gusto exquisito, aunque algo extravagante Además solía encontrar con pasmosa intuición esos detalles sin importancia al parecer, que le dan al traje la originalidad y suprema elegancia que no tiene el figurín, esos toques apenas perceptibles, que producen grandes cambios de que nos habla Brulow, y que según él son el comienzo del arte

María era coqueta y vestía con refinada elegancia Al verla en las noches de baile u ópera, luciendo el lindo escote y los mórbidos brazos, a cuya hermosura daban realce las finas y vaporosas telas, las plumas y las blondas, sentía Julio crecer su estimación hacia ella "Ahora, en este *instante*, es mi hermana" decíase, porque en los demás momentos de la existencia le era tan antifraternal como los otros miembros de su familia

—Bien, muy bien, esos tonos tenues y mates me gustan Y ves, lo que te decía, los *bandós* ahuecados hacen más aristocrática y graciosa la cabeza Hoy estás realmente bonita, una pulida damisela del siglo XVIII En cambio Petrona. ¿por qué no la aconsejas que se quite ese horrible lazo escocés?— Y dejándose llevar de su espíritu cáustico y nada bondadoso, continuó con toda gravedad — Y podías decirle también que no engrasara de esa manera tan ¿cómo puede querer nuestro hermano a una señora que tiene las muñecas tan gordas y que se pone en la panza un lazo escocés, lo sabes tú?

María, lisonjeada por los cumplidos de

Guzmán, lo cogió de las manos y tirando de él exclamó·

—¡Qué cosas se te ocurren! pero ven, vamos un poco allí La pobre mamá se apena de verte siempre díscolo y adusto, ni siquiera le has dado un beso a los niños, ¿te cuesta tanto ser amable?

Guzmán la miró fijamente y luego, apartando la vista con indiferencia, confesó

—Ser amable sí, eso es lo que cuesta más trabajo Los niños no me disgustan, mientras se están quietos, pero me resisto a besuquearlos, la baba, el moco, sabes? Además ¡estos son tan pelones y feos! por qué diablos no les dejarán crecer el pelo para hacerles rizos, eh?

María lo miró un momento perpleja y de repente echóse a reír a carcajadas

III

No de muy buena gana se acercó al animado grupo Miguel, el hijo mayor de la señora de Guzmán, tenía un chico sobre las rodillas y censuraba energicamente *Los Aparecidos* de Ibsen, expresándose con la facilidad que corresponde a un abogado

—¡Una cosa reventable, repugnante! aquel padre cínico y bribón, que quiere llevar a la propia hija a una posada de marineros para hacer lo que hacen otras que no son tan bonitas y ganan mucho; aquella desdichada viuda, que ha llegado a emborracharse con el liberti-

no de su esposo y a tolerar sus impudencias, para retenerlo en casa y ocultar al mundo la depravación que lo pudre y él que, aun después de muerto, sigue atormentándola, apareciendo como un fantasma amenazador en los vicios del hijo, ¡pobre víctima! que paga ajenas culpas, que ha venido al mundo con algo apolillado ya, y que al fin se vuelve idiota y pide el sol ¡Ah horrible, horrible! ¡y luego la realidad espantosa que le daba Novelli! Las señoras empezaron a retirarse, ésta (*ésta* era su mujer) estaba más blanca que la muerte, y yo hacía de tripas corazón para no devolver lo que había comido Y ahora pregunto, ¿es eso divertirse, es eso disfrutar del rato agradable que debe ofrecer todo espectáculo público? No puedo creerlo

El abogado dijo lo que antecede, con el acento del que sabe que cuanto asegura es tan justo, tan natural, que no tiene réplica posible. Al decir, "es eso divertirse" elevaba y torcía el labio superior, sonriendo con petulante suficiencia

—¡Una cosa bárbara!— exclamó su mujer

La señora de Guzmán, lanzando un profundo suspiro agregó:

—Ya no se puede ir al teatro a divertirse, ni leer una novela alegre todos son horrores, ¡Dios mío! Como si en la vida no tuviera una bastante — y suspiró otra vez

Era una señora buena y limitada

—A la verdad es que.. convino María,

pero viendo que Julio estaba sumamente nervioso, fijó la vista en la alfombra y callóse

"¡Qué profundo sentido común tienen!" pensaba Guzmán

El abogado lo observó a hurtadillas, y luego dijo esforzándose por darle a sus palabras un tono distraído

—¿Tú no piensas así, verdad? — lo cual significaba "Comprendo que no estás de acuerdo con nosotros, pero a nosotros nos es lo mismo"

—*Absolutamente* — respondió Julio, y levantándose con el visible intento de cortar la conversación, fue a sentarse al piano

—Perdona, olvidaba que tú también eres un poco *decadente*, ¿no es así como se llaman esos poetas locos de París? ¡decadentes! es chusco, en cambio yo soy

—Yo te lo diré — interrumpió Guzmán, asomando la cabeza por encima del piano, tú eres un hombre muy sensato — hizo una pausa, — un hombre serio — otra pausa —, un verdadero *filistino* — y soltando su risita impertinente e irónica, empezó a tocar un trozo de opereta muy juguetón y no poco difícil Seguía el compás con el cuerpo, elevaba mucho las manos, pero todo ello sin llegar al ridículo, con desenvoltura elegante aunque un tanto exagerada Después de *juguetear* algunas cositas fáciles y traviesas, olvidóse del auditorio e interpretó con calor y sentimiento sinceros, un motivo de *Los maestros cantores* Golpeaba las teclas con fuerza, como si quisiera arrancarles

el alma del sonido, y se detenía sobre ellas algunos segundos para *destacar* las frases y *colorar* los trozos más baladíes En los *intermezzos*, sus dedos finos corrían sobre el teclado rozándolo apenas. Entonces entornaba los ojos, levantaba la cabeza y parecía seguir el inquieto fuego fatuo de la fugitiva inspiración

En el ángulo de la sala conversaban distraídamente· Maruja habíase dormido en un sillón, cerca del piano, los niños corrían a gatas por el suelo Guzmán levantóse y salió sin ser notado Cuando estuvo en la calle se dijo como quien reconoce la verdad de una *afirmación interna*·

—*Efectivamente*, los detesto; eso es los *de-tes-to* — repitió mirando hacia arriba, hacia donde quedaban *los suyos*

IV

La señora de Guzmán notó antes que nadie la ausencia de Julio Suspirando resignadamente dijo

—¡Se fue, qué criatura!

Hubo un momento de silencio que al fin interrumpió Rafael. era el hombre serio de la familia, y se creía obligado a decir la última palabra sobre cualquier asunto que se tratase

—Gracias a los estudios disparatados a que se dedica, ignoro con qué fin, y a las rarezas que va adquiriendo, es de temer que concluya en el manicomio Vive desordenadamente, gasta demasiado y lo que es lógico, con todo eso sus

asuntos no marchan nada bien, se lo pronostiqué, pero no quiso oírme y... *voilà*...

Aquella noticia la recibieron sin gran pena, acaso con vergonzante y oculta satisfacción. Fuera de que jamás habían fraternizado *completamente*, todos tenían algo contra Julio, resentimientos y quejas que nacieron cuando el mozo, deseando campar por sus respetos, separóse de la *estancia* en que esposa e hijos del difunto Guzman trabajaban unidos, vendió su parte y cesó de vivir en la casa paterna, demostrándoles así a los suyos el poco o ningún afecto que les tenía. La distancia que les separaba se agrandó, y a poco se sintieron enemigos. Presente Julio nadie expresaba de una manera abierta sus pensamientos, el temor de chocar los contenía, porque las disputas a que dio origen la separación de bienes, los dejó agriados y mal dispuestos a perdonarse nada.

Poco después de la salida del extraño, libres ya de todo estorbo, los miembros de la familia Guzmán mostráronse tales como ellos eran: gentes sencillas y bonachonas, que odiaban a muerte las sutilezas y los discreteos y apetecían sentir el *eco simpático*, que conduce insensiblemente a la conversación regocijada y fácil.

V

Julio Guzmán había viajado, leído bastante y vivido a prisa. Gracias a unas cosas y otras tenía la sensibilidad muy afinada y el gusto pelilloso y exigente. Una acción infame podría

no sublevarlo, pero las pequeñas equivocaciones, las tontadas las vulgaridades le producían verdadero dolor físico Su inteligencia era aristocrática, su modo natural ser complicado, estudiado, de igual manera que el natural de otros es ser sencillos y llanotes Amaba lo raro, lo difícil, lo que por exigir cierta intelectualidad para ser comprendido y apreciado, no está al alcance de todos En Europa hubiera sido un artífice primoroso, o cuando menos un coleccionador inteligente de esas joyas de arte que solo parecen tales a los espíritus muy finos y cultivados habría tenido su colección de cueros de Córdoba, de camafeos de miniaturas sobre marfil, u otro arte peregrino y precioso, en América se limitaba a coleccionar valiosas pipas y los libros que tenían grabados de los objetos que su fortuna, algo mermada, no le permitió adquirir sino en muy reducido numero, cuando del brazo de una *cocotte* inteligente en las artes menores, recorría las casas de anticuarios de Francia, Italia y España *La ancienne maison Morel* tuvo un excelente parroquiano; el estudio de un arte despertábale el vivo deseo de conocer otros, y libros y más libros pasaban de la tienda a casa del curioso fue así un *amateur* de estampas, del grabado, del esmalte . cada especialidad le producía alegrías diferentes, y todas juntas, apartando su inteligencia de las especulaciones prácticas, lo desorientaron y convirtieron en un ser exótico En los espaciosos salones del *Club Uruguay*, fríos y desiertos casi siempre, no encon-

tró con quien departir de sus aficiones favoritas, en la casa paterna lo oían como quien oye llover, sus amigos calificaron de *mariconadas* el amor al *bijou* y al *bibelot* replegóse sobre sí, y su egoísmo tuvo un verdadero y espléndido florecimiento

Leía sin descanso, cultivaba a ratos perdidos la música, el dibujo, la pintura, cosas todas para las que tenía no sólo rara habilidad, sino verdaderas condiciones, pero a las cuales jamás pensó dedicarse seriamente, rimaba versos sabios y artificiosos, y echaba humo, humo por boca y narices, mientras las demás criaturas cumplían de mil maneras los múltiples fines de la vida local, y se agitaban sin reposo como si tuvieran azogue en el cuerpo· siempre llenos de angustia y echándose siempre más peso sobre los heridos lomos, para conquistar con doble fatiga el miserable mendrugo, hablando siempre, siempre, siempre, con lágrimas de dolor!

"Es necesario libertarse" decíase, escuchando impasiblemente los gritos, las carcajadas, los ayes las blasfemias y los himnos, el inmenso y confuso clamor de las afiebradas turbas y echaba humo, humo, humo

VI

"Voy dejando de ser un miembro de mi familia, un hijo de mi patria", pensaba a veces tendido en el sofá, con la pipa en un ángulo de la boca, "los sentimientos más comunes se desvanecen en mi alma no hay nada que agite el

fondo y la superficie está tranquila. Las riquezas los honores, los placeres que *ellos* anhelan, no tienen para mí significación alguna; el bien del prójimo, el amor de la humanidad, menos, no fraternizo y es muy lógico, *no recibo nada* Los humanitarios no hacen otra cosa que devolver una parte de la que reciben, y la humanidad da a los que le dan, igual que la tierra, guarda la simiente y devuelve el fruto: justa correspondencia y egoísmo puro, es la ley de la vida o *entregarse o conservarse.* La lapa que se pega con más fuerza a su roca al contacto del *agresor* se defiende, y yo me defiendo ocultándome en mi casa como el caracol en su concha cuando hace frío Las rozaduras me hacen daño y me endurezco sistemáticamente ¡y que un rayo me parta si no hago bien! los primeros deberes son para con uno mismo"

Ideas semejantes y sentimientos de hostilidad, que no se explicaba, le hicieron olvidar las pocas relaciones que tenía y hasta huír el trato de sus colegas de redacción. Cuando acertaba a verlos charlando en un banco de la plaza o paseándose por las calles, observábalos algunos segundos con mirada penetrante y analizadora y sonreía irónicamente "No, no me acerco: *esos señores no tienen nada que decirme"*, decíase, y apretaba el paso

VII

Guzmán atravesaba la plaza *Independencia* Hacía una noche placidísima y sin nubes; sobre

el zafiro luminoso del cielo los resplandores de las estrellas no parecían tales, sino más bien inquietos cambiantes de la luz. Aunque acababan de dar las diez en el reloj de la Catedral, discurría aún mucha gente por la plaza y numerosos grupos y parejas de señoritas iban y venían muy atareadas en examinarse unas a otras y parecer bien. La alegría primaveral de sus flores, gasas vaporosas, y triunfales sombreros, parecía llenarles el espíritu.

Guzmán avanzaba observando, deleitábalo como siempre más que la verdadera hermosura, las cabecitas expresivas y monas, las delgadeces esbeltas, los vestidos y adornos de gusto complicado en su aparente sencillez, lo que en una palabra constituye la distinción y el refinamiento. Seguía los talles largos y no de formas muy redondeadas, los bustos un poco angulosos, pero gentiles, las nacientes y ya mórbidas caderas. El aroma de las flores y los perfumes penetrantes producíanle si no placer, una como dulzura espiritual que desvanecía el paso de las feas, de las cuales apartaba los ojos con disgusto casi con enojo. De los hombres no hacía caso a no ser que tuvieren alguna singularidad, un detalle ridículo que ofreciera blanco a su flagelante burla.

Con el sombrero quitado para que el aire le refrescara la cabeza, atravesó la plaza varias veces. Gustaba de llamar la atención a pesar del desprecio que sentía hacia el público: las polainas blancas, la orquídea del ojal y el porte altanero que afectaba no tenían otro fin

"Esta guerrillas que despliegan las hermosas contra nuestra voluptuosidad, este volteo tentador de mujeres me encanta y seduce como nunca, pensó, y debe ser porque ya no tengo *el derecho de aspirar a todas* Sí, es eso. , y si tal me acontece cuando no soy casado *todavía*, qué me sucederá cuando lo sea? ¿ Pero es verdad que estoy resuelto? ¿Cómo he podido llegar ahí yo, yo que ?" y apartandose de la corriente humana, fue a sentarse a un banco de los muchos que empezaban a quedar desocupados.

Se engolfó en sus cavilaciones, los ojos brillantes, humedecidos siempre como lo de las personas que han llorado o acaban de sufrir un gran dolor físico, adquirieron el tono verde mate que ostentan algunas calcedonias, y cesó de ver.

VIII

'Sí, estoy decidido: aun no le he dado esta contestación a Sara, pero se la daré Recuerdo perfectamente lo que me dijo, y es más, hace meses que la vengo *provocando* para que me lo dijera "Julio nuestras relaciones se hacen imposibles, nuestras entrevistas cada vez más peligrosas: el simple pretexto de los amores con Cora, que justificaba tus visitas, no es suficiente Casares se muestra descontento y habla de cortar relaciones que no conducen a nada, ¿comprendes? Por otra parte, ese viaje a Europa, que se le ha metido entre ceja y ceja, ¡separarnos, Dios mío, separarnos! ¿tú lo concibes?; qué

hacer entonces?" Yo no le contesté, pero me dije para mi capote, completando sus ideas "comprendido; no nos queda otro remedio que tomar una medida extrema, enérgica, de esas que saltan por encima de las convenciones humanas, hacer un gran *sacrificio*, pedir la mano de Cora y llevarla al altar Muy bien, pero lo que tú no sabes es que para mí eso no será un sacrificio, por que yo he concluído por amar a Cora . sin dejar por tal razón de amarte a ti ni un poco menos, lo que no obsta para que las engañe a las dos, haciendo lo que tú me pides, sin saber que soy yo quien te lo ha sugerido, aunque embozadamente". Justo, así pensaba mientras se hacía el "sueco", y con nitidez completa se representó la escena que había tenido lugar entre él y Sara algunos días antes

IX

Fue en su casa, él estaba recostado en el sofá Luis XVI y ella arrodillada en el suelo, sobre la piel de oso blanco que se extendía delante de aquel mueble A la mortecina luz que entraba por las persianas, entreabiertas apenas, distinguíase una verdadera profusión de objetos artísticos, puestos aquí y allá con estudiado desorden interceptando el paso por todas partes. Tapices flamencos muy bien imitados, lienzos de buenas firmas, dibujos estrambóticos y armaduras y caretas japonesas cubrían las paredes y subían hasta el techo, adquiriendo en la penumbra formas raras y caprichosas Todo

tenía allí sello personalísimo, hasta el penetrante y exótico perfume que embalsamaba el aire y que hacía pensar, no sé por qué, en las cosas de encantamiento

—Sé que *lo que te pido* es tremendo— continuó ella como si ya se lo hubiera dicho,— sé que te propongo una infamia, una cosa indigna, de la que nunca me hubiese creído capaz, en este instante, al decírtelo, me siento morir de pena y de verguenza, pero no puedo menos que decírtelo .. he querido resistir, rebelarme, escapar a la obsesión, todo, todo inútil ¡Ah, Julio! ¡Si tú supieras cuánto he llorado, comprendido que la idea iba cada vez apoderándose más de mí! Días sin un minuto de calma, noches de insomnio ¡Qué tormento, qué tormento!

"¡Cuánto la amo al verla sufrir por mi causa", — observó él mirándola compasiva y tiernamente Después, entornando los ojos como cuando se experimenta un placer muy intenso, pareció que se adormecía al arrullo de las palabras de ella

— Cuando lo pienso me desespero, y sin embargo ¡arrojarte yo misma en los brazos de otra mujer, de una persona que me es querida y a la que debo engañar vilmente! A veces me pregunto si no estoy loca, y no sé qué contestarme, cuando pienso que puedo perderte, huye mi razón, deliro, y entonces siento que sería capaz de cualquier cosa de matar, de robar, de las mayores atrocidades ¡Qué miseria, qué miseria!

Presa de mortal congoja, escondió la cabeza en el pecho querido de su amante. Él la besó respetuosa y tristemente y guardó silencio.

X

Mientras ella sollozando y toda trémula le contaba sus torturas y ansiedades, Guzmán sentía un placer doloroso, que le apresuraba la respiración y le producía dulces mareos. Sufría de verla sufrir, pero al mismo tiempo, la idea de que él inspiraba cariño tan inmenso, llenábale el alma de violenta y salvaje alegría. Nunca tuvo ocasión de aquilatar su imperio sobre ella como en aquellos momentos en que la veía sin fuerzas, sin voluntad, sin nada que oponer a la ola triunfante de la pasión. Era suya en cuerpo y alma, suya, suya... Él había despertado sus sentidos y hecho un mágico instrumento de placeres y delicias del cuerpo antes insensible a la voluptuosidad, casto, frío y hermoso como un mármol griego; su amor fundió la virtud de la enamorada como funde al vidrio la llama viva del soplete, torció la escrupulosa conciencia de la enseñanza católica, penetró el cuerpo de la amante hasta no hacerlo vivir más que para él, y se adueñó de tal modo de la *Conquistada* que ésta ya no era un ser libre, sino un *sujeto* siempre pronto a obedecer ciegamente. Y el sentimiento de tan grande fuerza le embriagaba el corazón.

—¡Mi pobre Sara!— exclamó volviéndola a besar. Luego, con la mirada perdida en las

sombras, se dijo: "Está en lo cierto cuando asegura que por mí llegaría hasta el robo y el crimen. ¡Pobre criatura! me lo ha sacrificado todo: pureza, honradez... soy su dueño y me obedece sin que ella misma se dé cuenta. ¿Qué haré yo de ella? Sería un infame si..." — Y su rostro se contrajo dolorosamente.

"Yo debía decirle — continuó dejándose llevar de un arranque generoso, no extraño en él — que no se atormente creyéndose culpable, que el culpable soy yo, yo que por probar mi dominio sobre ella primero y después porque la idea me obcecaba sin cesar, le sugerí *eso* poco a poco, con maña diabólica, ya una insinuación encubierta, ya una palabrita sugestiva, ya una reflexión intencionada, de todos modos le hacía *sentir* el peligro de perderme a la par que mostraba el medio de asegurarme definitivamente... se agitaba, temblaba como un *sujeto* cuando se le da la imperiosa orden, la orden que no puede sino cumplir, ¡pobre alma blanca! la veía rechazar la idea con horror, luego vacilar, después desfallecer... y asistía a la descomposición de su virtud, esperando por momentos verla así, arrodillada a mis pies, pidiéndome lo que yo le he ordenado." E invadido por incomprensible ternura, con los ojos llenos de lágrimas, le rogó acariciándola:

—No llores, alma, ¡si tu supieras!...

Pero ella, creyendo que iba a rechazar lo que le proponía, le tapó la boca.

—No, no pienses, no analices, dime sólo que no me dejarás morir, que accederás a lo que

te pido— y atrayéndolo, le cubrió de besos los ojos y los labios

Cuando ella bajaba las escaleras, se dijo él con desesperada amargura: "Yo te perderé, yo destrozaré tu existencia lo presiento, lo presiento, llevo algo malo aquí, una cosa maldita que hará mi desgracia y la de las que tengan la fatalidad de quererme" — Y las lágrimas volvieron de nuevo a arrasarle los ojos, sin que supiera a ciencia cierta si lloraba por ella o lloraba por él

XI

Un hombre pasó; Guzmán siguiólo con la mirada hasta perderlo de vista

'Sin duda una mezcla extraña de elementos contrarios forman la esencia íntima de mi ser; tengo el alma muerta, y, sin embargo, no existe nadie más accesible que yo al entusiasmo y a la *sensiblería*, soy una criatura naturalmente falsa, *insincera*, siempre lo he sabido más o menos bien, pero nunca he podido remediarlo", reflexionó "¿Por qué no le dije la verdad y mostré su inocencia? Tuve deseos, pero no sólo no lo hice, sino que le pedí ocho días de plazo para *pensar* y la dejé que se fuera con la atormentante duda Representé mi comedia como un farsante de profesión. Otras veces miento, miento sin interés alguno, ¿por qué? A todas luces la sangre de algún bellaco corre por mis venas"

Guzmán era absolutamente sincero consigo

mismo, y a veces solía calificar sus acciones con los epítetos más denigrantes y duros sin que por eso hiciera por corregirse Ya porque creyese inútiles los propósitos de enmienda, o porque juzgara a los hombres irresponsables y la bondad y maldad dos palabras vanas, fuera por una cosa u otra, o por razones oscuras e inexplicables el caso es que practicaba el mal con plena inteligencia y con pleno conocimiento, asimismo, de su ningún poder para obrar de otro modo

"Hasta las cosas más sencillas no pueden ser de otra manera que son, para que hubiese el menor cambio sería indispensable que el orden del universo se trastornara, decíase Oigo a cada paso, "si en vez de tomar esta calle hubiera tomado la otra ." quien dice eso es un imbécil, para tomar *la otra* habría sido necesario que antes se transformaran miles de ideas, juicios, conveniencias y cosas un terremoto"

Y filosofando sin temor, ardidamente pensaba poco más o menos lo que sigue.

"Cada árbol debe dar su fruto, es una tarea estéril y estúpida la de torcer nuestras propensiones hacia aquí o hacia allá, ¿con qué fin, quién sabe dónde está lo cierto? y después de todo nos deformamos inútilmente, porque, en resumidas cuentas, el instinto triunfa Lo sano es seguir la ley de la vida, que manda *vivir*, sin distinciones, lo que tiene existencia; desenvolvernos en amplia y suprema libertad como los otros organismos: los rosales dan rosas, miel

las abejas, veneno las víboras todo tiene su destino lo único que carece de él es lo artificial"

Estos y otros razonamientos de idéntica índole, amansaban su conciencia y le permitían juzgarse con entera libertad, sin disimulos ni veladuras Empero, del antagonismo de sus múltiples yo, le nacía en las profundidades del alma el descontento de sí mismo, fecundo en toda suerte de amarguras y negros pesares En aquel instante convenía en ello, mientras distraídamente hacía rayas en la arena con la punta del bastón

"Haga lo que haga, quedaré como siempre, lleno de dudas y descontento de mí ¡Ah! por que no me hizo Dios como ese plácido gordo? ¡qué pocas cavilaciones le quitaran el sueño! Ahora llegara a su casa, y si la mujer se ha dormido, le pegara una soberbia paliza, yéndose luego a la cama como si tal cosa, sin que lo atormente la duda de si ha hecho bien o mal. ¡Vaya al diablo! pretendo ser un hombre fuerte, un hombre libre de prejuicios y no tengo fuerzas para , la menor resolución me cuesta grandes esfuerzos, porque, gracias a mi análisis, descubro tan bien el pro y el contra que luego no sé por qué decidirme Al fin, concluyo por cerrar los ojos y salga lo que salga"

Hizo un gesto de impaciencia y continuó "y últimamente, para qué tantas reflexiones, no parece sino que me voy a resolver *ahora* ¿*no sé* hasta el cansancio que estoy decidido y que por añadiduda no *puedo*, esa es la palabra, no puedo renunciar a ninguna? ¿Si Napoleón se hubiera

parado en barras, hubiera sido el *Emperador*? ¿Diariamente miles y miles de criaturas no se sacrifican, para asegurar la dicha de otras? Y bien, obremos . los peces grandes se comen a los chicos y los astros mayores a los menores; será muy malo, pero no puede ser de otra manera No soy dueño de mí, una fuerza superior me arrastra", concluyó por último.

Esto de la fuerza *superior*, parecióle tan de perlas que, para su consuelo, se lo repitió tres o cuatro veces, hundiéndose en seguida en oscuras meditaciones

Pasó una hora. "La naturaleza no crea necesidades que no se deban satisfacer ¡qué no se deban! ¡cómo se reirá la gran Madre de nuestros miserables deberes! " murmuró mientras amarga e irónica sonrisa le entreabría los labios Calló de nuevo y durante un rato se entretuvo en contar inconscientemente las columnas de los edificios que rodeaban la plaza

El ruido de los coches no se oía sino muy de tarde en tarde, y los transeúntes iban siendo escasísimos Un hombre ebrio permanecía sentado frente a Guzmán, la innoble cabeza caída sobre el pecho desnudo, enrojecido y granuloso, y las piernas abiertas, como dislocadas

"Cuando las amo a las dos se cae de su peso que puedo amarlas, pensó por fin, lo demás son pamplinas Por otra parte, cómo sacrificar a una de ellas, sería cruel, lo humano es evitarles el dolor, que vivan cada una con el pedazo de alma mía que *naturalmente* le corresponde, mientras ignoren serán felices . como

todo el mundo, y acaso ignoren simpre Hasta me parece que el *hombre verdadero* y el *hombre humano* están conformes esta vez ¡Gracias a Dios!"

Y satisfecho de encontrar el razonamiento que le hacía falta para desvanecer sus escrúpulos, sonrió placenteramente, abandonándose en seguida a los hechizos y sortilegios de su viva imaginación, la gran *Encantadora.*

XII

Dióle fuego a un cigarrillo opiado y buscó una postura cómoda Guzmán cultivaba el ensueño Cuando se sentía mareado por el generoso mosto del optimismo, evocaba las risueñas quimeras de la esperanza, y dejaba volar adrede la loca fantasía. Los recuerdos dulces acudían en tropel a su memoria, y sólo las posibilidades de realizar las aspiraciones gratas al corazón presentábanse a su encantado espíritu: formábase así una atmósfera tibia, un invernáculo del alma, donde pronto florecía la planta delicada de la dicha artifical. "Puesto que el placer es un fantasma que se desvanece más tarde o más temprano, creémoslo y hagamos durar el mayor tiempo posible la querida ilusión", se había dicho muchas veces

Soñaba embebecido en el espectáculo que se ofrecía a sus ojos el cielo y la ciudad tenían a trechos los cambientes de la *alunita* Alba nube cerníase en el espacio azul, donde la muriente claridad del astro muerto dejaba flotan-

do tenue polvillo de plata; los árboles proyectaban sombras chinas en el suelo, y algunas azoteas bañadas por la luz, parecían casas coronadas de luminosa nieve, semejando muy bien esos paisajes invernales de brillo sorprendente, que suelen admirarse en las linternas mágicas Por todas partes claridades pálidas, tímidas sombras, tintas opalinas, y aquí y allá, en los oscuros términos de las calles, chispazos rojizos, la luz de los lejanos faroles que producía a veces los destellos vinosos de las piedras preciosas.

Al dar las tres, el soñador tuvo un estremecimiento de frío y se incorporó "Estoy resuelto", aseguróse al tomar el rumbo de su casa, "*eso* es lo mejor que puedo hacer, basta de cavilaciones, ¿quién las ama tanto puede desear su daño?. indudablemente no, a pesar de todo, algo me dice ¿ pero se trata del presentimiento del mal o del escrúpulo burgués?" y volvió a atormentarse con sutiles reflexiones, sintiendo de nuevo la necesidad irresistible de analizar, que lo seguía, lo seguía como la sombra al cuerpo

XIII

—Don Julio, ya es hora — dijo la antigua sirviente de Guzmán, dejando el chocolate sobre la mesita de luz Luego entreabrió las persianas y salió del aposento sin hacer ruido, deslizándose por entre los muebles como gato por entre cristales.

" y eso me asegurará la independencia necesaria para dedicarme tranquilamente a mis versos y a mi *Tratado del Amor*" pensó Guzmán abriendo los ojos "No hay duda, yo he acabado de decidirme en sueños, de otro modo no hubiera dicho *y eso me asegurará* . *eso* lo he resuelto durmiendo He aquí un caso de actividad psíquica, razonada e inconsciente Ahora a otra cosa, yo tenía que hacer algo ¡ah! sí, el chocolate", y desperezándose cogió la taza

Como de costumbre, se aseó y vistió cuidadosamente Su tocado duraba por lo general dos horas Mientras se perfumaba, pulía las rosadas uñas o se hacía el nudo coquetón de la corbata, un pliegue profundo, juntábale las cejas, de vez en cuando dejaba la lima, el peine o el cepillo y sentándose junto a una pequeña mesa, hacía con lápiz algunas anotaciones, prosiguiendo después su tarea

Los postigos abiertos inundaban de claridad el estudio, los rayos de oro del sol templaban la atmósfera aromatizada suavemente por la gran canasta de violetas y jazmines fresquísimos, húmedos, aún, que se veía sobre un historiado soporte en el medio de la sala Guzmán hundió el rostro en ella, aspirando un momento con delicia las fragantes aromas Esto era lo primero que hacía al entrar todas las mañanas en su pieza predilecta, en su *mundo*, porque la frescura de las flores, sobre producirle vivo placer, parecía que le despejaba el entendimiento Encendía luego un cigarrillo y echando humo

empezábase a pasear de un lado a otro, deteniéndose tal cual vez frente a un lienzo de la escuela prerrafaelista, ya delante del *Fauno de los platillos* y otras reproducciones de la escultura clásica, ora junto a la *vitrina* de los camafeos, ora cerca de algún mueble de talla primorosa Concluído el cigarrillo poníase a escribir

"*Calentar* las frases hasta que quemen, *colocarlas* hasta cegar, *animarlas* hasta que produzcan la sensación de la vida" Díjose como de costumbre, al abrir el cuaderno sobre cuya tapa de cuero de Rusia y broches de plata oxidada, leíase esta inscripción *Zafiros*, del hebreo *zappir*, que significa la más bella cosa.

Guzmán era un diamantista del verso, un artífice más que un poeta; su amor a la preciosura del arte inspirábale el gusto del término raro, de la expresión recamada y pulida, el gusto de las filigranas, taraceas y cinceladuras de la frase Creía como Flaubert, que *la palabra es todo*. "La palabra es para la idea, lo que la línea para la escultura y la nota para la música", aseguraba y limaba sus versos como quien pule un diamante El, que se reía y se jactaba de despreciar al común de las gentes, sentía por el *público lector* profundo respeto. su sueño era entregarle temblando una joya acabada y de nadie conocida, y con el júbilo con que el avaro aumenta su tesoro, hermoseaba él su obra en la soledad, ocultamente, tanto que ni sus mismos compañeros de redacción sospechaban que hiciera versos, y menos aún versos *sabios*. Cuando le pedían su parecer sobre al-

guna composición, leíala despacio y al fin, encogiéndose de hombros desdeñosamente, aseguraba

—Versos flojos, desmañados pobres· yo sé de uno que los hace como Dios manda — y reíase para su capote de la ignorancia de los otros

Todas las mañanas trabajaba dos horas en los *Zafiros*, a los que no había agregado ninguna composición desde mucho tiempo atrás, perfeccionaba las viejas Algunos versos, muy pocos ya, veíanse señalados con lápiz azul· eran los que había necesidad de limar aún, y sobre ellos se estaba horas enteras, puliendo el vocablo, afinando el concepto, hasta que llegasen a ser sus rimas lo que él quería que fueran· *frascos preciosos de esencias sutiles*

XIV

En el estudio, rodeado de sus cachivaches y chirimbolos artísticos, sentía Guzmán una calma muy dulce, un gozo muy íntimo y suave Las horas corrían tras él apaciblemente, leía, limaba los *Zafiros*, soñaba tendido en el blando diván Sólo muy de tarde en tarde, como una ave negra por el limpio cielo azul, le pasaba por las mientes la idea de su soledad y extranjerismo en la propia patria, y entonces la pluma se le caía de entre los dedos Levantábase enarcando las cejas y pegaba la frente contra los cristales de la ventana; hombres, mujeres y niños iban y venían atareados en mil ocupacio-

nes que él despreciaba sin conocerlas, como ellos despreciaban sin conocerlos sus *Zafiros* y su *Tratado del Amor* Y comprendía sin esfuerzo, pero no sin amargura, que a su existencia le faltaba algo "Haga lo que haga un mar de hielo me separará de mis semejantes, y ni mis rimas ni mi *Tratado del Amor* lo romperán. ¿Habré equivocado el camino de la vida, seré únicamente un retórico elegante y vano?" Y mil dudas le señoreaban.

En su aislamiento sentía vagamente el vacío de no tener ninguna tarea que le pusiera en relación con los demás hombres, y al mismo tiempo repugnancia y miedo de llenarlo Repugnancia de confundirse con la plebe, miedo de caer en la lucha, miendo de que lo pisotearan, miedo de dolor "Para obrar es necesario *enrudecerse*, y yo no he hecho otra cosa que *afinarme*", reflexionaba, y la nítida y justa conciencia de su *desemejanza*, lo hacía retirarse de los cristales, coger la pluma y, si no contento, al menos resignado, meterse de nuevo en sí, como el *caracol en su concha cuando hace frío.*

XV

—Quiero ver tus ojos — dijo Sara, — tus ojos me dirán si debo morir o no

El tendiéndole las dos manos se acercó a ella·

—Mira.

—¿Y .?

—Lo que tú desees se hará; estoy pronto a obedecerte.

—¡Amor, amor mío!— exclamó ella echándole los brazos al cuello, y las lágrimas empezaron a correrle por las pálidas mejillas, pálidas y casi transparentes como las finas porcelanas japonesas.

—Perdona, Julio, deja que me desahogue, no podía mas, al subir me temblaban tanto las piernas que me vi obligada a detenerme una porción de veces, ¡qué angustia! pero ahora soy dichosa, dichosa, dichosa.

Julio pasándole amorosamente el brazo por detrás del talle, la llevó hasta el diván que había en el medio de la pieza, escondido en el hueco que formaba para el caso un complicado mueble. Sobre el diván, a cierta altura, en una especie de historiado y ancho estante, que sostenían dos cariátides de roble muy bien esculpidas descansaban algunos vasos y jarrones, las cabeceras del mueble formábanlas dos *vitrinas*, y la parte posterior una biblioteca de tres cuerpos, donde tenía Guzmán los autores de que era más devoto.

Sentáronse, y Sara dejó caer la cabeza sobre el hombro de Guzmán, con la diestra le oprimía la mano que él la pasaba por detrás del talle, y con la izquierda la otra, besándosela seguida y regularmente. En tal posición y en la semioscuridad que velaba el estudio otras veces, solían permanecer largo tiempo sin hablarse, hundidos ambos en una deliciosa somnolencia.

—*¡O vase de tristesse, ô grande taciturne!* ¿es posible que me quieras tanto?— exclamó él.

Sara levantó la cabeza. Su rostro de una

blancura mate tenía el óvalo infantil de las Purísimas de Murillo, y los ojos grandes, de mirada lánguida la misma expresión triste y dulce de los de aquéllas.

—¡*O vase de tristesse, ô grande taciturne!* — repitió él mirándola con amor — ¡Qué hermosa, qué hermosa eres! Hay días que tu belleza hace realmente mal

Ella sonrió y él la besó entre los labios, sobre el marfil de los dientes, iguales y blanquísimos

—Tu boca amorosa te vuelve a la tierra, si no fuera por ella inspirarías amor divino, no pasión humana. Te quiero mejor así

Después que se repuso dijo Sara:

—Tú mi boca y yo tus ojos . ¡qué impresión me produjeron la primera vez que te vi! — Hizo una pausa y continuó: —Fue cuando me llevaron a tu casa, después de la muerte de mi pobre madre Estabas enfermo, pálido, muy pálido, no tenías nada más que ojos en la cara Cuando me miraste me eché a llorar ¡qué mirada triste, Dios mío! Me figuré que vivirías poco y de golpe me invadió una gran ternura hacia ti Después, después ¿recuerdas tú después? Fui tu enfermera, ¡qué días felices aquellos! Cuanto más triste te veía más afanábame yo en divertirte y hacerte reir, cosa que lograba con grandes trabajos, porque tú eras muy irritable y descontentadizo Según los médicos padecías no sé qué trastornos nerviosos, a la menor cosa me tirabas con los juguetes Irritable, sí, pero en el fondo buen corazón, al

verme lagrimear toda triste y pesarosa, me atraías cariñosamente hacia ti y si yo lloraba, llorabas tú también

Se detuvo, entornando los ojos como hacen algunas personas para recordar, y luego prosiguió:

—Lo que no puedo precisar es cuándo me enamoré de ti; yo creo que siempre lo estuve Si me decían que era linda, me alegraba por mi Julio, si procuraba ser elegante y mona, era para seducirte, y si me sentí dichosa cuando me *subieron el moño* y me llevaron al primer baile, fue porque me dije "ahora ya soy una señorita y puedo, cuando le parezca, casarme con él"

XVI

Gustando la miel de los recuerdos gratos hablaba, hablaba mientras Guzmán, con la seriedad del artista absorbido en su obra, la cubría de violetas Tenía la canasta a la mano, y sin levantarse iba cogiendo los ramilletes y poniéndolos con peregrino arte en la cabeza, sobre el busto y en el cuello de su amada

De vez en cuando echábase hacia atrás para estudiar el efecto, y luego inclinándose lentamente sobre la gran taciturna, depositaba en su rosada oreja un beso largo, largo Ella sentía voluptuoso escalofrío, entornaba los ojos y muy grave devolvíale el beso

—¡Alma!

—¡Vida!

XVII

—¿Recuerdas aquella noche? tú estabas enfermo, no podías bailar y me seguías con la vista tristemente, tal vez con un poco de celitos Desde el principio tuve el *carnet* lleno, y yo que entré al baile con un temor horroroso de *planchar* No perdí pieza, los mozos me asaltaban pidiéndome los *intermedios;* a la hora de haber entrado tampoco tenía intermedios . La señora de la casa me abrumó de atenciones, los viejos graves lo mismo, en fin, un triunfo que te hizo pasar un mal rato, y ¿lo creerás? yo gozaba de verte triste, sabía que era por mí y y eso me llenaba de felicidad y orgullo

Cuando estuvimos solos en el comedor de casa me dije· "Yo tengo la culpa de esa tristeza y yo debo disiparla".

—"Qué tienes? — te pregunté Vacilaste un poco y luego respondiste

"—Pienso que pronto nos abandonarás, todos gustan de ti.

"—¿Y eso te apena?

—"Sí , ¿no lo sabes tú?"

Los corredores estaban oscuros, una sola luz de la araña iluminaba a medias el comedor y sus reflejos pálidos herían el juego de plata del té, ya servido Yo me veía en el espejo blanca, blanca como una muerta

"—¿Quieres que te diga una cosa? — repuse acercándome Tú me mirabas con los ojos muy abiertos — Pues bueno — proseguí — si tú no me abandonas, yo nunca te abandonaré

Como sin fuerzas te dejaste caer en el sofá, al mismo tiempo que me agarrabas las manos y me las cubrías de besos y lágrimas ¿Y yo qué sentí entonces? ¡ah! no pude verte llorar, a mi vez lloré, y con toda imprudencia te cubrí de besos las mejillas, los ojos, los labios Siempre me ha sucedido igual, tus sufrimientos me vuelven loca, ¡loca de amor y de dolor!

—¡*O vase de tristesse, ô grande taciturne!* repitió él besándola lánguida y dulcemente

—Desde aquel día fui tuya, tuya, tuya Y lo que más me ataba a ti era ¡cosa singular! la conciencia de que podías *perderme*

Ese terrible y angustioso miedo me atraía, como el negro abismo atrae al miedoso Una vez que subimos a la torre de la Catedral con tus hermanas, sentí mirando hacia abajo, lo que sentía muchas veces mientras pensaba en tus ojos, en tu manera de reír y en tus palabritas de miel, miedo e irresistible atracción Pero tú me abandonaste, y entonces — y recordó con tristeza la ingratitud de Julio, enamorado de otra, y el casamiento de ella con el pretendiente a que menos se inclinaba, el Sr Casares, hombre de cierta edad, viudo y padre de una joven poco menor que la nueva esposa: Cora

XVIII

Julio le había deshecho el peinado y tejido en la soberbia mata de pelo una guirnalda de flores.

—No te menees. — exclamó de pronto, y alejándose hacia la alcoba, trajo una tela blanca y la envolvió con ella, imitando los pliegues de un peplo.

—¡Una vestal! — dijo con apagada voz, abrazándola

Ella se abandonó a él lánguidamente y sus bocas ávidas se unieron Cuando el aliento cálido de Julio le acariciaba el rostro, creía Sara morir, le flaqueaban las piernas y acabábasele la apresurada respiración A veces sentía un frío muy extraño, que le helaba la columna vertebral, y otras veces estremecimientos y cosquilleos, que le recorrían toda la piel

—¡Vida!

—¡Alma! .

Murmuraban, y sus labios volvían a unirse, sedientos de la sed insaciable del amor

En aquel instante la sirviente cerró las persianas por la parte de afuera y las sombras invadieron el estudio, haciendo que los objetos crecieran, medrasen o cambiaran de forma misteriosamente. Las máscaras japonesas trocaban sus visajes horribles en risas lúbricas de sátiros, el Fauno de los platillos, parecía de veras danzar su licencioso baile, las carnes de los desnudos palpitaban, y las figuras de los cuadros y tapices no se diría sino que iban a echar a andar, tanta animación adquirían en la semi oscuridad engañadora En la sombra las violetas y jazmines exhalaban sus más penetrantes olores.

Sara sentíase desfallecer, los besos prolon-

gados y sonoros en el pabellón tierno y sensible de las sonrosadas orejas, estremecíanla y le llenaban los oídos de músicas inefables, de melodías celestes, que llegaban a producirle desmayos y espasmos voluptuosos

—Me muero — balbuceó por último sin corresponder ya a las apasionadas caricias que recibía —, me muero — repitió, escondiendo la cabeza en el pecho de Julio, para huir de los besos que le producían tanto mal y tanto bien Pero él, poseído de la locura erótica, orgulloso de sentirla desfallecer de deseos, orgulloso de producir aquella voluptuosidad que mataba, deseando tal vez que muriese entre sus brazos, siguió prodigándole enervadoras caricias, enloquecido de verla oscilar entre la vida y la muerte, como la luz de la vela que se sopla, y tiembla próxima a extinguirse y otro soplo puede matar. Y así, ella temblando y el vertiéndole con sus besos en los oídos el filtro venenoso del amor, atravesaron la sala como dos espectros, caminando lentamente lentamente, lentamente

XIX

—Hoy podré acompañarte todo el día, dije en casa que iba a Colón

Habían almorzado juntos y se sentían muy satisfechos y alegres

—Pues entonces trabajaremos, tengo una nueva obra para ti, las *Cartas amatorias* de Mariana Alcofurado, la célebre monja portuguesa ¿La obra no te gustó?

—¿Cuál, el *Triunfo de la muerte?*... así, así; yo no entiendo el amor de esa manera.

—Tú eres una alma blanca, ves solamente el lado bueno y generoso del amor, pero tiene otros... A mí siendo humano no me repugna ninguno; todos despiertan mi curiosidad, y estudiándolos en su esencia y sin prevenciones, comprendo que son *igualmente legítimos.*

Sara guardó silencio; había algo en las ideas de Guzmán que lastimaban las suyas. El abrió *L'instinct sexuel chez l'homme et chez les animaux*, de Tillier, y se puso a copiar en un cuaderno de notas los pasajes que tenía señalados. Con todas las obras de su nutrida biblioteca y las que fue adquiriendo, que directa o indirectamente trataban del amor, había hecho lo mismo; los cuadernos pasaban de diez y aun le parecía insuficiente el material de observaciones para la base de su tratado, y por eso buscaba afanosamente en las historias a lo Tácito, en las novelas de todas las épocas, en las confesiones de las cortesanas y amorosas de todos los tiempos, y en las sutiles páginas de los místicos o de los psicólogos, algo que pudiera darle alguna luz, marcarle un rumbo o sugerirle una idea.

Mientras se atareaba en labor tan ímproba y dura, para otro cualquiera que no sintiese con la fuerza que él, el gozo de investigar, hacía sus apuntes y analizaba la propia experiencia, campo de estudio nada medrado, ni estéril en complejos sentimientos.

Junto al escritorio, en una biblioteca giratoria, tenía las obras que había leído y anotado y que a las veces tornaba a consultar; hacinamiento de libros de lectura e índole muy diversa, unos ideales y levantados, otros materiales y torpes, cuando no sucios y perversos. Todas las grandezas y todas las abominaciones del amor, estaban estudiadas allí, en forma poética o prosaica, en estilo épico, brioso y entusiasta, o a la manera científica, fría, minuciosa y razonadamente. Las pasiones sutilizadas hasta el misticismo, y las pasiones materializadas hasta la depravación, tenían sus virtuosos. Y Guzmán leía las tales obras con el mismo respeto y la mismo frialdad, sin entusiasmarse ni indignarse. Para él los pasmos amorosos de Santa Teresa y las monstruosidades de Gilles de Rais, eran curiosidades igualmente preciosas; al través de estas tinieblas o de aquellas inmaculadas blancuras del alma, creía descubrir la misma necesidad de sufrimiento y anhelos de un *más allá* angustioso que sienten los enfermos de amor.

—Sí — decíase Guzmán — tiene razón Barbey d'Aurevilly: "las palabras diabólico y divino, aplicadas a la intensidad de los goces, expresan una misma cosa, es decir, sensaciones que llegan a lo sobrenatural".

XX

Guzmán encendió su pipa, echó una gran bocanada de espeso humo y dijo, cerrando el libro que leía:

—La historia de amor es casi, casi la historia del alma humana. Cuando se ha amado las cosas toman un sentido singular, las ideas se modifican y hasta el físico parece sufrir ciertos cambios: los ojos brillan de inteligencia y la boca sonrie con muy otra expresión que antes. Esto no tiene nada de sutil; las mujeres que no han sentido las dulzuras del amor son fáciles de conocer por su sequedad, por no sé qué cosa árida, extraña al feminismo, opuesta a él; e igual los hombres: son duros, viven llenos de sordas irritaciones que no se explican, y su conducta parece como que no tiene carácter *humano;* pero experimentan una vez la amorosa pasión y sus ideas y creencias se *humanizan*, quedando además como coloreadas por la clase de pasión que han sentido. No hay ningún otro sentimiento que penetre tan hondo, tenga tantas gradaciones y sea tan complicado: sus raíces se extienden por los demás afectos y por milagroso modo los crea y a la vez se nutre de los mismos; en el fondo sólo él vive.

Hizo un gesto de fatiga y prosiguió:

—¡Vaya al diablo! a pesar de todos mis trabajos no podré dar ni mediana idea de su naturaleza, tan complicada, tan misteriosa. Todos los días modifico mi concepción; miles de detalles me lo presentan bajo aspectos inesperados, y cada nueva obra que leo me sorprende con observaciones que yo no he tenido la fortuna de hacer. Aquí tienes ésta — continuó, sacando de la biblioteca un folleto pequeño;

— es de *acá y sin embargo* le daré un puesto entre mis libros, gracias a esta observación peregrina, que me sugiere no pocas ideas y explica algunos fenómenos.

Cuando Julio estaba alegre volvíase muy comunicativo con su amante; entonces hablaba, hablaba sin cesar, hasta que el menor signo de cansancio de aquélla, le hacía decirse: "he hablado más de lo que está bien", y a punto seguido callaba, guardando por largo rato hostil silencio.

"Sí, la podredumbre de aquel hombre, antes tan sano y fuerte, y ahora despreciable, vil y abyecto, — leyó en voz alta — *era obra suya,* y este sentimiento elaboraba en su alma femenina ternuras inauditas e inclinación amorosa, explicable tan sólo considerando que, acaso las mujeres, *experimentan la necesidad de amar especialmente a los hombres que destruyen*".

XXI

Guzmán meditó un momento y luego dijo:

—Justo y bien expresado. Reconozco en el autor una criatura de mi patria espiritual. Tiene su *manera* cierto ímpetu, cierto sabor extraño que seduce, acción sugestiva, rápida — parece que quisiera al fin de cada capítulo, provocar una serie de reflexiones, de pensamientos — y finezas de dicción, símiles y tropos rebuscados, extravagantes a primera vista, pero precisos y no desprovistos de encanto si se miran atentamente, escucha: ... "hacia aquella parte

el cielo tenía esos colores desmayados y enfermos de las piedras que *mueren*; el verde resplandecía con el *fuego* de los diamantes del Brasil; sobre las franjas grises del horizonte los objetos se destacaban borrosamente, como sobre el viejo metal de un espejo etrusco", términos felizmente aplicados y que me hacen el efecto de joyitas peregrinas. Otras veces la hermosura nace de la valentía y sequedad de la expresión: "borracho, con los ojos fijos y sin luz como los de un pez muerto; reía y reía como un demente trágico; irritado o poseído tal vez de la grandeza de su destino negro y adverso; nubes negras como negros crespones enlutaron el cielo..." sí, sí, cierta novedad avalora estas imágenes y figuras, cosa que tiene más importancia que parece: quien varía la forma, produce sensaciones nuevas. Un monaguillo crítico, cuyo gusto en literatura y... en todo, es muy conocido y justamente apreciado, asegura que la novelita ésta no tiene novedad ninguna, que es poco más o menos lo que han hecho los demás escritores del país, por ejemplo — la intención se trasluce — él con sus cuentos vulgares e insulsos; él, frases de éstas: "las ardientes lenguas de fuego consumían, consumían como las lenguas amorosas de las amantes..." ¡pobre *pistolo*! como les dicen en España los veteranos a los quintos. El valor que hace falta para no velar la bella desnudez de una frase, es compañero siempre de la sinceridad artística y no lo tienen nunca los mojigatos ni los mendicantes de la literatura.

Repentino disgusto oscureció el rostro de Sara.

—¿No te place lo que digo? — preguntóle él frunciendo el ceño.

—¿Para qué negártelo? no; no puedo comprender que haya hermosura en una expresión tan torpe ¡que sea una cosa a un mismo tiempo mala y linda! Perdona si digo algún despropósito, pero me parece tan claro!...

—Las claridades en arte suelen ser las tonterías — replicó él con un poco de dureza. — Voy a mostrarte cómo una cosa puede ser, a un mismo tiempo, linda y mala.

Y dirigiéndose a la vitrina que tenía más cerca, cogió un sello antiguo, cuyo mango de marfil lo formaba un grupo mitológico de una obscenidad repugnante.

—Para nosotros los *curiosos* esto es una preciosidad artística, nada más, porque la hermosura de la línea, la verdad de los gestos, la armonía del conjunto nos embarga el ánimo, nos absorbe y no vemos otra cosa que la belleza; lo feo del asunto desaparece, muere o se presenta al espíritu en tan último término que no sólo no lo perturba, sino que ni lo distrae siquiera. Pues bien, hay frases que son para mí lo que esta joya; para otros suciedades no más: ¿quién interpreta con más elevación?

Dijo lo que antecede con acento seco, recalcando las palabras.

La taciturna inclinó la cabeza sobre el libro para que Guzmán no viera sus ojos llenos

de lágrimas. "¿Hay algo en mí que le es profundamente antipático, pensaba; me alcanzará también su inquina feroz al vulgarismo? ¿por qué se irrita? ¿por qué es tan mordaz cuando censura? ¿será que su alma está llena de rencor contra... contra todos?"

Guzman tornó a sentarse, estaba un poco pálido y su rostro expresaba la sorda irritación del que siente que un suceso inoportuno le ha aguado la fiesta. Observó a su amante y después, adivinando acaso lo que ésta pensaba, díjose lo que se había dicho ya otras veces en parecidas circunstancias:

"He ahí la burguesa; fuera del amor ella también es una enemiga, para mí", y sonrió amarga e irónicamente.

XXII

Desde el momento en que Cora fue la prometida de Guzmán, subieron de punto sus encantos. La joven transformóse en mujer; se hizo más coqueta, más elegante, más femenina; sus miradas parecían acariciar; la voz, antes incolora, adquirió el timbre pastoso, caliente de las mujeres que han amado y han ispirado pasiones amorosas; sonreía a cosas invisibles, adoptaba por instinto de agradar, posturas lánguidas; y su rostro de líneas puras, pero inexpresivo, quedó como crispado por la virtud de un sentimiento absorbente, único, espiritualizándose hasta expresar la curiosidad de la vida

y la espera alegre e inquieta de las promesas del amor.

XXIII

En el ángulo más oscuro de la sala, en la sombra misteriosa se decían todas las noches los novios las mismas palabras de miel. Ni fatiga ni aburrimiento; él hablaba generalmente, y ella lo oía con atenta curiosidad, jugando con el abanico o deshojando una flor. A veces la taciturna sentábase al piano , y entonces los prometidos permanecían silenciosos, examinándose atentamente. En esos casos Julio, sin querer y hasta con viva repugnancia, poníase a analizar sus sentimientos hacia aquella criatura, que él amaba y a la que sin embargo, seguía engañando de una manera alevosa. En medio de la amargura y disgusto que le producían los crueles análisis del propio corazón, llegó a sospechar que en el fondo de su afecto hacia Cora, sólo existía el cariño de sí mismo, y que lo que avivaba la llama era algo así como una piedad monstruosa, nacida de la idea más o menos difusa, de que la niña bella y angelical, rica y feliz iba a ser su víctima, una cosa sacrificada a su existencia, e infinita ternura dilatábale el pecho y le humedecía los ojos.

Mareado por estas blanduras sentimentales, que desde algún tiempo a aquella parte lo invadían a menudo, acariciaba con miedo la idea de purificarse, confesándoselo todo a Cora. "Eso me haría un gran bien, se decía, librar

al alma de los atormentadores remordimientos; romper valientemente con el triste y vergonzoso pasado; ser un hombre nuevo, un hombre amante y amable; reconciliarme *con los otros...*" Pero pasada el aura sentimental, la razón y la lógica, ponían las cosas en su punto y él tornaba a ser la criatura sujeta a su destino e impotente para torcerlo; la débil criatura humana, gimiendo bajo el pie de la implacable realidad.

XXIV

A pesar de todo la idea de la confesión lo obcecaba y perseguía sin descanso, convirtiéndose en un verdadero tormento. "Si osara confesar mis culpas ahora mismo", decíase estando junto a ella, y el corazón le latía dentro del pecho apresurada y desacompasadamente, poníase pálido, muy pálido y todo anheloso, como si estuviera pasando por el duro trance, se veía a los pies de Cora, hablándole con el fuego y la elocuencia de la sinceridad, mientras ella lo escuchaba llena de asombro e indignación, pero dispuesta a perdonarlo.

—¿Qué tienes? — preguntábale ella, observando su palidez.

—Nada, nada — respondía Guzmán volviendo en sí; y secándose el sudor frío que le corría por la frente, agregaba sin poder disimular su turbación. —Tontunas, cosas de poeta.

De regreso a su casa, lejos de Sara la *idea* lo perseguía menos. "Imposible... mi existen-

cia está unida a la de Sara, su carne con mi carne, siento que es como un órgano principal de mi cuerpo y no concibo la vida sin mi pobre taciturna. ¡Traicionarla! sería cruel e infame, y por qué la había de traicionar? eso nunca... Pero por otra parte, vivir en la mentira siempre, siempre; no poder arrancarme de aquí este come, come"... y suspiraba y sacudía la cabeza, procurando pensar en otros asuntos.

Llegaba a su domicilio, vacilaba un momento y sin poder libertarse de la duda, la gran *inquisidora* de almas, seguía adelante por las calles desiertas. "Si sobreviniera algún conflicto que aclarara las cosas, ¡ah! lo deseo, lo deseo, aunque el aplastado sea yo", repetíase próximo a desesperar.

El paso de un transeúnte, las voces aguardentosas que salían de los sucios bodegones, el ruido de una puerta que se cierra, lo distraían. Un poco más adelante la *idea* tornaba a tentarlo. "¿Y si hablara, qué sucedería? ¿está lo suficientemente enamorada para perdonarme? en cuanto a eso... ¡Ah! si el pasado no existiera, si yo fuera libre!" Y de un modo vago y confuso sentía que Cora representaba para él la esperanza, la vida nueva y la reconciliación con la vida y que su ser entero la buscaba instintiva y resueltamente, como los animales buscan lo que mejora su existencia.

Dilatábansele los pulmones, respiraba mejor y lo invadía grato bienestar... que duraba diez minutos, veinte, hasta que de golpe, como

una figura blanca en las tinieblas de un cuadro fantástico, aparecíasele la imagen de la taciturna, los grandes y tristes ojos llenos de lágrimas e interrogaciones, y los labios contraídos por un gesto de dolor.

El extraño volvía a suspirar y a sacudir la atormentada cabeza, y continuaba su paseo, pronunciando en voz alta frases incoherentes.

XXV

Viéndola caminar hacia el abismo, tan inocente de todo, tan risueña y llena de confianza, sentía él, no ya el deseo, sino el ansioso temor de caer de rodillas y confesarle sus infames proyectos. Violentándose mucho, haciendo esfuerzos sobrehumanos, lograba permanecer en su silla, aunque muy intranquilo y nervioso.

"Si no hablo caeré enfermo", asegurábase todas las noches al salir.

XXVI

Después de haber visitado en su alcoba a Sara, que estaba un poco indispuesta, sentáronse los novios en el sitio de costumbre. El tocador los separaba del dormitorio de la taciturna, las puertas quedaron abiertas.

Guzmán quitóse la orquídea del ojal y sonriendo débilmente se la dio a su prometida. Estaba más pálido y ojeroso que otros días. Cora lo examinó un momento y dijo:

—Hace tiempo que noto no sé qué en ti; tú tienes algo...

Guzmán guardó silencio.

—Por qué no me lo dices, es cosa que no puedo saber yo?

—¡Si tú supieras!... pero imposible, cómo confesarte que... ¡imposible, imposible!

Cora se puso muy grave; cuando hablaba de cosas serias parecía una vieja de cincuenta años por lo sesuda y reposada.

—Tú tienes secretos para mí y no debías tenerlos. ¿Es tan malo eso que me ocultas?

El la miró entornando los ojos y dijo con voz apagada y lenta:

—Sí; muy malo; tú después de saberlo, no podrías perdonarme y entonces... no conoces las flaquezas humanas y por eso mismo tienes que ser doblemente severa.

Cora reflexionó un momento.

—Me crees más niña de lo que en realidad soy... y después de todo, no oponiéndose a mi felicidad, qué puede importarme lo que tú me digas.

—Es que... puede oponerse. Si tú perdonas, si tú olvidas, no; pero si no puedes perdonar...

Ella sintió un frío tan intenso que le pareció que se le helaba la sangre en las venas. Con mucho trabajo pudo preguntarle:

—¿No me quieres ya?

—Más que nunca.

—Y bien, yo perdonaré — repuso, sintiendo que la vida le volvía al cuerpo.

—¿Todo, todo?...

—Sí; todo.

Nervioso temblor agitaba las manos de Julio; los objetos y muebles empezaron a rodarle por delante de los ojos. En lugar de una veía mil lámparas, y los gatos negros que adornaban la pantalla de papel rizado, multiplicándose maravillosamente, se le aparecían corriendo furiosas carreras por las paredes.

—No me siento bien — exclamó tapándose el rostro.

—Las manos te arden; qué tienes, ¡Dios mío!

—No hables fuerte, ya pasará; es un poco de angustia, un no sé qué, — y mirándola fijamente agregó:

—¿Y si yo hubiese querido engañarte alevosamente para ocultar con tu amor otro amor ilegítimo, sí, ilegítimo?...

Al decirlo temblaba de miedo que ella pudiera adivinar, y a la vez sentía extraño gozo repitiendo aquellas palabras que podían muy bien producir una catástrofe.

El espanto crispó la cara de la joven.

—¡Tú!...

—Sí, yo, yo mismo.

—¿Entonces no me amabas? — repuso palideciendo de nuevo.

—Justo; no te amaba; pero si te amase ahora, perdonarías?

Cora no contestó. El hizo una mueca de desaliento.

—Ves, tú no perdonarás.

Era tanta su tristeza que Cora se apresuró a decir:

—Sí, perdonaré.

Una sonrisa de incredulidad entreabrió los labios de Julio, palidísimos y secos; sus miradas inquietas eran las de un loco.

—Es que tú no puedes aquilatar la magnitud de mi ofensa; yo te he ofendido profunda e infamemente, y ¡ay! no sólo a ti, sino también a la persona que te es más querida. ¿Cómo? no puedo decírtelo, de mi boca no lo oirás nunca, bástete saber que los móviles que me acercaban a ti eran ruines e interesados, pero el amor ha querido burlarse de mis intentos haciendo que ame con toda el alma a la que pretendía engañar, haciendo que viva únicamente para ti — y sin darse exacta cuenta de sus actos, cayó de rodillas pronunciando como en sueños las mismas palabras que temía salieran involuntariamente de su boca. — Yo he sido un infame, pero no quiero serlo más, escucha.

XXVII

Con el rostro entre las manos, oía Cora las palabras de Julio. Este, sintiendo la dolorosa voluptuosidad de rebajarse y exagerar las culpas, que crea a veces el arrepentimiento, le descubría, entre protestas de cariño, las perversidades que había acariciado.

—Sí, sí — agregó por último mientras ella lloraba sus ilusiones perdidas; — yo pensé engañarte, sacrificarte, pero era cuando no sentía por ti el amor que siento ahora, amor purísimo que me inspira el ansia de sufrir para purificarme y el deseo de lavar con lágrimas humildes las heridas con que he ensangrentado tu corazón inocente. Yo quisiera tener por cada dolor que te causo, mil dolores más grandes, yo quisiera recibir castigos, purgar mis faltas, por eso pongo el látigo en tus manos, castígame, pero no dejes de quererme, porque ,no lo dudes, yo no soy peor que los otros. El despecho de los vencidos, la soberbia intelectual, la enconada irritación de los solitarios han desviado sin duda mis ideas del sentido recto; después los estudios, los análisis desencantadores... Mi maldad es acaso el fruto dañino del árbol del saber, no flor maldita del alma; de otra manera no sentiría estos anhelos de purificación que refrescan y mejoran y me hacen buscarte, porque sé que a tu lado mi corazón se ensancha, lo bueno que aún hay en mí surge y me siento con fuerzas para convertirme en una criatura como las otras. Y tú, Cora, no me puedes abandonar en esta crisis que decidirá de mi vida; sería arrojarle un arma al que está desesperado; exígeme los sacrificios que quieras, pero no me niegues tu perdón, piensa que mis faltas, mis antiguos amores han sido extravíos no más, y que lo único grande, verdadero y que ha echado raíces en mi alma es el amor que me inspiras tú.

En la pieza inmediata oyóse un grito estridente y el ruido sordo de un cuerpo que cae al suelo. Los novios miráronse estupefactos, y luego con la mortal angustia que nos sobrecoge cuando presentimos, sin saber por qué, una gran desgracia, franquearon la puerta del tocador.

Sara, la pobre taciturna, yacía en tierra, rígida, los dientes apretados, las manos crispadas sobre el desnudo pecho, como si hubiera querido arrancarse el medallón con el retrato de Guzmán que llevaba colgado y que Cora no pudo menos que ver.

—¡Es ella!... ¡ah! — exclamó retrocediendo espantada ante Guzmán.

El, presa de invencible estupor, no supo qué hacer ni qué decir y permaneció inmóvil, completamente agotado por el derroche de sentimentalismo que había hecho. Sentía en vez de pena, cólera, enojo y una sensación rarísima de aridez y vacío de alma, que le quitaba las fuerzas para experimentar el más pequeño dolor.

Así estuvo algún tiempo. "Debía ponerle algo debajo de la cabeza, ¿pero eso me corresponde a mí?", preguntóse, "y qué pálida está, parece muerta", se dijo después y agitado por repentino e inexplicable miedo, giró sobre los talones y cogió sus guantes, que estaban sobre el piano, junto a un libro de música: *Gli Ugonotti* leyó en la tapa llena de alegorías de la ópera, y en medio del desorden y confusión de sus ideas representóse con asombrosa nitidez la

escena culminante del final, cuando Raúl salta por la ventana.

En la escalera encontró al Sr. Casares.

—Su señora está algo indispuesta — le dijo sin detenerse y con tan regocijada expresión que el marido burlado no supo que contestar.

XXVIII

A pesar de la llovizna finísima que humedecía las calles, Julio avanzaba con el sombrero quitado.

—En sus ojos he leído la repugnancia y el desprecio — exclamó parándose.

Un hombre que pasaba se detuvo para mirarlo.

"¿Y por qué me mira ese estúpido? quizá he hablado fuerte", se dijo, siguiendo su camino.

Andaba como si sintiera mucha fatiga y escupiendo a cada paso para quitarse el amargor feísimo que le subía del estómago a la boca.

—Todo concluído, irremediablemente concluído — murmuró después de llegar a su casa, prendiendo las numerosas luces del estudio. No sabía bien si deseaba ver algo, pero sabía que la claridad le era necesaria.

Sirvióse una copa de ron y encendió su pipa. Aunque le pareciera ilógico no experimentaba en aquel instante ni dolores ni angustias; el *conflicto* se había producido y él se encontraba en ese estado de ánimo que dura un segundo, del que cae de una altura y al llegar

al suelo, aunque se haya hecho mucho mal no puede menos de decirse con cierto gozo, *al fin;* sólo que este sentimiento fugitivo era duradero en él.

Sentía el cansancio que producen las grandes emociones, la frialdad que sucede a las lágrimas y a los desates de la pasión, la insensibilidad y decaimiento en que nos dejan los sucesos que deciden de nuestra vida y contra los cuales nos sentimos tan impotentes que no nos atrevemos a intentar cosa alguna.

Bostezaba a menudo y no tenía pizca de sueño. Y ¡cosa singular! lo que le mortificaba seriamente era un detalle baladí: la sonrisa estúpida con que le había dicho al esposo burlado: "su señora está algo indispuesta".

—¿Qué pensará?— preguntábase, temiendo parecer tonto o ridículo al que tenía razones sobradas para formarse de él, el peor concepto.

El tal detalle lo irritaba más que todas sus culpas.

Por lo demás, aunque se sintiese profundamente descontento y disgustado de su conducta, no pensó ni una vez siquiera en justificarse a los ojos de las víctimas. Consideraba que *aquello* no tenía enmienda posible. Por otra parte la *conquistada* y la *sacrificada,* perdiendo el carácter de tales se habían desvanecido, y su amor hacia ellas también, porque él las amaba porque lo amaban; o más bien dicho, amábase en la pasión que había sabido inspirar a las dos mujeres.

La grande ternura que lo invadía junto a la candorosa joven; la piedad inmensa que se apoderaba de él acariciando la cabellera de ébano de su amante, eran sentimientos de complejísima elaboración, que la gratitud del egoísmo y algo así como el amor perverso que inspira a los sodomitas el mal que causan, contribuían principalmente a formar en los abismos de aquella alma esterilizada por las pasiones puramente intelectuales y los análisis crueles, que enferman el espíritu y ulceran el corazón.

"Todo está concluído y yo completamente agotado", pensó atareándose en analizar el enervamiento en que se encontraba. "Siento un poco de vergüenza, algún escozor de la vanidad herida, despecho... en resumen nada. ¿Qué clase de criatura soy yo? ¿y ahora qué será de mí?"

Esta pregunta repitiósela veinte veces, plantándose delante de todos los espejos. Después abstraído y con las cejas enarcadas, vagó un rato por la espaciosa habitación, examinando sin ver los lienzos, las obras artísticas y los muebles.

XXIX

—¡Ah! sólo me restan mis amados cachivaches, mis poetas, mis *Zafiros* — murmuró por fin, y de súbito, ansias sin nombre y una gran lástima de sí mismo lo conmovieron suavemente. Con la fruición con que el refinado ahonda y multiplica las sensaciones que experimenta, echóse en el diván y entornó los ojos

para sentir más el dolor sin dolor de la racha de sentimentalismo que lo entristecía poéticamente y le arrancaba las lágrimas negadas al dolor verdadero. Sentía oculto gozo en sufrir, en abandonarse a las penas, porque le parecía que eso demostraba que aún era rico en sentimientos, sin echar de ver que los tales sentimientos los engendraba, no el cariño de Cora y la gran taciturna, no la tristeza de perderlas, sino el amor grande y poderoso a lo estimable que había en él, amor lleno de esperanza e ilusiones amenazadas... porque su conducta rebajándolo a los propios ojos lo hacía sentirse más débil, más miserable, más distante de sus sueños...

"¡Sólo me restan mis poetas, mis *Zafiros;* las alegrías, los placeres, los amores acabaron para mí!" repitióse otra vez, y en un arranque de lirismo entonó con voz entrecortada, dulce y apenas perceptible las primeras frases del epílogo de Mefistófeles. En el fondo comprendía que todo aquello era falso y ridículo, pero le hacía bien, y continuaba cantando y llorando.

XXX

Pasaron dos horas.

Tranquilo ya y perfectamente dueño de sí, enfrascóse en la lectura de sus versos.

Afuera llovía si Dios tenía qué, silbaba el viento y crujían las ramas de los sacudidos árboles; a veces en algunos leves momentos de calma, oíase también, semejando los estertores

de los contrabajos en la orquesta, el murmullo poderoso del mar, cambiante siempre y siempre el mismo como las pasiones humanas.

El extraño leía con tan profunda atención que apenas respiraba. Tenía los ojos secos, los labios pálidos y sudorosa la frente de marfil. Al venir el día arrojó el cuaderno con sumo disgusto. Impresionado por los sucesos de la noche, ¡qué pueril e insignificante cosa le parecieron sus rimas! Oía aún el grito estridente, desesperado de la mujer a quien el amante traiciona y olvida... ¡Un mundo de dolor! y en los ojos tenía estampada la imagen de Cora, de la niña cándida y pura, medio muerta de espanto al recibir de golpe, como una puñalada traidora en mitad del pecho, la revelación de la maldad y miseria de la vida... ¡Pena y angustia infinitas!

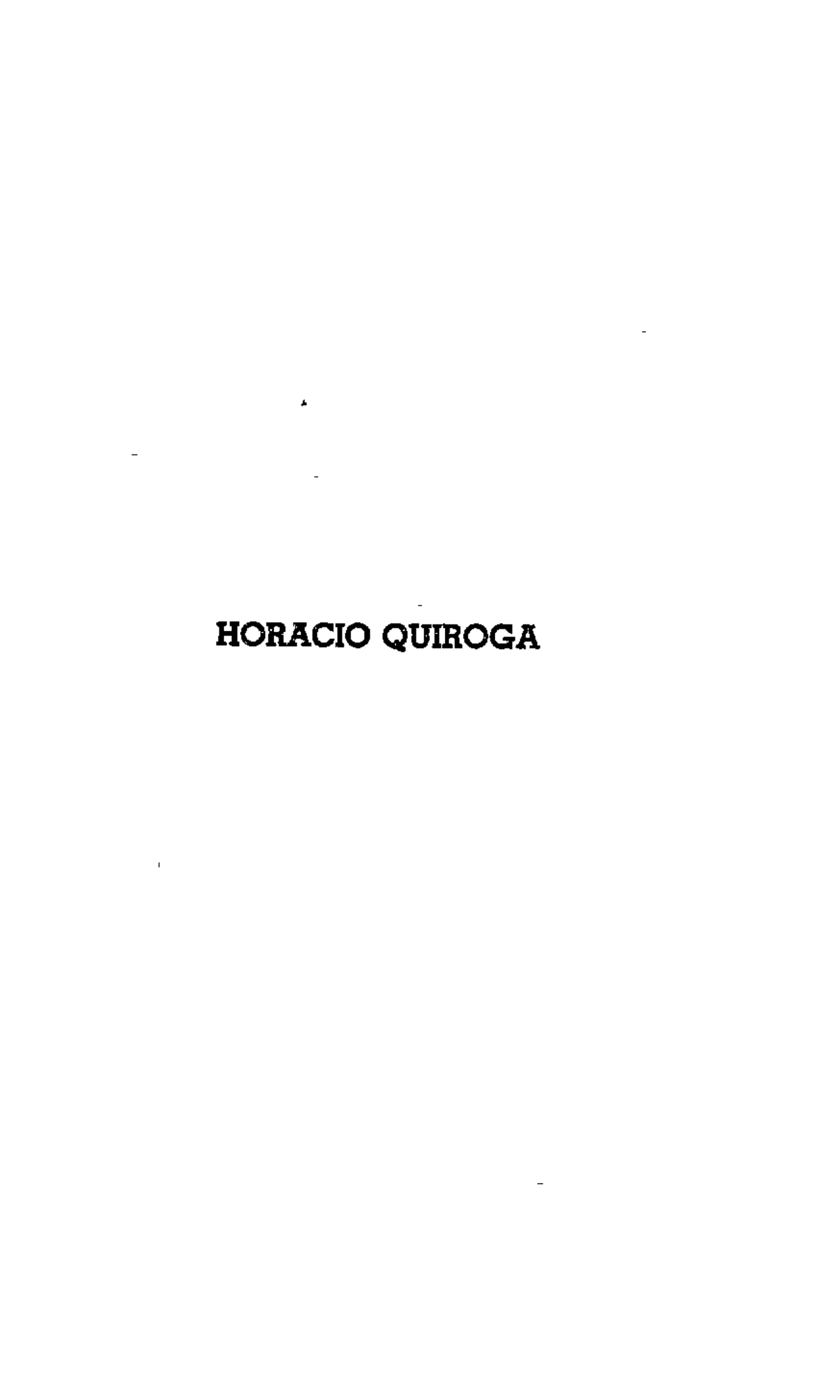
"¡Qué son mis artificiosas quejas comparándolas con esos grandes dolores! Todo este palabrerío gárrulo no dice lo que una lágrima", pensó con amargura viendo clara, patente, con verdad aplastadora, su insignificancia y su impotencia. "Grande es ese mar que gime, ese viento que ruge. Yo sólo he hecho frases: no he sufrido, no he amado... mi obra no hará palpitar los corazones ¡mísero de mí! El amor y el dolor sólo son fecundos: lo intelectual es estéril; mi existencia no tiene objeto; ¡ay! no seré nada, nada, nada"... Repitióse, y escondió la cabeza entre los brazos, ante la visión de que un hércules monstruo, un Dios potente lo za-

marreaba, lo arrojaba a tierra y le ponía sin piedad la vencedora planta sobre el cuello.

Al incorporarse díjose gravemente: "Sí, el amor y el dolor sólo son fecundos; ahora lo sé, aún ,soy joven y todavía"... Y la esperanza, la santa esperanza, volvió a iluminar de nuevo el rostro demacrado y afligido del miserable soñador.

Villa Nicquet. — Arcachón, Abril, 21 de 1897.

Madrid. Est. Tipográfico de Ricardo Fe 1897.



HORACIO QUIROGA

ASPECTOS DEL MODERNISMO

El pensamiento, a igual que el sentimiento, evoluciona con los tiempos y las épocas. Bajo el imperio de un cerebro poderoso, pero desequilibrado, la idea deja de ser severa para ser brillante. Ilumina más de lo que enseña; deslumbra más de lo que ilumina. Llega coloreada a lo interno, pasando a través de la imaginación.

Las generaciones desarrolladas en ese medio, obran y reaccionan conforme a esa tendencia que el Genio imprime a un siglo entero.

En nuestras edades, el pensamiento bucea siempre, mina siempre la verdad; pero más a menudo vuela. Y esta repetida elevación de cabeza nos sume en constante vértigo. Acabamos por deslumbrarnos, prefiriendo un golpe de alas a un golpe de piqueta; la reverberación de una imagen a la serenidad de un aforismo.

Somos más artistas que pensadores; gustamos más de un sofisma resplandeciente que de una verdad fríamente expuesta.

Nuestra imaginación hiperestesiada, incapaz a veces de absorber una sencilla sentencia, llega a la más grande exageración sensitiva, a las concepciones más simbolistas, delicuescentes coloristas, decadentes, fiel resultado de una consunción nerviosa, irritada y pruritada a través de los siglos por el abuso que de nuestras

emociones han hecho los genios artísticos; y, en los últimos tiempos, por una exagerada resurrección de aticismo.

Hemos degenerado en vigor, pero hemos sutilizado nuestra delicadeza. Preferimos los matices combinados y de efecto, al blanco, que ilumina plenamente.

Estamos gastados, pero a manera del diamante.

La imaginación es nuestra fuerza, y la quintaesencia, el motivo y fin de la literatura moderna.

La reflexión se esconde en un símbolo, como un poema en unos puntos suspensivos. Las metáforas claras y abiertas se resuelven en absurdos gramaticales, donde solamente nuestra inervación refinada puede hallar un estremecimiento estético.

La literatura no declina: evoluciona. Y evoluciona con nosotros, con nuestro modo de ver, de pensar y de sentir. Reprensible y bastarda en otras épocas, es lógica en nuestro tiempo. Es hija de nuestro siglo, y acusarla es como acusar al lobo de que es hijo de lobo. No culpemos a nadie.

Literatura de los degenerados; éste es el justo nombre que se ha pretendido convertir en culpa.

¿Quién no ha perdido el equilibrio de sus facultades, quién crée conservar la pureza del tipo fisiológico?

El sentido común da paso al sentido re-

finado, que es el de los elegidos. de los que han abierto la carrera al Modernismo y que pronto será el de la masa mediana por la precipitada extenuación de nuestro sistema nervioso.
Salto, Octubre 2 de 1899.

REVISTA DEL SALTO, Salto Oriental, Año I, Nº 5, octubre 9 de 1899.

EPISODIO

Tuve un amigo cuyo recuerdo, cada vez que ese episodio de mi vida sube a la memoria pone en mis nervios un largo escalofrío de miedo y espanto. Nunca he podido borrarle; en las noches de duelo, sobre todo, cuando un ruido silencioso nos despierta con sobresalto, y una indefinible angustia nos contrae la garganta en la terrible seguridad de que *alguien* se desliza por el cuarto sin que sintamos cuando está al lado nuestro, viene ese hecho a erizar mis cabellos, a pesar de que hace mucho tiempo que acaeció.

Un año entero tuve amistad con él; y las extrañas circunstancias que acompañaron a nuestras relaciones podrán tal vez no ser creidas; pero esos súbitos espantos esos hilarantes cambios de pesadilla en los que una carcajada tiene el timbre del más alto erizamiento interior y la encogida fijeza de una mirada puede

torcer horriblemente nuestro cuerpo, son indiscutibles, tan indiscutibles, que durante doce meses mi carne tuvo el frío esponjado y contráctil de una larva presta a transformarse.

Era pequeño y desmesuradamente flaco. Sus manos largas, muy largas, tenían un afilamento de zarpa suave y silenciosa que llevaba siempre replegadas, casi ocultas por las mangas del saco. Siempre creí que si aquellas manos se posaban sobre mi cuello, me helarían poco a poco en un lento sudor de asfixia.

Nuestros comunes paseos nos unieron en una intimidad completamente objetiva. Nada sabía de su pasado ni de la estructura de su modo de ser: gustábamos de estar juntos, simplemente; y sin conocer uno y otro lo que había más allá de una muda contemplación, íbamos, cuando las mojadas tardes de invierno tiritaban en los campos helados, a detenernos absortos ante los paisajes doblegados.

Sentía a su lado la influencia de una lenta depresión que no podía explicarme. Nada de anormal tenían sus palabras; hablaba en voz baja con dificultad, como si allá en el fondo, detrás de su garganta, tratara de contener el apresuramiento de una transformación que va a gritar. Por lo demás, se expresaba bien, *demasiado bien.* Su risa, solamente, era extraña, lívida, angustiada, llena de estertores y dislocamientos; parecía un sollozo que el dolor convirtiera en carcajada, seca y convulsiva en su revuelta expresión de estrangulado. Y lo más

lúgubre de aquella risa era que concluía de pronto, cortada de golpe por un súbito horror impreso en el rostro, de repente, horriblemente lívido, cada vez más lívido, todo deshecho en una convulsión de sorpresa aterrorizada, en el cual los ojos tenían la fijeza de una pesadilla abierta y delirante, pronta a abalanzarse sobre nosotros.

Muchas veces traté de explicarme esa gutural descomposición de su rostro. Cuando se lo preguntaba, nada respondía: me miraba en silencio, aproximándose a mí, cada vez más cerca, hasta que lanzaba un grito encogiendo los brazos: mi expresión, fatalmente, tomaba las mismos formas que la suya, ejecutando sus movimientos, riéndome, agachándome sin apartar mis ojos de los suyos, transformándose lentamente bajo su mirada en una deslizante forma de subterráneo y horror.

Una noche, dormía tranquilamente en mi cama, cuando me desperté sobresaltado: me llamaban. No era despacio, ni a gritos, ni con cariño ni con odio, era una voz como vomitada, una sensación de chirrido, de estrangulamiento que no sentía por los oídos *sino por la carne.* Me incorporé erizado y temblando y permanecí conteniendo el aliento mirando a todos lados en la oscuridad. No soñaba; tenía la seguridad de que estaba *despierto, bien despierto*: una forma fría y viscosa subía lentamente por la cama, por mis piernas, en un odioso contacto de larva crepuscular completamente adherida a mi cuerpo:

lancé un grito de horror y me retorcí violentamente arrojando lejos en un salto delirante el animal o tumor que trepaba por mi piel. Sentí un grito de cuerpo que rebotaba en las paredes y prendí un fósforo que iluminó lívidamente el aposento: en un rincón estaba mi amigo, apelotonado, amarillo, arrimado como un animal aterrorizado, mirándome y riéndose...

Me despertaron al otro día —a las once— admirados de que a esa hora no hubiera salido de mi cuarto. Me levanté lentamente: estaba horrible. Rehice mis recuerdos y fui a casa de mi amigo: estaba solo. Tenía un detalle en el que no me había fijado nunca: su pescuezo era largo, tan largo que su cabeza se movía a todos lados, la doblaba, la bajaba, la escondía como un reptil. Me paré delante de él y le pregunté bruscamente:

—¿Cómo pasó la noche?

—Bien— me contesto. ¿Por qué?

—¿No ha salido anoche de su casa?

—Sí, salí.

Comenzaba a hervir en cólera con sus respuestas.

—¿Y a dónde fue?

—A ver a un amigo muerto.

—¡A ver a un amigo muerto!... repetí lentamente. Y empecé a reirme mirándole y él me miraba y se reía sin quitarme la vista, y cada vez nos reíamos más fuerte, más fuerte, más fuerte, y sus uñas se ponían lívidas, y sus cabellos se erizaban y mis cabellos se erizaban,

y su cuerpo se alargaba poco a poco y mi cuerpo se alargaba poco a poco, y ví que se arrastraba sigilosamente por los rincones y sentí que me arrastraba torpemente por los rincones y la noche comenzó a entrar en el escritorio ya oscurecido, en el que nos replegábamos y nos extendíamos, aullando, mojando las paredes babeando todo el piso por el que nos arrastrábamos entremezclados llenos de contracturas y alargamientos, y cada vez era él más horrible y cada vez era yo más deforme, y todo lo que él hacía yo también hacía, y trepó por la pared hasta los tirantes y trepé por la pared hasta un tirante, y quedamos mirándonos, prendidos, delirantes, incrustados en la madera como dos enormes gusanos negros, encogidos y mirándonos ....

....

....

Salto, enero 20 de 1900.

REVISTA DEL SALTO, Salto Oriental, Año 1, Nº 19, enero 24 de 1900.

En un caballito no bueno ni malo
que a veces me sirve de cabalgadura,
voy por los caminos en descompostura
llenos de gallinas, de gansos y palo
Yo escucho en aplausos un transido ralo
que sale despacio desde la espesura,
como si un buen hombre, lleno de blancura
quisiera ser negro, en un intervalo.
Y mi alma se llena de miedo. Los perros

me siguen, me siguen, me siguen Las vacas
me ofrecen sus ancas y sus diez cencerros
Y tras de las ancas de las vacas flacas,
veo que hay un prado plantado de berros
donde hay vaca, perros y berros y vacas.
(Pontífice)

Archivo del Gay Saber. Se custodia en el Departamento de Investigaciones de la Biblioteca Nacional

LAYES
(a la manera de Valterra)
(La protesta debe ser dulce)

Tiendo a tus plantas señora,
mi corazón por despojo.
Ya está despierta la aurora
y espero a su ambiente rojo
—dulce vejez seductora!—
la senectud de tu enojo.

Tal vez hallaré en la justa
muerte adusta,
Llevaré al acerbo rayo
del dolor, de
de mis lides el valor,
de tus ojos el desmayo

Tengo pálido el semblante
y anhelante.
Hubo un feliz tiempo en que

dulce era toda demora...
Yo no recuerdo por qué:
os acordáis vos, señora?

Lacias las plumas de casco,
tiembla cobarde el valor.
Por vuestra culpa el honor
ved, señora, de un Velasco.

Y es tanto mi desvarío
y mi menguado sentir,
que a morir —noble— de frío
quiero —cobarde— morir
en vuestros brazos, bien mío.

Y si es verdad que inclementes
fueran mis leyes otrora,
haya compasión, señora,
de amor para los dementes.

Si pecado fue el deseo
mi crimen fue muy consciente,
que ante vos, a indiferente,
de amor prefiero ser reo.

Quitara por vos mi nombre,
aunque asombre.
Si la ley del valor
borrasen mis embelesos,
dijera lleno de ardor:
Ante todo está el honor;
Y antes que el honor, sus besos.

(Horacio Garín)

Archivo del Gay Saber.

Una tarde en que Moisés apacentaba sus cabras
vio grande llama de fuego sobre una zarza encendida.
Se acercó, y en el silencio de aquella región perdida
oyó una voz que le hablaba, y eran de Dios las palabras.

—Moisés, Moisés, cobra aliento que ya la hora es llegada
Mi pueblo mira a lo lejos de la arena inalterable.
Dormirá en sosiego el hombre cuya hacienda es deseada,
y el señor será contigo en una nieta inefable

Tu espíritu será fuerte como una cuerda de lino:
dormirás sobre la tierra, distante de las mujeres,
y haciendo un omiso caso de todos los pareceres,
repartirás con justicia el pan así como el vino.

Ve a tus hermanos y diles que el señor es quien te envía;
y a Faraón, que mi pueblo desea salir de Egipto.
Haz acopio de vestidos que ya la estación es fría,
y no te fijes en quien deseare ser inscripto.

El fuego ardía en la zarza como una ciudad antigua
y la voz seguía hablando con un acento sincero.
Lejos sonaban los gritos de un bronceado camellero
que entreveía el disgusto por una jornada exigua.

Y Moisés a quien le hablaba· —Señor, mi torpeza es [cierta.
Soy tartamudo de lengua y aún me callo muchas veces.
Jetró retarda mi paga por cada parida muerta,
y si es un chivo el que muere, me descuenta cuatro [meses.

En verdad, mi hermano es hábil y sus vestidos decentes.
Yo he visto sus manos viejas en infantiles quehaceres,

y sé que en una ocasión, mostrando todos los dientes,
engañó tranquilamente a no pocos mercaderes,

Su instrucción, aunque no grande, le basta para ser justo.
Los sacerdotes le escuchan como a un hermano apacible
que ha vivido en la montaña; y mira de un modo adusto
a las griegas deshonestas en una forma sensible.

El crepúsculo caía sobre el desierto tranquilo.
Los pastores se aprestaban para un moderado viaje,
y por el cielo pasaba el negro y tardo plumaje
de los pájaros que duermen en las orillas del Nilo.

Y Moisés vio que en las vacas la leche hinchaba las ubres
y sintió de su alma huraña borrarse la antipatía,
y vio aclararse a lo lejos los pantanos insalubres,
y Moisés notó de pronto que ya la zarza no ardía.

Como el pueblo de Israel hubiera creído en todo,
la alegría fue espontánea sobre las tierras salinas
Los pequeñuelos contentos hicieron vasos con lodo.
y las mujeres pidieron alhajas a sus vecinas.

Aarón puso en la tierra la serpiente del camino
que aún conserva el paraíso fijo en sus pupilas claras;
y hubieron muchas serpientes de un aspecto campesino,
mas la vara de Aarón devoró a las otras varas.

Hubo en seguida una peste en el río en que bebían
Todos los peces murieron y el agua se puso roja.
Y las mujeres que iban con el cántaro volvían
a su hogar atribulado, llenas de grave congoja.

Largos vientos orientales soplaron desde la costa
del Mar Rojo, que es de Arabia feliz y pétrea la llave;

al cabo de dicho tiempo trajo el viento la langosta sobre la tierra de Egipto, siendo en gran manera grave.

(Pontífice)

Archivo del Gay Saber.

La siesta, como un niño repleto,
dormitaba en la mística glorieta,
y una dulzura de vejez discreta
venía como un niño desde el seto.

La nervosina mano de un esteta
grabó en la piedra, con tesón completo,
un paladín heroico; y en el peto
puso una llaga, como flor inquieta.

. .. .

Tus ojos me miraban entreabiertos.
Y en tus ojos miraba yo los muertos
paladines heroicos por tus manos.

Mi mirada angustiosa te buscaba,
y detrás tuyo el paladín miraba
tristemente a mis ojos, como a hermanos.

(Pontífice)

Archivo del Gay Saber.

TU GARGANTA

El verano perdió su fuego externo;
y a la luz de la tarde postrimera
sonreía a tu enagua en la ribera
la displicente gracia del invierno.

Iba a velar contigo la primera
noche violeta de un país moderno.
el mar sonaba bajo el viento eterno,
la amplitud de su sorda carraspera.

Y como el mar en sus pueriles glosas
prolongara el mutismo de las cosas,
llenó el silencio, como voz que encanta,

en el suave crepúsculo salino,
bajo tu copa de color marino,
el sonoro glu-glu de tu garganta.

De LOS ARRECIFES DE CORAL Montevideo, Imprenta "El Siglo Ilustrado", 1901).

EL MARTES, 24 DE NOVIEMBRE...

El Martes, 24 de Noviembre,
bailamos la romántica gavota.
Las señoras brindaban sobre el hombro
sonrisas. En el raso de las colas
temblaban los reflejos del vestido;
las sedas repetían sus estrofas

en la cadencia de su muda orquesta;
tus ojos se perdían en la forma
de los verdes jarrones japonistas
y en la nieve de sangre de tu boca
se abrasaba el país de un abanico.
Desmayaba la niebla de tus blondas
en la infinita languidez del paso.
Tras la arcada gemente de las violas
oímos de una voz el dulce acento·
la noche de Noviembre, venturosa,
inspiraba al pierrot dulces romanzas,
acariciando con su frente angosta
la satinada piel de su guante crema.

De *Los arrecifes de coral.*

LEMERRE, VANIER Y Ca.

Bajo la curva, la noche plomo;
sobre el aliente, vapor de bromo
ata en el cuello fino calambre
con invisible, rígido alambre.
Por la ventana que está entreabierta
la Luna muestra su faz de muerta
desfigurando, tras los cristales,
algunas piedras filosofales
Se angustia el vientre de los crisoles
en la insistencia de los alcoholes,
y gime en finos ruidos distantes
como murmullos subcrepitantes.

Sobre los bordes de la campana
suenan las cuatro de la mañana
los negros perros estremecidos
lanzan al aire largos aullidos.
Chirrían los gonces de un modo adusto
y a la ventana se asoma un busto:
como los muros, en línea recta—
la Luna en negro disco proyecta
sobre la albura del macadan
como un curvado trágico escollo,
la calva frente de Claudio Frollo
bajo la sombra de Notre-Dame.

De *Los arrecifes de coral*

EL TONEL DEL AMONTILLADO

Poe dice que, habiendo soportado del mejor modo posible las mil injusticias de Fortunato, vengarse cuando éste llegó al terreno de los insultos. Y nos cuenta cómo en una noche de carnaval le emparedó vivo, a pesar del ruido que hacía Fortunato con sus cascabeles.

Frente al gran espejo de vidrio, fijo en la pared, Fortunato me hablaba de su aventura anterior —el traje aún polvoreado de cales— preguntándome si quería verle reir. La verdad de aquella identificación tan exacta con el noble Fortunato me divertía extraordinariamente,

tanto como sus cascabeles, algo apagados, es verdad, por el largo enmohecimiento.

Las parejas que cruzaban bailando no nos conocían; es decir, conocían a Fortunato, pero éste fingía tan bien las risas de Fortunato; y, además, estaba tan alegre, que nuestra estación frente al gran espejo de vidrio fue completamente inadvertida. Y del brazo, recordándome sus anteriores injusticias, pasamos al buffet, donde bebimos sin medida.

—Esto es champaña, — me decía Fortunato; reaviva las ofensas.

¡Pobre Fortunato!

—Esto es Oporto. Para darle aroma lo tienen encerrado largos años en las cuevas.

Grandemente me divertían las disertaciones de Fortunato. Fortunato estaba borracho.

—Esto es vino de España. Le atribuyen la virtud de apresurar las venganzas.

¡La venganza, la venganza! le apoyaba yo a grandes gritos. Estas extravagancias de Fortunato, tan características en él me eran muy conocidas.

—Vamos, me dijo. Y descendiendo juntos la escalera, a pesar del trabajo que me motivaba su pesadez, llegamos a la cueva. En el fondo había un barril de vino y Fortunato gritó. ¡Amontillado, amontillado! fue de este modo.

Y cogiendo una vieja pala de albañil, —las cadenas fijas en la pared— me miró tan tristemente, que, para no soltar la risa, fingí tener miedo.

—¡Fortunato! exclamé corriendo a abrazarle.

—¡Bah! dijo. Y mientras mis ropas se humedecían de cal centenaria, me gritó clavando la puerta.

—¡Por el amor de Dios, Montresor!

—¡Sí! —me apresuré a responderle— ¡*por el amor de Dios!*

De *Los arrecifes de coral.*

A LA SEÑORITA ISABEL RUREMONDE

Cogiéndome las manos, me decía a menudo:

—Venga, amigo mío, ya sabe cuánto le queremos. ¡Ha sido usted tan bueno con nuestra pobre enferma!

Pálida, débil, vestida siempre de heliotropo de que era el claro perfume, un poco triste, aún en los días que fueron menos severos para su enfermedad, su alma se perdió en una corta vida que ella misma —¡oh pobre criatura!— agostó deliciosamente.

Fue largo tiempo desconocido el mal que la aquejaba: —¿Sufres, mi hija? ¿qué sientes, querida mía? — Nada mamá. — Y, no obstante, bien visible era su delgadez, y bien se notaba que mentía la enferma señorita.

En Niza, cuando la estación enfriaba los teatros y en el aire cálido eran los pañuelos más

suaves en las bocas, su plácida agonía se acentuaba más, la dañaba ser vista, quería estar sola: —ya de lejos para no avergonzar a la señorita, bajo los profusos encajes que ascendían a ratos, sus piernas tan delgadas llevaban consigo, como una promesa asaz melancólica, la sonrisa de los caballeros.

¡Señorita, señorita! qué motivo de pena iba a ser usted para su familia!

Velaba solo, en la luz de la lámpara cariñosamente descendida.

Me había acercado en silencio. ¡Oh, sí, muy enferma estaba! Blancas las mejillas, los labios ya sin bondad, los ojos puros aún, en que la abusada agonía de muchos momentos había fijado una a una —como violetas de amor— imperceptibles desgracias.

—Señorita imprudente —repito— ¿es perdonable que hiciera usted tan poco caso de la vida?

—¿Es usted, amigo mío? —Sí, querida, soy yo. Y como era ya hora propicia, extendí el vaso hacia su sensible boca.

—Pero— me dijo sonriéndome dolorosamente— mis manos...

—¡Ah, es verdad!— Y acariciando casi, para no lastimarla, la ancha pulsera de oro que las unía sobre los almohadones, desprendí sus manos, manos queridas y culpables, manos malas, que el médico mandó sujetar a fin de que no martirizaran más a la pobre niña.

De *Los Arrecifes de Coral*

Album de la señorita..

Tarde de los jardines tranquilos y otoñales.
Cocó bajo el encanto de sus blancos cendales,
pasea su tristeza sobre la arena inerte.
Cocó es hermosa y joven, y ha pensado en la muerte
por no sé qué motivos de amoroso reproche,
Cocó lleva en sus ojos la aurora de una noche;
su palidez es tanta que causa pena verla,
el iris opalino de una brillante perla
semejan las dos lágrimas que de sus ojos ruedan,
sus suspiros más leves sobre las flores quedan,
y en el suave crepúsculo su hermosura encanta
como el contacto fresco de una clara garganta.
Mas la luz de sus ojos es para su belleza
lo que un dulce recuerdo para una gran tristeza·
son ojos en que viven largas melancolías
como hondo desconsuelo por los mejores días.
Su voz es dulce y grave; y cuando habla parece
que la luz melancólica de las estrellas crece.
Las hojas desprendidas crujen bajo su paso
con el sutil murmullo de una falda de raso.
Cocó cuya elegancia deslumbra en los salones—
(y en esto está el peligro de algunos corazones)—
vaga sobre la arena del jardín silencioso.
y el viento que ha crecido se hace más armonioso.
Suspira lentamente y su grácil figura
deja tras de su paso un soplo de ventura

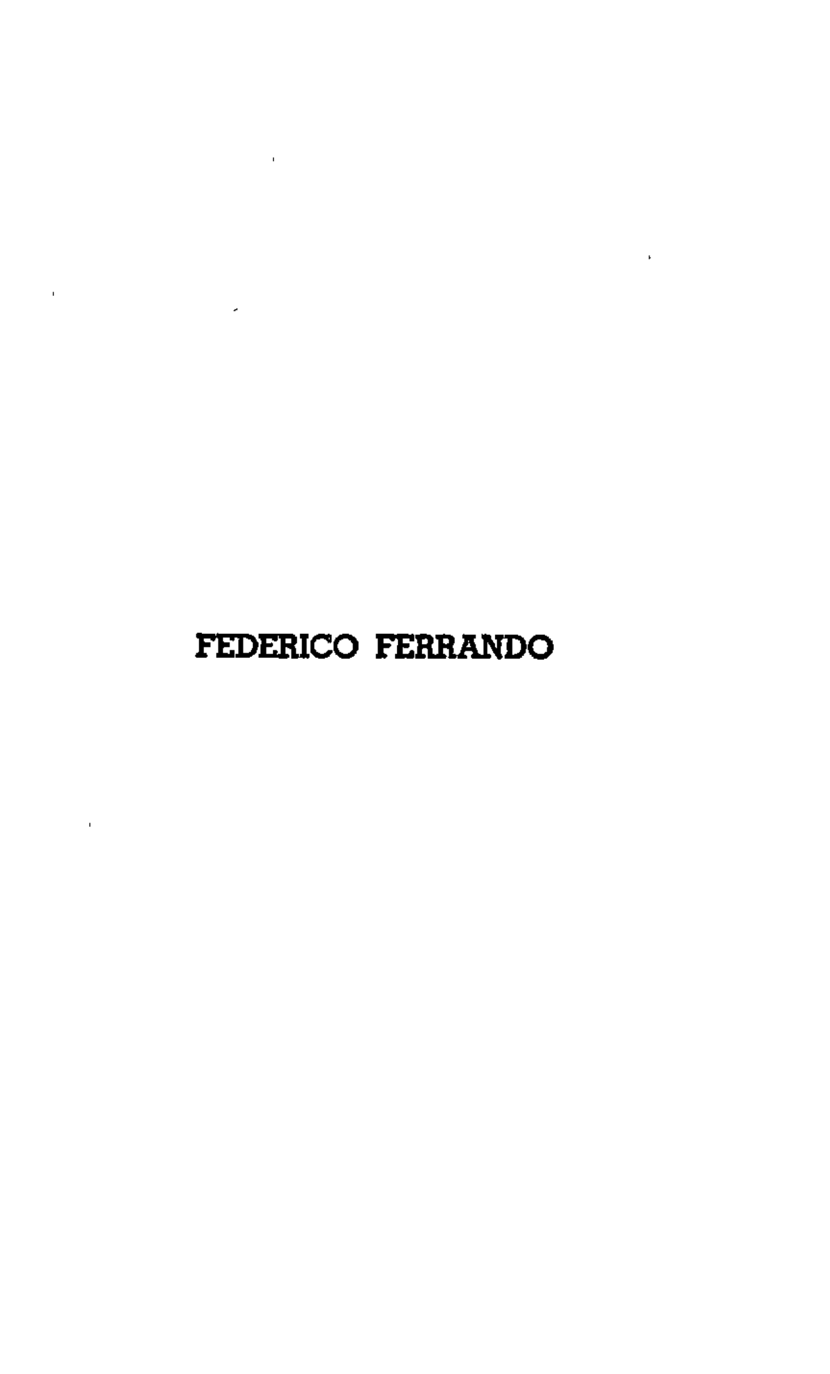
De pronto llegan graves como una voz de hermano
de la distante sala los acordes de un piano.
Es un vals de otro tiempo, música ya olvidada,
más que despierta un mundo de ensueños, de la nada.

La dicha que ha pasado o aquella que se espera,
la que vivió o se aguarda como una luz primera,
renace o cobra vida con la voz de un piano
que da siempre un encanto próximo o ya lejano.
Cocó detiene el paso, cual si su hermosa vida
de aquellas viejas notas se hallase suspendida.
Sus ojos que han llorado muestran un poco ahora
el contenido afecto de una joven señora.
Inmóvil más que el cielo, bella más que las flores,
diríase una estatua toda llena de amores.

Más la música aquella cambió ya de motivo
y ahora semeja el piano un llanto convulsivo.
Es una serenata, á cuyo dulce encanto
las penas muy transidas se convierten en llanto.
Y la melancolía de ese jardín desierto,
la música que tiembla como amor inexperto
traen a su memoria las penas más fugaces
o aquellas, sobre todo, por siempre ineficaces...
Vuelve Cocó en silencio; y su ensueño difuso
de amores contrariados y de dolor confuso
suben también con ella por el ya gris sendero:
ensueños que tenía la niña, por Febrero...

Y he aquí que de pronto Cocó queda en suspenso
mientras sus senos suben en un suspiro intenso,
pues oye: y esa voz difícilmente oída
como si la llamaran suavemente de lejos,
ha despertado en su alma sacudimientos viejos,
se eleva ¡ay! más que el piano; y es una voz querida...

ALMANAQUE ARTISTICO DEL SIGLO XX. Montevideo, 1903



FEDERICO FERRANDO

(Las piezas firmadas *Arcediano* pertenecen al *Archivo del Gay Saber*, custodiado en la Biblioteca Nacional).

—¿Qué haces con tu arado traído del Brasil,
triste labrador, de una edad casi senil?
Tú estás triste como si tus bueyes que tienes uncidos
no supieran trabajar o te cornearan a veces,
y lloras y languideces
triste labrador de una edad casi senil.
¿Es que el pañuelo tan grande y tan ancho
como alguna cosa que hubiera en el campo
se te ha perdido, él que era blanco como un campo?
Cuéntame tu historia, inmóvil labrador.
(Y así, mientras hablaba
yo le miraba
unas caravanas que colgaban de sus orejas
más grandes y con más vello que dos ovejas).

(Arcediano).

El buque se hundió en la sombra
como un gran final de drama
y en los cielos el dios Brahma
con un rayo abrió la sombra.
El marino no se asombra
desde cubierta mirando
cómo se va investigando
el viento serio en el agua
que a manera de paragua
se arremolina en un bando.

(Arcediano)

CARTA DEL ARCEDIANO

29 de marzo de 1901

Inapreciables señores:
Salud ante todo y luego
deséoles con mi fuego
conocido, muchas flores.
Esto de flores lo pongo
porque hace falta, y también
porque explica más que cien
explicaciones. Un hongo
capaz soy yo de añadir
si Uds. así desean
para que así Uds. vean
que todo pueden pedir.
Agradezco a don Horacio
el buen mazo de papel
que ayer me mandó, y en él
este papel en que espacio
mis ideas he arrancado.
Conque así, prueba que es bueno,
aunque creí que era obsceno
por su corte recortado.
También recibí un billete
en romance castellano
muy legible y a la mano,
noticioso y hermosete.
Y aunque allí me dice que
leyeron cosas hermosas,
no me dice cuáles cosas
leyeron, lo olvidó Ud.
Mi salida de la Unión

para esa ciudad tranquila
(que las dos Caribdi y Scilla
parecen, con su perdón)
ocurrirá no sé cuándo,
tal vez hoy, tal vez mañana
y aseguro que con gana
irá Cráneo e irá Ferrando.
Bajo un copón de azulejos
brillan dos escarabajos,
como grises espantajos
de un infierno con espejos.
A sus inciertos reflejos
vense microbios correr.
Lo cual mira una mujer
con cabellos desatados
como gusanos quemados
en la lucha del placer.

(Arcediano)

Alguien vio que parecía un flaco cajón de muerto
donde se ahogaba una idea negra ahora y antes blanca.
Era una mancha de tinta en una página blanca
prolongada largamente como vena al descubierto.

(Arcediano)

LEYENDA INDICA (I)

Había una vez un clavo clavado no se ignora dónde— y de él colgaba un pájaro ñandú, que estaba enterrado. El clavo era pantalla, y el avestruz siete veces. Vino un conde a galope

de otro conde, y le seguía un parral. El grito fue tan fuerte que hasta le salieron pestañas. Por lo cual era clavo y vestido de barrilete. Un día el clavo se cayó al suelo, y vino un coro de vírgenes con un órgano a la espalda a darle la extremaunción. En las venas tenía castañas y un azoramiento en el bastón. Cuando tragó la hostia le brotaron ornitorrincos en la nariz y lo miraban para atrás. Y le dijeron: —"Muerde de veras". En este momento cayó una nieve de chalecos con botones a la espalda, que hablaban como gansos arrimados a un portón.

Y murió de veinte sillas— y lo cocieron con óleos y con espátulas y con vidirios de remate y con bombillas de tala. Y le salió un solo bigote debajo del brazo izquierdo y en una imprenta. Y la imprenta era de Dios. Y contaban como gallo. Y Dios era el bigote-afeitaba los bigotes.

(letra del Arcediano).

I

Corre un río blanco como la estearina.
Entre costas negras corre la estricnina.
Y un navío azul
hecho de abedul,
conduce una carga de verde anilina
para el sultán rojo de gris Estambul.

II

En el hueco zapato de Leda
el cisne de seda
esconde su curva cabeza de idiota;

pero cae del cielo una gota
de tinta violeta
que deja en su cuello fatídica veta.
Y el cisne sacude su virgen plumaje,
manchado por siempre con brutal ultraje.

III

En Crimea —península rusa—,
descubre Sigfrido rara hipotenusa.
Y bebe en su copa trirectangulada
sangre coagulada.
En seguida aparece una fiera
que es verde y pantera.
Y le muestra una uña quebrada
en donde está escrita una misa cantada.

IV

Un cigarro y un diente se juntan
y anuncian al mundo que ha muerto Petronio.

V

La copa de nieve derrite sus formas.
Y el borracho trágico acude solícito
a beber el aroma impalpable
que mata sin penas, ni gusto, ni gloria.

VI

Un cirio muy fino moría de tisis.
En un catafalco de blandones grises
los cirios pascuales morían de risas
ardiendo con fuerza durante diez misas.
Y en mayo vinieron los vientos alisios
sacando las luces de sus blancos quicios.

Y el cura reía destempladamente
con sus dedos gordos puestos sobre el vientre.

VII

Son cabezas inorgánicas los corrientes candeleros.
Y las largas blancas velas son cilíndricos sombreros.
Las llamas son el carácter, el pabilo es el estómago.
Los candelabros son meetings, pero el aire es su
[sarcófago.

VIII

Un pareado sólo sirve para una comparación;
por eso yo lo comparo a una artística ecuación.

IX

Iban a dar las dos de la mañana
cuando cayó del techo una campana.
El sonido murió de la caída
Y nunca más le oí en mi larga vida.

X

Una estrella se cayó en un arroyo de palo,
Y un pastor la redondeó con su rubicundo falo.
En su testa la colgó y la redondeó de un halo.
(23 de noviembre - 24 de noviembre
Arcediano)

Un navegante italiano, al mascar una nuez hueca
vio que giraba la rueca de la mujer de su hermano.
Atajando con la mano el movimiento redondo
pensó en su cerebro hondo con decisiva justicia
que toda mujer novicia es un abismo sin fondo.

Buscó un pájaro altanero abrigo en una montaña
y al efectuar esta hazaña se convirtió en agujero.

Desde entonces un gran cero se vio brillar en sus ojos
en cuyo borde tres piojos le mordían con tres clavos
de modo que hasta los rabos fueron frágiles y flojos.

La hazaña de un hombre loco sólo sirve para él
como un bajel el bajel solo para él y no es poco.

Un París y Barcelona en la persona de un hombre
aunque parecen un hombre son algo más que una lona.
Si alguien me nombre a Pamplona yo me tengo que
[enojar
porque es como dar al mar alimentos en embudos
cazar en la selva mudos o los gatos maniatar.

(Arcediano).

LEYENDA INDICA (II)

Hubo un rey de Caldea que era tuerto y a la vez cojo de nacimiento. También era hijo de uno que había muerto y que había sido rey hasta que murió. Pero era dudoso que éste fuera rey hasta que muriera, por que aún no se sabía si estaba destinado a morir — y quién asegura que alguien morirá antes de que haya muerto? Es lo cierto que él vivía sin haber muerto todavía y también era tuerto y cojo — y un día murió. Y entonces todo el pueblo respi-

ró porque ese hombre era un problema no resuelto hasta ese momento. Y sólo entonces se vio que aquel rey podía morir.

(Arcediano).

LEYENDA INDICA (III)

De cómo el 3 fue reductible.

Había una vez un Bombay que tenía una fiebre negra. Y vino un brahmín y le dijo: —¡Arre culebra! Y una estrella subía y bajaba.

Fue entonces que un grito partió el cielo en tres pedazos. Y he aquí el destino de los tres pedazos:

El uno se metió en la boca de una cotorra —adviertiéndolo ella. Y lo recibió con los brazos abiertos. Desde entonces la cotorra es verde y lápiz. Y tiene un sinsonte en la nariz. (Y era sagrada y extraordinaria).

El otro arremetió contra un inglés que venía cabalgando sobre la reina Victoria. Y lo dejó pintado de Guatemala, como si le hubieran dado un baño de bosque.

Y el tercer pedazo se paró de punta y dijo: —Yo soy un crustáceo pandorga: o para mí o para vos.

(Letra del Arcediano)

(Escrita al dorso de una invitación para el 2º congreso científico americano - 20 marzo de 1901).

Señorita: si el amor
no lo comprendes aún,
explicarlo pronto en un
billete haré en tu favor.
Dicen que nunca se sentir
se llega una inteligencia
entre una u otra conciencia
como entonces; y es de oír
a los que una vez sintieron
tanta pasión en un día
el recuerdo de alegría
que sus pechos conmovieron.
Las palabras poco son
para explicar cosas fuertes
Es como parlar de muertes
y no tener la intención.
Solo con ti y a tu lado
hablaré correctamente.
De lejos mi turbia mente
siente un influjo malvado.

(Arcediano).

CARTA DEL ARCEDIANO AL PONTIFICE

Mi señor don Aquilino:

A causa de una enfermedad del ánimo no iré a visitarlo hoy. Mañana será. Mucho me alegraré de que a esta fecha vuesamerced ya se halle completamente restablecida. Si tiene Ud.

a mano el número anterior de "La Alborada", aquel en que apareció el famoso veredicto, ruego a Ud. se digne prestármelo. Y si tuviere también en su poder el ejemplar en que luce su muy premiado cuento de Ud., haría a mi gloria y contento de este día de hoy, remitiéndomelo también, junto con el anterior. Cúmpleme notificar a Ud. que, aparte del mal de ánimo que hoy me aqueja, mi salud es completa y está a su disposición. Sírvase usía hacer llegar hasta el señor Alberto José este ofrecimiento de mi humildad. Notifico a ambos que acabo de leer a tropezones la muy bien ornamentada novela que lleva el presuntuoso apellido de "Raza de Caín". Y aseguro a vuesasmercedes, con las dos manos puestas sobre el corazón, que hame disgustado del todo aqueste hijo del fino intelecto del señor Reyles. Y digo que todo lo que me place de este libro no alcanzaría a llenar 10 páginas, aún menos, ni cinco lados del papel. En cambio, los dibujos parécenme sumamente inspirados y completos, obra perfecta de un artista de cerebro vigoroso.

Saluda a Uds. con amistad poética e invocando el nombre de paz de Verlaine.

Florentino Rosales, ex Futraque Honorat. 10 del último mes del siglo que tuvo el alto honor de vernos nacer.

CARTA DEL ARCEDIANO, en Montevideo, al PONTIFICE, CAMPANERO y MONAGO MENOR que se fueron al Salto

Primera carta del sexto brahmín a los tres hermanos que se fueron a un país caliente y dorado. Empezada al concluir la tarde del 11 de este primer mes del siglo. Y es en Montevideo, un día claro. Y he aquí que el sexto brahmín se quedó solo, solo y triste. Y he aquí que tomó el pétreo y ordenado camino que conduce a una mansión de sutras. Y en la puerta decía: TELEGRAFO. Y el brahmín triste, triste y dormido (dormido *in mente*, por la pena), escribió en una blanca agua helada, que no era agua, sino papel, cinco palabras que de la boca de Amycus, (brahmín lascivo y locuaz) habían salido y aún burdonaban en su oído —que es un oído sensible— sensible y tuberculoso.

Y antes había vuelto al templete del brahmín Amycus a briscar "Frases rítmicas" y he aquí que el sexto brahmín halló tal libro. Y nunca más lo hallará. Y quedó desolado, buscando, buscando en su inteligencia una disculpa, una evasiva, una razón que oponer al sutra Vigil cuando lo viera. Y he aquí que ha decidido enviar a Buenos Aires por el libro...

Nada he escrito después de la pálida disperçao. Y fuera del artículo de Darío, nada he leído. Ni me alegro ni me entristezco porque ya estoy hecho a estas esterilidades metálicas. Me quedo serio, nada más, y tieso, *in mente*, como

un estoico granadero imperial. Y no me quejo... Y en este instante me he subido hasta las alturas de la amistad brahmínica y artística y desinteresada, y, tal vez el buen genio del consistorio se compadecerá de mi desierta sequedad y me enviará una buena jaula llena de leyendas, cuantas y dezires. Y este contenido sería un licor que me emborracharía alegremente. ¡Oh noches misteriosas del templete del Gay!

PAGINAS ARRANCADAS A UN DICCIONARIO BIOGRAFICO QUE VIO LA LUZ EN PARIS EL AÑO 1950

Quiroga, Horacio. Más conocido por su seudónimo *Arquitectura Quiroga.* (1878 - 1915). Célebre poeta. Fundador de la escuela cristalina, que tantos genios ha producido desde entonces. Su vida accidentada y tempestuosa, unida a un talento colosal para la versificación, le han hecho tan famoso y apreciado por los inteligentes, que, violando nuestra decisión de abreviar estos apuntes, seremos más amplios en esta ocasión para honrar su inmortal memoria. Nació en el Uruguay, país que hasta aquella época sólo había llamado la atención del mundo civilizado por sus guerras intestinas. Es bien conocido el poderoso movimiento artístico que se inició en Montevideo a principios de este si-

glo. ¡Cosa extraña! Los uruguayos, cansados de la política y de sus luchas y patriotismos se dejaron subyugar por los Melodiosos sonidos de la lira. Desde este feliz momento aquel país se convirtió en un jardín poblado de inspirados poetas, que, seguidos de sus discípulos y adeptos celebraban fiestas diarias para honrar a las Musas. Quiroga fue el poeta que mayor número de admiradores y entusiastas conquistó; y esto lo tuvo bien merecido, pues ahí están sus versos trinitarios, como una luz que alumbra su nombre para siempre y muestra a las generaciones venideras los misterios inefables de la palabra, del ritmo y del color. Grandes páginas necesitaríamos para expresar nuestra admiración siempre creciente por su numen creador. Sépase que la temblorosa mano del escoliasta que borronea estas notas, estrechó un día —inolvidable día— la del bardo singular. Sépase que mis ojos han vista su figura árabe, conocida hoy de todo el mundo por las ediciones múltiples e ilustradas que se han hecho de sus obras; sépase que de mi boca han salido apagadas notas, en forma de palabras que agradecieron a la suya, hoy difundida en el espacio, sus agasajadores juicios sobre mi seco ingenio. Perdóneseme esta efusión lírica, y sigo! Su primer volumen de versos produjo inmensa sensación. Los metros inverosímiles en que diluía sus fantasías asustaron a los esclavos de la herencia y los excitaron de tal manera que hasta hubo que temer por su vida. Mas luego vinieron las

tornas y fue aclamado como Byron después de *Childe Harold* y *Don Juan*. Su historia, por desgracia, pronto acaba. Después de publicar su segunda colección de poemas sinfónicos, la gloria universal de que empezó a gozar le mareó con su alcohol divino, y el poeta se entregó al éter, al hatschish y a todos los néctares que transforman al hombre en Dios... Un día su gran espíritu subió al cielo de la gloria inmortal y allí está para siempre, venerado de los pueblos que suspendieron el aliento para leer sus versos y que aún comentan las revelaciones que su musa les produjo. Murió el 1º de Enero de 1915; y aún hoy, 45 años después de aquel día de duelo, no ha nacido quien se atreva a recoger el pendón de oro que él arrojó al suelo al morir

Brignole, Alberto. (1878 - 1949). Médico-poeta, poeta-médico. Los artículos que dedicaron a su reciente muerte los periódicos literarios y revistas médicas, haciendo todos notar la dualidad siempre sostenida de su inteligencia, facilitan la tarea de mostrar al público el interior complicado de ese anciano de plateada barba que todo París recuerda aún. Nació en el Uruguay, en épocas que hoy yacen sumidas en el olvido. Entre los papeles que se le encontraron en su bibiloteca cuando murió, constaba la fecha exacta de su nacimiento, que hasta entonces era desconocida y había sido objeto de reñidas controversias entre sus discípulos. Dióse a conocer en Montevideo el año 1902, con la publicación de un grueso volumen titulado *De-*

talles curiosos de la Patología, en el que su espíritu perspicaz mostraba evidentemente repliegues y rincones de esa poética ciencia, que, o los sabios anteriores no habían tenido en cuenta por su aparente insignificancia, o, tal vez, no habían sabido descubrir. Hoy está probado que fue ésta la causa de tal ausencia trascendental. El estilo con que adornó su obra era de un esmalte poético tan visible, que algunos ojos sutiles vieron bien que era un genio doble quien se manifestaba en aquellas páginas. Pero, en Montevideo, el resultado fue mayor. Entre sus muchos biógrafos hay quien lo atribuye a ignorancia en el público y quien, ahondando más en la naturaleza humana, a la envidia solapada y ruín de sus colegas de Facultad. No ocurrió cosa parecida en París. Con su instinto de genio perdido en la encrucijada de la vida, que tantea las rutas de lo porvenir, Brignole envió a la Academia de Ciencias de esta ciudad un ejemplar de su obra, como peón delantero a quien se manda a ver si el camino está despejado y si el país es hospitalario. Recibidos con extraordinarios aplausos sus *Detalles* y comprobada su exactitud, los sabios de París ofrecieron al hermano distante un asilo y sueldo magnífico, con lo cual, le decían en un billete cortés y entusiasta, el médico montevideano podría concurrir en compañía de ellos a las misas de la ciencia que se celebran en el Instituto Charcot. Brignole, que esperaba con ansiedad este momento, aunque lo disimulaba como un jesuita

sabio y ladino, aceptó eléctricamente, decimos, por telégrafo. Aquí concluye la primera parte de su historia. La segunda, la que vivió entre nosotros, como es por demás conocida sólo la esbozaremos ligeramente. Dióse a conocer en la literatura por un libro de poesías titulado *Guantes olorosos, vueltos del revés*. La atracción delicada de este libro, que le introdujo en todos los cenáculos literarios, consiste en un perfume, no es exageración, un aroma, un olor a rosas muertas que se escapan de los versos cuando se leen a media voz, a la hora del crepúsculo, en tiempos otoñales, a los veinte o treinta años. Al otro día de ponerse a la venta tal libro maravilloso, se agotaron sucesivamente veinte ediciones de cien mil ejemplares cada una. Y se vio por primera vez en la historia, que, al caer el sol, cuatro millones de mujeres y hombres jóvenes, a orillas del Sena, con los versos en la mano, aspiraban con un placer de agonía el perfume nuevo. Desde aquel día su gloria fue inmortal. Y los volúmenes de poesías o de medicina que su musa fue dictándoles eran arrebatados de las librerías. Tuvo discípulos, que por seguirlo en todo, escribían también libros de medicina. Y después se descubrió que medicina y poesía todo era uno. Y como se hiciera general este descubrimiento, su gloria fue mayor. Y fue proclamado jefe de la nueva escuela. Alguien lo comparó con Goethe; y algunos lo alzaron a algunos codos de altura aún. Y siguió escribiendo y publicando. Y en las playas las turbas lo ro-

deaban y lo aclamaban, y no paraban en sus aclamaciones hasta que él les dirigía cantos llenos de misterio. Y alguien lo comparó con Orfeo. Poco tiempo después murió de viejo; y su nombre no morirá.

Delgado, Asdrúbal. (1879 -). Vive aún y es gran suerte. Porque su vejez llena de recuerdos, es fuente de informaciones para los eruditos e historiógrafos de los comienzos del siglo. Su turbulenta vida de tribuno, sus glorias de defensor y de abogado, sus artículos caldeados de entusiasmo, le han conquistado una fama transatlántica... y esto es ya decir muchas cosas. Días pasados visitó la redacción de esta publicación un eminente repúblico de Buenos Aires, que está paseando por París; e interrogado por nosotros a propósito de Delgado y sus famosas polémicas en el foro y en la prensa, nos dió los siguientes datos sobre su vida de apóstol: Hizo sus primeras armas en un diario llamado *El País*, que vivió una vida fugaz en Montº al concluir el siglo XIX. Pero no fue entonces que dio a conocer sus talentos. En 1902, con el flamante título de abogado y una diputación ganada a fuerza de discursos, fundó un periódico cuyo tiraje diario no bajó de 100.000 ejemplares. Allí demolió uno a uno los cimientos del Partido Colorado e hizo ascender al Gobierno a su partido, que, en agradecimiento, lo nombró Pte. de la Rpca. Esta época de su vida desmerece de la anterior si se la mira desde un punto de vista burgués; mas co-

mo en nuestra época han muerto estas alimañas y ya no hay hipócritas, sólo tendremos elogios para la conducta de Delgado, que, una vez dueño del poder, humilló las fuerzas del Estado ante el poder de las mujeres e hizo de las Cámaras gineceos, en que pasaba sus días y sus noches, rodeado de olímpicos placeres.

Una invasión de bárbaros brasileños [...] su poder e impuso a los uruguayos la ley de conquista; mas esto fue en beneficio suyo, pues le dio ocasión de mostrar que los deleites no habían concluído ni con sus fuerzas ni con su talento. Hizo una revolución rápida en 24 horas, precipitó el ejército brasileño en el Río de la Plata, y, conquistando los inmensos territorios de los vencidos, agrandó la R. Oriental hasta el tamaño continental que hoy mide. Instaló su capital en Río de Janeiro, formuló, nuevo Justiniano, — leyes turcas en cuanto al amor y al matrimonio se refiere y bajó del poder en medio del aplauso del mundo y querido por todas las mujeres de América. Se retiró a una lujosa quinta situada en la cima del Corcovado, donde, aún viejo, conserva un vigor hebraico, rodeado de esposas que le ungen el cuerpo, le peinan la barba, le cantan dulces cantos y le procuran un sueño oriental. Sus memorias donde cuenta sabrosamente todas sus aventuras políticas y mundanas, se leen con fruición por todo lo que es selecto en el mundo. La naturaleza prolonga sus días... y ésta es la vida más feliz de que se da cuenta en este extenso Dic-

cionario. Felicitémonos por ello y felicitemos a esa excepción de los hombres que se llama Asdrúbal Delgado.

Sayagués, Carlos. (1875-1930). Célebre médico y músico uruguayo. En este arte distinguióse sobremanera por haber creado las danzas melodiosas que hoy constituyen la principal atracción de nuestros teatros. Pero, a pesar de su innegable genio filarmónico, su gloria mayor lo constituyen los descubrimientos bacteriológicos que dieron nuevos rumbos a la Patología. El microbio que lleva su nombre y que causó tantos estragos en las edades pasadas, el terrible microbio de la locura, halló en él un enemigo implacable, que empleó los mejores años de su vida en su persecución, en combatirlo, en aislarlo y en aniquilarlo con la raíz de cebolla, que Sayagués descubrió era el único e infalible remedio. Los enormes trabajos preliminares que llevó a cabo para adelantar camino en esta magna obra; las dificultades pecuniarias, la indiferencia de los Gobiernos, han rodeado su memoria de una aureola de martirio comparable a la que ciñe la frente de Colón. Fue en París donde dio a conocer su descubrimiento; y un episodio dramático de esta época de su vida contribuyó a difundir más su fama. Un día visitando los hospitales de dementes, encontró en Charenton, a su antiguo amigo el gran novelista F. C. Ferrando, loco para toda su vida, según juicio de todos los médicos del mundo. Sayagués, conmovido al

contemplar después de 30 años al genial escritor y enternecido al verlo en tan lastimoso estado, trató de curarlo con su remedio infalible. Y fue entonces que ocurrió con extrañeza de todos, pero no de Sayagués, que bien recordaba su carácter, que él se negó obstinadamente a tomar toda raíz de cebolla, y decía a media voz, pero con una firmeza inquebrantable: "Dejadme loco, que loco valgo más que cuerdo. Yo te conozco a tí, grande hombre, aunque antes te llamabas Laso y hoy Sayagués. Yo te agradezco tus intenciones; pero mi genio me ordena seguir en este camino de la locura, espiral sobrehumana que conduce a un cielo solamente revelado a mí". Para honrar a su grande amigo, Sayagués volvió a usar su histórico nombre antiguo, y no pasaba un día sin visitar al loco en su hospital. Este cambio de nombre, hecho público, con sus antecedentes anecdóticos, les valió a ambos amigos un poema escrito por los dos poetas más famosos de aquel tiempo, Quiroga y Brignole, que concertaban las consonantes por medio de un telégrafo particular que corría entre París y Montº. Cuando murió F. Laso y Brignole hicieron cabeza en su entierro. La fama de Sayagués se acrecentó cuando hubo descubierto los microbios de la jaqueca, de la tos y de la joroba. Concluyó sus días rodeados de infinidad de curados por su mano, que le adoraban como a un dios y aún hicieron vehemente propaganda para que la nueva religión troglodita le canonizara. Como estos proyectos fracasaran, debido a la

impiedad notoria de Laso, sus partidarios le levantaron 100 mil estatuas de oro diseminadas por el mundo.

Manuscrito custodiado en el Departamento de Investigaciones de la Biblioteca Nacional.

ENCUENTRO CON EL MARINERO

La esbeltez de los barcos que están
casi en el aire

El mismo

—"Marinero célebre, que lo serás un día,
¿Por qué sobre el muelle envuelves tu ropa?
¿Es que vas para Europa
O tomarás el vapor que lleva a Alejandría?
Aún no sabes el punto, eso se adivina
En tus ojos celestes, que están casi obscuros.
Hay en ellos un llanto.
¿Por qué ocultas tu llanto, marinero de alma divina?
Tu traje es bien limpio y en el paño se ve
Un color que parece el color del café.
¿Acaso fue tejido en la Arabia feliz?
¡Oh sabio marinero, que en la nación del anís
Estuviste una noche,
Y diez meses escasos en el país del té!
Tu reloj es redondo como un objeto hermoso
Que estuviera en la cámara del capitán inglés;
¿Por qué pues, marinero no saltas de alborozo

Con un reloj que tiene el tamaño de una nuez?
¿Es que no estás contento con esa faja roja
Que tu cintura ciñe y que fue comprada
En un país absurdo, del cual no te acuerdas nada?
¿O es que ya está floja
Y la llevas solamente por andar de parada?
Marinero incomprensible, tú que fuiste contento,
Y que al barlovento,
Y que al sotavento
Cantabas una canción en menos de un momento;
Tú que en Madagascar tenías en una choza
A una mujer que era, a más de buena, hermosa,
Y con ella reías, cuando la luna negra
Dejaba obscuro el bosque, la plena mar y el puerto,
Y en verdad parecía que Dios había muerto;
Dí, inmóvil marinero,
¿Es que ya tu barco no corre ligero?
Tú, que en medio de pestes, cuando el buque partía
Y los leprosos daban muchos gritos en la costa,
Tenías tantos accesos de alegría,
Que el capitán estaba inquieto por el honor del barco;
Tú, que comes de noche, siendo frugal y parco,
En la cubierta obscura del bergantín que se va,
¿Acaso estás llorando porque no tocaste en Judá?
¿Por qué lloras, marinero tan perfecto
Y produces en mí tan lastimoso efecto?
Y el marinero, que tenía las manos
Blancas, como el cabello que tienen los hombres canos,
Calmó su llanto, que estaba casi escaso
Y me contó de esta manera el caso
(Mientras tanto era el lazo
De su corbata azul, visible ante mis ojos.

Y atravente por su ancho y por su largo
En que los ruines y bárbaros chinescos
Dibujaron, a más de raros antojos,
Tres barcos que partían, con cargamentos frescos)
Y dijo el marinero, y movía su pie,
Y me decía vos en el lugar de usté.
—"Yo he visto los ciclones y he visto las tormentas
Que empiezan de mañana y siguen al otro día;
Y he visto un sol extraño, con una marcha lenta
Remontarse en el aire, muy cerca de Turquía.
He visto un barco viejo navegar velozmente
Admirando al capitán y a toda la demás gente,
He visto un obispo inglés tomar pasaje a bordo
Y estuve en un país donde el rey era sordo.
Yo tuve una semana que velar sin dormir
A un maltés prisionero que pretendía huir.
Y en las noches obscuras, y en las noches de luna
Estaba sobre el puente con mi capa aceituna.
Contento como un hombre que tiene un padre bueno,
Y tiene una madre buena y tiene un hermano bueno.
Pero un día fue en mí el cariño de amor
Que ha dejado en mi alma el cariño del dolor,
Y la mujer que engañó al pobre marinero
Partió un día del mes al cual dicen Enero
En un barco que estaba sucio y con mala gente
Y me dejó, señor, triste, infeliz y pálido
Como están las personas de los países cálidos"
Y el marinero hermoso tornaba a llorar,
Como un niño a quien su madre deseara castigar.
—"¿Por qué, le dije, no tornáis al vapor
Donde evidentemente estaréis mucho mejor?"
Y el lloraba de nuevo tan desoladamente

Que parecía un niño a quien le arrancan un diente.
—"¡Ay' señor, es que yo, para agradar a la mujer
Que me engañó después, y esto parece ayer,
Le traía del buque los hermosos objetos
Con que el buen capitán miraba las estrellas,
Y la mujer se fue, y entre sus amuletos,
Los objetos llevóse, como siempre hacen ellas,
¿Y cómo queréis, pues, que yo los reclamara,
Si yo soy delicado y tengo linda cara?"
Entonces yo, empeñado en solucionar
Aquella pena del marinero singular,
Me fui con él, que estaba con un semblante apático,
A la casa vistosa de un mercader asiático
Que tiene la sabiduría de un hombre numismático
Compré un gran catalejo,
De los que hacen ver bien al más desdichado viejo,
Y el marinero cogiólo, y miró en el cristal
Diciendo que no había visto anteojo tan cabal
Y mirando en el aire, que no tenía nada,
Saltaba como un chico,y apuntó hacia la rada,
Y añadía, riendo y mostrando los dientes:
—"¡Oh, qué anteojo evidente, oh, qué anteojo evidente''
Y el bigote de seda se tiraba el buen hombre
Y de tan conmovido no podía hablar más
Yo le pregunté cuál sería su nombre
Y me dijo su nombre, que no recuerdo más

Setiembre 18 de 1901.

ALMANAQUE ARTISTICO DEL SIGLO XX, Montevideo, 1902

SONETO

La sombrilla tenía en sus varillas
El perfume incompleto de la seda,
Ese perfume que en las manos queda
Después de un roce leve de rodillas.

Yo miré la patente maravilla
Del dibujo estirado, que remeda,
Coincidencia del sol, como una rueda,
Aplicada en la bóveda sencilla.

Largo tiempo quedaron mis diez dedos
Palpitando, medidos y corteses,
Con la seda, de escuálidos enredos

Y al fin quedó, como cuarenta veces
Mi beso tembloroso e inexperto
En su floja presión de rostro muerto.

EL IMPARCIAL, Salto, Año I, Nº 164, julio 26 de 1901

UN DIA DE AMOR

Para Amycus, sátiro inocente.

Bernardo Céspedes, poeta célebre está escribiendo una carta a su novia, actualmente de paseo en Buenos Aires. Pronto vendrá no hay duda y ella le ha dicho que no le escriba; pero

él siente en su alma una inquietud mortal y escribe una carta larga, muy larga, para serenarse un poco.

—"No se la mandaré," ha dicho al empezar. Más luego, notando lo bello de las expresiones, la frescura y espontaneidad de las imágenes, la exactitud asombrosa con que su pluma inspirada apunta el alto grado de su pasión, las ideas que ésta le sugiere y la inesperada inquietud, vaga y aburda, que le posee en aquel instante... al ver tantas bellezas literarias como nunca hasta entonces había escrito, y recordando el gusto de Emma por las letras y la admiración que le profesa como poeta, cambia de paracer y se decide a echarla al correo el mismo día.

—"Después de todo", dice, "Emma tendrá un rato feliz al saborear mis frases, una a una, y esto la hará olvidar mi falta de cumplimiento a la promesa de no escribirla". Bernardo piensa esto inocentemente. Y es asombroso el estado absurdo de inteligencia en que lo sume el amor; lo más natural sería que tratara de averiguar por qué Emma no quiere que la escriba. Esta interrogación no se ha animado a formularla netamente; pero tal vez su ser inconsciente, ese ser que no admite prejuicios, ha dado el grito de alerta; y he ahí explicado el desasosiego vago y obscuro que él trata de calmar con su carta.

Emma de pie contra la ventana de un cuarto de hotel, mira, al través de las cortinas, la multitud que pasa por la calle.

—"Papá ha salido y ha hecho bien. Es el hombre más curioso de la tierra. Si recibo carta de Bernardo, como espero, y me la traen estando él delante, segura estoy de que querrá que se la muestre, como hace siempre. Parece que esto le divierte. Hasta hoy se lo he tolerado. Pero ahora, que todo lo que se refiere a mis amores con Bernardo me disgusta horriblemente, y más cuando me veo obligada a hablar con alguien de él, juro que no las leerá más. A bien que, desde hoy, seguramente, sus cartas serán una pura queja, y, como creo que Apolo no le ha dado esa miel amarga que usan los poetas elegíacos, resultarán vulgares y ramplonas, y mi padre no les encontrará ningún mérito ni atracción ninguna".

Pausa.

—"...¡Cómo tarda el cartero! ¿Y si no hubiese escrito? Lo cierto es que yo, dejándole ver demasiado el fin de mi amor, se lo prohibí terminantemente...

"Pero si es verdad que yo lo conozco, juraría que eso mismo lo hará escribir, dudoso como habrá quedado y con su amor centuplicado.

"¡Infeliz! ¿Y es cierto que lo condeno sin apelación?"

Sus miradas caen y descansan sobre los hombros de las personas que pasan por la calle. Cuando vuelve a la realidad ha seguido casi una cuadra, inconscientemente la rápida y ne-

gra corriente humana. Junta y atrae en un punto toda su atención, y sigue:

—"Veamos. ¿Por qué lo amaba o creía amarlo?"

Hace un aparte:

—"Yo conjugo, aunque sea *in mente*, el verbo amar en tiempo pasado: ésta es una señal de olvido... ¡Desgraciada! Si le tuviera un átomo de amor, no estaría discutiendo, con la frialdad de un matemático, los sentimientos que me inspira".

Pausa. Abandona la ventana y se pasea desordenadamente.

—"¿Y si le amara? Yo creo que si todo mi amor hubiera concluido, estaría tranquila, y ninguna duda vendría a importunarme. Y he aquí que esta cuestión me pone en un potro... Decididamente, no hay seguridad completa aún... ¿Qué hacer, Dios mío? ¿Qué actitud tomar mañana, cuando lo vuelva a ver en Montevideo?... En fin, sigamos como hasta ahora y el tiempo dirá".

Llaman a la puerta. —"Se puede? —Adelante. —Una carta. —Traiga Usted. Aquí está, no me habia equivocado, es de él..."

"¡Oh, y qué alegría me inunda toda, quitándome esta sequedad que me martirizaba! Y esta alegría ¿no será un síntoma favorable de amor? ¿No será también la satisfacción de mi vanidad, el ver que conozco a ese hombre como un novelista conoce a un personaje de su creación, y adivina por su temperamento las fu-

turas acciones que realizará? ¿No he adivinado yo que escribiría? Pero esta adivinación ¿será intuición del amor o lucidez fría y exacta de buen calculador? ¿Moriré, Dios mío con esta inquietud eterna? Porque yo no le daré una respuesta definitiva hasta estar completamente segura de que le amo. Y como tengo una naturaleza llena de pros y de contras (1) no sabré nunca a qué atenerme".

Se queda pensando, sentada en un sillón, con la carta en las manos.

—"Veamos, qué me dice, si ha perdido con la desgracia su hermoso talento literario... Oh! él es bien feliz... Ni un solo instante le he visto dudar... Pensar esto de él, ¿no es odiarle?... Leamos, leamos...

Antes de que me trajeran la carta estaba rabiando por tenerla; y ahora que la apreto con mis manos no concluyo de decidirme a leerla..."

Lee. Su hermoso rostro pálido, de una movilidad espantosa en los gestos, por la viveza extraordinaria con que en él se dibujan las pasiones momentáneas, pero intensísimas que la recorren toda, sacudiéndola, expresa tanta atención que bien pudiera servir de modelo a un pintor psicológico que quisiera mostrar una idea animando la carne rosada de una cara. De momento en momento lee, su voz alta, con

(1) Se corrige una evidente errata. El texto de "Rojo y Blanco" dice "...de prosa y contrus..."

una delectación voluptuosa, las frases que más le gustan. Bien merecía ser leída, apenas llegó. Se hubiera ahorrado un momento de espera angustiosa y hubiera apresurado la contestación a todas sus dudas.

Primero: No sólo no había perdido el talento con la desgracia: sino que éste se le había aguzado hasta tal punto que, decía Bernardo, la duda en que estaba encerrado le había mostrado que sólo cuando ella partió había sido poeta, y que, desde entonces, su verdadera fuente de inspiración sería el amor y el dolor.

Segundo: Comprendió que Bernardo era de la misma raza que ella, por lo cual todo obstáculo entre los dos quedaba abolido desde aquel acontecimiento.

Tercero: Que ella había adelantado, instintivamente, por medio de su maniobra de alejamiento y desamor, ese momento en que el deshielo le mostraba a Bernardo hecho de agua humana y no de vidrio artifical y de bazar, como hasta entonces ella había creído.

En el breve espacio de un cuarto de hora todas estas ideas fueron cruzando, matizadas profusamente, por la cámara obscura de su cerebro. El lector, que es muy inteligente, pero no acostumbrado a encontrar en el mundo seres tan complicados como Emma pensará..., muchas cosas de ésta y su amor. Pero, seguramente, no se imaginará cómo acabó aquella hora en el alma de Emma.

Habló así, *in mente:*

—"Muy cierto es, porque estas cosas tan humanas no se fingen *a piacere*, que Bernardo está a la misma altura que yo. Y hoy creo que me ha merecido al alcanzar tal profundidad intelectual. Mas ¡ay! desgraciada de mi y desgraciado de él! Ambos somos grandes y magníficos, pero perecemos y morimos por la misma causa de nuestra grandeza. El no ha tenido, en toda esta operación, el supremo tacto de venir a decir él mismo lo que me envía en el papel. No comprendió que si yo le hubiera oído estas cosas me le hubiera entregado y hubiéramos sido felices un instante. Mientras que ahora, ¿quién me asegura que esta feliz idea de igualdad y amor merecido no desaparecerá de mi pecho dentro de un minuto, para ir a juntarse con los millones de pensamientos que vivieron un instante en mi alma y hoy duermen en un cementerio intelectual, ubicado, en algún planeta apagado, invisible a nuestros ojos?"

Al decir estas palabras, de pie junto al espejo, la idea de felicidad ya había volado, y ella la seguía místicamente con sus miradas melancólicas.

Carlos Cráneo.

Noviembre de 1900.

ROJO Y BLANCO, Montevideo, Año II, Nº 8, febrero 17 de 1901.

EN UN CAFE, AL CAER EL SOL

Para el señor Aquilino Delagoa [1]

Ayer, al cruzar una calle, me encontré con mi amigo de la infancia, Juan Fuerte. Demostrando inmensa sorpresa corrió hacia mí con los brazos abiertos. Llenaba el ambiente de estrepitosas aclamaciones y excitaba la indiferente y, por lo mismo, estúpida curiosidad de los transeúntes. Yo, francamente, sentí más rubor y verguenza, al ser objeto de las miradas generales, que cariño y alegría al volver a ver —después de quince años— a un amigo antes tan querido. Tal vez esto era ocasionado por un estado muy débil, y, en consecuencia vacilante y temeroso de mi espíritu. Así es que le dije, precipitadamente, todo confuso: —"Vamos a aquel café a charlar un rato". El, algo enfriado al notar mi poca correspondencia a sus demostraciones, ocultó su pequeño disgustillo y lo borró, puede decirse, con una voz sonora —voz despertadora de antiguos recuerdos— y con un rostro brillante de regocijo con el cual asentía a mi idea. Entramos, nos sentamos, charlamos...

Un rato después me decía Juan: —"Encuentro en ti que tu carácter solitario y salvaje de antaño se ha acentuado más aún. Otro que yo hubiera creído hace un momento, cuando casualmente nos encontramos, que mi presencia

(1) Seudónimo utilizado por Horacio Quiroga.

te disgustaba, y aún yo, al principio, lo creí. Luego, conforme miraba tu rostro e iba internándome por el recuerdo en el pasado, fui rehaciendo *in mente* tu carácter, y vi cómo, para comprender cuál es la idea principal que se agita en tu cerebro, es necesario sondearte largo tiempo, apartar esos montones de pensamientos adventicios, que, como hojas de un árbol frondoso, rodean al robusto y único tronco; y que muy errado andaría quien dedujera, por una expresión alegre o triste de tu rostro, que en ti sólo duran minutos o segundos, un estado constante, o por lo menos, temporal de tu espíritu".

Yo, mientras él hablaba, recordaba su inteligencia profundamente observadora y minuciosa, rodeada de una corteza de vigor y energía que la mantenía erecta siempre, como una gran torre que vigila anchos horizontes y desafía los vientos. Y luego la comparaba con la mía, sensible y enferma, más débil que caña, y siempre azotada y sufriente.

Le interrogué sobre su vida; si era feliz, qué hacía... y viendo él que en mi renacía la antigua amistad sincera, y que yo era tan absolutamente desinteresado, —en el alto sentido de la palabra,— como antes, se decidió, con un gran brillo en los ojos y un gran templor en las manos, inclinado hacia mi por encima de la mesita de mármol, a contarme el único episodio de su vida en los quince años de separación. Eran las seis ya. Las gentes que salían de sus

oficinas y empleos pasaban alegremente por las veredas. Algunos entraban a tomar algo. Los muchachos lustra-botas barrían el piso con el cajón del oficio. Algunos, arrodillados delante de hombres de los cuales no veían más que los zapatos, que eran toda el alma, lo único interesante que ellos hallaban en los clientes, parecían en extraña adoración, cumpliendo un rito fetichista, mientras movían acompasadamente ambos brazos, siguiendo ávidamente el nacimiento del brillo hasta su tersura de espejo, en que los botines reflejaban ennegrecidas, encorvadas y achatadas caricaturescamente las imágenes que cruzaban el salón. El sol poniente se hundía tras un amontonamiento de casas, dejando una leve cortina dorada en los frontispicios más altos. Los coches y tranvías producían el ruido alegre y característico de los crepúsculos en las grandes ciudades, mientras mi amigo, con su voz fuerte, que tomaba timbres de seriedad emocionada, contaba lentamente sus días de vida y de pasión.

II

—Tú sabes que en mí la admiración no se despierta nunca sin ir acompañada del amor. Un día un amigo me dijo: "¿Quieres conocer una muchacha bonita, como a ti te gustan?", y me llevó a su casa, llena de visitas a causa del cumpleaños de una hermana suya.

Allí me presentó a una rubia soberbia, de gracia exquisita en las maneras y en la voz,

que modulaba sabiamente, con toda una ciencia de seducción. Al rato de hablar éramos amigos, y a la semana siguiente nos dábamos citas en los diversos salones en que podíamos conversar libremente, con el gusto particular que ambos experimentábamos al descubrirnos novedades en nosotros mismos, analogías de carácter que tal vez para otros ojos no existirían, pero que, para nosotros, eran evidentes y delataban la fraternidad espiritual de nuestras almas. Mi amigo había visto bien cual era mi gusto en cuestión de mujeres; pero ¿lo creerás? desde el momento en que me presentó a Isabel no se separaba de nosotros, parecía una somgra, y nos seguía a bailes, saraos, fiestas, a todos lados. Yo al principio, no sabía qué pensar. Luego, viendo que Isabel no hacía absolutamente ningún caso de él, hice lo mismo; y seguí el risueño camino de la conversación amena, que se interrumpía solamente de un día para otro, dejando ya, desde el anterior, una inmensa tela que cortar con nuestras lenguas, que hallaban asuntos interesantes y alegres hasta en las vulgaridades más estúpidas. Necesito decirte que aquel amigo era Antonio Obermale, leal y buen amigo, algo precipitado en sus acciones, pero de un corazón sincero y valiente.

Una tarde invernal me paseaba yo del brazo con Isabel por una avenida del Prado, hablando de la tristeza desolada que cubría los árboles, el cielo gris, la tierra dura, cuando, al dar

vuelta a un camino, advertí la pálida fisonomía de Antonio, inclinada un poco sobre su hombro izquierdo, mirándonos a ambos con tanta tristeza que parecía una exudación del invierno, un símbolo mortuorio de la estación. Inmediatamente nos volvimos donde estaban las señoras, y, apurado por dejar la compañía, aproveché para evadirme el momento en que Pablo Correa montaba en su coche para regresar a Montevideo. Apenas sentado le dije: —"Dime, Correa, ¿por qué es que Antonio Obermale se pone pálido y en ridículo cuando me ve charlando con Isabel Misal?" Pablo, que saludaba en aquel momento a unas señoritas que venían en un landó, abrió tamaños ojos, exclamando: —"¿Cómo, no sabes tú que Antonio estaba por casarse con Isabel cuando tú la has conocido, y que desde entonces ella da largas al asunto, sospechándose con razones que tú juzgarás, que tú no eres ajeno a tal maniobra?" Yo me quedé atónito y herido. Comprendí la admiración dolorosa que mi conducta había causado y estaría causando a Antonio; lo veía alegre y risueño el día en que me llevaba, ansioso de mi juicio, a mostrarme su elegida, y cómo yo en mi egoísta amor repentino, había olvidado a Antonio, y al mundo entero y a todo lo que no era Isabel! Tuve impulsos de saltar del coche y correr por los caminos, llamando a gritos al amigo delicado, que ni una palabra de reproche había tenido para mí, y que acudía siempre a aumentar su suplicio viendo cómo Isabel y yo nos deleitába-

mos solos con nuestro amor. Después me acordé de ella, y formulé un interrogatorio a mi alma que contestó así: "La amo, pero más amo a mi amigo". Busqué a Antonio y lo hallé esa misma noche. "Perdóname, no sabía nada". Me perdonó; pero, contrariamente a lo que yo suponía, la tristeza siguió cubriendo su rostro. Luego me dijo: "No me hago ilusiones, Isabel no me ama". Yo, que sólo en mí había pensado, y que creía, egoísta otra vez, que con descargarme de mi culpa y devolverle a Isabel ya era él feliz, comprendí la razón inmensa de lo que decía, y que mi acción era irreparable. Quedé estúpido, temiendo consolarlo o alentarlo, porque mis palabras a pesar de toda mi buena voluntad y de mi sincero arrepentimiento, sonaban a falso o por lo menos, eran absolutamente inoportunas. Por mi honor, esto creí y esto creo aún...

Después me retiré sin saludarlo, paso a paso, yendo de espaldas, lentamente, como un cobarde... En el fondo del cuarto semioscuro su figura de luchador herido de muerte se erguía altiva, pero como subyugada por una idea de aniquilamiento. Largo rato después me revolcaba yo en mi cama y aún tenía en los ojos aquel cuadro de dolor mudo y profundo. Si algo quedaba en mí de amor para Isabel, aquella noche lo suprimía todo, tal me parecía, completamente. No aparecí más delante de ella, y huía de cualquier lugar donde pudiera hallarla. A Antonio lo encontré días pasados por la calle. Le estreché la mano; y mis ojos harían tal vez alguna

pregunta, porque él me contestó: "Ni lo intenté siquiera. Al ver que ella no me amaba, logré arrancar de mi pecho su amor y ya casi la he olvidado". Una ola de sangre subió a mi cara, con tal violencia que él lo notó. Y me dijo tristemente, como quien se ve vengado por otra mano que la suya: "Pero querido, ¿acaso te dije yo que no la siguieras amando? Yo soy filósofo, o más bien, aquel amor desvanecido me ha hecho filósofo. Yo no influyo nada en los acontecimientos. Dejo que ocurran tal como deben ocurrir y no pretendo vanamente echar mi voluntad o capricho en la balanza de la vida. Sentí en el alma tus amores, infieles si se quiere, con Isabel; pero no te los eché en cara. Si tú te arrepentiste tontamente y la abandonaste, cuando era a ti, tal vez, a quien ella amaba, tuya es la culpa. Yo me lavo las manos. Adiós". Y se fue miserablemente, sin tratar de consolarme.

Desde aquel día mi amor renació locamente. Traté de averiguar qué era de Isabel y bien pronto lo supe.

Diez días antes se había casado no se con quién.

¿Qué me dices de todo esto? Aconséjame, amigo.

Yo, triste por que concluía la historia y porque la noche, oscura y fría, se había entrado por las puertas y pesaba ya en mi alma le contesté por contestarle algo:

—"...Pues... has hecho un mal comediante. Sainete era lo anunciado, y tú le has

creído representando alta tragedia... En verdad, en verdad te digo que tienes un corazón trágico..."

Cuando salimos del café la noche era completa.

Carlos Cráneo

Montevideo, Enero 17 de 1901.

LA ALBORADA, Montevideo, Año V, Nº 149, enero 20 de 1901.

POR EL AMANTE SE CALCULA... EL GRADO DE SU ILUSION

Amelia, sumergida en la oscuridad de un cuarto cerrado, donde no flota otra idea que el perfume de unas flores y una frescura opuesta voluptuosamente al calor de afuera, interroga a su alma con dulzura, como se averigua a una primorosa niñita de cinco años, los caprichos de su rosada imaginación, mimosamente, acariciándola.

—"Vamos a ver. El es un ser común, un ejemplar completo de esa edición de enorme tiraje que edita la imprenta de la vulgaridad. Antes de tomar una decisión, quiero imaginarme un instante su manera de pensar respecto a mí.

...¡Si me da risa! El cree hallar en mí mujer hermosa y pura, al mismo tiempo. Tal vez su ambición es mayor, y espera de mí maravillas de prolijidad en los quehaceres domésticos...

...Pero es un miope ese hombre, ¡Dios mío! Las reales apariencias exteriores le han engañado soberanamente. Como me ve con padre y madre, con hermanas casadas, con hermanos abogados, no podrá nunca adivinar que el objeto de mi vida no es otro que el cultivo artístico y desinteresado del amor.

Tiene cuatro amigos, todos con novia, todos prontos a casarse. El, que copia lo que ve, se ha echado a buscar esposa y me ha encontrado a mí. Ocasión dichosa para una arrepentida sentimental, que trata de borrar sus alegrías con la grasa de un matrimonio que huele a cerveza... Cree que me ama, sin saber que cierto estado de gordura es incompatible con el amor, y más cuando la gordura pesa sobre el cerebro y lo ciega.

¿Qué debo hacer? ¿Jugar con él? ¿Hacerle creer la comedia que él mismo se ha inventado? No pensara en él ni un momento, si esta temporada no estuviese yo libre. Porque cualquier desgraciado es preferible a este burguesote. Pero ahora que estoy sola, abandonada hasta de mi constante Anatolio, que acudía siempre en Enero a ocupar su puesto de combate; ahora que algunos cabellos grises han abierto brechas en mi cabeza, dejando entrar por ellos los pen-

samientos finos y ligeros que constituyen la vanguardia del ejército blanco de la vejez... ¿qué hacer ahora? Hay algo que confirma el bajón que han dado mi organismo y mi alma estos días, inadvertido por mi familia, pero notable a mis ojos,— y es el temor que tengo de que, si despido a este tonto, no haya quien venga a relevarlo en su puesto glorioso...

Y aún tengo por discutir si tendrá valor para convertirse, de pretendiente honorable en amante fogoso! ¿Qué dirá cuando lo desengañe? Notable momento será. Tendré que recurrir a mi talento para decir las cosas una a una, eslabonando con fuerza y delicadeza las ideas, como quien va mostrando poco a poco un finísimo cordón de seda, que cambia de color imperceptiblemente, sin que el atento observador lo note. Luego, de pronto, como un trueno, para hacerle perder la cabeza, mi gracia y mi belleza, uniéndose en una explicación reveladora, le mostrarán la verdad, se la expondrán ante los ojos, como un rojo rubí que lo ciegue y lo aturda por la violencia de lo inesperado. Ya me veo empleando todo mi ingenio para dominar mi timidez delante de su brutalidad, y jugando, con risa engañadora en los labios y miedo en el corazón, con su primer movimiento de ira y enojo, como juega el experto domador con la fiera salvaje. Y él, ¿cuál de los dos caminos seguirá? ¿Acogerá humanamente, con alegría rabelesiana y truhanesco cinismo, —único lado de su temperamento que puede serme agradable,— mi de-

claración y provocación subsecuente? ¿O bien, siguiendo la farsa de su indignación ante el supuesto engaño, me insultará con palabras soeces y se irá jurando y taconeando fuerte? ¿Comprenderá algunas de las facetas de mi alma, esas pocas facetas que le enseñaré bien, para que después, cuando hayamos formalizado las relaciones, no me choque con sus prejuicios callejeros y burdos lugares comunes de la sociedad?

...He aquí cómo, ahondando, ahondando, todos los hombres son diferentes en el fondo, y cómo permanecen cerrados, allá, en el antro de su personalidad, a la curiosidad de los demás...

Hace un rato creía tener su alma sabida de memoria, y ahora veo que me falta aprender los pasajes más principales e importantes!"

Piensa largo rato, llena de una seriedad profunda, como si una idea negra hubiera enlutado repentinamente su alma.

—"Y este misterio que creo descubrir en su persona y de que tal vez le hago gracia, sin que acaso él se lo merezca, ¿no será un argumento de la parte baja de mi alma, un sofisma con que ésta trata de aturdir a mi ser intelectual, del que tan orgullosa me he mostrado siempre, presentándole un muñeco engalanado con joyas que salen de mi fantasía...?

¿No será que he caído de mi trono de oro del amor y que aún no me atrevo a confesármelo abiertamente? ¿Seré hipócrita por primera vez, y empezaré fingiéndome a mí misma? Caro pago, si es así, el haber dicho toda mi vida

mi pensamiento, sin rodearlo de mentira ni dobleces."

Pausa.

—"Y bueno, si ha sonado la hora de mi decadencia, conformémonos con los deleites de la decadencia!"

Al decir estas palabras, se ha puesto de pie. Contra su voluntad, un raudal de lágrimas brota de sus ojos... En aquel momento una criada abre discretamente la puerta y dice:

—"El Sr. Wenceslao espera en la sala a la señorita".

Amelia se enjuga el llanto, y, mientras franquea el umbral, murmura:

—"¡Horrible apostasía! ¡Por el amante se calcula el grado de mi ilusión!"

Carlos Cráneo

Montevideo, enero de 1901.

Manuscrito custodiado en el Departamento de Investigaciones de la Biblioteca Nacional.

LUIS GONZAGA

Tan bueno que temía ser bueno por temor de ser vano. Tan blanco como el eucarístico blancor de una hostia temblorosa.

Tan individual que con su eterno examen de conciencia no salió nunca de su alma. Tan

inocente como un estandarte dorado de congregaciones infantiles. Así corrió su vida blanca, buena e inocente el cordero de la aristocracia católica, el cisne de las prodigiosas lagunas cristianas, el ejemplo celestial de la majada seminarista, (majada dócil, majada triste, majada llena de suspiros y anhelos divinos).

Y he aquí que hoy se le festeja y hoy se le encienden cirios a la cara transparente del santo que no quiso ser santo por temor de la vanidad.

R.

EL IMPARCIAL, Salto, Año I, Nº 136, 21 de junio de 1901.

JUAN BAUTISTA

¿Hombre grande? ¿Genio? Si relámpagos reveladores le dulcificaron algunos instantes la existencia con una dulzura sobrenatural, es casi seguro que no alcanzó al estado completo de beatitud, a la grandeza eterna, definitiva, a la contemplación ya nunca suspendida.

La naturaleza, en camino de realizar una obra maestra, hizo una prueba, un borrador, un trazo general que le sirvió para mostrarse a sí misma lo que aun era proyecto. Ese fue Juan el Bautista. Y Jesucristo fue la obra perfecta, sin las asperezas de un relieve grosero que con-

dujeron al Bautista a vociferar vanamente, y sin aquella esterilidad intelectual que le impidió hacerse simpático a los hombres y conquistárselos por las sutilezas bien combinadas de la persuasión.

Comedor de langostas, seco fruto del desierto, almendra amarga de un verano eternamente amarillo, su figura harapienta aparece inclinada sobre el Jordán de pacífica corriente, vertiendo su corroboración a la obra de la naturaleza, formulando el cúmplase al decreto inmortal.

Su cabeza de extravíos fijos, desmelenada por el hachazo inexperto de un verdugo apresurado que aún está a la sombra de cierta historia, su cabeza empecinada se reproduce por milagro multiplicador de Leonardo contrastando con el claro y rosado rostro de Salomé.

Trágico y leal, convencido de su papel de lacayo de grandezas jamás vistas, sintió mil veces en su corazón el anhelo de saber qué era aquello que anunciaba, para qué era que sufría, cómo sería la revelación.

De noche, en aquellas llanuras donde las estrellas parecen estar a tiro de flecha, sintió un sobresalto. Miró hacia atrás, incorporándose. ¿Qué vio? Fue entonces cuando se dio cuenta de que ese llamado no venía del desierto sino del fondo de su alma.

Otra noche lloró, lloró. Había pensado que él no sería, que él no podía ser el revelador. (Generalmente, los que cumplen un destino des-

graciado, ignoran la esencia desgraciada de su destino). Juan vio que él tenía el anhelo y no la consecución victoriosa.

Y fue por eso que lloró. Pero como después lo olvidara, su tranquilidad estuvo vuelta de nuevo.

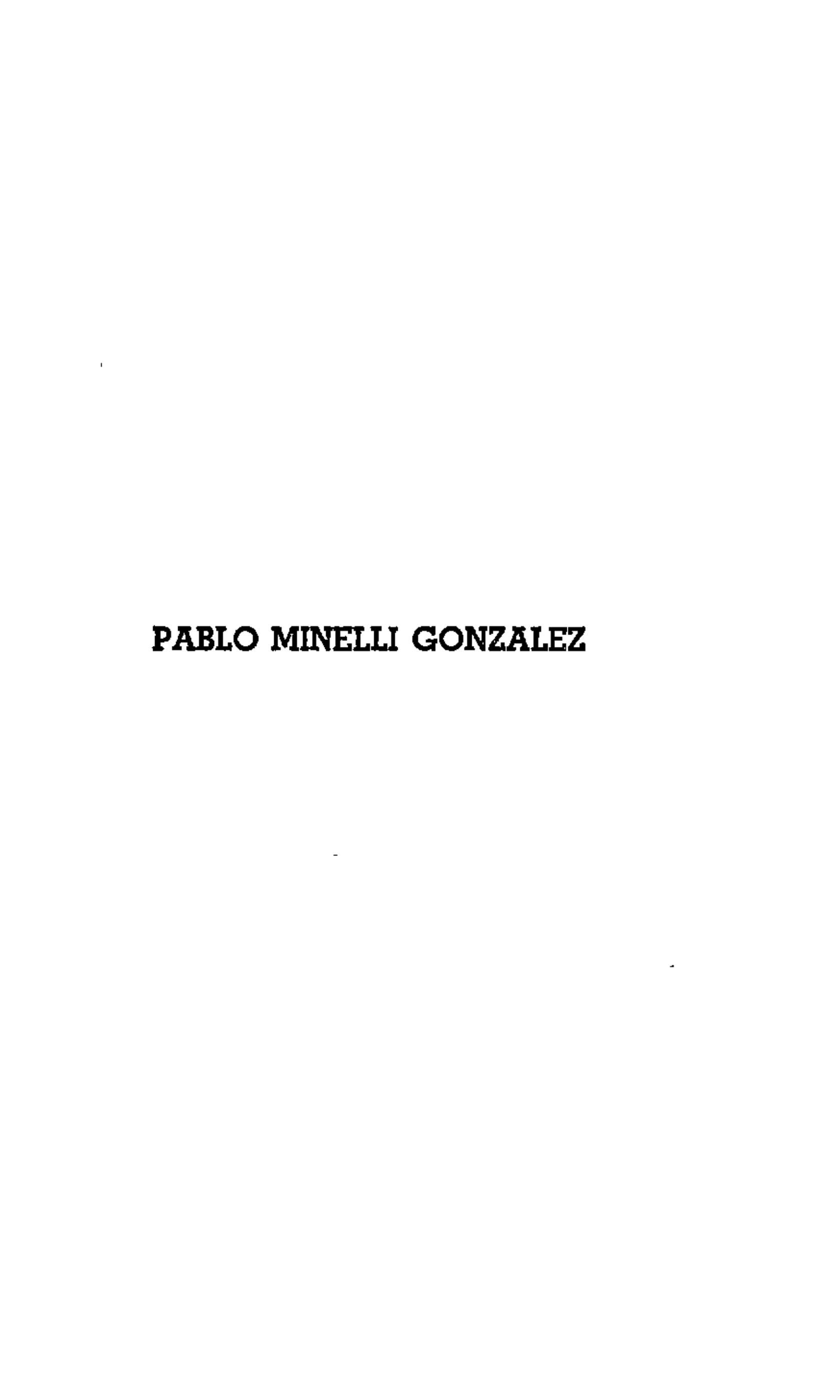
Miraba las estrellas. Su aburrimiento era tan grande, a veces, que las contaba. Como no sabía contar sino hasta diez, empezaba de nuevo a cada decena.

Las hienas le huían.

Y fue así como vivió mucha parte de su vida, Juan Bautista, Precursor de la época más grande de la tierra, comedor de langostas crudas, ignorante, sabio en muchas cosas que no se aprenden, bautizador del divino cordero, siervo del Señor, santo que alumbra los altares, Bautista y Juan.

R.

EL IMPARCIAL, Salto, Año I, Nº 188, junio 24 de 1901.



PABLO MINELLI GONZALEZ

IRONICO Y GALANTE

Mi libro viene de París. Es hijo de las horas negras de mis miserias de bohemio, de las horas rojas de mi lascivia de amante. Mis versos aman —sufren— y aman...

MUJERES FLACAS son todas de París. Noctámbulas finas, ojerosas y espectrales, fantasmales, exangües, erotomaníacas. Mis versos fueron perlados por las voces de oro de Ellas: blondas, brunas, rojas— todas felinas...

Mis versos aman bajo la influencia excitante del ópalo sugestivo del Dios Verlaine, del opio de las pipas del Dios Poe...

Y vienen de PARIS —divino monstruo!— —del París triunfal— de ese viejo seductor París de los exotismos y los refinamientos, de los espasmos y los rugidos de fiebre.

Mi libro es infinitamente galante.

Es enfermo, erótico, audaz.

Y hasta podría servir de *aphrodisiaco* a las mujercitas cloróticas.
Es un pincel violeta para las cavidades de los ojos.

Es una inyección de morfina.

Es un estiletto...

En el espíritu enfermo que vive en mi cuerpo flaco ha operado enormemente la maldita influencia del "poisson de la literature", de que habla Juan Lorraine.

Mi biblioteca es un veneno fulminante. En mi imaginación sonríen faunescamente —Verlaine, Baudelaire, Arthur Rimbaud— los Poetas malditos. Baudelaire me envolvió en su pesimismo torturante. Verlaine me inoculó la baba lasciva de sus galanteos viciosos. Amo el ironismo frío de Julio Laforgue y la ironía satánica de Tristán Corbiere. Mi libro es galante con Verlaine, e irónico con Corbiere y Charles Cros.

SOY IRONICO Y GALANTE —Para parecerme a Verlaine he bebido ajenjo.

—Para parecerme a Charles Cros me he pintado la cara de negro.

—Para parecerme a Corbiere he tratado de ponerme tísico.

Las nebulosidades de Mallarmé, me alucinaron —el helenismo de Moreas, me sedujo— los nerviosismos de Rollinat, me pasmaron de risa.

Los parnasianos impecables, los helenistas rígidos, marmóreos, me arrojarían a puntapies del Templo. Leconte, Alfredo de Vigny, Sully Prud'homme, Heredia, son demasiado grandes para mi espíritu morboso. Al padre HUGO no lo penetro. Gauthier y de Banville me enamoran. De Musset es mi pasión.

He absorbido todo el *poisson* de la literatura francesa. Cátulo Mendés con sus monstruosas parisinas andróginas y corrompidas. Hüysmans con sus señores escépticos. Mauricio Barrés y su pose elegante. Jean Richepin y sus *roñosos*... Willy y sus insexuadas. Juan Lorrain y su caballero de *Phocás*, el más peligroso de los "decadentes".

He absorbido todo el veneno de la literatura francesa.

Soy un intoxicado.

Los envenenadores de América también han influido en el autor de "MUJERES FLACAS".

Bastante Gómez Carrillo, un poco Rubén Darío, menos Lugones, casi nada Vargas Vila, mucho Herrera y Reissig, algo Roberto de las Carreras...

Dedico mi libro a las apasionadas, a las vehementes, a las trágicas, a las dominadoras —a las que, furiosas morderían los labios de sus amantes hasta sacarles sangre.

A Ellas, dirijo mi libro, IRONICO Y GALANTE...

P.M.G.

De MUJERES FLACAS. Montevideo, 1904.

MI AUTTO - AFFICHE

AL LECTOR:

Yo soy un flaco que la anemia agobia
y a quien la vida fatalmente pesa;
me faltan la salud, la fortaleza,
y a mi pesar reviento de hidrofobia.

Necesito apretarme las clavijas
porque empiezo a sentirme loco y raro;
me asusto de mi sombra, me disparo,
y he llegado a tener ideas fijas.

Para colmo, amo en serio. Y altanero
tomaré lo más pronto un transatlántico;
yo, el hombre original, vuelto romántico!
pueril, impertinente, majadero.

Nunca he salido de esta cursi tierra,
—te debo repudiar, Montevideo—
y resuelto a partir, feliz me veo
al pensar en París, Roma, Inglaterra.

Este pueblo es un pueblo sin alientos,
y hacer versos un grande desatino;
aquí no hacen camino
los Werthers, soñadores macilentos.

Desgraciados los pálidos y secos
nuestro aspecto nervioso es irrisorio,
y en cambio son peores que Tenorio
esos gordos, que al fin resultan huecos.

A esos hombres robustos como fieras
miman nuestras hermosas ¡qué cabezas!
las mujeres de aquí no son francesas;
no se merecen que uno tenga ojeras.

Resuelto estoy a irme. Los artistas
somos mirados con terribles ojos.
Traeré un vientre sin fin, pómulos rojos,
y a mi vuelta verán cuántas conquistas!

Pero antes de partir tengo esperanza
que mis versos sean leídos por la gente,
y a ti, lector, te haré, rápidamente,
de la mejor manera, mi semblanza.

Perdóname, lector, tanto descaro,
y si atención me prestas, aun fingida,
te contaré mi vida, que es la vida
de un jovenzuelo extrañamente raro.

Y ¡oh lector o lectora distinguida!
mi historia se te irá de la memoria
porque mi vida es una eterna historia,
porque mi historia es una eterna vida.

Nací como nací, y hasta hoy viví
sin tener que llorar nada profundo,
si no conozco el Mundo...
tampoco el Mundo me conoce a mí!

Amar, amo fríamente y a cualquiera,
a toda femenina criatura;
y al nacer —no te extrañe mi locura—
traté galantemente a la niñera.

Los besos que le dí torpes y huraños,
no fueron como piensan inocentes,
pero sí, maliciosos, casi ardientes,
¡yo al nacer ya contaba 30 años!...

Oh el Amor, el Amor! es a mi ver
de las mil cosas que la tierra encierra,
lo solo de la tierra
que merece la pena conocer.

Sin amar es difícil el sufrir,
pero en cambio hay que amar para gozar
y *yo no sólo vivo para amar*
sino que amo también, para vivir.

Mas nunca en serio amé como hoy en día
y a mi mismo me insulto y me desprecio,
que amar en serio es necio,
como es soberbio amar como manía.

Amor que no se calma y se hace eterno,
que cambia a un hombre casi inteligente
en un tipo celoso, impertinente,
eso ya no es amor, es el infierno.

Y hace un mes que yo estoy desconocido
porque trato a un demonio con polleras
—mi ideal; flaca, fea, con ojeras...
capaz de convertirme a mí en *Marido.*

Quiero olvidarla, y sueño, y me embarullo,
y me he puesto más pálido y delgado;
en fin; que estoy *realmente* enamorado,
y por eso me voy. Tengo mi orgullo!

Es la unica mujer que ha roto el hielo
de mi alma, y es digna de mi Amor
(tu pensarás, lector,
¡qué pedante que es este *Poetazuelo!*)

Es que yo a la mujer nunca he querido
sino en broma, ¡pero ésta es tan artista!
merece que me lance a su conquista
¡oh yo tengo buen gusto y he vivido!

Basta de Amor, que degenera en chanza,
las pasiones semejan las demencias,
y en lugar de *tehacer* mis confidencias,
terminaré a la fin con mi semblanza

¿Qué soy? Semi-pintor, semi Poeta,
pero nada completo, un gran macaco
físicamente largo flaco, flaco
como el brazo gentil de una grisetta

Hay quien dice de mi que soy un saco
encima de una percha y bajo un cuello,
y que tengo un pescuezo de camello
Te explicaré, lector, porque estoy flaco

Me aconseja un Burgués, a quien no escucho
que para ser feliz y no estar loco
preciso es comer mucho y pensar poco,
y yo en vez como poco, y pienso mucho

Y por eso estoy flaco, las quimeras
no valen los almuerzos de las fondas,
y después varias brunas, varias blondas
te dirán el porqué de mis ojeras

(De *Mujeres flacas*)

DE MI PARIS

Yo me casé en París con una hija del Rhin,
blonda, de un blondo paja monótono y sombrío,
y de ojos celestes empapados de esplín,
de esos ojos que miran largamente el vacío

26 años, — flaca — diáfana — pequeñita,
se peinaba muy mal, se calzaba muy bien,
manos de baronesa, ni fea ni bonita,
la languidez prusiana y el *caché* parisien

La conocí en un baile En Bullier (Orientales
que vistéis mi París, conocéis ese Edén?)
Nos vimos, nos gustamos, flacos y originales
los dos nos comportamos a la noche muy bien

Bailamos unos valses ágiles como liebres,
—era un domingo frío, domingo y fin de mes—
y el Lunes, fatigados de mezclar nuestras fiebres
se sorprendió la Aurora de nuestra palidez

(De *Mujeres flacas*)

AMOR MACABRICO
IN MEMORIAM

Para Julio Lerena Juanicó
El Poeta llama a la Muerta

Ven amado gato blondo
a mi beso enfermo y hondo,
enfebrecido estiletto
es mi lengua y te prometo

repetirte el gran secreto
de mi beso enfermo y hondo,
ven amado gato blondo
a recibir mi estiletto

Estés muerta o estés viva
necesita mi saliva
tu besar sediento y fuerte

Ven Muerta a que te celebre,
sólo el hielo de tu muerte
podrá resignar mi fiebre

El Poeta convoca a la Muerta,
en su lecho

Busco tu fantasma helado
para vivir el pasado
de nuestro febril Invierno,
que para ti será eterno

A mi aposento moderno
ven Muerta, regocijado
yo reviviré un pecado
de aquellos de nuestro invierno

Te amaré igualmente fría,
mi fiebrosa hipocondría
te quiere blanca e inerte,

Y en mi lecho te convoco,
quizá mi amor, que está loco,
te de vida — o me de muerte

El Poeta pide a la Muerta
que calme la fiebre de su frente

Pon tus manos yertas, finas,
sobre mi frente en delirio,
l'albor espectral del lirio
de tus manos escualinas

refrescarán el martirio
de mi fiebre Húndeme Lirio
tus uñas casi argentinas
y tus pupilas felinas

Yo deseo locamente
unirnos eternamente
labio a labio y pecho a pecho

Quiere mi sangre morbosa
de mi lecho hacer tu fosa,
o hacer de tu fosa un lecho

El Poeta invita a la Muerta
a tomar ajenjo

Ven a tomar el nocivo
ajenjo de mis canciones
El ópalo sugestivo
que emborracha de ilusiones

Ven Muerta al aperitivo
que te espero sensitivo
en esta hora de ilusiones,
la hora de las libaciones

Antes que baje la noche
toda negra de reproche,
ven muerta a sufrir conmigo

Ven mi flaca rubia huraña,
que se aburre en mi compaña
nuestro Verde buen amigo

(De *Mujeres flacas*)

SYLVIA
Poema moderno

A Julio Herrera y Reissig

POEMAS MODERNOS
SYLVIA

"Demi-vierge"

En el horizonte se muere el Sol, rojo
como un hombre malo que oculta su enojo,
y es el Prado inmenso un largo despojo

Crepusculos largos de la PRIMAVERA!
La tarde es bonita pero el fresco impera,
y hay muchos que sufren aun, de carraspera

SYLVIA estaba sola, sola y con tristura,
pálida, splinada, mira la verdura
y en sus ojos vagan focos de locura

Sylvia, hija de Histeria, joven y escualina,
es una elegante y cruel chiquilina
clorótica, enferma, sediente, felina

Sylvia es pura fiebre, se muere en letargos
por un caballero de cabellos largos
por quien ha tenido los ojos de Argos.

Pero él está ausente, partió para Arabia
en un arrebato de fastidio y rabia,
—es un caballero que pronto se agravia—

Y Sylvia está sola, tumbada en el verde
y su mirar largo, lívido, se pierde
en un fondo incierto de un obscuro-verde

Sylvia tiene fiebre, está pálida y roja
y a cada momento se apena y se enoja,
mata una crisálida, estruja una hoja

Sylvia tiene fiebre, sueña en su POETA
y se desabrocha la blusa violeta
que su pecho joven orgullosa aprieta

Oh su pecho joven suavemente rosa
de mujer vehemente, de mujer fiebrosa
que conoce todo menos una cosa

Sylvia es una rara, una parisina
por lo extravagante, exótica y fina
y porque es divina, divina, divina,

Sola y aburrida vaga en un ensueño,
cerca de su esclavo, cerca de su dueño,
e insensiblemente le acomete el sueño

Y se duerme en brazos del gentil turista
que era tan extraño, que era tan artista
con su pelo huraño de *Verlainianista*

Sylvia se ha olvidado de cerrar su blusa
y su pecho duro y albo no rehusa
el beso del aire, que por cierto abusa.

También en su *pose* de mujer cansada
la falda le queda algo levantada
y enseña una media de seda calada

De pronto algo suave, húmedo y caliente
despierta asustada a la bella durmiente
Alguien le ha besado la boca. Insolente'

Es TONIO, el nervudo pastor grande y feo
que a las campesinas inflama en deseo
con sus robusteces que envidiara Anteo

Sylvia se despierta, ve la noche, y grita,
pero Tonio, infame, la besa y la excita.
(Tonio se ha apropiado de una manzanita)

Y a Sylvia le baja la fiebre malvada
y olvida al artista de melena osada

—La Luna se ha puesto toda colorada .

(De *Mujeres flacas*)



JULIO HERRERA Y REISSIG

LIRICA INVERNAL

EL MAESTRO

¿Queréis saber de mi amistad primera?

Las buenas musas no sonreían a mis hurañas extravagancias de oso neurasténico

—La biblioteca y yo: un pulpo junto a un oso. Ahí la tenéis

¿Y mi primera aventura?

—Pues bien, fue con la muerte. Mi vocación por el Arte se me reveló de un golpe frente a esta enlutada. Y también, a qué ocultarlo, mi vocación por la vida. Curé de un susto, debéis saberlo. Esta vez fue Don Quijote que salvó a Sancho Escuchad que es interesantísimo

Por esos tiempos enfermé Ignoro si en broma Mi lecho bailaba el cake-walk. Consolas, velador, cenefas cuadros, todo en embriaguez macábrica se movía, gesticu'aba de un modo espiritista La ciencia dijo no salva, no puede salvar. Tiene un corazón absurdo, metafórico, que no es humano. Como lo oís, fatalmente desarrollado el órgano del amor Me moría cosa inaudita! Precisaron veinte médicos la hora exacta de este gran acontecimiento La prensa se inclinó ensayando una oración de Re-

quiem, única vez que me embriagó de elogios, por lo que siento en verdad no hallarme enfermo a estas horas . Todo era lágrimas en torno mío Fuera de mis ojos, en otras partes, un aletear agorero de pañuelos que se escurrían sigilosamente entre las bellas manos (Esto último no lo ví, pero lo supongo). Enternecido, después de todo, yo también lloré mi irreparable pérdida. Al saborear los adioses confieso que me preocupaba no estar vivo en mi sepelio para aplaudir los discursos llenos de unción patriótica y de homenaje a mi virtud inmácula.

¡Oh qué mañana aquella en que mi corazón como una bestia comenzó a correr hacia el jardín de Atropos!

Paroxismal, taquicardíaco llegué en mi cabalgadura de tres patas al peristilo fumando un cigarrillo Vaya un pedante, cosa de poeta pensaréis Es una historia bien tonta, carece de interés social, no tiene tesis

¡Cierto! Todo lo interesante soy yo

Los médicos al verme sano me cumplimentaron con rencor, no se conformaban con mi mejoría Es lógico Yo hubiera debido morir Eso era lo científico, lo serio Mi resurrección, en cambio fue lo literario, lo paradojal, ¡lo enfermo! (1)

---

(1) Hablando en serio, conste mi gratitud más profunda a los distinguidos sabios que me asistieron entonces Suñer, de León, Ricaldoni, Estrázulas, Soca, Visca, Gallinal, y al fervoroso y sincero amigo Carmona.

Haciendo una excepción con el poeta mimoso, ni uno pasó la cuenta por haberme curado yo mismo.

Volvíme literato a pesar mío. Cuestión de azar de más o menos diente y de línea en la mujer que hallé. Luego mi cura fue una verdadera licencia poética. Y tuve también mi humor, mi loca originalidad —¡no os enojéis!— desde que en las murallas del Aqueronte hube jugado a la pelota con la cabeza del gran Hipócrates.

Todas estas Juliadas, plagios de manicomio o de hospital, me aureolaron en aquellos días de un grupo temerario de locos serios, virginidades precoces de literatura en su rosada pubertad ingenua. Los alacranes de oro del verso picaban ya su encéfalo. Los guiños de Afrodita desvelaban sus corazones. Todos eran imberbes, todos escribían sus primeros mensajes de amor, sus "fiorituras" escolásticas, perfumadas con patchouli, a la Señorita Gloria, ruborizándose de poner sus nombres al pie del cándido obsequio.

—Maestro —se me llamaba. Y yo casi me lo creía. Tan loco era y tan crédulo. Este fue el origen de la "Torre de los Panoramas" por donde luego saldría el sol de todo lo fino y de todo lo vibrante que hoy saborea el público infeliz.

PABLO MINELLI. — EL NIÑO

Cierto día en que bajaba las escaleras de mi casa, distraído como de costumbre, creí tropezar con un alambre o cosa así. Alcé la cabeza,

no ví nada Continuando la descensión sentí de nuevo el alambre como una fina brisa de invierno y una voz telefónica que me nombraba Me detuve supersticiosamente, volví a mirar, palpé ¡No era un hombre! era una forma escuálida, indivisible, insustancial, de Pentecostés, aérea, un éxtasis sutil de minarete hipnótico, la más aguda ironía de realismo fantástico que se pueda concebir, un electrón, en fin, que perforó mi espíritu

Hélo ahí: Pablo Minelli Un fakircito de cristal una elegía para muñecas; la última, la más fina y la más griega letra de su apellido infantil.

¿No os habréis equivocado de puerta? —murmuré lastimosamente—, pensando que era a un sanatorio y no a mi casa donde flacura tan espectral, se dirigía, sin tocar el suelo

—Es a vos que os busco, se apresuró a suspirar Yo necesito de vuestros consejos, de vuestra sabia enseñanza

—Cómo médico? . .

—No — como poeta.

Eso fue todo Nos abrazamos, temblando yo de quebrar en un arrebato de misericordia esa hilacha transparente de caramelo cuya dulzura casi mística era en tal instante, grata a mi oído, a mi alma, a mi sensible melancolía de convaleciente rico en ilusiones.

EL FANTASMA

Subimos. Nos penetramos un segundo

¿Hacéis versos?, —me atreví Por toda respuesta se trasmutó, dio un paso atrás, esgrimió el brazo en actitud de súplica, y trémulo, opalescente, los ojos en b anco, alzó una voz teatral, de ultratumba, solemne, evocadora Recitaba como Calvo largas tiradas ercillescas, calderonianas, leoninas . Temblé Ya no dudaba Con razón esa delgadez, esa eucarística intangibilidad Tenía en mi presencia nada menos que un espíritu, contemporáneo de los grandes ingenios del Siglo de Oro.

¿Sería el de Jauregui, el de Villegas, el de don Juan de Iriarte, el de Cadalso, el de Agustín Montiano y Luyando?

Minelli cantaba, gemía, desafiaba, disparaba sus redondillas al cielo raso, mientras yo atisbaba su enrarecimiento, su asutilación fantástica, las líneas prerrafaelistas del aparecido, erguidas espectralmente en la mampara chinesca

Cuatrocientos años en dos mil versos me arrojó a la cabeza el incorpóreo Como lo oís Una comedia en treinta cuadros perfectamente mala, sin dejar por eso de ser muy cómica Pero sabed que en ella había inspiración, fluidez, ingenio, melodía, sátira; ideas y ritmos dignos de Gil Polo, Céspedes o Rioja

—¿Trabajáis mucho? — adelanté con temor, felicitándole por su triunfo El cuco en-

tendió otra cosa, precisamente, pues amenazóme con varias tragedias cuyas espadas sentí que me entraban todas en el corazón! ..

—Os hallo muy fatigado — respondí, poniéndome a la capa, y sin soltarle el brazo que martillaba un largo manuscrito — Dejemos para otro día! .

EL POETA

Era un asombro de precocidad, un vértigo de primavera, ese microcosmos de diez y seis años que tiraba a cordel la estrofa, que hacía versos gimnásticos, que concebía historias complicadas, y que con todo desparpajo las titulaba comedias

¡Qué despertar más lozano de imaginación y sensibilidad, qué sabrosa promesa de gloria, me dije, convencido al fin de que la estantigua no era tal Jauregui ni tal Juan de Iriarte, sino el que ahora os regala genuflexivo y sonriente, el libro más humano, más realista y más exquisito que hayáis paladeado, un verdadero manjar bizantino, —faisán con perlas, lenguas en ambrosía— servido en el boulevard por una hada viciosa

Tres rasgos de los que hoy ostentan sus mujeres flacas de nariz "retroussé", de mirada de opio y de manos filosas, bastáronme para una "instantánea psicológica" que de este gozador me hice, cuando sus mujeres eran aun gordas, del hogar, virtuosas legítimas de Mon-

tevideo. . Predije entonces su manera personalísima, leve como un guante, fugaz como un pañuelo, versátil como un abanico, sensual como un guiño bajo un laurel rosa

Son ellos· travesura, extravagancia, placer. Afinados, cultivados, mimados, estos tres rasgos deberían dar toda la impresión de una fisonomía escandalosa, concuspiscente, demoníaca "detraqué", ingenuamente perversa, chupada por las orgías, irónicamente pintarrajeada.

EL TIPO

Lo adiviné Lo perforé. Esa es mi gloria, ese es mi orgullo El aguilucho no escapó a mi doble vista de profeta —Tipo alevoso, tipo agresivo, punta de fuego, duende excitante, Mefistofelillo rondador de las alcobas incautas, reverente, mímico, audaz, verde pálido, que huele a almizcle y a azufre de molicie y de satanismo ¿qué no se puede obtener de esta salamandra? pensé atisbando sus rasgos florentinos, enconados, resueltos, palpitantes, de chicuela monstrua o de envenenador, sus ángulos de chacal impulsivo, su dentadura salvaje de una blancura fulminante que muerde por sugestión el centro de las codicias, sus ojeras como dos chupones bajo unos ojos en satiríasis de histeria, su frente, en fin, hosca, montaraz, insignificante, como esas puertas enanas y secretas por donde los demonios penetraban a media noche en los castillos

LA LECCION

Le aplaudí sin reserva Luego le dí mi lección que si mal no recuerdo es ésta: Sois un poeta en perfecta salud retórica Vuestro talento es demasiado sano Este es un inconveniente, acaso No escribáis dramas, por ahora Haced el vuestro y nada más Sed perezoso, no os fatiguéis, quemáos con el cigarro, con el amor, con cualquier cosa, menos con los libros; la pereza enseña más que las reglas Cerrad los métodos, abrid las almas Desaprended en vez de estudiar Esto equivale a olvidar autores, o lo que es lo mismo "desautorizarse" y a regirse un yo violento, original, que debe ser lo primero en esta época de servilismo mecánico, de rebaño colectivista y de liturgia universitaria

No descuidéis la higiene de vuestro espíritu Fumigáos ante los envidiosos y los impotentes. Luego ayudadles a bien morir, con una sonrisa de óleo Huid de los pedantes como del ajo Cuando os citen a Haeckel, Marx, Momsen, Reclus, habladles de política o de algún remedio especial para los sabañones.

Aprended gramática cuando durmáis, retórica con el libro al revés, metafísica entre unos bellos brazos que os muestren a Dios.

Guardad esos borradores, que mañana cuando estéis serio, mudo acaso, bajo el peso y la responsabilidad de la gloria, os harán cosquillas como nietos alegres que juegan con una pluma en unos labios tristes.

Sois un poeta juicioso sano, muy lógico. . Amad, sufrid, enfermáos un poco de amor o de vicio, loquead, en fin. Vuestros maestros serán la mujer, el vaso, la noche, vos mismo Reid la vida, llorad la vida, fumad la vida!

Luego, poco a poco, le volví el rostro a París, insensiblemente, dulcísimamente, como un cirujano cortés que sonríe mucho y engaña mucho al hacer la cura de una señorita mimosa Y terminé.

—Quemad a Calderón, a los Argensolas, a Quevedo, a mi divino tatarabuelo Herrera. . Pensad con el siglo *Traducíos del francés en buen americano.* La sobriedad de vuestro físico no se aviene con la gordura del idioma en que hacéis hablar a vuestras musas

Vuestra palidez de primavera que siente frío, el ópalo de vuestros ojos de sueño, vuestros viboreantes labios de ironía, vuestra aristocracia degenerada que revela un bello animal olímpico, vuestras ojeras, flores de fango libidinoso, que bien se hallaran en París en plena bruma verlainiana, barriolatinizado Idos! ¿Tenéis dinero? Idos bien lejos de Tontovideo y no volváis nunca, por Dios

Ya sois poeta, aun no sois artista Sois niño: precisáis ser hombre. *Sois cuerdo: os hace falta locura* Que manos de vicio peinen o arranquen vuestras melenas Que dientes alevosos os inoculen el virus histérico Que una joven luna tísica se muera en vuestro jardín Que os devoren media cordura las faunesas de los boulevares!

EL VIAJE

Pirueteó un saludo mandarinesco, y desapareció rumbo a París, aquel buscapié de goma, que fue dos horas mi discípulo y que podía ser mi maestro.

EL FRANCES

Melenas de conservatorio, monóculo impertinente, levita orleanista, cuello Mariscal Ney, sombrero anormal, chaleco felino de terciopelo verde, engranado de ojos de víbora, corbata violeta en pose de convaleciente a quien le duele el alma, polainas gris perla, anillo heráldico, cruz de San Jorge, toda una etiqueta exótica y desterrada me encandiló de repente

—¿Sois acaso Pablo Minelli?

—No señor, Paul Minely.

¡Reveladora armonía!

Comprendo y río patriarcalmente, devorado por el orgullo que enciende un Austerlitz de gracia en mi alma victoriosa

Mi discípulo ha aprendido bien la lección y está sobre la lección, como la obra está sobre el genio

Nos abrazamos. Bebimos champagne helado

—Ya no vendréis más a clase. Sólo nos veremos como peregrinos en la caravana triste y soñadora

—Tal vez como enfermos, en el patio de un manicomio —dejó caer Paul II, el hijo de Paul I, Verlaine poeta.

No habló por largos minutos, exánime sobre un diván.

. . . .

. . . .

EL HOMBRE

¿Eran aquellos sus ojos, fuegos verdes de los madrigales de Beaumarchais . sus ojos extravagantes y festivos que se animaban a los postres de una confidencia como libertinas llamas de ponche?

Sólo restaban ¡ay Júpiter! sus ojeras, arcos sombríos de una ruina. . hundidos bajo la tierra en el riñón de un volcán apagado, sus ojeras ¡ay Venus! como signos de Isis en un monumento y en que yo leía "haletant" sus iniciales reveladoras.

Flaco, más flaco aun que a su partida Como un arco de guerra a sus espaldas la comba atáxica del abuso, la comba épica del maligno y del benigno juego. Sombreado por una nostalgia como por las alas de un murciélago que le chupara viciosamente bajo el moaré del rostro Había en su expresión llena de una vida muerta la dulzura y la decreptitud de las estampas góticas. En un solo lado, junto a la oreja de ópalo, una nebulosa de canas en triángulo, canas ducales, diamantinas como si el cisne de la Fronda le hubiera ligeramente empolvado

Concavidades enjutas a los costados de la boca, como las heroínas de Jean Lorrain fosos de los paroxismos violentos, de las delicias desesperadas que murieron dando ayes en la gran noche de batalla

Flaco, flaquísimo, irreductible Sin piernas Era una sutil derrota en pánico molecular, el vértigo de una gloriosa catástrofe, la ceniza formidable de un dios vencido Tal como un genio de Osian podía esconderse en el tronco de un álamo

—Os hallo muerto, querido Paul. Necesitaríais una inyección de suero

—¡Ellas, ellas! bien lo sabéis —respiró fatigosamente— Soy un escombro un desangrado en la lucha feroz inútil inválido que viene a morir en medio de su familia a Montevideo

Envidiosamente yo le contemplaba, como se contemplan ciertos grandes muertos.

¡Imbécil salud la mía, primavera sin gracia que se esteriliza en una soledad odiosa como tantas virtudes que no han sufrido!

EL AMANTE

—¡Paul! ¡Paul!

No me contestaba.

Fijo los ojos en un punto extraño, más allá del techo Miraba para un cuarto piso, lejos, en París... un nido de palo de rosa, de seda y marfil, con olor a mujer, a incienso, a tapices, a gato de harenes

Y eran sus pupilas minalizadas, sin gravitación, náufragas en un éter abstracto de existencias psico-químicas

Volvió en su tren expreso, al cabo de un minuto misteriosamente Miró la hora, la hora de París...

En pie ya, me saludó· —¡Au revoir! Os he dejado un obsequio que para vos adquirí.

—Para vos, que sois mi Poeta

—Para usted que es mi Maestro

—Para tí que eres mi amigo.

¿Cuál era este obsequio? ¿Opio? ¿Talismanes? ¿Radium?. .

—¡Mujeres! nada menos, regalo de sultán, "Mujeres flacas", de París, Euménides eruptivas, Medusas secantes Un gineceo en combustión de sáficas, andróginas, lésbicas, delincuentes, histéricas, epiléptico-erotomaníacas de Alejandría modernizada Todas crespas, tortuosas, felinas, intoxicadas, plutónicas, desgarrantes, paroxismales, explosivas, hidrófobas, arácnidas en punta que la fiebre come a pedazos y que el instinto encona a látigo.

Me erguí como un domador Rodilla en tierra, todas besaron mi mano.

EL ARTISTA

Es un libro extraño a nuestras necedades; es un aerolito que ha caído en broma

Su prólogo —fulgurante "ouverture" de snobismo y de tragicomedia, preludia que es

este "recueil", noctámbulo, fiebroso, enfermo, audaz, galante, opacado de esplín. No viene del boulevard Sarandí, del Parque Urbano, de la salida de misa, del dominguero Paso del Molino . Viene de los cabarets, del Chat-noir, de las románticas bohardillas, de la bramadera de las sensaciones, del gabinete del hatchis, de la casa de sombreros en la Rue Pascal, del fango, del drama ¿habéis entendido? Viene de París

La personalidad violenta de este sensitivo degenerado despide rayos negros y oblícuos de aquella cosmópolis, que absorbió sus ocios y encendió su vida en inolvidables peregrinaciones por la aventura y el deleite mórbido. Su temperamento original por sí, se asimiló los miasmas y los vapores del sub-suelo de aquel gran mundo, sumergióse hasta asfixiarse en la carroña pesimista, bebió fuego satánico como un prestidigitador en la teurgia blasfematoria, durmió una noche sacrílega en un ataud con Mademoiselle La Muerte, quiso ser loco y lo fue; de vértigo en vértigo y de excentricidad en excentricidad rodó por todas las crujías de los paraísos musulmanes y por todos los calabozos de los infiernos neo-místicos

Luego rió, amó, lloró. Vio el lado sano de la vida, sentóse a suspirar junto al fresco surtidor de las nostalgias, abandonó el pito diabólico y las castañuelas de la orgía por el divino violoncelo humano, y ahí lo tenéis, mezcla rarísima de Verlaine, Musset y Minely, compuesto macabro de morbosismo de sensualidad, de tra-

vesura y de sufrimiento. un mito indiano de varios rostros de los cuales unos sacan la lengua, otros ríen, otros lloran, otros escupen.

La plena salud meridiana, el apacible néctar de Cybeles, "la limpia cena del hogar pobre", según el verso de Horacio, las exhalaciones del jardín doméstico, la intrépida fanfarria del patriotismo a la bayoneta, nada de esas cosas tienen que ver con la especiosidad de sus predilecciones, con su botica artificiosa de misántropo, con su templo raro de brahmán ególatra, con su "garçonniére" a la media luz sacramental de la confidencia, con su alcoba de libertino, alhajada de estatuas vivas y de topacios eróticos.

Imaginadlo, no en el trapecio metafísico de Víctor Hugo, bajo cien cometas alegóricos, ni en cruz sobre la piedra de Isaías bajo el cuadrante de la Eternidad, sino en el triclinio suave de Petronio, cubierto de rosas livianas o junto a la parra de Anacreonte iluminada de topacios ebrios.

Nacido en una noche de Aretino, es un espíritu egoísta, dionisíaco, fin de época, índice de salud; extracto de opios paradisíacos, aguja imantada de susceptibilidades caprichosas Es una pócima de Ovidio; un epicúreo quintaesente de los gimnasios de Sibaris Su fiebre de Renacimiento es por el arte culto, enfermo, mimoso, gustador complejo del fruto nocivo que la serpiente envenena. Sus labios secretan muerte como heridas agridulces en que Satanás filtrase sus almíbares dorados de tentación. Ama la

carne frágil, agresiva, rebelde, malamente dada al mordisco de las Glíceras neuróticas. En un jardín morado y doloroso de masoquista, bate su bilis de rencores mártires, gime sus espasmos, aúlla sus delirios, humilla sus éxtasis, bajo los desgarramientos de cien años como puñales y de labios crueles como ventosas que sacan sangre.

Es de París, del París de Venus y de Baco, como Banville y como Willy, del París de Caín y de Belcebú, como Rachilde y Baudelaire, del París de Saturno y de la Locura, como Verlaine y Rollinat, del alegre y triste París del Hombre, como el primer Alfredo de los sollozos infantiles y como el último Enrique de las acerbas carcajadas

Escribe como habla, habla como piensa, piensa como siente, siente como vive. Y como vive ya lo sabéis, a su manera joco-seria, romántico, naturalista, bufo-dramático, semi-todo, híbridamente y ecuménicamente, con un pie en el empíreo y otro en el infierno como los abates pornógrafos de la suntuosa Aviñón de los Papas.

Sus versos, como los de Goethe, son una confesión desnuda y turbulenta, con cábalas y alegorías manchadas de sangre, de sudor, de polvo Juntadlos, armonizadlos como los pedazos vivos de una serpiente de maleficio y tendréis el ejemplar humano con todas sus debilidades, hecho como vosotros, de la misma arcilla y de la misma lágrima del cielo. En él es inseparable el hombre del escritor, "unidad duple",

sincera y artista, acorde mágico de dos sonidos que la Belleza arranca a la Vida y que estalla en el alma y en el instrumento al mismo compás, en una melodiosa pitagorización, profunda y palpitante.

Su ironía es su dolor como es en Herder; una centella patológica que latiguea entre una lágrima que desciende al centro amoroso y una gota de licor que sube al cerebro en ascuas; ironía a veces helada como el círculo visual de un buho que agujerea la sombra en un aquelarre dantesco, a veces ardiente como una avispa que excita y consume la picadura de un rayo de sol y el fóstoro afrodisíaco de una antena vibrante.

Sus mujeres son flacas a través de su velo, en su gracia pecadora y en sus flaquezas desnudas El título bien sugerente de su "bouquet" literario expresa la doble naturaleza de una adorable feminidad que no es la de Carlota hacendosa, ni la de Ifigenia contemplativa, ni la de Leonor sabia, ni la de Brunilda musculosa y pura, la domadora de los Nibelungos que con el propio cinturón de su virginidad azota y liga al esposo que va a abrazarla, colgándole al fin de un clavo, sobre su lecho nupcial

Ellas son la mujer moderna, el inflamable amuleto, la sonrisa inspirada de casa de fuego, la psiquis morbosa de amable Casino, la sirena del arroyo, la yedra nocturna, la Loreley de encrucijada, la dama de noche, la golondrina errabunda de los tálamos voluptuosos, la flor de

baile "demi-mondaine", el encanto fugaz de las Gretchenes del amor bohemio que piden posada a unos brazos por unas horas y se desvanecen luego suspirando al florecer el día Ellas son Manón, la vanidosa y dulce, Lilí, la versátil y sentimental, Clara, la infantil flamenca, la heroica costurerilla que adora a un príncipe, las dos Margaritas, puras y frescas eternamente; Delia, la travesura infiel de Tíbulo, Mignon, la monería acrobática de los adoquines de París, la celosa bailarina que ondula como una víbora y salta como una pantera, Ninette, la funambulesca del vicio simpático, que se suicida por capricho más que por pasión, la Ninette "charmeuse" que hará siempre llorar y reir a los corazones que la amaron sólo una noche

Para estas mujeres, para estas burbujas del alma, para estos epigramas de los sentidos, se necesitaba un verso fácil, juguetón, irregular, defectuoso, frufrutante, frívolo, respingado, libre, bien libre, hasta insolente, una miniatura femenil, una mueca procaz, un puñado de nieve al rostro de un "gamin", polvo de arroz, cintas, confituras, algo muy París, una tosecita fútil de hada callejera, un parloteo, una intriga, un billete alevoso, un hechizo sobre un pañuelo, o en una liga olvidada. Y al mismo tiempo un verso cuyas rimas fuesen como el choque de los vasos en una taberna de Chio y como un cancán sardónico de campanillas locas.

Y este verso lo ha inventado Paul Minely, un verso volador, histérico, sensual, hilaridante,

venusino, saltarín, canalla, degenerado, en continua crisis nerviosa. ¡Honor a él, guiños a él, flores a él!

Refiriéndome a su espíritu, más que a su forma, he hallado un símbolo absoluto de esta manera y de este verso en Euforión, el milagro olímpico de la vida, ligero y breve, fiebroso y versátil, que se lanza del seno de la diosa del Fausto, ebrio de más allá, rebelde al yugo en su peligrosa desnudez que enciende, riendo y gorjeando, raptor de vírgenes a quienes consume entre sus brazos en un segundo, para morir a su vez devorado por la llama que le da vuelo.

Y es que los versos de Paul Minely son amorcillos que mientras bailan o juegan causan la herida mortal y se desvanecen caprichosamente entre nubes de apoteosis místicas.

No usa elipsis, metáforas, tropos, antítesis, emblemas de solución por armonía y sensibilidad Su idioma es un americano guarnecido opulentamente de neologismos, galicismos, italianismos, anglicismos y demás ismos suntuosos que rutilan como alamares en sus ornamentos de Bizancio. Por lo demás, su modo es claro, infantil, natural a veces, demasiado fácil, para señoritas En este punto "Mujeres flacas", debo asegurarlo, podría muy bien servir de texto de moral o de poética en las escuelas públicas y aun en los conventos. Gusta hasta del desaliño y de la disonancia, como un medio hábil de producir efectos en el lector y sugerirle ingenuidad artística. Su inspiración es una vara

mágica, que toca un punto del sentimiento, que pasa de un lado a otro como un fuego fatuo, sin detenerse, y sin darnos tiempo para admirar el hechizo de cien colores que en un minuto de la evocación brilla y se borra. Pero muchos de estos ritmos del alma, como trazos eléctricos viborean en nuestras fibras y según el suspiro del Rey Profeta se graban hasta la tumba como un sello en el corazón

Adverso a convencionalismos atávicos en la métrica y en la rima, su yo desdeña toda retórica trasnochada, todo oropel de mal gusto, la brocha gorda y la pasamanería de los literatoides "farseurs" de América Sabe muy poca gramática. Tiene el honor de ignorar la prosodia y la ortografía, pero en cambio su sintaxis es legítima japonesa

Ama el sonido y le reitera d'annunzescamente, el truncamiento efectista, la polifonía orquestal los monorromos y el "leit motiv" o la manera del autor de "Fêtes galantes" le seducen, no hay la menor duda, sin que por esto convenga en "la musique avant toute chose" de su ilustre patriarca homónimo, con que nos muelen a cada paso los organillos de la imitación

Su poesía resulta de tal modo propia por la agudeza, por la flexibilidad, por el nervio y la ligereza femenina, que no hay en América ninguna que a este respecto se le asemeje Es Verlaine que ríe o suspira en esos ritmos cortos, leves, arlequinescos, cambiantes, en que la idea retoza y revolotea, baila o dice niñerías de clown amable

Ni los clásicos con sus letrillas, o en sus imitaciones al dáctilo y al yambo latinos tienen nada tan fugaz, tan efímero, tan incorpóreo, tan espirítico.

EL LIBRO

Leed el aria "Para mi duquesita" y esa gaseosa romanza "A ma chère petite Agnés" y después decidme si hay en castellano ni aun el más remoto ascendiente de esta poesía, poesía que es un rulo de humo de cigarro sobre un mohín de labios femeninos y que es un paso de danza corintea y una lengua sedosa y delgada que asoma y juega entre unos dientes de amante y, en fin, que es un faldellín de colegiala del "Sacre Coeur" que Favonio lascivo hojea

Convendréis de paso en que siendo tan simple y diáfana como la linfa de Hipocrene no es ni con mucho banal, y exige tanto o más ingenio y destreza que el retumbante aparato de los alejandrinos y de la estrofa académica

Lo mismo os digo de "En el gran mundo", amanerada, encantadora sinfonía de cámara, lo más "derniere" posible, en que se vive y se codea y se ama a París en gran "toilette", a París monstruo voluptuoso, reidor, terrible .

Una mancha de Carolus Durán en un cartel de reclamo es "Affiche", soneto magnífico cuyas rimas internacionales suenan como una risa estridente del Padre Saturno bajo los puentes trágicos del Sena.

Son versos o son rosas ebrias de champagne en una orgía de risas y lágrimas, me digo después de haber gustado a "Flirt" (una chansonette que no está en el libro) y "Mi vecina", dos notables semidesnudos del gran salón de "Beaux Arts".

¿Y "Hermana"? que es un gesto antiguo de sacerdotisa en un "boudoir" moderno, una bocanada de opio de una Onfalia que se balancea en el columpio de Venus.

¿"Ma Couple"? una intriga de estación, novela de gran mundo en versos de seis sílabas infantiles, que me recuerdan esos herculillos de la mitología germánica que sostienen árboles frondosos

"Invitación" es un soberbio "décimo-cuarto" rojo, de la épica de Swinburne, servido a los postres de un banquete orgiástico, al furioso redoble del tambor de las Bacantes, que convocan a los Dioses al Holocausto ritual.

"De mi París", cuatro estrofas alejandrinas, del culto fálico, cuatro gestos de libertino que cuenta su historia a la almohada llenos de intención y de malicia inocente.

"Noches tristes", soñadoramente melancólicas, bajo la nieve Una displicencia fatal, puro Verlaine, ante un espejo hechizado, con versos que miran a la luna y luego al "Père Lachaise", que duerme, duerme tras el Manicomio

"Tus rosas", mustio, desmelenado, frívolo, soneto después de todo, que podría ser puesto en música de Tosti o de Massenet para ser oído

por las Rosalindas desde una góndola, en un crepúsculo de Venecia.

Oigo de pronto, como un rasgueo de guitarras en Montmartre, acompañado de crótalos y falsetes. Es "Las Obreritas". una galopa de picaresca intención, con ruido de faldas y de encajes; paso doble crepuscular de siluetas que fugan bajo los auspicios de Sileno; bandada de gorriones que pían sobre el asfalto; melodía cómico-elegíaca de charlas aventureras, junto al sotabanco, en la gran calzada, bajo la nieve que ríe y llora en los cristales de las avenidas. Es un gorjeo del París de la grisetería, de ese París con quien Minelli se ha consustanciado en Bullieux, en las tertulias bohemias y en las alegres pascuas de los estudiantes Los versos nerviosos, livianos, fáciles, parlanchines, sugieren galanteos y engaños, intrigas locas de taller, vuelos en los bosques al "aprês-midi", y medias vueltas apresuradas con cestos y sombrillas, cabe puertas en acecho de moradas alevosas

. . . .

. . . .

¿Qué hay? ¿Qué ocurre?

—Para Julio Herrera y Reissig Me cubro el rostro con las manos y encendido de pudor, comienzo a leer (entre los dedos se entiende) a «Sylvia», una opereta escandalosa de monorrimos en cantárida cuyos tercetos hallo a la altura de Catule Mendès, Pierre Louys, Armand Silvestre o Laforgue

«Y porque es divina, divina, divina» .

pierdo el recato insensiblemente . mis dedos se separan más y más, en un descuido se me caen las pupilas, y concluyo por tener mi boca enjuta, sellando la página, en una gula carnívora de recitar con los nervios y de leer con los ojos en blanco

Me avergüenza la dedicatoria Hubiera por lo menos debido respetar mis dos únicas canas que escondo aterrorizado cada vez que me miro al espejo Minelli es muy comprometedor No le hagáis caso duquesas Gustad vosotras este libro Y entornad suavemente los párpados Santiguaos antes Devoradle después sin escrúpulos ¡Qué filtro sabroso! ¡Qué inocente pecado venial! Será vuestro gato en las noches de invierno Leedlo una vez y lo leeréis mil veces, dormiréis con él; suspiraréis ante sus confidencias Desearéis saber quién es su autor para quizá amarlo como a un duende en el secreto de la almohada! .

. . . .

Leo, leo Me empino a Minelli Entro de lleno en su espíritu

Pensad en botinas de raso que repiquetean la fuga de Venus, pensad en bombones con una gota de veneno que os ofrecieran menudas deidades, pensad en lascivas travesuras de silfos con frac y os daréis cuenta de esta deliciosa manera de ser gran artista y de tener un talento que seduce desde la primera palabra, como un brujo por sorpresa

Tal este fino pagano, este «dandy» de ultra novedad, a ratos efervescente de regocijo, a ratos convulso con muecas trágicas. Las notas claras y el sonido agudo de los cascabeles predominan a pesar de todo en su neurastenia de Emperador de la Decadencia que como el Romano abdicara su corona en favor de su corcel o de su gato, o se vistiera de arlequín para inmortalizar a grandes rasgos su ridículo excelso. Pose de gran tono que se conserva joven aun después de dos mil años y de la que sólo pueden hacer uso los espíritus caudales

Leed a este respecto su "Autto affiche", «Los favoritos», «Parisiense» y otras piezas en que ríe y payasea con una risa sublimemente de manicomio Veréis como su «esprit» es una garúa de alfileres de oro, que pica y no daña, antes bien, cosquillea, irrita, congestiona ciertos músculos, pone en circulación como ciertas ráfagas la sangre perezosa de no haber amado.

Pero nada tan suave, tan exquisito, tan verlainiano como sus cantos galantes para violines y clavicordios El peinador de bruma y las ojeras violadas sientan mejor a su Musa que el traje de Colombina y el albayalde carnavalesco

«Duquesa sois exquisita» es una humillación heráldica sobre almohadones de brocato, digna de ser grabada en el escudo de una emperatriz Tiene el perfume italiano de los Decamerones y en ella se aspira la gracia y el encanto hipnótico de los poemas de las Odaliscas

«La artista» desmayante arrobo de Schumann, de un lánguido Schumann francés, es una perfecta miniatura de ante-sala para el Saint Germain, que hace entornar los ojos y palpitar los labios en el éxtasis más blanco de una emoción que suspira Paul Minely se revela en estas cuatro frases un vibrador delicadísimo de sensaciones atómicas Yo estaría orgulloso de haberlas creado

«Retratos», «Colores», «Aromas», «Bice» me dejan pensando en lo que podrá llegar a ser este filigranista del alma humana, tan sobrio, tan afinado, que en unos cuantos compases tiene la rara virtud de volvernos tristes o alegres, que con el recurso de sus melodías nos sugestiona estados de conciencia los más anormales, los más imprecisos

«A la manera de Paul Minely» o lo que es lo mismo de Paul Verlaine, es una ultra suspiración de gracia y de tristeza vespertinas, con ritmos que son desfallecimientos y «nuances» que son rumores Se siente el cansancio de un vacío inerte Todo se extenúa informemente, horizontalmente en un miércoles de ceniza que es un bostezo de esplín doloroso. El cielo como la frente del poeta se halla rojo de fiebres rememorativas Es por su estructura y por su ejecución una de las más bellas sonatas de este salmista mundano que pasa a capricho del viñedo de Saint Evremond o del risueño serrallo de Hafitz a la sensible «Morgue» del alma, y que lo mismo liba en un festín el lesbio

desenfrenado que hace amar la vida, como levanta en la misa platónica el cáliz piadoso de las meditaciones llenas de nostalgia, sombrías de muerte.

Pienso lo mismo de «Llueve» de una viudez sin fondo, borrosa, desdibujada en que se oye y se siente llorar bajo la sugestión de la monotonía en el acento y en el ritmo Estas antífonas cubiertas de polvo amínico y de vapores de conjuros que suben en una extraña teurgia desde el brasero de su corazón, establecen con las tres estrofas «Para madama La Luna» el obsequio de su homenaje más devoto a su buen apóstol San Pablo del vicio

Si gustáis del chaud-froid, pasad de este punto a los cuatro sonetos «Amor Macábrico» que dedica al exquisito y galo esculpidor de rimas Julio Lerena erizos fúnebres de un Doré pagano, cuatro maravillas de sensación claro oscura con efluvios de Cementerio de Poe y de las catacumbas de Maeterlinck

Gruñe entre los despojos tibios de la encantadora «Epicuri de grege porcum» mientras los ritmos doblan tristemente como campanas agónicas

Un paroxismo doble de sensualidad y de muerte arrebata la visión calenturienta del evocador Los apetitos eróticos estallan como aneurismas. Rechinan las dentaduras se alza un terror capilar, los nervios se crispan como tarántulas Un sudor helado se mezcla al perfume excitante de un corpiño de mujer que ha

muerto en la danza riendo voluptuosidades Y el beso hondamente aciago retumba al caer sobre la Nada Eterna como un féretro en un sepulcro.

La forma de estas cinceladuras es Minelyana por lo caprichosa Debo incensarle por su moderno buen gusto en la disposición de las rimas, en lo que se podría llamar el abotonamiento resonante de jubón de Polymnia, así como por la novedad de su técnica tan personal, por lo menos, como mis extravagancias .

Sólo los grandes artistas salen airosos al burlar a cada paso la supercheria de las reglas cuyo prestigio se impone siempre a los medianos auditorios.

Dos suspiros de melodía y de nostalgia de este soñador —un verdadero oratorio en voz baja— me dan la medida de su profunda subjetividad, cuando abandona el instrumento de la tarantela, salpicado de vino y nervioso de risa, y pulsa el lánguido oboe de los otoños del alma. Estos suspiros son una síntesis esencial de situaciones vespertinas, cuando el espíritu vuela hacia la inmensa sombra insomne que se estrella de lágrimas, al enmudecer la Vida

Escuchadlos y después decidme si me halláis razón en lo que afirmo de su talento y de su finura Ellos me recuerdan algunos bellísimos trozos de la musa divinamente germánica de Raúl Montero

UN AIRE DE CHOPIN

La semi-oscuridad de la antesala,
Tiene un rayo de sol por parroquiano,
Y la blonda Mimy llora en el piano
Un aire de Chopin triste y "lontano"

Mi mirada en Mimy mustia resbala,
Y mis párpados caen con desgano
En un ensueño pálido y "lontano",
Y lloramos Chopin, Mimy, yo, el piano

UMBRA LA DANNAZIONE DI PAOLO

Silencio, alondras nocturnas!

Vuelvo al jardín de Bocaccio, donde un pájaro burlón canta licenciosamente.

Me deleitan los baños turcos . Una misma sensación me hastía. El chorro de agua congelada después del cálido enervamiento me produce una salud cínica de gran sultán — ¡Oh Pablo, dadme la ducha bien en la médula después de haberme esparcido en la olorosa suavidad de vuestra melancolía! Es una ducha que salta de pronto vuestro regocijo, en un juego antitético de agudas delicias Sabedlo bien que vuestra ironía es deslavada, jovial como el cerdo galante del circo de Rabelais que juega con las pantorrillas y ama las púdicas formas.. En la Edad Media se os hubiera quemado y yo

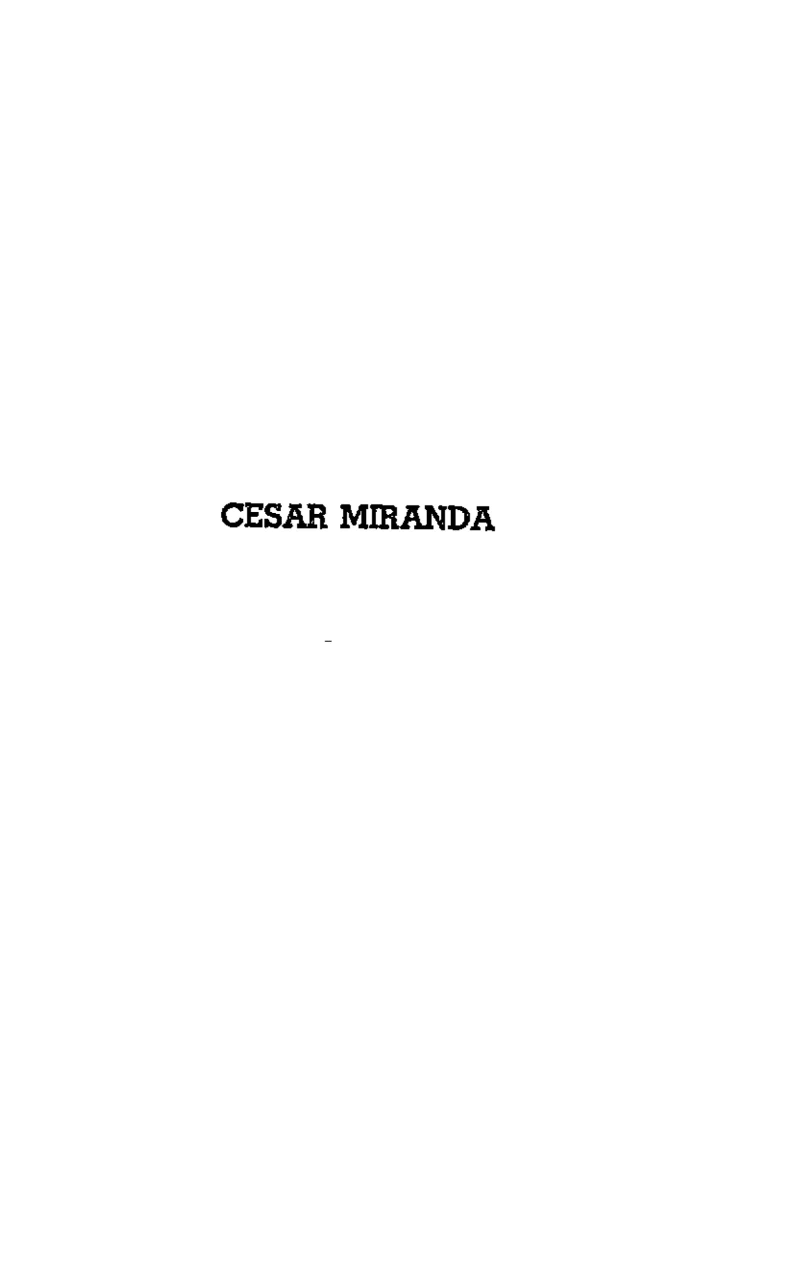
lo apruebo Vuestro libro es un perverso libro de conjuros para perder las almas. Sois terrible, sois un malvado, sois un gran hipócrita En medio de la especiosa risa soltáis a llorar para abriros paso en los corazones inadvertidos Recurso de los Faustos y de los Don Juanes auspiciado por el Angel Negro Tan pronto condimentais de aticismo vuestras ágapas sentimentales, como bautizáis con agua de rosas el infeccioso pus de vuestras úlceras En fin que yo no os creo absolutamente Que aun en lo mejor de un romanticismo trémulo y mustio, avergonzáis con vuestra gracia, maldita, semejando un mono del infierno que trepara en el sauce de Ofelia para hacer posturas escandalosas!

Sufrid mi excomunión, ¡réprobo infame, mi buen discípulo!

JULIO HERRERA Y REISSIG

París, 1904

LA RAZON Montevideo, junio 30 y julio 1, 2 y 4 de 1904



CESAR MIRANDA



PHIALA

(Para Jean Moreas)

La copa de cinabrio ofrece el vino
de la delicia taciturna Bebo
lánguidamente La divina Erebo
sinfoniza su llanto peregrino

Puéblase el aire de un rumor equino'
el Centauro despierta Rompe Phebo
la densa lobreguez Del Templo Nuevo
afírmase el cimiento bizantino

Sus voluptuosidades la Phaunesa
ofrece a Pan bicorne Ritma el lloro
de las siringas El granado crece

La diáfana sombrilla de turquesa
pompa se tiñe, el crisantemo de oro
sobre su casta seda languidece

(Exégesis)

Los labios de la Diosa Poesía, rojos como de cinabrio, escancian el néctar de la delicia melancólica y el poeta, con una languidez extrema, bebe en esa phiala el licor excelso; sumérgese su alma en una abstracción sublime de dicha e imprégnase de la vaga armonía de la noche poblada de rumores raros

Un ruido sordo de cascos equinos indica el despertar del Centauro, el inmortal cuadrúpedo que encarna la trilogía suprema constituida por la Sensualidad, la Fuerza y la Sabiduría En ese instante la luz de la Belleza rompe la densa lobreguez de la noche y el día de la Idea se hace.

El cimiento bizantino del Templo Nuevo afírmase El alud de la ignara turba no lo derribará ¡Es inconmovible el Santuario!

La Phaunesa brinda sus voluptuosidades al bicorne Pan, mientras las siringas lloran su perlado lloro y el simbólico granado crece ofreciendo la sagrada fruta, la fruta d'annunziana

El cielo, como una gigantesca sombrilla turquesa, tapiza de azul la cámara donde el poeta da el afrodisíaco beso a la Diosa, y el sol, como un crisantemo de oro, en la seda casta languidece, ebrio de una felicidad exótica

De LETANIAS SIMBOLICAS Montevideo, Barreiro y Ramos, 1904

PAN

(Para Enrique Areco)

Pan, no llores la pérdida de la ninfa Sirina,
abandona la flauta que tristezas evoca,
más bella que la ninfa maligna, Josefina
hara vibrar tu lira y estremecer tu boca

Es una flor exótica, es orquis con espina,
la blancura del ibis ante la suya es poca
Tiene de Diana la crueldad felina,
y su combés huraña la devoción provoca

Cuando su voz escucha, suspira Filomena,—
ella del ave armónica es el ave gemela
Cuando ríe, su risa tiene las vibraciones

del cristal rebosante de espumoso champaña
Y si llora,— su lloro parte los corazones,—
las bocas enmudecen y hasta el cielo se empaña'

(De *Letanías simbólicas*)

LOS PAQUIDERMOS

(Para Alejandro de Vedia)

Van por la ruta amarilla los paquidermos antiguos,
siniestramente resuenan sus pasos, en los contiguos
palmares los grandes monos ejecutan sus piruetas,
y en los lagos cristalinos cantan los cisnes poetas

Van los tardos paquidermos hollando la arena fina
con sus pies, y sus colmillos de una blancura de harina,
penden, sus enormes trompas van olfateando el suelo,
y sus ojos diminutos por puntos miran el cielo

Van los grises paquidermos en dirección a la fuente,
a bañar sus cuerpos Van caminando lentamente

El más viejo, que es el guía, se detiene, con su trompa
hace un signo cabalístico en los aires una pompa
hindostánica —Los otros lo imitan, y nuevamente
mueven sus patas de plomo, tan automáticamente
que parecen maquinarias inverosímiles
Todos

se apuran, las trompas ya no olfatean el camino,
y vagan al descuido en los aires de mil modos
distintos — Allí, a dos pasos, el sendero cristalino
corre Las trompas se agitan como siniestras medusas
Los monstruos saltan alegres, y la Fuente de las
[Musas,—]
así se llama,— tiembla — Sus patas los elefantes
hunden en la clara linfa que despierta No como antes
es transparente, los lodos, que en el fondo dormitaban,
la han vuelto sucia, los cielos, que sus ondas reflejaban
en las tardes amarillas y en las mañanas violetas,
en los crepusculos lilas y en las noches incompletas,
no se mirarán en ella Los elefantes nocivos
siguen saltando, parecen, más bien que elefantes,
[chivos']

Por la gran ruta amarilla los paquidermos antiguos
vuelven, resuenan sus pasos pesados, en los contiguos
palmares los grandes monos ejecutan sus piruetas,
y en los lagos cristalinos ya no cantan los poetas

(De *Letanías simbólicas*)

SAPIENTIA SVMMA

(Para Roberto de las Carreras)

Cabe el tronco fructífero de un viejo sicomoro,
una driada de crespos cabellos color oro
se encuentra En su desnudo y delicioso seno
una serpiente duerme, lectífero veneno
en sus glándulas tiene Con paso cauteloso
un niño se aproxima, en su semblante hermoso
brillan cual dos carbunclos sus pupilas ardientes
La ninfa lo contempla Curvas desfallecientes
atraen del pequeño la inocente mirada
La serpiente despierta, se desliza enroscándose
por la cadera, blanca cual una pincelada
de albayalde, y el niño continúa aproximándose
La seductora ninfa acuéstase en la yerba,
como una cortesana atractiva y proterva
El niño, hipnotizado, va cayendo en un sueño
y sobre el cuerpo blanco de la driada se posa
Cual una flor de sombra su cabello sedeño
en el seno eucarístico desmayado reposa
La serpiente se enrosca uniendo los dos seres
¡Oh, epilepsia sagrada, toda la ciencia eres!
y la serpiente emblema de la sabiduría,
será la diosa unica a quien se adore un día

(De *Letanías simbólicas*)

FAR - WEST

(Para Enrique Estrazulas)

Bajo la nieve cana el campo ha envejecido
Los cerros escarpados cortan los horizontes
A cortos intervalos escúchase el ladrido
de los perros que huyen de los fieros bisontes

De cuando en cuando cruzan el cielo desteñido
las aves de rapiña que abandonan los montes
y sus alas siniestras esparcen un ruido
de muerte, que sugiere visiones de Aquerontes

Su difuso responso Noto en el bosque zumba
y en la blanca sabana gravemente retumba
Siéntese en la salvaje desolación que impera

la nostalgia infinita de la ciudad distante,
y en el aire que puebla la sombra gravitante
desliese el eterno canto de la rivera.

(De *Letanías simbólicas*)

FIAT LUX

(Para Leopoldo Lugones)

Desmayaban los lirios en el piano,
y en la penumbra de los tristes ojos
el fulgor del crepúsculo lejano
fue el despertar de los delirios rojos

Era mi amor del éxtasis hermano
ante la estatua me postré de hinojos,
y busqué, con mis labios, en su mano
el iris vencedor de los enojos

Schubert calló Flotaban sus suspiros
Y ante el amanecer de los zafiros
los rubíes vibraron su sonrisa

—Tal el FIAT LUX — y en la glorieta muda
el holocausto de la eterna misa
dio un mentís prolongado al Padre Budha

(De *Letanías simbólicas*)

EL BUQUE FANTASMA

Hay un vasto silencio en el mar El sol arde
en la desolación inmensa de la tarde
Vuelan en altos giros algunas gaviotas
que buscan su merienda entre las tablas rotas
de los esquifes Solas
hacia lejanas playas se encaminan las olas
y a la luz del tramonto que exalta el panorama
el horizonte cobra un relieve de drama

Desgraciado Jason que en el Argos del arte
hace flamear al viento el sonoro estandarte'
Sera tu empresa esteril Ya lo dijo el Profeta
ante porcos espargere margaritas

Poeta
sé solo, canta solo Soñador solitario
horada el corazón del bosque silenciario
Lejos, lejos del trueno de las plebes habita,
tal cual un ermitaño el hueco de tu ermita,
perfuma tus cabellos con fragantes rocíos,
educate en la diurna musica de los pios,
escucha la salvaje estrofa del torrente,
emocionate en la humeda claridad de la fuente,
abandona el vulgar cuidado de las cosas,
corónate de lirios, de pampanos, de rosas
y de laureles Nunca la selva sera estrecha
A Pegaso Oh, sublime y errante peregrino!
Cumple con Dios, poeta, cumple con tu destino

Cuando volví los ojos a los mares amargos,
Pegaso relinchaba hacia el sonoro Argos
A la luz del tramonto que exaltó el panorama
las sirenas hiriéronme con sus ojos de llama
Y perdí la experiencia y en un dulce hipnotismo
me atrajo el mar me atrajo la ebriedad del abismo!

De LAS LEYENDAS DEL ALMA, Montevideo, O M Bertani, 1907

ANFORA DE ALABASTRO

Anfora de alabastro
milagroso, lis, astro,
lirio, hostia, nieve, cisne o copo de espuma
Yo percibo tu rastro
en la brisa, en la fuente, en el mar y en la bruma.

En tus ojos, que velan las pestañas sombrías,
conjeturo visiones de Ninive y Bolonia,
y en tu boca, sedienta de púrpuras bravías,
hay auroras del Indo y arreboles de Jonia

El esfumino sabio ha dejado en tu nuca
la penumbra inquietante de los regios velures
y la sombra indecisa de la tarde caduca
florece en tus ojeras complicados azures

Tu adolescencia rosa, insinua pecados
Quién gustara al tramonto la bondad de esa poma
en la hierba frondosa de los vírgenes prados
o en cojines de Persia o en triclinios de Roma'

Tu dentadura breve, hecha de luz de luna,
tiene el tallado armónico de una clave pagana
Y ante su esmalte joven se experimenta una
hora reparadora en ociosa mañana

Los ópalos pulidos de tus dedos delgados
irísanse de luces marítimas Tus yemas
tienen reflejos blondos, visiumbres encarnados,
tonos crepusculares y resplandores cremas

Tu mano, oh tu adorada mano de infanta, atrista'
Porqué? No se, no sé decirlo, es tan frágil tu mano'
Y luego los hoyuelos Oh, cuan bella conquista
para los soñadores del Helicón pagano'

Anfora de alabastro
milagroso, lis, astro,
lirio, hostia, nieve, cisne o copo de espuma
Yo percibo tu rastro
En la brisa, en la fuente, en el mar y en la bruma.

(De *Las leyendas del alma*)

TANIT

Facies non omnibus una
Nec diversa tamen, qualem decet esse sororum
OVIDIO

Fue la tarde inicial Tu displicencia
se ahogó en la linfa de tus ojos magos
y el alma mía gravitó en los lagos
azures de una grata somnolencia

Tu frase de cristal en su cadencia
evocó de pastores noctívagos
los elocuentes sistros y los vagos
arpegios de una lánguida secuencia

Lo taciturno de un santuario antiguo
tuvo la tarde en su rubor exiguo
Con mi mano estreché tu mano sabia,

Y del cenit de la ilusión suprema
vi desfilar los cielos de la Arabia
tras los lunares de tu velo crema

(De *Las leyendas del alma*)

PISCATORIA

A la hora en que la tarde con lentitud declina
el pescador solícito tiende sus aparejos,
y la caña traidora en los largos espejos
como un octogenario achacoso se inclina

En los juncos cercanos la rana en su bocina
monótona, preludia sus cánticos añejos,
y el pescador que sueña en sus amores viejos
se abisma en la apacible calma de la piscina

Esa hora holgazana que el pescador codicia
tiene el prestigio amable de una boca que inicia
un beso Y la actitud de la alevosa caña,

y la boya chismosa y el canto del batracio
y el aliento aromático de la bella campaña
nos llevan sin esfuerzo a Bion, Mosco y Horacio

(De *Las leyendas del alma*)

EL DOLOR Y EL AMOR

A Rodolfo Mezzera

El Dolor y el Amor son hermanos gemelos
que marchan paso a paso por un mismo camino
Son niños No envejecen Nuestros tatarabuelos
sufrieron su ascendiente angustioso y divino

Donde el Amor dardea, ebrio de luz y vino
Dolor hace sus llagas, mientras nubla los cielos
Son dos adolescentes a quienes el Destino
dio dos cetros distintos alegrías y duelos

Dolor, Amor, hermanos que gobiernan un mismo
país el alma humana, honda como el abismo
Pasajeros eternos de un misterioso tren

que marcha bajo el cielo y no se sabe adonde
—Enigmas palpitantes donde Jehová se esconde,
Dolor, Amor, hermanos, misericordia!

Amén

(De *Las leyendas del alma*)

EPILOGO DE UN IDILIO

En tus ojos azules, lánguida taciturna
se adivina el encanto de las horas tranquilas,
y bajo la penumbra de tus párpados lilas
tus pupilas eclipsan la majestad diurna

Cuando la casta diosa de su celeste urna
nieve serenamente su luz en las tranquilas
frondas cuando florezcan en el parque las lilas
al auspicio virtuoso de la calma nocturna,

yo te diré en secreto porqué mi amor caduca,
y esa revelación agobiará tu nuca
y dará más tristeza a tus azules tristes
ojuelos oh taciturna, millonaria de agravios
recién te darás cuenta que existe y existes
porque el aya Tristeza te besará en los labios

(De *Las leyendas del alma*)

CINTIA

Ca tu eres
Espejo de las mujeres
MARQUES DE SANTILLANA

Con un placer siniestro, yo era ángel y demonio,
besé tus labios húmedos de un perfume sutil,
y en tus cabellos índigos, que pintó el antimonio,
mi mano hundí con una vehemencia juvenil

Tal el goce, me dije, que saboreara Antonio
En tus ojos británicos hay un cielo de añil,
y tus suspiros, Cintia, los deseara Favonio
para ondular las linfas tranquilas del Genil

Oh! cuán dulce es tu boca, cómo a besar incita!
Lesbia, Belkis, Citéride, Canidia, Margarita!
Oh! el zumo de las vides de Falerno que escancias

en la copa sabrosa de tu labio punzó
Oh! vaso de placeres, resumen de fragancias
Delia, Krysis, Servilia, Cleopatra, Salambó!

(De *Las leyendas del alma*)

RUBI CREPUSCULAR

Le soleil se hatant pour la gloire des cieux
Vint opposer sa flamme a l eclat de ses yeux
VOITURE

En el antiguo parque la tarde violeta
puso la leve bruma de un cántico de Osián,

y sobre el verde eglógico tu lánguida silueta
fijó su incandescencia de rojo tulipán

En tu cabeza blonda diluíase una inquieta
mancha dorada como la barba del dios Pan
Y de tus iris garzos en la noche quieta
tus pupilas fingían "dos gotas de alquitrán"

Los álamos simétricos enpautaban el cielo
remoto, simulando cintas de terciopelo
Aumentaba el prestigio de tus ojeras lilas

la tarde en decadencia, a quien la noche apremia,
y en el fondo sereno de tus dulces pupilas
el crepúsculo puso un rubí de Bohemia

(De *Las leyendas del alma*)

EL SATIRO VERDE

El viejo sátiro de mármol está verde
Entre sus cuernos rígidos, una mata de helecho
puebla de cabellera asiria
su testa calva de dios decrépito

El sátiro está verde, verde
de los pies a los cuernos divergentes,
el musgo ha puesto un velo púdico
a su franqueza insolente de dios galante

El sátiro está verde
entre la fronda verde,
en la humedad del parque envejecido
de años y de recuerdos

—Habla, sátiro verde,
cuenta tu historia,
estoy triste y ansioso
por saber tu secreto

He aquí lo que dijo el sátiro verde
En marmol de Himeto fui tallado
por mano de artista excelso
Fui tallado al amparo
de Venus, de Cupido y Minerva,

y de informe mármol frío y rebelde
salí, con mis dos cuernos,
sencillamente, como
el pájaro del huevo

Salí desnudo, libidinoso, satiro
en fin Sólo mi alma era verde
Destináronme a un prado
donde las ninfas iban,
por las tardes, desnudas,
a llenarme de fuego
de pasión con sus besos

Yo despertaba, entonces,
las furias de las Venus,
y las bacantes crespas
mesaban sus cabellos

al auspicio virtuoso
de mis filosos cuernos

Una tarde, el ocaso
llenaba mis pupilas de violetas,
Favonio divulgaba secretos,
y Baco, allá en las viñas,
su dulce humor vertía
en las bocas perversas

Esa tarde una niña
me demandó un consejo,
y junto a la piscina,
abandonando el plinto
la volqué como un ánfora
sobre la hierba

La volqué y en mi afán
de pecados y besos
olvidé que Diana,
la núbil cazadora,
prohibía esos excesos

Llegó la deidad pálida,
vio unidos nuestros cuerpos,
y con un dardo frío
apaciguó mi fiebre
y otro dardo clavó
de la niña en el seno

Al otro día los pastores y ninfas
y sátiros vieron
a la niña muerta,
muerta de frío sobre el césped

"He ahí el influjo malo,
dijeron, ese sátiro blanco
está encantado, abandonémosle
Hijo maldito del Silencio y de Hécate'

Desde ese día siniestro,
abandonado sátiro en el paisaje verde,
lloré, lloré, a lo lejos
me respondían las deidades faunescas

"Llora, llora, sátiro viejo,
hijo maldito del Silencio y de Hécate

Pasaron lunas, nieves,
noches profundas y sin estrellas,
oyeron mis oídos caramillos lejanos
Ecos de gratas fiestas
Envejeció mi alma
Y la injuria de Cronos puso
el primer lunar sobre mi frente

Llovió, llovió y el parque
trocóse en lago
Pobre sátiro viejo!
De mirarme en la linfa
tuve miedo,
mas me miré ¡oh dolor!
mi frente y mis dos cuernos,
mi barba y mi cabello
y mis muslos viriles y mis bíceps robustos
y mis ojos y hasta
mi flauta pánida
estaban verdes

"Llora, llora sátiro viejo,
hijo maldito del Silencio y de Hécate"

Y lloro mucho, mucho,
y el lago se hizo eterno,
el lago que duplica mi silueta

Ahora ve, peregrino,
donde tu amada sueña,
dile lo que supiste de mis labios
y nunca vuelvas

Cuida de Diana,
la cazadora celeste
Teme sus flechas blancas
que dan el olvido y la muerte

(De *Las leyendas del alma*)

EN EL JARDIN DE EROS

A Martínez Sierra

Las flores están secas y la tierra está seca,
y el río, antes tan grueso, es un hilo delgado
de agua cristalina que devana una rueca

invisible El sol alto, en un lampo dorado,
calcina la pradera, y la tierra calcina
Unas reses hambientas vagan por el collado

y husmean el deleite de la hierba mezquina
los huesos puntiagudos se extreman en las ancas
donde se indefinizan manchas de tinta china

El caracol del viento silencia en las barrancas,
Una siesta enervante domina los bohíos,
donde el alba despierta actividades francas

y el crepúsculo anima la eclosión de los píos
Hasta las cabras jóvenes se tornan sedentarias
y los gallos galantes olvidan sus bravíos

torneos (tan al gusto de los plebes agrarias)
Picoteando al desgano el polvo de las mieses,
cloquean las gallinas rimas agro-pecuarias

y sus cuellos describen homenajes corteses
a la sombra precaria de las bestias en celo,
cuyas patas desvían instintos descorteses

Todo es duelo En la tierra, en el bosque, en el cielo
Sólo Timeón y Claudia desacatan la hora,
pues no encuentran motivo para tan grave duelo

Y entre mimos y besos la sencilla pastora,
sin reparar que a Vesta sus catorce años debe
se enciende como una bacante pecadora

y humilla un lis de sangre en el altar de Hebe!

(De *Las leyendas del alma*)

EN EL JARDIN DE EROS

A Daniel Castellanos

Una tarde (recuerdas aquella tarde blonda?)
ibamos de la mano pensando en cosas bellas,
al amor de la brisa indiscreta en la fronda

Sobre la senda humeda imprimían sus huellas
las torcazas, felices cual niñas inocentes,
y los gorriones, ebrios de divinas querellas

Los peces de colores en las mansas corrientes
irisaban cual gemas sus luces minerales,
y las aguas decían sus rimas elocuentes

En la penumbra amiga del bosque de nogales
los mármoles antiguos, donde el musgo germina,
evocaban los dulces poemas eglogales

En el rubio crepusculo tu pereza latina
aliviaba en mis brazos, con sutil indolencia
tus quince años, ligeros como de muselina

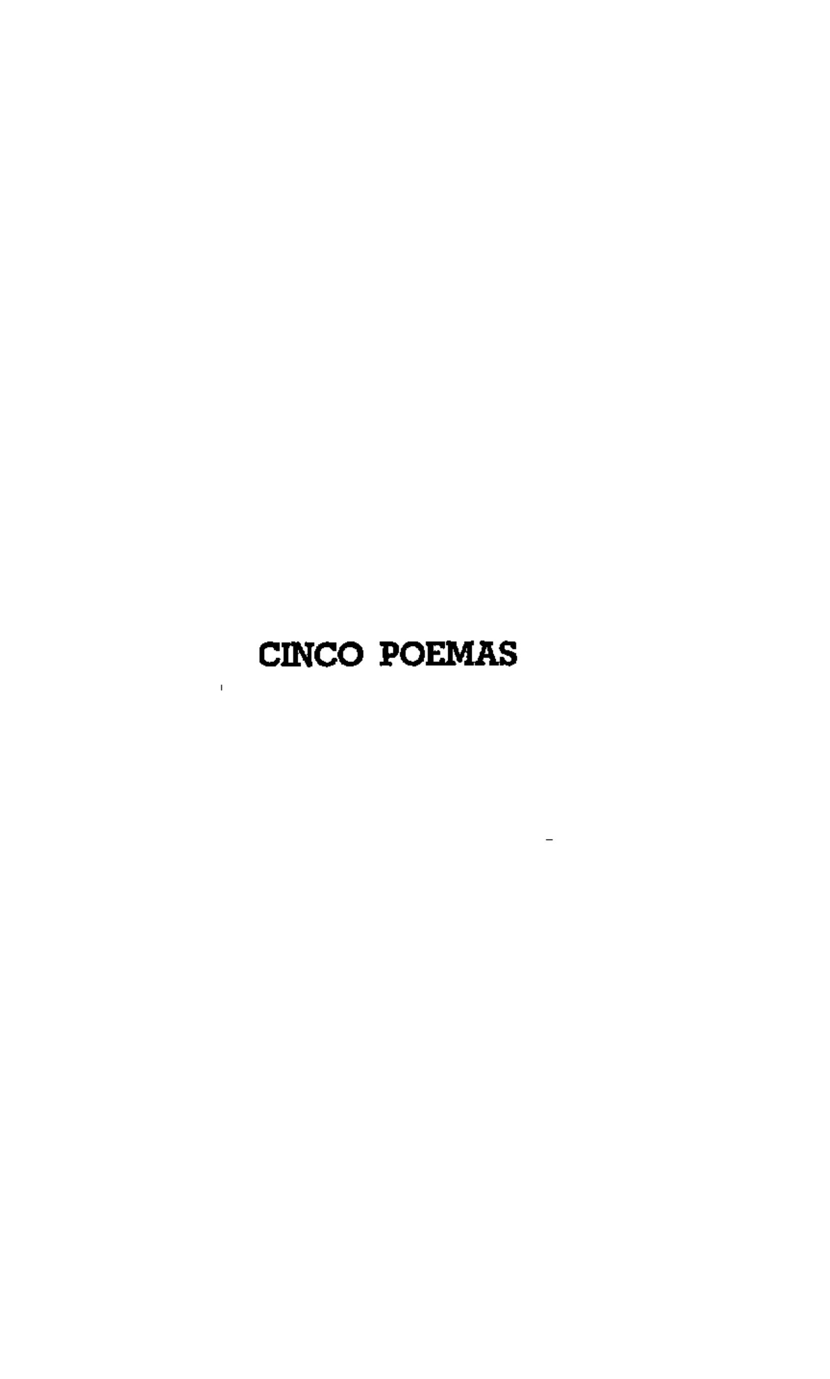
Fue junto a la glorieta donde tu adolescencia,
ignorante de toda galante diplomacia
me brindaste con una "exquisita decencia'

Luego, recuerdas Juno? con tu aureola de acacia
reías como loca a mis pueriles mimos,
y sin saber la ciencia complicada de Aspasia

me enseñaste el secreto de los sabios arrimos
Y, recuerdas? más tarde, pensando en cosas bellas
en el banco de piedra sin temor nos dormimos,

a la luz parpadeante de las viejas estrellas

(De *Las leyendas del alma*)



CINCO POEMAS

DE LAS ESTACIONES

Y aquel cielo de Otoño tuvo su encanto,
Perfiló una acuarela verde-amaranto

En ella, en relieve, como una sibila,
Te me apareciste con tu áurico manto,
No pude alcanzarte, para en tu pupila
Leer lo que hubiese de risa o de llanto

Y durante el Invierno, mi Fantasía
Arropada en tus pieles se diluía

Y verbalizaron nuestra gran angustia
Entumidos Diurnos, de gris apatía,
Y con el cierzo entre la espesura mustia
Pasó un mes dos meses tres meses Llovía
Sus flores exhibía la Primavera
La luz alimentaba nuestra quimera

Tus ojos radiosos, tu rostro de diosa y
tus labios, dijeron "te amo", y entera
Fragancio tu vida como tuberosa
Que en vez de mis brazos mi mano oprimiera

Vibro el ambiente lleno de sol de Estío
Piii pío, pío piiiío

Adormeció el ave la tibia pereza
De la huerta extensa, del bosque y del río
En mi reclinaste tu bruna cabeza
Y en tu boca ardiente bebí tu albedrío

FRANCISCO G VALLARINO

ALMANAQUE ARTISTICO DEL SIGLO XX Montevideo, 1902

TRAS EL VIDRIO OJIVAL

Tras el vidrio ojival de una ventana,
Del alta torre del castillo, Lía
Llorando está su adusta hipocondría
En el noble diván de peluch grana

Sobre un plinto de mármol, una Diana
Nieva en el parque su blancura fría,
Y bosteza su gris melancolía
El rezongo senil de alguna rana

Gruñe el bosque su esplín En la laguna
Se desmaya la tarde en su agonía,
Y en tanto sueña en el cenit la luna

Tras el vidrio ojival de una ventana,
Ríe Lía su adusta hipocondría
En el noble diván de peluch grana

Y en medio del crepúsculo

Soñando con risueñas saturnales
La bacante sumérgese en el baño,
Mientras las ondas de azulino estaño
La ensedan con su malla de espirales

Hay en el lago el centelleo extraño
De una inmensa ruptura de cristales
Cuando desnuda, bajo los sauzales,
feliz bracea en su loquear huraño

En las riberas, por el bosque errante,
Mientras el genio de la noche crece
Vaga un tropel de sátiros lascivos,

Y en medio del crepúsculo expirante
La hermosa tarde azul se desvanece
En una fuga de colores vivos

Ella ríe

Dice un suave fru fru de terciopelo
La airosa falda y la locuaz puntilla,
Y bajo el tornasol de la sombrilla
Piruetean sus ojos de pilluelo

Del zapato ducal que asoma al vuelo,
Es un iris de luz la regia hebilla,
En largo acariciar, la cabritilla
Se ciñe al brazo, con felino celo

Por los pliegues sensuales de su boca,
Cálida herida que a besar provoca,
La sonrisa de Safo se recrea,

Y al ritmo voluptuoso de su paso,
Ella ríe, ciñendo al leve raso
La redondez del muslo que flirtea

Y en el último adiós

La lluvia en los cristales desmayaba
Su llanto, como fúnebre elegía,
Y nuestra alcoba desolada y fría,
Lentamente, de sombras se llenaba

Con su dolor, el viento apostrofaba
En los negros pinares ¡Pobre Lía!
Un trágico sudor humedecía
Su pálido semblante ¡Agonizaba!

Fuera, en el mudo y pavoroso arcano
De la noche glacial, pasó la Muerte,
Tendióme Lía su crispada mano

Y en el último adiós de la partida
Al verme abandonado por la Muerte
En un beso le di toda mi vida

JUAN PICON OLAONDO

ALMANAQUE ARTISTICO DEL SIGLO XX, Montevideo 1902

EL CREPUSCULO DE LOS DIOSES

Para Carlos Gutiérrez Roji

I

Federico Nietzsche

Como el cisne ideal que se moría
En fatal embriaguez de desaliento,
En la noche glacial del pensamiento
Sollozaba el dios blanco su agonía

Con una intelectual melancolía
Expiraba en su cruz el Sufrimiento
En tanto una parábola del viento
Remedaba una triste profecía

Llevó el germen del mal en sus lirismos
El trágico rebelde stendhalista,
La insanía en sus rudos aforismos

Proclamó sobre un mundo de arcaísmos,
Y hoy el Cristo más bárbaro y nihilista
Se impone con sus negros pesimismos!

II

Arturo Schopenhauer

Ofició las tinieblas de la Duda,
Y era su rito de ideal pureza,
Un pensamiento colosal de Budha
Desmayado en un vaso de cerveza

Tuvo el alma de Sorift su mueca ruda
Y enseñó con ducal delicadeza,
Una sangrienta realidad desnuda
Bajo un purpúreo manto de nobleza

En el rojo misal de su delirio,
—Bajo la luz que expira el lampadario
Y en el tono más rojo del martirio—

Buriló el impecable lapidario,
La visión melancólica de un lirio
Que se esfuma en los pliegues de un sudario

III

Eduardo de Hartmann

En la fiesta macabra del Hastío,
El religioso pensador germano,
Es Sansón desplomando en el vacío
El templo colosal de un dios pagano

Un Fausto de Rembland, menos impío
Que un Debler melancólico y profano,
Gozando en el supremo escalofrío
Del Hombre-Dios que se hunde en un arcano

Son visiones siniestras de Isaías
En un cielo de Espanto y de Locura,
Las almas en sus rudas agonías,

Son una cabalgata walkiriana,
Que expiran en un tono de pavura
De una salvaje pauta wagneriana'

JUSTINO JIMENEZ DE ARECHAGA (hijo)

ALMANAQUE ARTISTICO DEL SIGLO XX, Montevideo, 1902

SABBAT DE LOS INMORTALES

A Estrázulas - Gorri Fraternalmente

Desciende, desciende, desciende el sol lento,
inmenso en su disco, es roja su luz,
parécese a un ave tendiendo su lánguido
vuelo en el hondo país de lo azul'

Al cadencioso golpear del remo
la nave se aleja   medita su corvo
perfil en el trémulo mar un gran tajo
Despiertan las rimas que ritman las aguas

¡Los remos ebúrneos, el esquife de oro
las aguas azules, profundas, tranquilas,
el viejo barquero de barba de plata
el viejo barbero de harmonioso canto!

"El mar es la idea y el esquife de oro
que es verso o es prosa, la etérea harmonía!
Estilo los remos que la forma guían
que labran la idea!"

El sol ha fijado su intensa mirada,
la nave ligera se aleja se aleja
Legión de inmortales congrégase en ella
y en ática lengua, el viejo así clama
Vi la luz en Jonia hace largos siglos,
fui ciego y errante por tierras extrañas,
la pena de Ulises canté, las hazañas
de Aquiles, dioses, genios y vestiglos,
las ciencias, el arte, la paz y la guerra
que tal es mi obra que todo lo encierra

Luego habla un vate de frente laureada
en Roma he nacido, con su acento grave
héroes hirieron mi mente inspirada
y Pan me adornó con su pífano suave

Un bardo de seca, huraña figura
maestro —interrumpe— evoqué tu gloria
y tú me guiaste por la selva obscura,
y en pos de cruenta turba expiatoria
me diste a Beatriz ¡oh visión sonriente!
¡oh luz de mi alma! ¡fulgor de mi mente!

Cantos piadosos épicos, tonantes
y un nombre ¡Leonor! se mezclan en el aura
Una voz deshoja versos elegantes
y los ecos llevan un suspiro ¡Laura!

Cuenta otro la historia de mil galanteos
de damas, de pajes, espadas, señores,
blasones, heraldos, batallas, torneos
de Orlando, guerrero de locos amores

¡Oh el esquife de oro los remos ebúrneos
las aguas azules, profundas tranquilas,
el viejo barquero de barba de espuma
el viejo que entona su canción caduca!

Yo surco las claras, rumorosas linfas
el hondo Océano turbulento, cruzo
las espumas rozo,
hiendo lo profundo
Yo alcanzo a los seres ligeros que giran
en las superficies yo arranco a la arena
sus piedras preciosas

El mar es la idea y el esquife de oro
que es prosa o es verso, la vaga harmonía
Estilo los remos que guían la forma
que labran la idea''

Las trémulas carnes los erguidos senos
las lenguas lascivas
los besos febriles, las estertorosas
cálidas caricias,
los febriles besos,
los febriles besos de las bocas rojas!

Las discretas sombras de los negros bosques
los crujientes lechos en las hojas secas
el culto divino de las libaciones,
el divino oficio   pámpanos y hiedra
híades convulsas y blondos efebos!
(de esto conversaban el peplo y la toga)

Desciende al ocaso, desciende el sol lento,
inmenso es su disco, es roja su luz,
parece ave ígnea que abriera su náufrago
vuelo en el vago país de lo azul!

Se aleja el esquife   Su torax harmonico
espira blasfemias, difusas parabolas
y risas heladas,
informes leyendas, análisis torvos
y risas morbosas y llantos

—Epitalamios trágicos solloza
en mi mano el láud y a mi conjuro
rugen las brujas en su oscura gruta
Mandrágoras de intriga sigilosa
germinan a mi aliento, que alma hirsuta
de celos, de rencor, forma   de oscuro
taciturno pensar   Acaso el cielo
cual de nuevo Moisés, guió mi vuelo

—Yo revelé la música en el verbo
vi las irisaciones del sonido
y contemplé, protervo,
las torturas supremas de la rima
A mis 'Fiestas Galantes he traído
las cloróticas flores de otro clima

abriendo a la caduca poesía
entre las sucias brumas, nuevo día

—La Selva Negra el Rhin viejo castillo
Un sarcástico gnomo y en el brillo
de un rayo de luna, elfos traviesos
que se esconden Nostálgicas baladas
y princesas y príncipes y besos
y el gnomo que ríe a carcajadas'

—Niño, ya el tedio lívido decía
a mi oído, palabras angustiosas,
Hombre, inquieto, sin fe, busqué en amores
frenéticos, en incesante orgía
olvido a mi pesar Engendró flores
lujuriosas mi savia emponzoñada

mustias flores del mal' impuras glosas
de mi amor, mi dolor y mi taberna'
Mi ultima novia fue ¡Grecia en el yugo'
¡Oh la querida de mi noche eterna'

La cerviz levantada,
un bardo en cuya faz la nieve invierna
con tranquilo ademán dice ¡soy Hugo'

Ya muere el sol lento, ya muere en ocaso,
inmenso es su disco, es roja su luz
Parece ave herida Desangra el aciago
vuelo en el tísico país de lo azul'

Desliza el esquife entre nimbos pálidos
Triunfa el esquife
Y sutil al golpe del remo va rápido
al reino eternal donde los sueños viven

II

La luz agoniza, ya nacen las sombras
—¡la rueda que gira, la incesante rueda!—
ya nacen las sombras, la luz agoniza
se extingue, se extingue!

Tiemblan los lirios, los argénteos lirios
en las selvas negras, en la negra esfera
El mar está calmo, las ondas reposan,
los hálitos lloran al vésper que expira,
los hálitos gimen!

El mar va cruzando jadeante un navío
de fábrica tosca, a impulsos del remo
Un monstruo parece las fauces armadas
de agudos colmillos

El mar va cruzando un navío,
persigue un fulgor en lo oscuro, que, incierto,
se aleja, se acerca, se incendia, se apaga,
semeja el oasis, que inventan las luces
que huye burlón al laxo beduino
que huye, que huye!

Canta el argonauta
"Conduce a los sabios mi barca,
a quienes las cóleras del mar no intimidan,
sus calmas taimadas, ni sus agrios riscos,
a los que sonríen ante los abismos
que el Vértigo habita

"¡Oh luz! ¡oh Eterna Verdad! Incesante
mi barca te sigue en el ancho piélago

tu ser impalpable
huyendo incesante se opone al empeño
¡Eterna Verdad, luz esquiva!

La frente orlada de sagrado fuego,
un anciano profeta, dice luego
Y entre llamas y truenos la presencia
de Dios reunió a la nación judía
al pie del Sinaí. Se alzaba el día
Y Él me habló y su voz fue cuanta ciencia
alcanzaran los hombres. ¡Ved escrito
con luz su eterno enigma en lo infinito!

Oyendo esto un heleno, se exacerba
¡Por Zeus! —grita— ¿quién negar procura
el divino saber? Como Minerva
que del cráneo del dios con armadura
de combate salió, la ciencia un día
en mi mente nacía.
¡Oh serenas
noches bajo del Pórtico de Atenas!

¡Abstención! —alguien clama— es mi divisa
¿quién descifra este mundo? ¿quién su abstrusa
contradicción resuelve? ¿quién precisa
a la verdad, con el error confusa?
La razón es aleve pitonisa
que al afán del mortal su voz rehusa,
No vano especular la paz desvíe
de mi cerebro.
(Sibaris sonríe)
Una voz: mi cabeza dejó hueca
la ciencia, ¡sólo sé que no sé nada!

Otra voz, inspirada

Almas no desmayéis ¡Eureka! ¡Eureka!
El divino néctar de las abstracciones
un sabio escancía, vierte su tesoro
a Urania a Polimnia —la de altivos dones—
a Erato, la musa de sonrisa de oro
¡Oh el néctar divino de las abstracciones!

Un arabe enseña a un grupo de sabios
ocultas virtudes de exotica hierba,
de clepsidas habla, describe astrolabios
la acción de unas magicas voces observa
y dice de Cábala, cosa secreta
que por Alah jura y Mahoma el profeta

—Lo dijo Epicuro (piensa sentencioso
un abate obeso) halla el bien completo
quien cuida que el vientre siempre esté repleto
He aquí mi ciencia ¿no es un don precioso?

Un monje (de Wittemberg) —'Hembras y vino
y 'naipes'"

(murmullos)

Un docto romano
explica presagios — Invoca el destino
Un grave caldeo que observa una mano

El mar en silencio
Los hálitos gimen, los halitos lloran
han muerto las ondas
los ecos han muerto

Sólo habla inconexa la Histeria, la Fiebre
la Sombra
Un yermo es su frente
Invoca su voz a la noche La bronca
respuesta se cierne, vacila, se aleja
El ave de augur y la sombra siniestra
                    El mar en silencio

Los hálitos gimen, los hálitos lloran,
                    han muerto las ondas
¡Los ecos han muerto   los ecos han muerto!

La ruta perdida
La barca anhelante
La barca anhelante, la noche agresiva,
La noche agresiva en almas sin ruta,
el vasto silencio de lo indescifrable
la rueda que gira insondable y muda!

JULIO LERENA JUANICO

Efeméride 1º de Diciembre de 1902 — Los Eufonistas declaran la guerra al remoto Diptongo de Iberia — Triunfo de la diéresis silenciada

---

ALMANAQUE ARTISTICO DEL SIGLO XX Montevideo, 1903

PRESAGIO

¡Qué triste era el Nilo!
La copa bronceada,
de túnica blanca,
de brazos ceñidos con aros de plata,
de frente circuida con vincha de oro,
la copta de bronce, de lóbregos ojos,
de grandes zarcillos a modo del Cairo,
¡con paso doliente bajó los peldaños
del amplio Nilópolis
Con un aire dócil
cruzó la distancia del templo hasta el río

¡Qué triste era el Nilo!
La luna lloraba
su lánguida, pálida
serata de claros
Los lúgubres, blancos,
hipnóticos ibis
decían de mudas plegarias a Osiris
En torno a los juncos las aguas somníferas
apenas plegaban sutiles sonrisas
Los ojos egipcios, los héticos ojos
buscaban un tierno pimpollo de loto
que abriendo sus labios,
cuando Eos abriera sus lánguidos párpados
dijera el presagio
del áulico sueño
de Cleo

Cruzó la distancia del templo hasta el río
¡Qué triste era el Nilo!

Entre los juncales sus plantas de raso
tentaron los rastros
Sus ojos egipcios, sus lóbregos ojos
divisan el tierno pimpollo de loto
Sonríen dolientes al présago pálido
sus héticos labios
de ardiente cinabrio
"¡Oh hijo de Isis! ¿esconde tu seno
celestes dulzuras o hieles de Averno?
¡Oh cuántas ofrendas de tibar a Horus
si auguras mis dichas osírico lotus!"

Se sienta en los juncos
y en tétricos, mudos
coloquios espera que rompa aquel broche,
matando la duda que enferma sus noches

Y pasan las horas
Un hondo silencio embriaga las sombras
que pueblan las noches tranquilas del río
¡Qué suave esta el Nilo!
En torno a los juncos las aguas somníferas
apenas repliegan sutiles sonrisas

Y pasan las horas,
con ellas las sombras
Despiertan los himnos
de férvidos ritmos
Los mágicos broches
se rompen
Los ibis estiran sus languidos cuellos
Hay osculos roseos y vívidos Eos

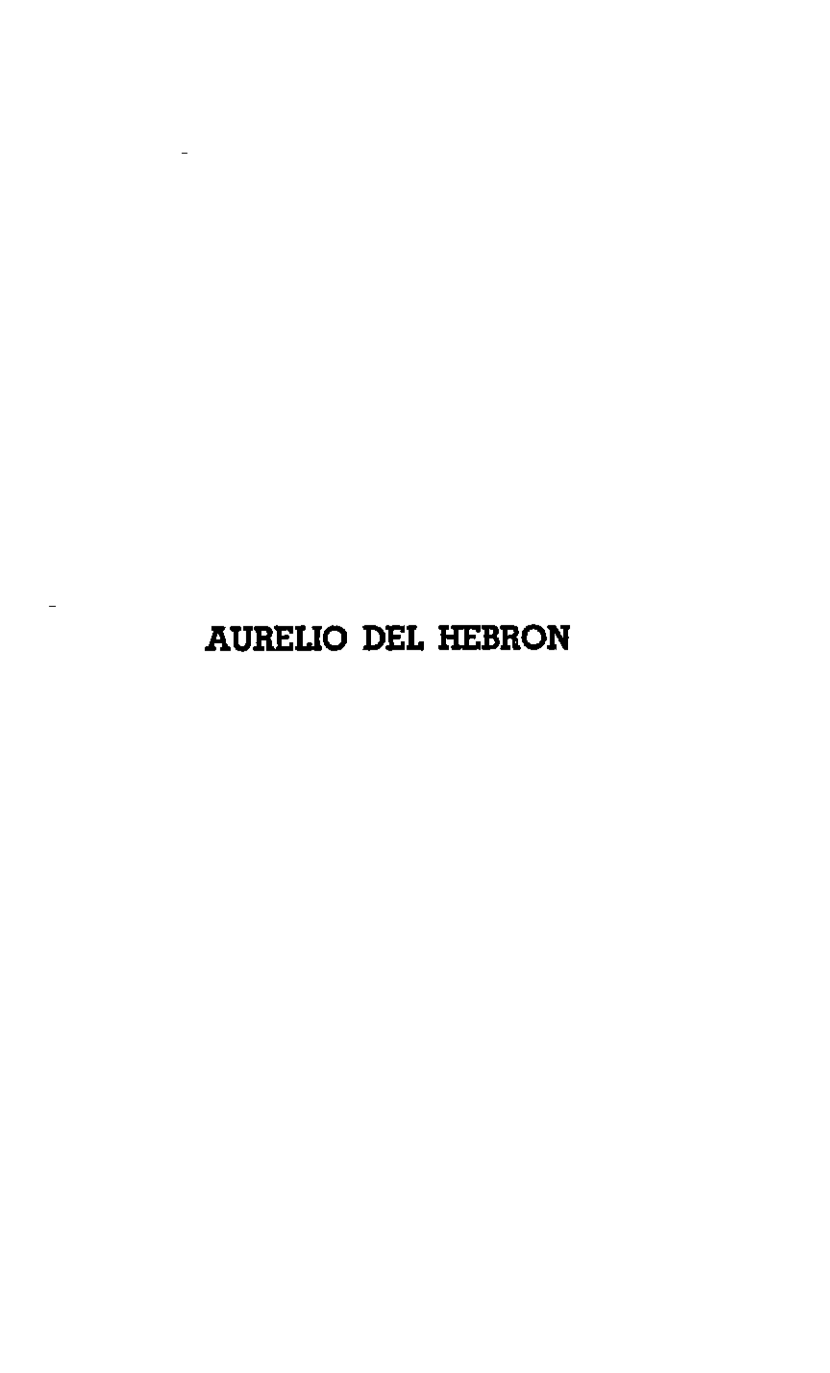
anuncia la vida
de un próximo día

El lotus esplende de níveos encantos
Sus pétalos blancos
consulta la egipcia

¡Y alumbra su rostro fulgente sonrisa!
Montevideo, 1903

JUAN JOSE YLLA MORENO

De *RUBIES Y AMATISTAS* Montevideo O M Bertani, 1907



AURELIO DEL HEBRON

DOMUS AUREA

PROPILEO

LOA AL SONETO

El Soneto es un Anfora —Plata—Oro—Diamante—
es un Anfora eterna donde el Numen escancia
su divina Ambrosía y su inmortal Fragancia
—Miel—Sangre—Vino ¡Oh, curva serena y palpitante

El Soneto es la clara Trirreme de apolínea
majestad y de heráldica, triunfante gallardía
que, catorce jornadas, tras el Mar Harmonía,
lleva al Genio Argonaute hacia la Isla Virgínea

Ajusta el Pensamiento su raudal tumultuario
a la ascendente Pauta de su Ritmo suntuario
Y un torbellino entraña su Milagro canoro

El Soneto es la Forma inmortal por su esencia
Es la Línea Gloriosa de inefable sapiencia
¡En su Ara Yo oficio en mi Gran Templo de Oro!

I

ASTARTHE

En el Tálamo sacro, ara del sacrificio
llameaba el holocausto de tu carne suicida
con las ansias supremas se exhalaba tu vida
Y era tu cuerpo el cáliz del divino suplicio

El silencio era como un éxtasis del Destino
La penumbra, solemne, tenía unciones sagrarias
y en la angustia, tus ojos, votivas luminarias,
eran como dos náufragos de un deleite asesino

Como una sierpe herida, te arqueabas y caías
Con las manos crispadas y con las sienes frías,
en un postrer espasmo, hasta quedar inerte

La sangre empurpuraba tu desnudez fecunda
Y allí, junto a tu lecho mirándote, profunda,
otra mujer estaba, de pie   Y era la Muerte

II

EL SOLITARIO, LLAMA

Yo soy de las Estirpes la concepción suprema.
Por eso el Dolor hizo de Mi su Hierofante
La Materia en Mi lanza su grito más pujante
de idealidad   Por eso soy del Dolor emblema

La gloria de estar solo en mi fatal camino
la expío con la enorme tristeza de estar solo
Y las suprasensibles ansiedades que inmolo
a las desesperanzas de mi postrer Destino

Mi Vida es un eterno Deseo, irredimible
¡Ya no encuentro grandezas que arrojar al horrible
al incolmable abismo de mi Ser sobrehumano!

Siento en Mi un universo de Amor   Todo en Mi llora
por dos brazos abiertos, y por un alma implora
¡Doy toda mi Grandeza a cambio de un Hermano!

III

LA AURORA DE LOS IDOLOS

Desde la astral altura de su Torre de Ideas,
el Solitario, pleno de una augural videncia
sobre el mudo estupor de las almas, su esencia
dejó caer, en hondas claridades febeas

Los Hombres —dijo— tienen nostalgia de sus Dioses ..
Dieron muerte a sus Idolos, y sin querer los lloran.
¿Para qué tanto alarde de Egotismo? ¡Si imploran
por sus Becerros de Oro, con inconcientes voces!

Seremos nuestros propios Idolos —se dijeron
¡qué no haya nada fuera de nosotros Y vieron
que quedaban entonces solos, en un vacío

Y sintieron profundo pavor por sus Quimeras
muertas (En el Oriente las aves agoreras
aparecen, en medio del inmenso extravío)

IV

SONETO ULTRA-VIOLADO

En la quietud austera del parque centenario
meditan, en secreto, los recuerdos huraños
evocan a faquires, místicamente extraños,
los árboles que anima el éxtasis solitario

Ni un rumor Ha ya tiempo que el surtidor eglógico
está mudo No canta el ruiseñor Y el lago
sin la albura eucarística de los cisnes Un vago
sonambulismo flota en el ensueño ilógico

Ha venido el Rey Vesper, suntuosamente grave
con un traje violado de terciopelo en suave
silencio, a contemplarse sobre el lago dormido

Es la hora teúrgica en que las añorantes
alamedas ducales, ven pasar los amantes
que una noche murieron del Beso Prometido

V

SISIFO

Yo soy como Sísifo Llevo en hombros mi piedra
por la Montaña oscura, sin tregua, hacia la cumbre
y al llegar en la noche, siervo de pesadumbre,
hasta el fondo del valle rueda otra vez *la piedra*

Y es en vano que quiera redimir mi condena
El Ananké es más fuerte que Yo Cada mañana,
obedeciendo al signo de una impulsión arcana,
hasta el fondo del valle voy a buscar mi Pena

¡Alma mía! sangrante del sempiterno exilio
las Estrellas te llaman hacia un nupcial Idilio
Sube sola Y tu piedra alla en el fondo olvida

¡Alma mía! No puedes ya vivir sin tu carga,
¿Qué harías, bajo el cielo sin esa piedra amarga
Ese Dolor es toda la razón de tu vida!

VI

EL GALILEO TRISTE

Una noche, el radiante emperador Juliano,
reposaba en su tienda, de la jornada heroica
Y alejaba su sueño la desperanza estoica
de que todo su anhelo redentor fuese en vano

Hacia el alba durmióse Y soñó Le tenían
solo, en un campo inmenso de derrota sangrando
de una mortal herida Dispersas, en nefando
terror, allá a lo lejos, las legiones huían

Estaba solo Y nunca su Odio hacia el oscuro
Enemigo maldito que en la Cruz su conjuro
contra la Vida irguiera, tuvo tal clamoreo

Y fue entonces que, un hombre se le acercó, piadoso
a curarle su herida con bálsamo precioso
Y al mirarle, Juliano, vio que era el Galileo

VII

A UN PUÑAL

Eres la más preciosa joya de mi Elegancia
Flor de Lys impoluta de mi blason de Esteta
Joya trágica, sueña mi idolatría secreta
tu relámpago, signo de sutil nigromancia

Nacido allá en el siglo XVI, de exquisito
orfebre florentino, de un artífice mago,
bajo la vaina de oro, tu fatalismo aciago
espera aún el instante que ha de exhalar su grito

Hierática presea! Rayo de los Vestiglos!
Está clamando sangre tu sed de cuatro siglos
Serán hartas tus ansias cuando en un pecho intimen

Me fascina tu brillo Y mirándote siento
tu atracción homicida de tu destino cruento
Y sé que tu belleza me llevará hasta el Crimen!

VIII

EL AMOR PEREGRINO

Una noche, no más en tu buduar rosado
en la dulce blandura de tu lecho ferviente
Sentirás en tu entraña la Eternidad latiente,
—y tu carne arderá como un carbón sagrado

Una noche, no más (¡Oh, los áureos maitines!)
Y en los cielos del Vértigo te embriagarás de estrellas
y al tornar del Espasmo, por las gloriosas huellas,
creerás mecerte en góndola, al son de los violines

Una noche, no más Y tu vida de histerias
saciará en ella toda la sed de sus arterias
La Eternidad se vive en un ¡ay! repentino

Una noche, no más Y te daré mi Vida!
Pero, cuando en la Aurora despiertes, aterida,
me buscarás en vano Yo soy un Peregrino!

IX

STELLA VESPERTINA

Diluyese la flama de los lampos postreros
Suavizan al paisaje leves esfumaturas
La tarde es un regazo de dolientes ternuras
Y van las taciturnas almas por los senderos

Y la Estrella aparece Como una temblorosa
lágrima, extremecida, del Gran Dolor, silente
Lírica burladora de una ilusión demente
Hipnótica pupila de la Gran Misteriosa

Y me arrebata al Extasis Y se contempla en mi alma
más pura que en el fondo de los lagos en calma
Y me anega de Dios en un supremo instante

Y su beso hiperbórea, con espasmo asesino,
me penetra hasta el hondo corazón, como un fino
estilete, tallado de fúlgido diamante'

X

UNA VOZ

El Hombre es una nave, perdida y sin alientos
en la Noche La Estrella Polar de su Destino
se ha apagado Navega sin saber su camino
Y sus velas se tienden a los ignotos vientos

La tiniebla palpita con un clamor de anhelos
Los espíritus tienen ansias de derroteros
Ya no existen las Islas remotas de los fieros
argonautas Ni Tierras que conquistar Ni Cielos

Una a una, las Grandes Ilusiones fecundas
naufragaron Y escrutan las almas, vagabundas
los Horizontes mudos que la Verdad inspira

Y una Voz, en la noche, cual Parábola extrema,
alcanza al viento su enorme revelación blasfema
Lo que el mundo reclama es una Gran Mentira'

XI

EVOHE'

Dionysos' Redentora Divinidad arcana'
Río de sangre y de leche en las orgías vitales
Exaltación olímpica de las glorias triunfales
y corona de rosas sobre la frente humana'

Dionysos! Tu que encarnas la inmortal Alegría
Símbolo de los triunfos sobre el Dolor Primero
Padre de los Deleites, Vencedor del Arquero
Ondulación suprema Alma de la Harmonía

Dionysos! Que tu sangre gloriosa, sobre el Mundo
sea vertida a raudales, en torrente fecundo!
Y florece en las almas tus rientes Paraísos!

La Humanidad aún vela, huérfana ensombrecida
el cadáver del Cristo Para ser redimida
necesita embriagarse con tu sangre ¡Dionysos!

XII

¡OH, HERMANOS

Yo no sé que recóndita Voluntad metafísica
magnetizó la hiperbole genial de mi Substancia,
pero sé que me embriaga mi propia exhuberancia,
y que llaman Demencia mi Exaltacion magnífica

Es inmenso el tesoro de mi Super-vivencia
Mi Espíritu es gemelo del Arco Iris glorioso
Mis arterias son cauces de un torrente hervoroso
Mi Corazón estalla de olímpica Potencia!

Yo soy un río que tiene sus fuentes en lo Ignoto
Confluyen a Mí, fuerzas desde lo más remoto
¿Soy un raro sustractum panteístico, acaso ?

Guay! Que ya el hondo cauce de mi vida es estrecho
Y cuando me desborde, anárquico y deshecho,
no seré Yo culpable —¡oh, hermanos! — si os arraso!

XIII

AL MAS GRANDE DE LOS HOMBRES

Sócrates' Yo te he visto en la inmortal Atenas
vagando por los Porticos y bajo los laureles
con tu cínico rostro de sátiro las mieles
de tu fina dialéctica, prodigando, serenas

Y muchas tardes —glorias del Diálogo armonioso
de Platón— blandamente, íbamos a la riba
del Río aquel, en platicas de Belleza Mi altiva
Juventud exultaban tus Preguntas Radioso'

Como una unción suprema palpita aún, soñando
la emoción de tu mano en mi cabeza, cuando
tu Exégesis bebía, junto a tí Yo te he visto'

¡Oh, Maestro Fulguras como un Símbolo, Fuerte
entre los Fuertes eres, Triunfador de la Muerte'
Y tu sangre es más pura que la de Jesucristo'

XIV

EL PAN DE CADA DIA

Gloria a Ti, Helios Mithra' Señor del Universo'
Fuente de todo Soplo ' Supremo Padre Nuestro'
Generador perenne de todo humano Estro'
Padre y Esposo' Helios' Fecundador del Verso'

Gloria a Ti, Luminoso' *Phallus Omnipotente'*
Belleza — Amor — Sapiencia — Vibración — Esperanza
y Fe' ¡Oh tu, Promesa de Bienaventuranza
en la Tierra Bendito y alabado Nephente'

¡Gloria a Ti, cuyo Templo es la Creación ¡Oh, Thalmos!
Dicen todas las cosas tus prolíficos Psalmos
Toda vida, viendo canta tu Epifanía!

Me arrodillo! Y ofrendo mi Corazón gigante
en el Ara del Mundo es una flor sangrante
¡Dadme hoy la Ilusión nuestra de cada día !

. solo que —exclaman asombradas voces amigas— . *eso* no es un soneto El soneto ha menester una misma rima en sus cuartetos

Además, el primer verso ha de rimar con el tercero el segundo con el cuarto Etcétera Soneto quiere decir Regla Sin estricta sujeción al Canon no hay soneto Dadle a *eso* otro nombre Haced verso libre

Y he aquí la verdad (digo *mi* verdad):

El Soneto no es simple Regla —no es simple canón académico Tiene su Ley orgánica fundamental, en virtud de la cual vive —es— generatriz de su armonía única, —inconfundible— inencontrable fuera de él Dentro de esa ley primordial constitutiva caben modalidades personales, matices Fuera de ella toda otra condición es mero prurito retórico

El soneto no ha sido inventado por los señores académicos. Es un descubrimiento de la Lira Existía antes de Orfeo Y como tal, se halla fuera y por encima de toda imposición canónica

Así sea.

(Montevideo, 1908)

A del H

LULÚ MARGAT

Juguete trágico en un acto
por

AURELIO DEL HEBRON
Para Apolo

ACTO UNICO

La escena representa un buduar suntuoso y confortable A la izquierda en primer término, un gran espejo, y junto a él un mueblecito de *toilette* femenino En segundo término un biombo japonés colocado de manera que oculte esa parte del fondo de la estancia

El foro, en forma de semicírculo, totalmente cerrado por grandes colgaduras de brocato que llegan hasta el suelo

A la derecha, primeramente una mesa, rodeada de butacas, luego una puerta, después un lujoso guardarropa con espejo, junto al biombo, un sofá, con almohadones

Es el anochecer La estancia se halla envuelta en la penumbra

ESCENA I

En redor de la mesa, hállanse sentados TRES ACTRICES jóvenes, vistiendo raros trajes de paseo y TRES ELEGANTES, laureados del decoro burgues LULÚ, cubierta con un amplio peinador de seda se halla en primer término junto a ella, JORGE, vistiendo jaquet claro Sobre la mesa, copas y botellas Todos beben y fuman, in

cluso las mujeres, hablan entusiastamente y rien a carcajadas

Caballero 1º — Vaya, me parece un poco extraordinario tu cuento

Caballero 2º — No, ¿cómo? no es un cuento. Les repito que es perfectamente verídico.

Actriz 1ª — Si así no fuera, que gracia tendría?

Actriz 2ª — Y sí que la tiene

Lulú — *(Riendo)* — No puedo dejar de reirme al pensar en esa escena

Caballero 2º — *(Entusiasmado)* Pero ¿ustedes se figuran, verdad?

Jorge — Pero, ¿cómo se explica que esa muchacha fuera inocente hasta el punto de ?

Caballero 1º — Es increíble.

Caballero 3º — Eso parecería natural en otro tiempo allá cuando Pablo y Virginia

Lulú — Si hoy las muchachas nacen sabiendo esas cosas

Actriz 1ª — No ignoran nada

Actriz 3ª — Quién cree en eso de la inocencia

Caballero 2º — Pues lo cierto, señoras y señores es que así sucedió Me consta de la manera más positiva *(A Jorge)* Hombre, pregúntaselo a Castellanos Dile que te cuente el caso El lo conoce bien

Jorge — En fin Habrá que creer que la inocencia existe todavía para ciertas doncellas

Caballero 1º — Yo la creía pasada de moda enteramente

Lulú — La inocencia, como la virtud me parece un anacronismo

Caballero 3º — Muy bien dicho, Lulú

Jorge — Bien por la frase

Actriz 2ª — Lulú se está volviendo literata

Lulú — Sabes que siempre lo he sido un poquito

Caballero 2º — Ah! Pero Uds no saben lo mejor del caso

Caballero 1º — ¿Cómo?

Actriz 3ª — A ver a ver

Jorge — Cuenta eso

Caballero 2º — Sucede que, cuando él volvió a la noche siguiente —porque la cosa le había entusiasmado al hombre

Caballero 3º — Me figuro

Caballero 1º — No era para menos

Jorge — Un *bocado* así no se encuentra todos los días Sigue

Caballero 2º — Pues, cuando a la otra noche volvió le dice ella, al oído, muy en secreto

(Imitando el gesto que evoca, pronuncia algunas palabras en voz baja)

(La concurrencia estalla en una carcajada).

Caballero 3º — Es realmente portentoso extraordinario! .

Actriz 1ª (Riendo) Yo no puedo más

Actriz 2ª — Y yo me ahogo .

Actriz 3ª — (Igual) En mi vida no me acuerdo de haberme reído tanto

Lulú — (Apurando un vaso de ajenjo) Por la inocencia de Clarita!

Caballero 1º — Bebamos todos por la inocencia de Clarita

Caballero 2º — Y por la virtud

Actriz 3ª — Esos dos anacronismos, como diría Lulú *(Todos beben)*

Lulú — Les confieso, muchachos, que estoy un poco achispada.

Actriz 1ª — A mí, el ajenjo se me ha subido a la cabeza

Actriz 2ª — La verdad es que hemos bebido demasiado

Caballero 3º — A beber, chicas, a beber

Caballero 2º — El ajenjo es lo mejor que hay en el mundo, después de las mujeres

Actriz 3ª — Ay! No puedo beber más Me voy a poner borracha del todo

Caballero 1º — No, no dejes el vaso por la mitad, acábalo

Actriz 3ª — No, no quiero

Caballero 1º — Apúralo, mujer

Actriz 3ª — No, si te digo que no

Caballero 1º — Vaya tonta, cuando te digo que lo acabes *(Quiere obligarla a beber, ella resiste, el vaso se vuelca)*

Actriz 3ª — ¡Ay, mi vestido ! *(Se levanta)*. Ves? Tú tienes la culpa Eres un grosero un insoportable Me has echado a perder el traje *(Se limpia)*

Caballero 1º — No es nada Te regalaré otro ¿Te has enojado por eso?

Actriz 3ª — (*Sentándose*) ¿Contigo? No, no puedo enojarme (*Le pasa un brazo por el cuello y lo besa*)

Caballero 3º — A ver tú, Jorge, que eres poeta, improvisa algo sobre el ajenjo

Actriz 2ª — Eso es eso es un canto al ajenjo

Actriz 1ª — Vamos a oir

Caballero 2º — Silencio

Jorge — (*De pie, con una copa en la mano*) ¡Oh, tú, magnífica hada verde

Caballero 1º — No, no, eso del hada verde es muy viejo, todos lo saben

Lulú — Queremos algo nuevo

Actriz 2ª — Sí, sí, algo nuevo

Caballero 2º — Oigamos

Jorge — Oh tú divino ópalo fluído

Caballero 3º — Muy bien, muy bien

Lulú — Divino ópalo fluído Sigue!

Jorge — con que los dioses benignos quisieron dotar nuestra miseria humana ¡Oh, sublime nefente, que a los hombres transportas al Eliseo de una radiante venturanza! más precioso que el leteo de la fábula pues no sólo concedes al olvido sino también ofrendas la realidad de las quimeras! Maravilloso filtro que pones en nosotros la vibración augusta de mil alas, yo me entrego a tu numen! Yo seré el corifeo de las almas que te bendicen! Príncipe del Ensueño: acógeme en la isla encantada de tus predilecciones! He dicho

(Aplausos, gritos)

Lulú — *(Palmoteando)* Bravo bravo!

Caballero 1º — Muy bien

Caballero 2º — Soberbio!

Caballero 3º — Muchachos se me ocurre una idea

Caballero 1º — ¿Qué idea? Di

Caballero 3º — Que debíamos ir todos esta noche al baile de máscaras

Actriz 1ª — Eso es eso es

Actriz 2ª — Sí, es una gran idea

Jorge — Yo opino que debemos ir.

Lulú — Sí, sí, vamos Es cosa hecha

Actriz 1ª — Yo me pondré el traje de colombina

Caballero 1º — (*A actriz 3ª*) Tú aquel de Geisha que te sienta maravillosamente, ¿eh?

Actriz 2ª — Yo, ya saben De chula El mantón y los claveles

Caballero 2º — Olé!

Lulú — Yo no digo nada todavía Les voy a preparar una sorpresa

Caballero 3º — Mejor que mejor

Actriz 3ª — Así es que hay que irse arreglando

Actriz 1ª — Sí, vamos

Jorge — Lo mejor es que nos reunamos todos aquí y vayamos a cenar juntos

Lulú — Sí, ustedes pueden venir a buscarnos

Caballero 1º — Sí, quedamos convenidos

Actriz 2ª — Hasta luego (*Vanse todos, todos, menos Jorge y Lulú*)

ESCENA II

LULU Y JORGE

Jorge — Ya es casi de noche Estamos a oscuras

Lulú — Con encender la luz . (*Gira la llave de la luz eléctrica y enciéndese una araña, colgada en el centro de la estancia*).

Jorge — (*Consultando el reloj*). Las siete

Lulú — (*Se pasea, cantando*) Ah! nos vamos a divertir en grande

Jorge — Ha sido una suerte que no funcione esta noche el Casino Como es carnaval

Lulú — Sí así tenemos toda la noche libre (*Pequeña pausa*) En una noche como ésta, el año pasado, asistí en Madrid a un gran baile de trajes Pero fue un baile regio, aristocrático, en casa de la marquesa de de en fin, no recuerdo el nombre de la marquesa Sólo sé que era enormemente gorda, y apareció en el salón con un traje horriblemente verde, y además pintada al óleo, como un cuadro Ah! estas marquesas Y luego se burlan de nosotras Excuso decirte que asistí enteramente de incógnita Me llevó un muchacho, muy guapo y muy alegre, un abogado que gozaba de cierta intimidad cerca de la marquesa Como prometí no descubrirme, me llevó, presentándome en calidad de alta dama Y fuerza es confesar que representé mi papel a las mil maravillas Fui la reina de la fiesta. Todos se preguntaban quién sería Y tentada estuve de hacerle

traición a mi amigo, descubriéndome... (*Ríe para sí, ante la evocación*)

Jorge — (*Que se ha sentado en el sofá*) ¿Qué traje te pondrás luego?

Lulú — No, no quiero decírtelo Me lo verás. Es una sorpresa

Jorge — Siempre el misterio, ¿verdad? Toda tú eres una sorpresa. No te pareces a ninguna de las mujeres de tu clase

Lulú — ¿Las mujeres de mi clase? Lo has dicho así, con cierto tonillo despectivo eh? *Las mujeres de tu clase* . ! Sí, ya conozco el criterio con que ustedes, los jóvenes burgueses juzgan estas cosas Pero me río de eso! No creo que ninguna de vuestras mujeres virtuosas valga un comino más que yo No me cambiaría por ninguna. Pero, ustedes también pertenecen a una *clase*, como tú has dicho Y sin duda cada clase tiene su manera de ver las cosas Lo que no te concedo es el derecho a despreciarme

Jorge — No he querido decir eso Has interpretado mal Sólo quise decir que te distingues de la mayoría de las artistas y de las que hacen como tú, vida de libertad

Lulú — (*Mirándose al espejo*). Y en qué crees tú que me distingo?

Jorge — No sé. . no podría decir precisamente por qué Pero tú tienes un *algo*, que no he hallado en ninguna de las que he conocido Un algo, ¿cómo diré? — velado, misterioso. , atrayente Eres una criatura divina y ligera como una burbuja Hay en ti la

levedad de una caricia furtiva, pero tienes también de la caricia, la vibración perturbadora y honda Tu ingenuidad es otra maravilla

Lulú — (*Sentándose junto a él*) ¿Me crees, pues, muy ingenua?

Jorge — Como una niña

Lulú — (*Riendo*) ¿Estás seguro de que no te equivocas?

Jorge — No, eres ingenua, a pesar de ser viciosa Tú no conoces la perversión satánica del pecado Todo lo malo que hay en tí, todo lo vicioso lo dejas transparentar, lo ostentas con la pasmosa inconsciencia del que no conociera el bien ni el mal Tú tienes la transparencia de las piedras preciosas

Lulú — Gracias Es muy hermoso ser como una piedra preciosa

Jorge — En apariencia, tú eres como todas Pero, en el fondo, hay ese *algo* extraño, indescifrable, que te distingue de todas las otras En todo caso no eres nunca una mujer vulgar Todos tus actos tus palabras, tus gestos, están impregnados de ese *algo*, que yo no acierto a definir Tienen así como una significación oculta Parece que al andar, al hablar, al cantar, al reir, al ejecutar los actos más vulgares, cumplieras ritos extraños, de un esoterismo trascendente ¿Tú no comprendes esto verdad?

Lulú — Oh, sí, un poco Yo siempre comprendo, aunque no pueda expresar Pero, ya sabes que me gusta oirte Sobre todo cuando unas copas de ajenjo te han inspirado, como ahora

Jorge — Y es sin duda por eso que has llegado a encantarme, como ninguna mujer supo hacerlo hasta hoy Yo, que he conocido ya a tantas mujeres, no he hallado ninguna como tú, tan deliciosamente frívola y misteriosa (*Breve pausa*) Y es por eso que quisiera retenerte ¿Sabes? algún tiempo .

Lulú — (*Poniéndose de pie*) ¿Retenerme? ¡Retenerme a mí! ¡Oh quién es capaz de retenerme! (*Andando*) Nací para volar Nací para ser libre, como el viento ¿Quién es el osado que quiere aprisionarme? Me gustan todas las flores que hay en el mundo Nunca libo dos veces en una misma flor Mis caprichos cambian cada día El amor que nació por la mañana a la tarde está marchito Tengo envidia a las nubes, esas nubes tan blancas como copos, que eternamente viajan por todos los cielos, y que cambian de forma a cada instante. ¿Y tú quieres retenerme? (*Ríe*) Ah, ah, es muy gracioso! Te quiero hoy ya sabes que te quiero Me pareces el mejor de todos Ninguno veo que me guste tanto como tú Si tú no me quisieras, me daría tanta pena que no podría cantar Pero, mañana Ah! ¿Sé yo acaso si te querré mañana? Quizás cuando vuelva a mirarte ya no me parezcas el mejor Retenerme! Quiéreme ahora. . ahora Goza del amor que te ofrezco. La hora que pasa es tuya toda tuya. Vívela! Apúrala, amigo mío! El mañana . qué importa! (*Vuelve a sentarse junto a él y lo abraza*)

Jorge — Eres como un juguete, frágil y peligroso

Lulú — No, ¿sabes como soy yo? (*Tendiéndose en el sofá y cruzando las manos en la nuca*) Yo soy como una planta muy extraña, que hay allá por la India, yo no me acuerdo el nombre Me contaba de ella un marino, un pobre capitán francés que había viajado mucho por aquellas tierras Pobre capitán! Me adoraba Estaba loco por mí No sé por qué, por un capricho, tal vez porque no me gustaba su barba demasiado larga, no sé, pero fuí siempre muy cruel con él, lo tenía para que me contara cuentos, historias de viajes y de países raros Aquello me deleitaba mucho, pero su barba no me gustaba . Qué le vamos a hacer Bueno ¿Qué te decía? Ah, sí, la planta, hablábamos de la planta Pues, sucede que esa planta tiene en la extremidad de sus hojas, algo semejante a un cartucho. Dentro del cartucho hay miel — ¿sabes? una miel que segrega la planta. Bueno Los insectos acuden —naturalmente, atraídos , penetran en el cartucho , entonces, éste se cierra el insecto muere Entonces la hoja vuelve a abrirse Y así otra vez y otra. y siempre Es delicioso, verdad?

Jorge — ¿Y tú te pareces a esa planta?

Lulú — ¿No le hallas cierto parecido?

Jorge — ¡Estás borracha, Lulú?

Lulú — O sino no, mira. Mejor Yo soy como un río, soy como un río que corre can

tando, entre márgenes vigiladas por árboles muy viejos, muy serios... muy rígidos Las flores que se asoman a la orilla, los viajeros que se inclinan hacia la corriente las nubes que pasan por allá arriba . las estrellas en las noches serenas todo, todo lo refleja en sus aguas Pero no puede detenerse Corre, corre siempre cantando, corre eternamente. hacia dónde? qué importa!

Y, he aquí lo que ocurre: A veces cae una flor y se la lleva A veces es un hombre que cae y se lo lleva también, sabes?

Jorge — ¿Se lo lleva?

Lulú — Sí, se lo lleva Las que no caen nunca son las estrellas, las pícaras, lo miran desde allá arriba y le hacen guiñadas ¿No has notado cómo nos hacen burla las estrellas? Claro! Como están tan altas pueden ver cosas que nosotros no vemos Les tengo envidia y quisiera que se apagaran todas (*Pequeña pausa De pronto, levantándose*) Vamos pues, al baile esta noche?

Jorge — (*De pie*) Naturalmente Yo voy a cambiarme el traje y vuelvo

Lulú — Y dime una cosa Por qué vives en casa de tu familia? No te es, hasta cierto punto, incómodo?

Jorge — Qué quieres Vivo con mi madre La pobre está enferma del corazón y su vida se halla a cada instante en peligro Yo fui siempre su hijo mimado Y ella es para mi un objeto de veneración; más aún, algo como un ídolo de pureza .

Lulú — ¡De pureza?

Jorge — Sí Porque debes saber, Lulú, que aunque aquí entre amigos, se burle uno de la virtud, cuando se encuentra frente a su madre, se comprende cuanto de sagrado hay en ella

Lulú — (*Irónica*) Es posible

Jorge — Yo sigo siendo para mi madre tan niño como cuando tenía diez años ¿Comprendes tú esto?

Lulú — En fin; tú obedeces a tus sentimientos como yo a los míos Está bien

Jorge — Basta No hablemos más de ello Casi me parece profanación hablar de mi madre, ahora Es un nombre sagrado

Lulú — (*Riendo*). En verdad que pareces un niño

Jorge — Bueno, voy a ponerme el frac Dentro de veinte minutos estoy de vuelta. Tú, en tanto, nos preparas esa sorpresa (*Váse*)

ESCENA III

LULU, LUEGO, LA SEÑORA DEL VALLE

Lulú — (*Sola Pasa a la parte de la estancia oculta por el biombo Al instante vuelve a aparecer, en corsé, con una falda corta de seda roja Canta en voz baja, da una vuelta por la estancia, frente al espejo se detiene y, ajustándose la falda con las manos detrás, hace varias reverencias*) ¡Oh, buenas noches señorita Lulú ! ¿Cómo está usted? ¿Piensa usted divertirse mucho esta noche? ¿Qué traje se va a

poner usted? Me parece que está usted un poquito... borracha, señorita Lulú... Oh, esto no está bien. Pero no, no crea usted que voy a hacerle cargos, ¿eh? A usted todo le está permitido... Como que es usted tan linda... Ah, es usted la más linda de todas... Señorita Lulú, permítame que le dé un beso (*Se acerca al espejo y lo besa. Luego se aparta y arrojándose en un sillón, rompe a reír a carcajadas. La puerta se abre, silenciosamente, y la señora del Valle entra en escena. Viste totalmente de negro, las manos enguantadas y cubierto el rostro por un espeso velo. Se detiene junto a la puerta después de haberla cerrado*)

Lulú — (*Sin haberla sentido; levantándose*). Ea! Esto no es formal... Estoy haciendo cosas de chicuela... Hay que pensar en arreglarse (*Ante el espejo*). Ante todo... Este pelo así... recogido hacia arriba y prendido con unas horquillas... Eso es... Muy bien... Luego, con el bonete que cubre todo... Soberbio! (*Da unos pasos hacia el fondo. Viendo a la enlutada, lanza un grito y se detiene*) ¡Ah! (*Pausa. Temblando*) ¿Quién es...?

La señora — (*Adelanta unos pasos, muda*)

Lulú — (*retrocediendo*) No se acerque! Voy a gritar... Quién es usted!

La señora — No soy más que una pobre mujer (*Se descubre el rostro, un rostro pálido, ajado, dolorido. Tiene cabellos grises. Silencio*)

Lulú — ¿Qué quiere usted?

La señora — Vengo a hablar con usted de cosas graves

Lulú — (*Hace una mueca, luego, duramente*). ¿Y por qué ha entrado aquí de esta manera? Me ha dado usted un susto terrible

La señora — Le ruego que me escuche un instante Tengo prisa y el motivo que me trae es muy grave

Lulú — No lo dudo Pero espere usted que tome un vaso de agua (*Luego de haber bebido, sentándose junto a la mesa*) Siéntese usted ¿Qué tiene usted que decirme?

La señora — (*Se sienta; revela estar agitada, turbada; mira con inquietud a su alrededor, se pasa con frecuencia la mano por los ojos, después de una pausa dice*). Aquí se está cometiendo un gran crimen, un crimen nefando, señorita

Lulú — (*Asombrada e incrédula*) ¿Un crimen?

La señora — Sí, sí, un crimen Algo horrible y repugnante Pero usted no es culpable *El*, tampoco es culpable Los dos ignoran Pero yo sé Por eso he venido Era menester que viniera

Lulú — Hable, hable usted Me tiene perpleja

La señora — (*Más agitada aún, como sofocada*). Es preciso que usted sepa usted no puede. no puede ser la amante de Jorge. porque Jorge señorita, es su hermano!

Lulú — ¡Eh? ¿cómo? ¿qué dice usted?

La señora — Sí, usted y Jorge son hermanos. ¡hermanos! Han nacido de la misma

madre. Han nacido del mismo vientre ¡Son hermanos, Dios mío! ¿No comprende usted?

Lulú — (*Con una carcajada*) Pero, ¿qué significa esto?

La señora — No se ría usted, por Dios, no se ría usted. Está usted delante de su madre!

Lulú — (*De pie*) ¿Mi madre? ¿usted? ¡Nunca vi a mi madre! Cuando nací me abandonaron Me he criado, cuando niña, en casa de unas gentes cualquiera! y luego he rodado, sola, por el mundo ¿Y ahora viene usted a decirme que es mi madre?

La señora — Soy su madre, señorita, soy su propia madre Es usted hija de mi amor y de mi dolor. Es hija del pecado (*Bajando la voz*) Aún era soltera, tenía veinte años, caí en brazos de un hombre, por una debilidad que nunca he acertado a explicarme De un hombre que no podía ser mi esposo porque era el esposo de otra. Y de esa falta, de esa caída, nació usted (*Pequeña pausa*) El hombre exigía que eso no se supiera Mis padres me enviaron al campo Allí di a luz Después, todo se ocultó Usted fue entregada a unas gentes, mediante una cantidad de dinero, a los Margat, de quienes ha tomado usted el nombre Nunca vi a usted Pero he sabido muchas veces noticias suyas. Ahora (*Se calla, sofocada, llevándose las manos al pecho*).

Lulú — (*Se levanta y da una vuelta en torno de la señora, observándola y meneando la cabeza*). De modo que ahora resulta que es

usted mi madre (*Cantando*) La-ri-la-ra La-ra-la-ri. Está muy bien. Sí, señora (*Se sienta en el mismo lugar y enciende un cigarrillo*)

La señora — Señorita, le ruego que guarde un poco de más respeto ¿No se siente usted un poco conmovida por todo esto?

Lulú — Vaya, me causa mucha gracia

La señora — Y ni el saber que Jorge es su hermano y que ustedes han podido Oh, Dios! (*Se cubre el rostro con las manos*)

Lulú — En mi vida he visto cosa más divertida Le juro

La señora — (*De pie*) ¿Divertida? ¿A usted le divierte esto? Cuando debiera estar horrorizada por el delito nefando que

Lulú — ¿Delito? ¿De qué delito me habla usted, señora?

La señora — No me lo pregunte usted Todo está aquí contaminado, maldito, por la presencia monstruosa del incesto Mis labios pueden apenas pronunciar la palabra

Lulú — Toma usted las cosas muy *a pecho*, señora

La señora — Y bien No puedo detenerme más Jorge va a llegar de un momento a otro Yo no he venido más que a esto No por verla a usted he venido ¿Qué amor puede inspirarme una perdida como usted aunque sea hija mía?

Lulú — ¿Una perdida? Lo acepto Pero, es curioso que venga usted a decírmelo Usted,

que al nacer me arrojó a la calle, como a una basura

La señora — Era usted una hija del pecado y estaba usted maldita

Lulú — Ah, ¿sí? Sin duda que cuando se acostaba usted con aquel señor que fue mi padre, no pensaba usted lo mismo Y, a propósito, debió ser un buen mozo, ¿eh? Me es grato, después de todo, saber que mi padre fue un seductor, y un alegre *calavera* .

La señora — Basta! (*Pequeña pausa*) Y ahora que sabe usted esto, espero que no vuelva a recibir a Jorge

Lulú — Ps! Francamente, le declaro que todo esto no ha modificado en lo más mínimo mi manera de sentir respecto a Jorge

La señora — ¿Cómo?

Lulú — Para mí es siempre el mismo tipo seductor Me sigue gustando como antes

La señora — Está usted haciendo escarnio de las cosas más sagradas No creo que su corrupción llegue hasta el punto de no importarle que Jorge sea su hermano Su deber, señorita .

Lulú — ¿Mi deber? No sé . ¿Qué es eso del deber? Nunca lo he conocido No sé de lo que usted me habla Yo no hago más que mi capricho No concibo que nada pueda oponerse a mis placeres

La señora — (*Crispando las manos*) Es horrible!

Lulú — En el mundo donde usted vive, señora, habrán deberes. En el que yo vivo no se

conocen Eh! venirme a hablar de deberes a mí! Era lo único que faltaba!

La señora — (*Con desesperación*) Pero no es posible! No es posible! Yo he venido aquí, haciendo un esfuerzo supremo, a decirle a usted esto, para impedir que ese crimen se siga cometiendo Yo no puedo confesarle esto a Jorge, a mi hijo, no puedo Por eso he venido aquí para que usted, inventando una causa cualquiera, acabe las relaciones .

Lulú — (*Levantándose*) Señora de mí no espere usted nada Entre nosotras dos no hay acuerdo posible Usted es la *mujer honrada*. Yo soy la perdida, ¿verdad? Sea Somos, pues, enemigas Mi ley niega la suya No puede haber nada común entre nosotras (*Se aparta*)

La señora — (*Juntando las manos, en el colmo de la tortura moral*) Pero, cómo podré yo dormir esta noche, pensando que aquí el incesto nefando, clama al cielo! ¡Cómo podré vivir un día más, dejando que tal cosa suceda? . (*Retorciéndose las manos*) Porque yo no puedo, no puedo confesarle esto a Jorge (*Dejándose caer en un asiento, ahogada*) ¡Ah tenga usted al menos compasión de esta pobre mujer!

Lulú — (*Paseando*) ¿Compasión? Nadie en el mundo la ha tenido conmigo Ni usted siendo mi madre Cuando era muy pequeña, y vivía en casa de aquellas gentes miserables, me obligaban a pedir limosna por las calles, me laceraban el cuerpo a golpes, me hacían sufrir

mucha hambre, y dormía en un rincón asqueroso, junto a las bestias Y siendo niña aún, cuando tenía once años, me llevaron a un burdel, y allí comerciaron con mi cuerpo, mi pobre cuerpecito de niña Nadie tuvo compasión de mí Nadie me protegió Pasé días de hambre y días de llanto, y días de rabia Ah! Y sólo cuando comprendí que era bastante bella para dominar a los hombres con mi belleza, comencé a ser dichosa No debo a nadie nada He tenido que luchar desesperadamente con la vida Si he triunfado, a mi sola lo debo Usted, mi madre, me abandonó al nacer Era una hija de la verguenza. Al amor que me engendró le llama usted pecado Nací contra su voluntad. (*Bajando la voz*). Y si usted no hubiera tenido miedo por sí misma, me hubiera aniquilado antes de nacer, en su vientre, para librarse de la infamia Ah! (*Se dirige a la mesa Se sirve un vaso de ajenjo y bebe Luego agrega*). Confiese usted, señora, que he conquistado el derecho de reirme de todas las cosas humanas

La señora — (*Anonadada en su asiento, asfixiándose*) ¿Quiere usted darme un poco. de agua ?

Lulú — Oh, sí. (*Sirve agua en un vaso y se lo presenta. Ella bebe*). ¿Se siente enferma?

La señora — No es nada .. (*Indica el pecho*).

ESCENA IV

LAS MISMAS Y JORGE

(Se siente abrir la puerta La señora se pone vivamente de pie, se cubre con el velo, y retrocede unos pasos, hacia la izquierda)

Jorge — *(Entrando de frac y chistera, trae el sobretodo al brazo)* ¿Y ? ¿Qué tal esa sorpresa? ¿Aún no te has vestido, Lulú? *(Avanza hasta la mesa y ve a la señora, Sorprendido)* ¡Eh! *(A Lulú)* ¿Quién es esa?

Lulú — *(Sentándose en el borde de la mesa)* ¿Esa? Es mi madre

Jorge — *(Asombrado)*. ¿Tu madre?

Lulú — Sí, hombre, es mi madre ¿Qué te asombra?

Jorge — Vaya, déjate de bromas

Lulú — ¿Pero es que yo también no puedo tener madre?

(La señora en silencio, lentamente, se dobla sobre las rodillas, apoyada en el respaldo de una silla, inclinando la cabeza sobre las manos)

Jorge — *(Que la mira, estupefacto)* ¿Que significa esto?

Lulú — Ps! Tonterías ¿Qué quieres que signifique?

Jorge — *(Da dos pasos hacia la enlutada y la observa Silencio)*

La señora — *(Levantando la cabeza, con débil voz)* Perdón, Jorge!

Jorge — *(Precipitándose hacia ella)* Qué! ¿Eres tú? Responde! ¿Eh?

La señora — (*Poniéndose de pie, y descubriéndose el rostro*) Sí, soy yo

Jorge — (*Frenético*) Tú! Tú! Pero, tú!

La señora — (*Da dos pasos y se deja caer en el sofá*) Perdón, Jorge

Jorge — (*Fuera de sí*) Pero, habla! díme! ¿qué es esto?

La señora — (*Cerrando los ojos y echando la cabeza hacia atrás en voz muy baja*) He pecado Jorge   He pecado

Jorge — Has pecado   ¿Qué quieres decir? Luego, ¿es verdad? Luego   ella   ella.

La señora — Ella es tu hermana

Jorge — Mi hermana!   (*Breve pausa El mira a Lulú, con estupor Lulú sentada al borde de la mesa, sonríe y balancea una pierna. El interroga a su madre con apremiante angustia*) Pero ¿cómo? dime   ¿cómo?

La señora — Fuí madre   Antes del matrimonio

Jorge — ¿Y fue mi padre   ?

La señora — No, fue otro hombre

Jorge — ¿Quién?

La señora — Otro   otro   No me preguntes, Jorge

Jorge — (*Después de un silencio*) ¿Es posible? ¿es posible? ¿Tú, tú? ¿Mi madre? tú, la pura, ¿tú la santa? Tú, ¿la que no tenías ni una sombra en la conciencia?..

La señora — He pecado.   He caído

Jorge — Luego, tú eres como todas   Luego eres como una mujer cualquiera. Has tenido

amantes Tienes hijos en el arroyo Dime ¿ha sido acaso ese tu único amante? Seguramente has tenido otros . Seguramente tengo por ahí hermanos a quienes no conozco. Dime, al menos, ¿tengo yo, yo mismo, derecho a llevar el nombre de mi padre?

La señora — (*Sofocada, llorando en silencio*) Jorge! Jorge!

Jorge — Ah, sí . sí . (*Se deja caer en un asiento con la cabeza entre las manos De súbito se levanta*). Ah! (*Mira a Lulú, como horrorizado Luego, a su madre*) ¿Y has dejado que esto sucediera? Dime! ¿Has permitido que el crimen se consumara?

La señora — Yo no sabía yo no sabía . .

Jorge — ¿No sabías qué?

La señora — Vuestras relaciones Recién hoy. supe .

Jorge — Ah! Y pensar que esto ha podido suceder (*Andando, agitadamente, a grandes pasos*) Pensar que Ah! Lulú. Me da verguenza mirarte . Pensar que eres mi hermana y que Ah! No podré mirarte de frente No podré encontrarme contigo a solas Creo que casi no podré dejarte vivir Siento todo el recuerdo de lo que ha pasado entre nosotros, como una llamarada de bochorno que me sube al rostro y me enloquece el cerebro No me mires, Lulú, no puedo sufrir que me mires En tus ojos, en tu cuerpo, en el aire que respiras, aún hay efluvios de la abominación Ah! Ah! Ah!

La señora — (*Levantándose con las manos en el pecho, ahogada, con los ojos fuera de las*

órbitas) Jorge... No puedo más . Me ahogo. Mi vida se acaba . Falta el aire El . corazón .. No puedo . Perdóname Jorge . (*Extiende los brazos, crispa las manos, lanza un grito sordo y cae inanimada sobre el sofá*)

Jorge — (*Lanzándose hacia ella, fuera de sí*) Madre! Madre! Madre! (*La mueve, le toma el pulso, le ausculta el corazón, permanece un instante inclinado sobre ella; luego se yergue. pálido, mudo, descompuesto*)

Lulú — (*Asustada*). Habrá que llamar un médico

Jorge — Es inútil Ha muerto

Lulú — (*Perpleja*) ¿Muerto?

Jorge — (*Cayendo de rodillas junto al cadáver y rodeándole con sus brazos*) Muerta! muerta! ¡Oh, pobre vieja mía, la muerte la ha limpiado de toda culpa . No hay pecado No hay más pecado, pobre vieja querida Pura, pura como antes yo puedo besar sus manos, sus manos y reclinarme en su regazo, como cuando era un niño ¡Oh, santa! santa! santa!

Lulú — (*Que permanece inmóvil, embargada por el estupor, con la mirada fija en el cadáver, dice al cabo con supremo sarcasmo*) Santa . Santa (*Quiere como reír y hace una mueca Se cubre el rostro con las manos y da unos pasos. Se sienta. Después de un instante se levanta estremecida por una idea súbita, exclamando*). Ah! comprendo! ahora comprendo! (*Andando agitadamente, presa de una angustia*

insostenible) He aquí lo que debo a mi madre El corazón enfermo! La muerte que acecha! La muerte que me sigue los pasos Esto es lo que le debo!

Jorge — (*Que se ha puesto de pie y la mira*) ¿Qué dices?

Lulú — Los ahogos los ahogos . ese peso extraño . los dolores las fatigas sin causa . todo eso, sí, ahora lo sé, todo eso es el corazón que quiere romperse que se romperá algún día (*Echándose en un asiento retorciéndose, desesperada*) Ah! ella era bien mi madre! A través de todo, viniendo de los extremos más opuestos de la vida, a través del destino yo estoy unida a ella por ese mal terrible que he heredado. Es la muerte que llevo aquí (*Oprimiéndose el pecho*) aquí, conmigo Es el corazón que aletea como un ave herida, que se desangra Hoy luego, mañana, quién sabe, en medio de una fiesta yo quedaré muerta Ah! La muerte me sigue como mi sombra La siento! La veo! Ah! He aquí, pues, lo único que le debo a mi madre

Jorge — (*Estupefacto, balbuceando*) Tú tú sientes ? ¿tú sientes, de veras? Entonces quizás yo Ah! Quizás ¿yo, también. ?

ESCENA FINAL

(La puerta se abre violentamente y entran todos los personajes de la escena primera. Ellas disfrazadas. Ellos de frac Ríen y producen grande algazara).

Jorge — (*Avanzando unos pasos y deteniéndolos con el ademán*) Silencio!

Lulú — (*Levantándose y yendo a ellos*) ¡Oh, Esperadme. . Yo voy Yo también voy con ustedes.

Jorge — (*A Lulú*). No, tú no vas Tú no puedes ir

Lulú — Yo quiero ir ¿Con qué derecho me lo impides?

Jorge — (*Señalando el cadáver*) Tu madre!

Lulú — (*Después de una pausa, con ademán solemne*) La perdono!

Jorge — Quédate, Lulú

Lulú — ¡Oh, ni un instante más Yo soy una extraña Yo soy una perdida ¿Para qué quieren el llanto de una perdida? Nada tengo que ver en vuestro dolor Dejadme ir Le tengo horror a la muerte No puedo ver tristezas. (*Abre el guardarropa, y febrilmente, saca varios trajes, que arroja al suelo, al fin elige uno, pasa detrás del biombo Hay un momento de silencio Los personajes que acaban de entrar permanecen en el fondo, asombrados y mudos, Jorge está en medio de la estancia inmóvil*)

Lulú — (*Reapareciendo, ya con el traje puesto, arreglándose aún, un poco sofocada*). No puedo sacrificaros ni un instante de felicidad Ni uno solo de mis placeres Y ahora. . ahora, sabiendo que llevo en mí el terrible peligro. (*Saca del guardarropa una ca-*

pota fantástica, y se la pone) El miedo a la muerte me expolea Más desenfrenada que nunca, yo quiero gozar la vida, yo quiero gozar locamente la vida, gozarla hasta su último espasmo Quién sabe si viviré mañana! (*Se pone el antifaz y se mira al espejo del guardarropa*) Lulú Margat ¿no sabes que quieren obligarte a llorar a tu madre? Pero, ¿es que tú tienes madre? Ah, Lulú . No quieras saber nada de ese dolor! No quieras saber nada de esa tristeza! Que todo sea alegría! Debes reír más que nunca! más que nunca! Ríete de la muerte, de la misma muerte! Aléjala con tus risas (*Abriendo los brazos*) Lulú Margat, acaba tu vida con una carcajada!

(Vase Los demás la siguen Jorge queda en medio de la escena, contemplando el cadáver de su madre)

TELON

APOLO Montevideo Buenos Aires Santiago de Chile Año III, Nº 16, junio de 1908

GRITO DE SANGRE

Ciudadanos:

Cuando algún acontecimiento extraordinario, algún hecho monstruoso, ocurría en tiempos remotos, la antigua superstición solía exclamar. el fin del mundo está próximo!

Porque existía en ellos la creencia que, al producirse ciertos hechos en contra de las leyes

supremas de la vida, era imposible que la sociedad prosiguiera su curso acostumbrado, pues la consumación del hecho indicaba la existencia de un radical desequilibrio en el orden de las cosas, que a esa catástrofe moral debía seguir forzosamente una catástrofe humana

Ante el suceso mostruoso que acaba de producirse en Barcelona, nosotros hombres nuevos recordando la vieja profecía bien podemos decir *Se acerca el fin de un mundo!*

Por que, abrigamos el convencimiento inconcuso de que, después de tal suceso, que de tal modo afrenta la dignidad de nuestro siglo, que de tal modo niega y anula todas nuestras conquistas sociales debe sobrevenir forzosamente una catástrofe.

Que así no sucediera sería absurdo; negarlo equivaldría a negar las más fundamentales leyes naturales de la vida

Sí, nosotros creemos que algo está próximo a morir Nosotros sentimos vibrar, flotar en el ambiente universal, el presagio sangriento de alguna caída enorme, de alguna enorme conflagración humana!

Si ante el asesinato de Ferrer, la conciencia mundial ha levantado un clamor de indignación y de consternación unánime, no ha sido por el hecho material en sí mismo juzgado aisladamente, sino por la magnitud moral que ese hecho significa, por el sentido trascendente que encierra en el actual momento histórico

Yo quisiera acallar por un instante el grito

rebelde de mi indignación, y las exaltaciones líricas de esta hora, para estudiar el acontecimiento desde un punto de vista serenamente sociológico, precisar su verdadero significado político, y la naturaleza de los factores que han determinado el fenómeno

Porque estamos realmente ante un fenómeno extraordinario, ante un problema en cierto modo oscuro, cuyos términos es difícil precisar y cuya solución intelectual es más difícil todavía

Pero, el ambiente no está preparado para esta clase de reflexiones lógicas, el ambiente está caldeado de entusiasmo, vibrante de electricidad pasional, estallante de indignación y de rebeldía, y el momento no es propicio a la consideración serena que exige el punto para ser tratado en un orden de ideas severamente crítico

En las horas de protesta y de lucha, cuando todos los sentimientos del individuo se incendian en la fragua del apasionamiento colectivo, y las ideas fluctúan y se confunden en el desborde de los grandes impulsos populares, cuando la conciencia misma se halla bajo el influjo activo de la lucha, no puede detenerse el hombre a indagar móviles a analizar las cosas, y no puede exigirse esa serenidad intelectual que se requiere para tratar asuntos de esta naturaleza

La herida es muy reciente.

Estamos bajo la impresión primera de esa abominación. Aspiramos aún el vaho de sangre que emana de ese crimen Creemos aún ver

el cadáver del pedagogo ilustre, de ese altísimo elaborador de hombres nuevos para la vida, de ese escultor de almas, caído al pie de los muros de la nueva Bastilla, con el magnánimo corazón acribillado por las balas monárquicas, y conservando aún entre los labios una sonrisa dirigida al futuro, una larga sonrisa de fe en esa juventud que tanto amaba, una sonrisa infinita de esperanza en nosotros!.

Y somos nosotros, los jóvenes, los nuevos, quienes hemos recibido ante todo, en el rostro la bofetada enorme de ese crimen

Es a la juventud que entra al mundo con la antorcha del ideal encendida, es a la juventud depositaria de la eterna fecundidad renovadora es a la juventud en cuyas manos está el germen futuro a la que sobre todo, se ha inferido el ultraje bárbaro de ejecutar a uno de sus maestros, es a la juventud que se ha lanzado esa blasfemia al rostro, como un desprecio y como un desafío! .

He aquí en mi concepto el verdadero significado del suceso· *Un desafío!*

Y ved sino, un instante, las circunstancias en que se ha producido

Ya, antes de sancionarse la sentencia de muerte, cuando aún se esperaba la resolución del tribunal supremo, y era sólo un temor, y un temor vago, la posibilidad de que lo ejecutaran, de todo el mundo comenzaron a llegar a España. voces que pedían por la vida del eminente hombre Dicen que desde Italia, el rey mismo se dirigió a la Corte, aconsejando prudencia

En realidad existía el convencimiento íntimo de que no se atreverían a condenarlo.

Parecía tan inconcebible esta audacia frente a la oposición universal, frente al disgusto de las mismas cortes extranjeras, que había ya la certeza de que esa muerte era imposible.

Y sin embargo se cumplió!

La muerte de Ferrer, amenazaba a la monarquía española, fatalmente Gravísimos peligros se cernían sobre el trono, no obstante se afrontaron esos peligros se burlaron esas amenazas!

La condena era considerada por los mismos órganos de publicidad de las clases conservadoras, como un acto impolítico; como un acto contrario a esa táctica de transacciones y de concesiones progresivas a las libertades populares, que los gobiernos de todos los países se ven obligados a adoptar ante el avance de la fuerza emancipadora

Fusilar a Ferrer era un alarde de tiranía reaccionaria, peligroso para la estabilidad del orden social vigente, y que podría suscitar una conflagración revolucionaria que se extendiera a los otros estados.

Tal era y es la manera de ver de las clases conservadoras, enemigas en principio de Ferrer, pero lo bastante astutas para inmolar su odio al emancipador en aras del peligro popular

Bien pudieron hacer desaparecer al maestro sin fusilarle, bien pudo el rey haber conmutado la pena, con lo cual se hubiera captado

la simpatía de todos los tontos —que son la mayoría—, bien pudo el gobierno maurista haberse vengado de Ferrer en forma velada y diplomática, sin provocar mayor escándalo, todo esto pudo hacerse y no se hizo sin embargo

¿Por qué? Ah! se quizo dar al Mundo ese espectáculo de horror y de cinismo, se quiso arrojarle al Mundo ese cadáver como una befa, como un baldón supremo!

Se quiso probar que las potencias históricas de la Dominación de clase están vivas y más fuertes y más arraigadas que nunca Se quiso probar que el poderío de la vieja Aristocracia era aún soberano en las sociedades Se quiso probar en fin, que el rancio privilegio guerrero y sacerdotal reclamaba la integridad de sus principios políticos, y que el espíritu de la democracia y que la libertad de pensamiento sólo podrían vencer después que hubieran caído, al pie del trono, las cabezas de todos su apóstoles!

Ah! Si ese gesto fuera el gesto de un hombre si todo ello fuera por el árbitro individual de una sola conciencia, si una sola voluntad fuera la ejecutora de ese acto, estaríamos frente a uno de los hombres más extraordinarios que han desfilado por la historia, estaríamos ante uno de esos fenómenos morbosos de la voluntad, que aparecen de tiempo en tiempo en la Historia y que llaman *tiranos*

El hecho que acaba de consumarse, me trae a la memoria, por una asociación bien lógica, una anécdota de la antigüedad clásica,

análoga por su fondo, por un significado psicológico ya que no por su forma.

El protagonista es Nerón

Una tarde, en el circo, un gladiador que había realizado una asombrosa hazaña es aclamado por la multitud la cual pide su vida Nerón se opone y decreta su muerte El circo en masa protesta, sordamente Toda Roma está allí en contra del César Los cortesanos le insinúan al oído que es peligroso insistir, que ello puede provocar una sublevación, un motín. Nerón impasible, pasea su mirada sobre la multitud enardecida, pendiente de su fallo, y luego, con gesto displicente, ordena que se de muerte al gladiador Y Roma envilecida, prostituida se rinde ante el gesto de su tirano

La ejecución de un acto como el que acaba de perpetrarse en Barcelona, siendo el acto de un hombre, colocaría a su autor en el plano de esos grandes degenerados superiores, monstruos ante la moral pero que hacen descubrirse al artista

Yo os confieso sinceramente, ingenuamente, que si el anciano Maura fuera, como alguien cree, el *factotum* de todo este proceso, la voluntad única que lo ha dispuesto y consumado todo, yo admiraría a ese hombre !Ah, sí, lo admiraría por su energía y por su audacia! lo admiraría por ese gesto suyo de ponerse frente el consenso de todos los pueblos civilizados de la tierra, frente al peligro de una conflagración interna, frente a la amenaza universal para ha-

cer triunfar ese principio de autoridad que encarna, para imponer, sobre la tierra estremecida, el lábaro maldito de su Dogma! .

Sí, señores, permitidme que os lo confiese de todo corazón, como confesaría un pecado ...! yo admiraría a ese hombre extraordinario, a pesar de su crimen, por su valor y por su fe! . yo admiraría a ese bandido sobrehumano, a ese ilustre canalla en quien, por una aberración sarcástica, la naturaleza había infundido el soplo del Heroísmo.

Pero ese hombre no es el Rey, pobre muchacho sin voluntad y sin conciencia, desgraciado cretino, en cuyas venas corre la sangre putrefacta del morbo hereditario, criatura perfectamente nula, a quien en el laboratorio jesuítico, mataron el cerebro para que no pensara, y le extrajeron el corazón para que no sintiera! autómata irresponsable! fantoche de una monarquía decrépita! Rey de mentira, cuya mano es incapaz de sostener la espada!. Espectro-rey! sombra escapada del panteón de los reyes!

Y, no es tampoco Maura, principista fanático y dotado sin duda, de valor y de audacia, pero que por sí solo no significa nada, cuya prepotencia no está en él, sino que le viene de fuera ¡no, ese hombre, no es tampoco Maura, simple brazo ejecutante de una voluntad oculta, de una terrible voluntad a la cual él está ciegamente sujeto, y de la cual, en fin, no es más que un instrumento No, ese poder viene de

abajo, es un poder subterráneo, como un monstruo con millares de miembros, con millares de ojos, con millares de bocas, el monstruo jesuita! —que es religión, que es capital, que es ejército!

No, ese crimen no es la obra de un hombre, es la obra de una clase social, más aún es la obra de la Reacción

Y la Reacción significa una época humana, la supervivencia de una época históricamente caduca y que se empeña en no morir; el último resto de barbarie mística, cuya agonía tiene delirios de sangre, y epilepsias de crimen, los mismos estallidos de esa dominación teocrática y guerrera, que, a través del antiguo manto de púrpura con que se cubre, trasciende hedor de podredumbre, porque es ya una carroña, que no ha de tardar mucho en enterrarse bajo los escombros de Montjuich!

Por lo que yo confío ciudadanos, en que está muy próxima la hora en que el pueblo español derribe esa fortaleza y forme con sus piedras, allí en el sitio mismo en que lo ejecutaron a Ferrer, el pedestal grandioso que sostendrá su estatua, como un símbolo de la emancipación universal!

Yo confío en que el alma de España no ha muerto, que el viejo león ibérico sacudirá su melena, y aguzará sus garras, y que su mansedumbre se trocará en indómito frenesí, y que el heroísmo caballeresco de la raza ha de cruzar como una tempestad la península, del Mediterráneo al Cantábrico, hasta que no quede sobre

la tierra fecundada con sangre, ni la sombra de un privilegio! .

España acaba de contraer con el mundo, un compromiso ineludible

España ha sido insultada y desafiada y ese insulto y ese desafío se extienden al mundo entero, y a España corresponde recoger ese guante y batirse a muerte por el honor humano

El poder reaccionario que representa Maura, ha confiado sin duda demasiado en la pasividad y en la mansedumbre del pueblo español, y, atreverse a consumar ese crimen, equivale a decirle Me río de tí, no eres capaz de rebelarte! Eres un pueblo sumiso y cobarde No temo tus iras Eres una raza agotada, impotente, concluída!

Y yo no puedo creer que España, madre prolífica de héroes, soporte ese ultraje cristianamente Yo no creo que, después de haber sido abofeteada en la mejilla derecha, presente aún la izquierda .

Creo, sí, que en este instante hay miles de puñales levantados sobre el pecho de la monarquía y que pronto, muy pronto, la vieja madre Iberia será un inmenso campo de lucha y de renovación

Sí, la hora se acerca

Se siente que algo va a morir Se siente flotar, vibrar en torno nuestro, el presagio sangriento de alguna caída enorme

Estamos en un minuto precioso de esa

lucha eterna entre el Pasado y el Futuro, entre la Luz y la Tiniebla; uno de esos minutos decisivos que sintetizan todo un largo período de esfuerzo —uno de esos minutos fulminantes que coronan una nueva jornada de evolución humana

Corazones arriba

ZUM FELDE

Montevideo, O M Bertani, 1909

DISCURSO EN EL SEPELIO DE JULIO HERRERA Y REISSIG

Anoche he ido a ver el cadáver de Julio Herrera y Reissig En la rigidez de la muerte, su rostro pálido tenía la misma serena lucidez, la misma tristeza bondadosa y sonriente que a los hombres mostrara en el camino por que pasó cantando

Su alma ausente de peregrino, dejó como primicia sobre los labios mortales y sobre los párpados para siempre caídos, la sonrisa de miel que extrajo de la amargura noble de la vida

Solo, tan solo como su espíritu elegido pasó entre la turba filistea, su cuerpo estaba allí, supinamente inmóvil

En torno a su féretro, que parecía aún vibrante, que parecía aún sonoro por contener el

cuerpo aquél que fue como una copa de armonías, en torno de su féretro, las graves sombras burguesas, en la solemnidad convencional de los duelos vulgares, discurrían gravemente y gravemente hablaban

La sociedad mezquina en que vivió y que no supo amarlo porque no supo comprenderlo, estaba allí representada por sus cronistas, por sus políticos y por sus mercaderes

La gente en cuyo medio vivió como un desterrado, la gente que lo despreciaba por altivo y lo compadecía por iluso, la gente miserable que reía de la divina locura de su ensueño, la gente de alma baja que nunca quiso allegarse hasta él, estaba allí, llevada por la indulgencia de la muerte, rumiando comentarios, mirando con extrañeza el rostro mudo, ahora que su alma no estaba ya en él para espantarlos

Sí, era necesario que la muerte les entregara así el cuerpo rígido, la pobre carne corrupta, la materia sin alma, para que se atrevieran a mirarlo en el rostro, ahora que él ya no podía mirarlos.

Era necesario que viniera la muerte a libertarlos del íncubo rebelde, para que se dijeran sus amigos, amigos del cadáver, amigos del despojo deleznable de una existencia luminosa que para ellos fue un error.

Como cuervos al olor de la muerte, las sombras innobles de los mercaderes, iban allí a mentir su duelo por vanidad o por costumbre

Como cuervos, como cuervos al olor del

cadáver fueron allí los filisteos, los cínicos, los que en la última hora creyeron hacer justicia arrojando al poeta, una migaja del banquete del presupuesto, una piltrafa burocrática, que él no alcanzó tampoco a digerir

Solo, solo, en la infinita soledad silenciosa de los no comprendidos, como vivió su alma, como estaba anoche su cuerpo inmóvil bajo la mortaja, así está en esta hora ceremoniosa y vana, rodeado por los mismos cínicos fariseos, sepulcros blanqueados, nidos de serpientes, como decía Jesús

¡Señores!. Yo no he venido aquí a hacer el panegírico de un muerto ilustre, no he venido a entonar loas ni a bordar bellas frases, no he he venido a hacer simplemente literatura, he venido a lanzar una verdad que tengo en la conciencia, he venido a decir una verdad pura y sencilla como fue el alma del que yace

La única venganza digna de su inmenso dolor y de su inmensa alma, es que ahora os obligue a escuchar la verdad, es que ahora os ponga frente a la verdad, a la indiscreta, a la impertinente verdad

Y la verdad es que vosotros todos, o casi todos los que rodeáis este cadáver fuisteis sus enemigos

Por vosotros sufrió, por vosotros le fue amarga la vida este que aquí reposa libre de las miserias de los hombres, fue siempre un paria entre vosotros

Y no creo que sea un sentimiento de amor

lo que os trae a este acto, no creo que sea el hondo homenaje al poeta lo que inspira vuestras elegías hipócritas Es quizá la vanidad patriótica que quiere reinvindicar para sí, un nombre literario que no le pertenece, que no le pertenece porque no ha sabido conquistarlo.

Muchos de los que estáis aquí, habéis venido sólo porque el muerto lleva un apellido distinguido y por que su familia es de abolengo en el país.

Pero sabed, los que tal pensáis, que Julio Herrera y Reissig está muy por encima de su apellido; que la majestad del poeta se ríe de esas vanidades sociales y que por otra parte, los mismos que hoy visten de luto, renegaron muchas veces de él

No; entre todos los que aquí hacemos acto de presencia, somos pocos, muy pocos, los que podemos llamarnos amigos del que ha muerto. ¿Cuántos somos? ¿Cuántos, los que le queremos? ¿Cuántos somos los que amamos su orgullo y su locura? ¿Los que sentimos un solemne respeto por su existencia de exilado? Os juro que somos pocos, muy pocos los que estamos Yo sé la frase que está ahora en muchos labios: "reconocemos su talento, pero creemos que su vida ha sido un error"

¡Mentira! ¡Lo más grande que ha tenido este hombre es su vida! El talento es cosa que puede discutirse, la originalidad literaria, la propiedad de las ideas, la escuela poética, todo eso es secundario, todo puede ponerse en tela

de juicio Lo que es innegable, lo que es evidente, lo que es absoluto, es la grandeza pura de su alma consagrada a la belleza inmortal, y es la belleza de su vida solitaria, orgullosa, erguida en un ambiente de adaptaciones mezquinas como una rebeldía indomable de la dignidad del pensamiento.

Sí, señores, sí, lo que yo quiero deciros sintetizando el espíritu de mi alocución, —que ha venido a turbar la armonía convencional de este acto, porque era necesario que así fuese,— lo que quiero deciros de una vez por todas es que a pesar del homenaje sincero o no que aquí estáis tributando, este cadáver no os pertenece

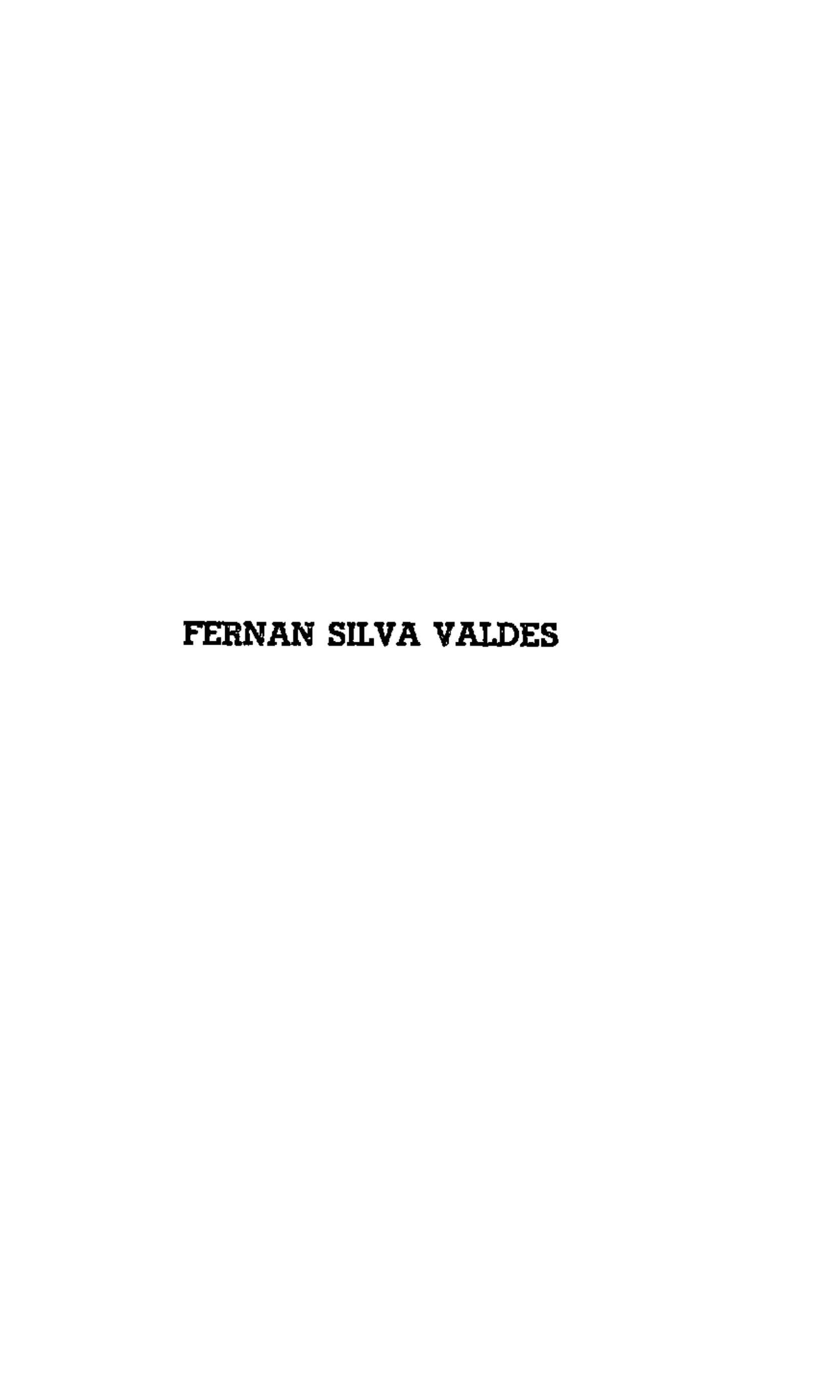
Y si ahora os fuerais todos de aquí, no quedaría más solo de lo que está en este momento

. . . .

Solo vivió, y solo vuelve al seno de la tierra

Su alma, difundida como un soplo de la naturaleza, nos acaricia ahora con el ala ligera de la brisa.

LA SEMANA, Montevideo, Año II, Nº 3?, 26 de marzo de 1910



FERNAN SILVA VALDES

HUMO DE OPIO

(A Montiel Ballesteros)
En loor de unos ojos verdes

Yo sufro el sueño verde de una mujer divina,
Císnea por su blancura, Junia, Jupiterina

Para evocarla uso un gesto y un anillo
Se insinúa entre el humo azul de un cigarrillo

Sus líneas se perfilan a la luz de la lumbre
en un desdoblamiento pleno de dulcedumbre

Luego toma las formas tenues de una mujer
Siempre la veo distinta y siempre como ayer

Ella es un vaso griego para escanciar un Dios,
un vino purpurino para ofrendarle a los

Poetas que se anemian cantándole a la luna
y —hieráticos ritos añejos— fingen dos
Góticos medallones sus ojos de aceituna

A veces se me antojan ojivas medioevales,
Ojivas de pigmeas y arcaicas catedrales,

Genios de los estanques, lagunas malogradas
Que en sus órbitas húmedas engarzaron las hadas

Vitrós unicoloros en donde los artistas
espejean sus turbias nostalgias de amatistas

Piedras preciosas donde el loco Jean Lorrain
Desperezó su hastío, y donde Paul Verlaine
Emborrachó su Musa y laureo su sien

Ella baja al conjuro de mi oblación noctámbula
con un dedo en los labios, como una sonámbula

Sus pasos no se oyen, viene como una idea
Entreabre sus pestañas, me mira y parpadea.

Sus formas se perfilan a la luz de la lumbre
En un desdoblamiento pleno de dulcedumbre

Luego, en la gracia eufónica de un ademán sencillo,
Se esfuma en las volutas grises del cigarrillo
(Garçonniere, media noche)

HUMO DE OPIO

En loor a una mujer morena

Yo sufro el sueño extraño de una mujer morena
Que se me acerca eufónica como un ánima en pena
Yo la he visto en los toros o en la Macarena

Ella exhala un perfume de exótico país
Su andar tiene la suave dulzura de un desliz
Sus ojos son dorados o rubios como un *lis*

(¡Oh sus ojos, nacidos para mirarme a mí,
Sus ojos que son ascuas que me iluminan y
Que son dos pebeteros para quemar benjuí!)

(Yo sueño con sus ojos movibles y brillantes
Y con sus manos finas, flexibles y fragantes
Que han vivido una vida monjil entre sus guantes)

Sus labios son apenas dos labios diseñados
Sus orejas, botones de rosa malogrados
Y sus hombros, modelos de hombros escotados

Desciende, cuando queda mi alcoba a media luz
Alada y de puntillas, meciéndose al trasluz,
Con los ojos en blanco Con los brazos en cruz

(Con sus brazos en cruz ¡oh sus curvados brazos
Que son tirsos de estrellas vistos en los ocasos
Cuando el día y la noche confunden sus abrazos!)

No se de donde baja, tal vez de alguna estrella,
Tal vez de alguna nube, e ignoro si esta bella
Mujer sueña conmigo o yo sueño con ella

Y adoro su perfume de exotico país,
Sus movimientos rítmicos, suaves como un desliz,
Y sus ojos dorados o rubios como un luis

De HUMO DE INCIENSO Montevideo, Imprenta y casa editorial "Renacimiento", 1917

TU

(A Carlos M de Vallejo)
(*Galop extravagante*)

Tu boca imita una rosa en eterna combustión
En cuyo fuego se inmolan las treinta y dos cabras blancas
Que simbolizan tus dientes

Amada yo canto la vida jocunda,
La alegría roja de tu lozanía
Y el acercamiento labial que fecunda
Besos en tu boca, versos en la mía

Tu cabeza es una antorcha de llamas rubias que el viento
Abanica y desmelena

Cabellos, almohada blonda,
Humo de oro en forma de onda,
Regia gasa del espejo de tu frente que refleja mi fortuna
Media luna
De las noches de Golconda

Tus cejas son puentes de oro, bajo los cuales, las aguas
Quietas de tus ojos sueñan el sueño glauco de los
Tritones y los Neptunos

Sendas harmoniosas
Que en dos gestos curvos indican mi rol,
Arcadas de triunfo para futura gloria de mi numen
Cejas que resumen
mañanas de Octubre con oro y con sol

Tu risa es un mal pintado arlequín farandulesco
Que tintinea en el rojo escenario de tu lengua

Cascada de notas del oboe humano,
Cuando tú te ríes parece q'están
Sonando los labios de algún Dios pagano,
(Flauta, chirimía zampoña de Pan)

Tus senos duros y tibios son las cúpulas rosadas
De nuestro templo Venusto q'encontró mi buena Estrella
En medio de los humeantes escombros de la Belleza

Copones de leche con los que oficiamos
Nuestra misa en yunta,
Magnolias de carne con una pintita de sangre en la
[punta
Panales eburneos que son dos leteos para mis estigios
Exóticas torres siempre vigiladas por dos gorros frigios

Tus brazos son las promesas de un connubio futurista
Son dos tallos florecidos en margaritas de nieve,
Dos puentes por donde pasa el humo de mis suspiros
Cuando al desgaire los dejas
Colgados sobre mis hombros

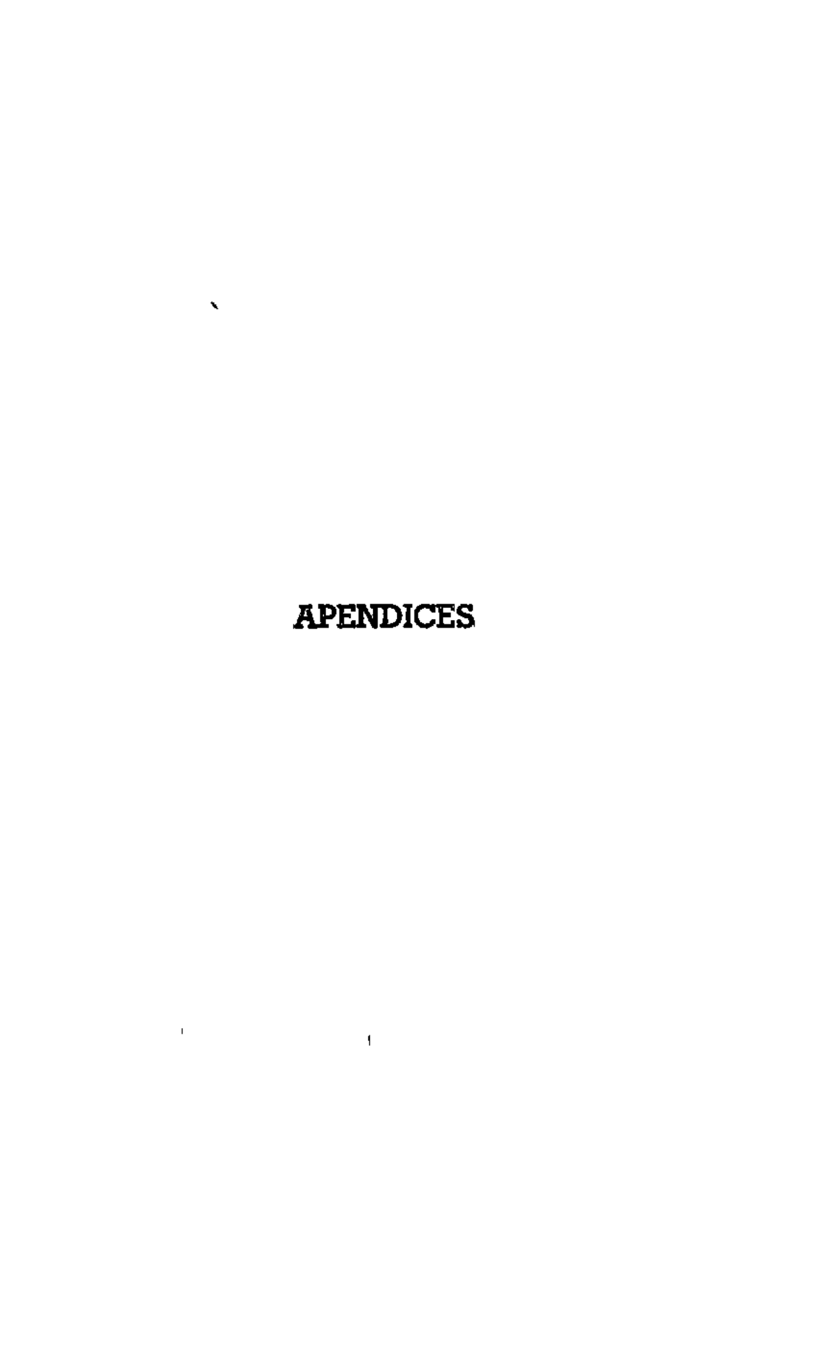
Oh tus brazos mórbidos cuellos de dos cisnes
Riendas de Pegaso
Dámelos —amada— en la calurosa forma de un abrazo'
Caminitos blancos del peregrinaje de nosotros dos,
Oh venas azules, liturgias vitales tatuadas por Dios!

Tu nuca es un sitio oscuro protegido por el Pindo
áticos de tus cabellos Es un refugio hacia el cual
Vuelan a anidar los pájaros encarnados de mis besos
Es el camino bellido por donde empiezo a insinuarte
En los ritos voluptuosos de los afrodisiaísmos,
Y es la gruta en donde ofician con capullos de violeta
Y estolas de oro los duendes de la sensibilidad

Tus ojos dicen de dos antiguas medallas góticas
Impresionadas de verde por las sandalias del Tiempo
Y tus labios son los húmedos bordes del vaso que añora
El cálido y purpurino jugo santo del Vivir

Amada que nunca tus pupilas mías
Digan de tus labios traidores alardes
Tus labios el vino de todos los días
Tus ojos ajenjo de todas las tardes!

De *Humo de incienso*



APENDICES



I JULIO HERRERA Y REISSIG OPINA SOBRE VIDAL BELO

Merecen especial recomendación los versos de Vidal Belo, digno representante de las nuevas ideas en nuestra literatura, y cuyo numen original y elevado sólo podrán comprender los espíritus selectos, despreocupados de todo fanatismo y de toda tendencia de escuela, —los espíritus nutridos con la nueva luz que marca los rumbos de la poesía moderna y los señala a los campeones que se sienten con energía para seguirlos

Vidal Belo es, en nuestro concepto, un poeta de ideas propias y de exquisita inspiración, cuya personalidad literaria se destaca en primera línea, haciéndose digna del más alto aprecio, por parte de los entendedores.

Pontifical no es ciertamente para que la lean aquellos a quienes no empalaga jamás el caramelo de la rima y creen que la poesía consiste en decir siempre vaciedades envueltas en consonantes Es un himno al Decadentismo, en cuyo templo hace oficiar el autor a sus grandes sacerdotes, mientras los altos campanarios de la fama vocean el *carnaval triunfante de sus pascuas primaverales*

* * *

Vidal Belo, el poeta de la novedad y de la elegancia, verdadero discípulo de Verlaine en esta orilla del Plata, cuyos gorjeos se deben escuchar en el recogimiento místico del alma, y cuyo plumaje sólo se deja ver a los que poseen el ojo subjetivo, se presenta esta vez con una poesía de ritmo, de ritmo de efecto, de ritmo de hojas que caen y de alas que se recogen en el nido Su inspiración nostálgica nos lo revela tal como es tratándolo, y la lectura de sus poesías os causará, queridos lectores, la impresión de un triste otoño, en un parque de rey a lo Luis XV Mientras el hada de la estación de la muerte, arranca con sus pálidos dedos sus verdores a los árboles que tiritan de melancolía, mientras las últimas flores dejan caer sus pétalos como lágrimas perfumadas, allá, en el salón tibio e impregnado de esencia voluptuosas, cortesanas y cortesanos reciben la caricia de Venus La ráfaga primaveral del amor pasa sobre ellos, y *dos estatuas de rosada terra-cotta* simbolizan la eterna florescencia de la naturaleza humana, abrazándose en medio de un cementerio de hermosos despojos que profana sacrílegamente el viento ebrio del Otoño

---

LA REVISTA, Montevideo, Año I, Nº 3, setiembre 20 de 1899 y Nº 6, noviembre 5 de 1899

II. EL DECADENTISMO EN AMERICA

(Fragmentos)

El autor de *"Pontifical"*, TORIBIO VIDAL BELO, con una modestia orgullosa, que diría Darío, rima en la sombra sus preciosos versos. Enemigo de la trivialidad ambiente, se aísla como un monje virtuoso en su catedral de silencio, mientras los organillos suenan en los lejanos bullicios de las metrópolis, y los clubs del auto bombo cansan trompetas y tamboriles en el pregón de mentidas reputaciones

Vidal Belo es un melodioso, y nadie, ni en América, ni en Europa, ha superado en armonía, la armonía de sus estrofas wagnerianas —La búsqueda de la palabra precisa, del ritmo sabio, del tono cabal no se nota en la fábrica complicada y hermética de sus períodos sinfoniales Es un Polifemo docto, dominador de la plástica verbal— Cincela en marfil caprichos bizantinos de liviana gracia o construye minaretes de profusos calados donde la luna tamiza su luz de aluminio, y donde un muezin sensual pregona la excelencia de las carnes perfumadas de mirras y nardos

*

HORACIO QUIROGA es un colorista Su musa es original como todas las musas nuevas Es el más difícil de comprender Complica las luces del prisma de extraño modo. Siendo un poeta de gran sol, mezcla los tonos tan abstrusamente

que parece un poeta noruego Y sin embargo, el gris, es en sus versos producto exclusivo de una policromía borracha hasta el delirio

Ha leído todos los libros y no obstante no sabe ser triste Cascabelea la risa en sus estrofas, una risa ahogada en absintio, una risa funámbula de Arlequín divertido Es un poeta cosmopolita Tiene la noción exacta de su arte Sus versos son suyos, los ha rimado para sí mismo Individualista en arte, poco le supone el decir de los demás Su libro "*Arrecifes de Coral*" es una maravillosa recopilación de poesías

Este hecho explica la hostilidad con que fue acogido

PABLO MINELLI Y GONZÁLEZ, —cuyo primer libro "*Rimas de Lutecia*" conocido vulgarmente con el nombre de "*Mujeres flacas*", dio motivo a un muy bello escándalo, más por el título de todos conocido que por su material de casi todos ignorado,— es uno de nuestros superiores poetas

"*Rimas de Lutecia*" —libro en el cual se creyó ver la obra de un desequilibrado, lleno de chistes de bric-a-bracs y de ironías de almanaque, es un libro profundamente triste, humanamente nostálgico.

Escuchad "*Llueve* " y decidme si habéis oído alguna vez una poesía más melancólica Decidme si habíais sospechado acaso que nuestro

idioma, sonoro como un cuerno de caza, fuera capaz de referiros y sugeriros esas músicas íntimas que llegan al alma, en un sonar velado de violines que sollozan

LLUEVE

Il pleure dans mon cœur
Comme il pleut sur la ville
VERLAINE

Llueve, llueve — el ruido leve
De la lluvia en el cristal
Enlividece y conmueve
Es un llanto que hace mal

Alguien llora — llueve, llueve
Hay quién se atreva a negar
Que lágrimas, lluvia y nieve
Todo es lo mismo llorar?

Llueve — llueve — llueve — llueve
Todo es triste, todo es leve,
Sólo la pena es verdad
Todo es triste sin razon
Y llora en mi corazón
Como llueve en la ciudad

JULIO LERENA JUANICO cuya obra inédita doblegará el laurel y el olivo, es un poeta sutil, nacido por equivocación en plena vorágine mer-

cantilista Es un poeta discreto y sobrio, que vive en el recuerdo como un pajaro en un árbol cargado de frutos en sazón Su instrumento es un pífano de ritmos apagados que desmaya genuflexiones galantes Versalles, Trianón

Gusta evocar épocas de leyenda Es parco en palabras, sugiere rimas crepusculares que lloran como los bosques al tramonto, églogas de un puro gusto griego o latino donde *"Caristel la ondina y el adolescente dios de los ganados"* truecan caricias lascivas en el bochorno del mediodía, mientras zumban las colmenas industriosas

En *"Otoño"*, —una de sus más bellas poesías, Fauno va en silencio hacia el cobertizo, entre la muchedumbre de sus cabras Mientras gime Hamadryada, la deidad agrícola Sus ojos siguen ansiosos una huella en el musgo, y en plena selva ya, la sombra reina, llora el capripede lascivo· *"Ha visto al Dios caduco de tez marchita y cabellera roja "*

Ese precioso motivo iguala las más bellas poesías del autor de *"Afrodita"*, y fuera del elemento subjetivo, que es aquí vago como la angustia misma, fuera del procedimiento verbal, tan conciso, tan desprovisto de frondosidad, sólo Regnier, el vigoroso simbolista francés, ha sabido hacer vivir una vida tan activa y real a ese huésped galante de los bosques

Pero Lerena Joanicó no se contenta con cantar idilios pastoriles de ninfas y faunos

Su Musa es en veces heráldica En versos

wagnerianos dice la gloria de los viejos siglos sonrisas y guiños en los bosquecillos de Trianón; marquesas y duques dialogan en la paz de las frondas

Canta las horas antañas en que pajes curiosos escuchan historias picarescas, de boca de burlesco enano Y mientras la luna baña los arquitrabes y ríen los pajes y ríe el enano hablador, los mandolinos riman motivos galantes, suavemente casi en secreto

"Gobelino" y *"El beso"* son dos composiciones deliciosas que merecieran ser leídas a media voz y en la penumbra

En *"En las rondas de la vida"*, Lerena, encanta con paisajes del Rhin

La Selva Negra El Rhin Viejo Castillo
Un sarcástico gnomo y en el brillo,
De un rayo de la luna, elfos traviesos
Que se acechan Nostálgicas baladas
Hay secretos de seda, luz de espadas
Y princesas y príncipes y besos

En *'Parques Amigos"*, Lerena Joanicó, después de haber peregrinado por otras épocas y otras almas, dice su época y canta su alma

Una inquietud serena, que no se descompone en sollozos lastimeros, fluye de esas rimas asonantadas que acarician como una mano adorable o como un perfume vago de violetas marchitas Siendo extrañamente personal, su poesía, no obstante, se universaliza Esa nostal-

gia de una primavera que ha sido excesivamente fugaz, nos desgarra el alma Ese temor al olvido es nuestro propio temor Esa lágrima invisible que llora el alma en su otoño, nos es conocida Esa selva, que acaso no recuerda nuestra asiduidad, es nuestra selva misma Yo me abismo bajo las frondas y también las interrogo con angustia repitiendo la estrofa del poeta

Vieja selva, vieja selva
¿No me recuerdas acaso?
Y un tiempo fuimos amigos
Hemos conversado tanto!

Y con el poeta, repito

¡Recuerdo! ¿Por qué me traes
Mezcladas, dichas y angustias
En esta noche de paz
Y de silencio y de luna?

JUAN JOSÉ ILLA MORENO justificará dentro de poco nuestra admiración por sus poesías prismáticas "*Rubíes y Amatistas*", que llamará la atención de los entendidos, es una obra de juventud y de inspiración, toda llena de versos tan sutilmente pensados, tan orfébricamente cincelados como estas "*Lilas*" que para vosotros acabo de robar de su jardín extraordinario

LILAS

Ilustrando un ensueño de Bethoven
Cruzaste cautelosa como una
Alba cisnesa perfumada y joven
Que acudiera a un coloquio con la luna

Fue cuando en mi lirismo noctivago
Deslumbraron tus nieves mis pupilas
Y al nevar sus corimbos sobre el lago
Dijeron tu inocencia níveas lilas

Con tu cauda ducal de rica blonda
Sobre el traje de rosea muselina,
De mi drama de amor bajo la fronda
Luego fuiste la férvida heroína

Llenaste mi universo de embelesos
Cual la aurora pasándose en las cosas
Y al inmolar el fuego de tus besos
Llovieron en las sendas lilas rosas

Bajo el dosel hilaceo de una tarde
Fatal en que otoñábase el estío,
Con una excusa efímera y cobarde
Dictaste la crueldad de tu desvío

Después al evocarte en los maitines
De mis horas solemnes y tranquilas
Sobre la soledad de mis jardines
Lloraron tristemente lilas lilas

CÉSAR MIRANDA

EVOLUCION, Montevideo, Año II, Tomo II, Nº 18 setiembre de 1907

III. LOS POETAS DEL 900

Me he propuesto evocar algunas figuras literarias surgidas en los albores del 1900 que conocí personalmente, y hasta íntimamente, trazando el recuerdo de sus rostros, sus rasgos, gestos o modalidades, sus características, en suma, —al margen de juicios literarios, que ya no son necesarios y para los cuales no creo tener autoridad

Arranca mi divagación desde auténticos recuerdos infantiles, porque desde niño, más soñador que travieso, sin desdeñar las tan saludables travesuras a cualquier edad, me atrajeron las letras, el teatro, la pintura, la música y todas las artes el Arte en su más amplia extensión y expresión Hijo de un comerciante culto y honrado (como lo eran todos en aquella época en la que les costaba *hacerse ricos*), mi primer viaje a Europa llevaba por objeto prepararme para las tareas comerciales, pero aquí la primera travesura del mocito me escapé de las tristes nieblas de Mánchester, adonde iba destinado, burlando la vigilancia de mi muy estimado mentor, el caballero argentino Don Carlos Mase Franco, mandé al diablo las zarazas y casimires, me instalé, por mi propia cuenta en París, ingresé en la *Ecole Chaptal*, y, en París, seguí haciendo versos y de allí regresé un par de años después, con un librito que, aunque no me interesa mayormente recordar, no podré eludirlo, pues fue ese libro el que

—mal o bien— me incorporó a las letras uruguayas

Luego de los recuerdos de niñez ya expuestos, empiezo mi disertación o lo que sea, valiéndome de "El Parnaso Oriental", antología de poetas, compilada y comentada por Don Raúl Montero Bustamante Me es emotivamente grato iniciar la lista de mis amistades literarias con el nombre de Raúl, pariente y amigo fraterno por el que tengo admiración y cariño personal Nuestras madres que eran primas hermanas se querían y se entendían como hermanos y los hijos de los hogares de estas señoras a la antigua y de antigua cepa montevideana, también éramos, todos, como hermanos Esto puede explicar la benevolencia y tolerancia de Raúl Montero Bustamante al incluir mi obra, que cierra la antología a que me he referido, desdeñando la crítica enconada y excusando mis audacias y extravagancias

Luego, la vida, en la abacadabrante trayectoria de casi medio siglo, nos dispersó a todos y cada cual tomó la ruta que le marcaba su destino Montero Bustamante, ilustre Presidente de la Academia Nacional de Letras, hoy blanco en cabello y rostro, como un gentilhombre pintado por el Greco, en su vida austera y rectora, fecundo siempre en su producción intelectual inagotable clara como en el primer tiempo y en todo tiempo, honda, pura y castiza en verso y prosa En su cristiano y asoleado hogar, con su noble compañera, sus hijos, sus nietos Yo todavía

"voy cantando"
mi copla por la senda desierta",
sin amargura y sin llevar prisa ¿Para qué?
Ya es tan corto el camino!

Pero, volvamos a "El Parnaso Oriental", con los poetas y escritores surgidos en el 1900, o poco antes o después, descartando a Zorrilla de San Martín, Rodó, Roxlo, Pérez Petit, del siglo pasado Descartemos, también, a Emilio Frugoni, todavía y siempre en firme y briosa actividad intelectual y ciudadana y pulsando su lira con juveniles arrestos como siempre; a Guzmán Papini, que llevaba el cetro de la poesía joven hasta la aparición de Herrera y Reissig y lo siguió llevando muchos años después, pese al advenimiento del pontífice de la Torre "Poeta de un erotismo apasionado y ardiente", cautivaba a las juventudes del 900 Y quedan también descartados los poetas del "Consistorio del Gay Saber" Quiroga, en su primera expresión, y Asdrúbal y José María Delgado, personalidades consagradas de mucho tiempo atrás

El primer poeta que deseo recordar es Julio Herrera y Reissig

En su largo estudio sobre este gran poeta inserto en una revista hispana de Nueva York, el señor Bula Píriz, al referirse a los tertulianos de la Torre, me atribuye una frase que no recuerdo ni creo haber expresado Dice, entre otras cosas, "que yo actualmente niego a mi maestro manifestando que nunca

tuve amistad con él y que nunca me interesó tenerla" y otras lindezas Ignoro por qué razón me cuelga el señor Bula semejante sambenito. Pero más adelante él mismo se encarga de desmentir tal aserto, transcribiendo la dedicatoria de mi primer libro al poeta y un fragmento de un poema que le dedicara, desde Roma, en la hora de su muerte, y que apareció en Buenos Aires, en la revista "Ideas y Figuras", de Alberto Ghiraldo

¿Qué razones podría tener yo, me pregunto ahora, para negar amistad tan honrosa como la de Herrera y Reissig? ¿Yo, que me jacto a todo momento y tal vez con excesiva insistencia, de mis vínculos personales y andanzas por el viejo mundo con Florencio Sánchez, Gómez Carrillo, Pío Baroja, Benavente, Manuel Machado, Goy de Silva, mis viejos amigos Soiza Reilly y Martínez Cuitiño, Ghiraldo, D'Halmar Ugarte y tantos otros, para citar tan sólo los más íntimos, y de quienes guardo preciosas cartas, retratos y libros dedicados todos ellos; por qué motivo iba a negar mi amistad, que fue en efecto muy estrecha, con nuestro máximo poeta? Es como si un modesto escritor *cualesquiera* que en su juventud hubiese conocido en Francia a un Víctor Hugo, se le ocurriese negar tal amistad al llegar a viejo Creo que, generalmente, las cosas suceden a la inversa que hay muchos que comentan sus tratos con celebridades Pero dejemos tema tan poco trascendente

La primera vez que vi a Julio Herrera y Reissig era yo menos que adolescente, casi un

niño Tenía quince años y unos meses El propio Herrera lo especifica en la crítica a siete u ocho columnas que me dedicó años más tarde, en "La Razón" de Montevideo, dirigida entonces por el ilustre Samuel Blixen Yo acababa de publicar mi tercer o cuarto poema, de pura estirpe romántica y católica, en el diario "La Nación" de Don Clodomiro de Arteaga, amigo de mi padre Era una composición ingenua aunque bien intencionada, bastante mediocre pero no peor que otras que se publicaban por aquella época El poema había gustado a mis familiares y me indemnizó ante ellos, de los *bochazos* en las aulas universitarias y de las monsergas del caballeroso y tan apreciado catedrático Don Faustino Sayagués Laso, que me trataba muy duramente por mis malos latines pero que, en el fondo, me tenía gran simpatía Y fue con ese poema que un tío mío, hermano de mi madre, Don Eduardo González, que era familiar de la casa de los Herrera, me llevó a presencia del poeta, convalesciente de un ataque al corazón, que me recibió, como era su costumbre, con la iluminada simpatía y señorial cordialidad que fueron patrimonio de su don de gente y modo de ser inconfundibles

He aquí la forma jocosa cómo relata Herrerà nuestro encuentro en el ya citado artículo de "La Razón" "Cierto día en que bajaba las escaleras de mi casa, distraído como de costumbre, creí tropezar con un alambre o cosa así Alcé la cabeza no ví nada Continuando el

descenso sentí de nuevo el alambre como una fina brisa de invierno y una voz telefónica que me nombraba. Me detuve supersticiosamente, volví a mirar, palpé ... No era un hombre! Era una forma escuálida, indivisible, insubstancial, de Pentecostés, aérea: un éxtasis sutil de minarete hipnótico, la más aguda ironía de realismo fantástico que se pueda concebir, un electrón, en fin que perforó mi espíritu. Helo aquí: Pablo Minelli. Un fakircito de cristal, una elegía para muñecas: la última, la más fina y la más griega letra de su apellido infantil.

—¿No os habréis equivocado de puerta? —murmuré lastimosamente— pensando que era a un sanatorio, y no a mi casa, donde flacura tan espectral se dirigía, sin tocar el suelo.

—Es a vos que os busco, — se apresuró a responder.

—¿Como médico?

—No. Como poeta.

Eso fue todo. Nos abrazamos: temblando yo de quebrar en un arrebato de misericordia esa hilacha transparente de caramelo, cuya dulzura casi mística, era en tal instante, grata a mi oído, a mi alma, a mi sensible melancolía de convaleciente rico en ilusiones". Y, párrafos más adelante, agrega: "Era un asombro de precocidad, un vértigo de primavera, ese microcosmos de quince años que tiraba a cordel la estrofa, que hacía versos gimnásticos, que concebía historias complicadas y que con todo desparpajo las titulaba comedias".

Claro que está claro el tono si no irónico y burlón, ironista y eutrapélico de su semblanza. Yo era en verdad, sumamente delgado y descolorido a los quince años y creo que lo he sido toda la vida, y como vestía riguroso luto por el reciente fallecimiento de mi padre, las negruras de mi vestimenta es posible que me dieran un aspecto aún más espectral o enfermizo Porque hay que ver lo que eran los lutos de hace medio siglo! Negro el traje, negro el sombrero, el gabán, los zapatos, la corbata, los calcetines, el borde del pañuelo, los guantes, la bufanda Se decía que no faltaban quienes en el paroxismo del luto hasta dejaban de limpiarse las uñas de las manos para que apareciesen bordeadas de negro..

A poco de esa primera visita me hice familiar de la patricia casa de los padres de Julio, intimando con su hermano menor, Teodoro, también espíritu muy fino y cultivado y poeta también, un jovenzuelo de más o menos mi edad con el que me reunía todas las tardes y salíamos de paseo, al que nos acompañaban Carlos Méndez Reissig y un hermano mayor de Danielito Herrera . que el *Don Daniel* de hoy era, todavía, un chiquillo

La Torre de los Panoramas que aun no se llamaba así, no era otra cosa que la redacción de "La Revista", publicación dirigida por Julio y que tenía como redactores al poeta Vallarino y a Juan Picón y Olaondo Estaba ubicada en la calle Juan Carlos Gómez (entonces Cámaras), más o menos a la altura en donde se halla ahora

la Librería "Salamanca", dos o tres puertas después del "Café de los Inmortales", que hoy ostenta un gran retrato de Florencio Sánchez porque dicen que allí escribía el dramaturgo, cuando en realidad este café fue abierto muchos años después de su muerte Creo que antes había allí un pequeño taller de sastrería En la susodicha casa, que era muy espaciosa, residían Don Nicolás Herrera y Don Manuel Herrera y Obes y su esposa Doña Carlota Reissig con sus descendientes Con Teodoro y su hermana menor, íbamos algunas veces a departir con el gran poeta, a sus habitaciones particulares, independientes de las otras Julio era para nosotros algo fantástico y extraordinario Nos gustaba observarlo a la distancia, siempre distraído con sus papeles y sus libros, tomando notas, diciendo frases al aire Se paseaba lentamente por la azotea, —azotea de un piso único— declamando sus versos o los de los libros que le enviaban Lo hacía en voz alta, cambiando el tono de la misma desde el registro abaritonado al más agudo falsete y dando una maravillosa musicalidad al ritmo y cadencia de su recitación, que repetía muchas veces y comentaba para sí mismo En alguna ocasión, cuando nos descubría agazapados en cualquier rincón, sonreía, dulcemente, a su hermanita le acariciaba la barbilla, a nosotros nos palmoteaba la espalda y entonces recomenzaba sus recitados en nuestro honor Luego, cuando aparecían Picón Olaondo y Vallarino se ponía súbitamente serio y solemne y noso-

tros nos retirábamos con discreción, mientras él se encerraba con sus colaboradores para la confección de "La Revista"

* *

A mi regreso de Europa yo era ya un hombre hecho y casi derecho, sin llamativa delgadez, ya no era un alambre sino un cable fortificado con unos tremendos bigotes de mosquetero, de esos con guías hasta las cejas, como eran los de Alfredo L Palacios, Alberto Ghiraldo y Angel Falco A principios del 900, el bigote tenía gran prestigio y daba sello de hombría Raro era el hombre que no fuera bigotudo, cuando no llevaba barba cerrada Se veían bigotes de todas clases desde los hirsutos y caídos sobre el labio superior, como los de Rodó, hasta el fino, recortado y mefistofélico de Vasseur Las únicas personas rasuradas que circulaban por las calles eran algunos camareros y los cómicos de zarzuela Cuando se divisaba a uno de estos seres ya se sabía, o presumía, que pertenecían a los elencos del Teatro "San Felipe" o del "Cibils" En Buenos Aires pasaba lo mismo Entre los bigotudos más simpáticos recuerdo al poeta López de Maturana, que había residido largo tiempo en Madrid y de quien conservo un retrato en que aparece envuelto en su capa española y bajo un ancho sombrero cordobés, en el que escribió esta cuarteta

"Yo tengo un bigote,

que no es ni muy chiquito, ni muy grandote;
pero que abriga,
dígase del bigote lo que se diga"

En Francia eran más bien las barbas las que caracterizaban a los hombres célebres, como antes a Víctor Hugo, Musset, Verlaine, Daudet, Catulle Mendés, Francis Jammes, que usaban barbas frondosas Mallarmé como Pierre Loti llevaban perillas en punta, como la de Montiel Ballesteros, que hace pocos días mereció el elogio de mi joven maestro Alfredo Mario Ferreiro En contraste brillaban los rostros rasurados, al igual que el de Lord Byron, el de Lecomte de l'Isle, que se parecía algo a nuestro gran lírico Carlos Sábat Ercasty, de Coppée, de Sardou, de Rimbaud, el de nuestro Jules Laforgue y el del tremebundo Baudelaire Pero en Francia, en materia de bigotes propiamente dichos, (o sea sin barba), sólo recuerdo tres representativos· el de Jean Lorrain, el del macabro Rollinat, *chansonier* macabro de los *croquesmorts,* que murió mordido por una bestia rabiosa (no sé si perro o lobo), y el espeso y a fuer de negro casi azul, del griego Jean Moréas, aquel famoso Papadiamantopoulos, que muchas veces vi sentado a una mesa del café "Vachette" del *Quartier Latin,* en compañía de Gómez Carrillo y de nuestros compatriotas Don Adolfo Sienra (1)

(1) Don Adolfo Sienra, hoy Consejero de nuestra Embajada en París cuando integraba la representación diplomática, en 1895 de Don Juan Zorrilla de San Martín fue el único uruguayo que conoció a Verlaine y le hizo un reportaje Hace poco, fue reproducido en la REVISTA NACIONAL.

y aquel original Abel de Fuentes Muchas veces le vi y nunca sentí la tentación de acercarme al grupo A mi frivolidad de entonces, más que los escritores famosos le tentaba ver y conocer a las estrellas, ya algunas estrelladas, del *Folies Bergères* de aquel año: la Mistinguette (ya más que treintona), Cleo de Merode, que diez años después fue mi camarada en Viena, Lyane de Pougi, la Bella Otero, la Caraman Chimay y muchas otras pelanduscas o suripantas más o menos célebres que de la histeria iban pasando a la historia como antes Thais, Lais, Cleopatra y la emperatriz Mesalina Terminando con asunto tan trascendente como este del bigote, diré que Herrera y Reissig, también, llevaba el suyo, al igual que el de Roberto de las Carreras y el de Vasseur, era fino, rubio, sedoso, un bigote que podría llamarse sensual

Entre Herrera y yo la amistad empezaba a hacerse una cosa seria, casi de protocolo Yo era familiar de su casa y él se hizo familiar de la mía Muchísimas veces en nuestra antigua quinta se sentó a la mesa de mi madre que le tenía gran afecto y se encantaba con su conversación algo pintoresca en expresiones, pero siempre elegante, suave, señorial y cautivante Inútil decir que era siempre el húesped de honor Y es que en nuestra vieja quinta, una vez a la semana, venían a compartir el vino y el pan de nuestra mesa, por un lado los amigos de mi hermano mayor y único, ya en posesión de sus títulos universitarios, Don Pedro Manini Ríos,

Julio María Sosa, el Dr Amézaga, etc y el más asiduo, el Dr. Don Carlos Oneto y Viana, el impecable gentilhombre, tan querido por todos nosotros en una trayectoria amistosa que dura todavía. Mis visitantes eran Herrera y Reissig, su hermano Teodoro, Julio Lerena Juanicó, Scarzolo Travieso, Medina Betancort, y también Vasseur Pero Vasseur —cuya casa paterna estaba próximo a la mía— siempre algo hermético y recoleto, —pese a haber sido y ser un *causeur* admirable, era breve en sus visitas (Y otro recuerdo me trae ahora, el fallecimiento de Jacinto Benavente, que presentado en mi casa en su primer viaje por su también ilustre colaborador y antiguo compañero de Madrid, el diplomático y literato hispano Alfonso Dánvila, a la sazón joven Secretario de la Legación española, de igual modo fue alguna vez, como Herrera, nuestro huésped de honor Vino a estas tierras Don Jacinto, por primera vez en el año 1906, con la compañía de Doña María Guerrero (la Grande) y de Don Fernando Díaz de Mendoza (el Grande) y fuera de Dánvila que, desde entonces está radicado en Montevideo, después de haber sido Embajador de la República Española en Buenos Aires y París, —creo que yo fui la única persona uruguaya que le acompañaba en los paseos y en los estrenos de sus obras)

Volviendo a la Torre de los Panoramas, ya se había trasladado a la calle Ituzaingó en donde tomó ese nombre Yo iba poco entonces Ya había dejado de ser el Benjamín del cenácu-

lo. Tomó mi sucesión el simpático e inolvidable Medinita Betancort, tan buen escritor como buen caballero. Andrés Demarchi, poeta y dramaturgo, era el devoto amigo y admirador de Herrera. Demarchi fue una estampa de excepción que, en vida febricitante, extinguió su antorcha en breve y confuso itinerario, desde el esplendor al derrumbamiento. César Miranda, otro auténtico gran poeta que ha silenciado sin que nada explique su actitud, era igualmente fiel y dilecto compañero, en recíproca comprensión. Y Julio Lerena Juanicó, su sesudo y ponderado consejero. A poco aparecieron nuevos contertulios: José G. Antuña, Juan José Illa Moreno, Carlitos Vallejo, Santiago Dallegri y muchos más, sin contar a los visitantes extranjeros: Ingenieros, Ghiraldo, López Rocha, Oscar Tiberio. Y sin contar a Francisco C. Aratta que tenía verdadero fanatismo por el poeta, y no lo dejaba nunca solo. Ignoro si Angel Falco frecuentaba la Torre en esa época. Mi amistad con Falco, poeta triunfante con su libro *Cantos rojos*, data de fecha posterior, aunque ya le conocía de las tertulias de la librería de Orsini Bertani. Falco, Vasseur y el entonces joven Zum Felde (cuando firmaba Aurelio del Hebrón), que de original y elegante poeta escaló a poco la jerarquía de crítico ilustre, eran los intelectuales predilectos de Bertani. Yo, no. No le gustaban las "Mujeres Flacas".

* * *

Es punto menos que imposible evocar la figura de Herrera y Reissig sin recordar tam-

bién la de Roberto de las Carreras, unidos entonces en lazos amistosos y literarios.

A de las Carreras le conocí mucho menos que a Julio y en contactos accidentales y espaciados Primeramente en el auge de su notoriedad de escritor y hombre de mundo y de su popularidad bastante escandalosa y combatida Era en esa primera faz, un joven llamativamente elegante y acicalado dentro de la línea de su silueta esbelta —cimbreante — un poco histriónica — de espadachín y profesional del donjuanismo Usaba unos trajes claros, muy ceñidos, de tonos grises, verdes o amarillentos al igual que el color de sus zapatos Cubría su cabellera cuidadosamente enmarañada de rizos rubios, tirando a pelirrojos, y llevaba una delgada varita de junco que hacía bailar en la mano derecha como si fuera un florete Su mirada era de un agudo verde pálido, casi azul, su rostro, de un rosa subido, engalanado de diminutas pecas; sus labios gruesos y sensuales bajo una nariz respingona y casi insolente, y el bigotillo muy levantado, pequeño y también rizoso; el óvalo de la cara más bien redondo, como de muñeco, y cortaba su barbilla escurridiza el signo de un hoyuelo burlón Su obra literaria estaba a bastante distancia de la de Herrera, pero no carecía de belleza su estilística refinada y erótica de giros cortos, musicales y cadenciosos Se le leía poco. Poco y con prevención Era más conocido por sus paseos de *boulevardier* que por su producción de hombre de letras.

En la segunda faz de su azarosa vida me le acerqué con mayor frecuencia. Ya estaba derrotado y pobre, había dilapidado su fortuna personal, no sé si cuantiosa o de poca monta, raros eran los que se le acercaban y muchos los que lo evitaban Arruinado y entristecido pugnaba por mantener sus andares elegantes y desafiadores pero su *dandysmo* era entonces un *dandysmo* desolado Le sobrepasaban, abiertas, las punteras de los zapatos amarillos castigados por sus interminables caminatas Y si alguien lo notaba en escurridiza mirada indiscreta, exclamaba sarcástico: —"Se ríen. Se ríen de los burgueses de la Aldea" El no ocultaba su miseria, aunque le dolían sus trajes gastados, lustrosos, pringosos, que siempre muy ceñidos al talle le quedaban prietos porque había engordado bastante Una ligera curva se le dibujaba entre estómago y vientre, y si algún malintencionado se lo hacía notar, se azoraba, se indignaba, más dolorido que colérico: —"¿Vientre? ¿Estómago? No! No!" Y golpeándose el cuerpo con nerviosa violencia protestaba. —"Tórax! Tórax!"

Yo le invité a cenar algunas noches cuando le acompañaba en sus paseos que no se alejaban nunca de la Plaza Independencia a la Plaza Matriz, o vice-versa y donde una tarde ruidosa y con olor a pólvora, en plena calle Sarandí, recibió una bala de revólver que aun en la nebulosa de su rota vida de octogenario lleva en un pulmón como trofeo heráldico de ese su qui-

jotesco e inocente y romántico donjuanismo Le invitaba a un restorancito barato de la calle Ituzaingó ubicado a poca distancia de donde se levanta hoy el Hotel Nogaró Creo que se llamaba "Restaurant de París", y era, repito, un restorancito barato pero limpio y recoleto, con menos rabioles y milanesas que en los de ahora, pero con alguno que otro sabroso platito de *gourmet*, a la parisiense, a la moda de París que, en materia de cocina fue siempre el cogollo del mundo

Poco a poco le fui perdiendo de vista y supe más tarde que durante su gobierno, Don José Batlle y Ordóñez, de quien era amigo, le había sacado de tan precaria situación confiándole un cargo consular en Paraguaná, pequeña ciudad del Brasil. Cuando apareció mi primer libro, él no quiso ser menos que Herrera y salió también a la palestra para ofrecerme su juicio Para dar una idea de su estilo literario voy a transcribir algunos párrafos de esa crítica·

"Me he deleitado, a fuer de sibarita de los espeluznos parisienses, en la contemplación de los paisajes "episcopales" que forman las ojeras de sus noctámbulas, de sus mimosas del *Chat Noir*, ojeras enlutadas y trágicas, diluídas por el esfumino de los besos sabios Sus delgadas, sus enfermas viciosas, sus odaliscas de un harem verlainiano, iniciadas en un sensualismo triste, son las malditas de la dicha decadente. Su libro deja en los dedos un polvillo de oro; un reflejo del absinthio opalino en el que so-

ñara el alma de Verlaine Ha bebido usted el beso de Lutecia impregnado de su perfume Huele Ud a Cavalieri y a Cleo de Merode (sic!!)".

* * *

María Eugenia Vaz Ferreira también era amiga mía y visitaba mi casa, la casa-quinta de mi madre Yo no recuerdo más que sus buenos tiempos y no han dejado de asombrarme los tétricos colores con que se le ha evocado en recientes homenajes Alegre y risueña la conocí Era hermosa en su tal vez demasiado opulencia de mujer ya madura y con sus enormes y brillantes ojos oscuros Yo la recuerdo mimada y querida por doquier, festejada por su espiritualidad y elegante extravagancia, por su reputación intachable de señorita (cosa muy bien cotizada en aquellos tiempos), por su talento de artista del piano, por la donosura de sus recitaciones Frecuentaba los salones más selectos y respetables de aquel Montevideo de principios del siglo. el de Misia Isabel Torquinst de Roosen, el de Doña Bernardina Muñoz de de María, de la Señora de Manuel Herrera y Reissig, de la Señora de Arrien de Howard, entre otras Sé que tuvo un novio, Arturo Sant'Ana, periodista, destacado hombre de confianza de Don José Batlle y Ordóñez Su novio murió joven, cuando ella era muy joven también. En ese tiempo sentía una ferviente admiración literaria (no sé si, también, sentimental) por Ar-

mando Vasseur, no ocultando su preferencia entre los demás portaliras del ambiente

Estas son mis impresiones personales. Luego me fui a Buenos Aires y allí me instalé, desencantado por mis fracasos literarios y arrepentido de mis dos primeros libros En Buenos Aires fui corresponsal de las revistas "Apolo" y "La Semana" de los poetas Manuel Pérez y Curis y Ovidio Fernández Ríos, mis contemporáneos y amigos, generosos y caballerosos Y colaboré en revistas y periódicos apadrinado por Alfredo Duhau

Volviendo a María Eugenia, a propósito de mi segundo libro, me obsequió esta preciosa carta, aparecida en un número de "La Razón", en el año 1916 "Quisiera yo no decir palabras sino cuando ellas pudieran ser de una gracia y una galantería evangélicas, y es rara la obra hija de potencia humana que sólo las inspira así, es pues en honor a su deseo que le hablo de su último poema *"El alma del rapsoda"* me parece una creación hermosa, hay en ella armoniosa resonancia de consonantes, bellas estrofas de factura musical, y una fecunda floración de imágenes cuya orientación, tal vez, ha perturbado la fantasía excesiva No es sin embargo la musa misteriosa de la leyenda la que inspira en Ud., el poeta que prefiero; es la musa aristocrática que le sugiere los amables vizcondes y las maravillosas duquesitas que con su verba frívola y sus inimitables curvaturas eran la prez de los antiguos parques . y es mucho

más aun la musa traviesa, la que entre el choque de los vasos bohemios le cuentan los secretos sentimentales del "quartier" Su inspiración, su "pose", su elocuencia, todo Ud es francés, pero en lo que el alma de Francia tiene de espiritual, inquieto y caprichoso Sujetar su talento a la continencia clásica me parece algo así como servir el champagne en ánforas de Himeto Si la marca es buena, la bebida se conservará sabrosa pero perdiendo lo que tiene de más característico, lo que la hizo inmortal, esto es las bullentes burbujas desbordando el cristal breve y quebradizo, que la deja esparcir por doquiera el oro de sus ondas luminosas Por mi parte, deseo que vuelva Ud a evocar los diálogos galantes de las marquesas versallescas; a describirnos el **boudoir** perfumado donde la fémina quimérica sueña aventuras romancescas, y, muy especialmente a contarnos las líricas historias de Mimí y de Fanfán, esas pobres flores de amor que matizan la bruma de París con su risa y sus canciones, sus besos y sus lágrimas

"Y sus ojeras violetas
Amadas de los poetas"

MARÍA EUGENIA VAZ FERREIRA

* * *

Desde Buenos Aires embarqué directamente a Europa, ingresado en filas del protocolo, donde desempeñé cargos, algunos importantes, aunque interinos, durante cerca de cuarenta años

Al mismo tiempo que María Eugenia Vaz Ferreira, brillaban en las letras y el mundillo social, dos poetisas más jóvenes y muy celebradas de delicada inspiración: Ernestina Méndez Reissig y María Herminia Sabbia y Oribe Y, más tarde, otra jovencita también llena de encanto. Esther Parodi Uriarte.

No me refiero en estas evocaciones a Delmira Agustini porque no la conocí personalmente y en estas evocaciones sólo intento evocar lo vivido y visto por mí Cuando su trágica muerte yo me hallaba en Viena, en los albores de la primera guerra mundial, en julio de 1914 Su obra llegó a mí años más tarde a través de traducciones y comentarios publicados en el "Mercure de France" por André de Badet, su amigo dilecto de la niñez. Y luego, en su texto original, en España, en Antología editada en Madrid y prologada por el Ministro Benjamín Fernández y Medina Evoco a la inefable y profunda Luisa Luisi, acreedora a un homenaje nacional, con iguales títulos y tantos merecimientos como Delmira y María Eugenia

* * *

Tócame ahora recordar a nuestro primer dramaturgo, aunque no pueda ser encasillado entre los poetas de aquel tiempo Allá por 1910, Florencio Sánchez apareció una mañana en mi casa de Roma, donde yo recién ingresado a la "carrière" (que decía el doctor Guani), me había instalado en el vetusto primer piso de un

vetusto inmueble, con ribetes de Palacio o Palacino

—Compañero! —me gritó extendiéndome sus clásicos brazos inconmensurables y fraternales —Aquí tiene usted al hermano Florencio La barbaridad de cosas que vamos a hacer juntos! Usted el parisiense y yo el criollo viejo! Vengo a triunfar! — vociferaba embriagado de gozo y temblante de emoción

Y en Roma se reanudó una amistad que había empezado varios años antes en Buenos Aires Florencio y yo nos veíamos diariamente y varias veces al día y hasta en la noche Yo no alojé a Sánchez en mi casa, a pesar de que era muy espaciosa como todas las casas antiguas, tal como lo describe Fernando García Esteban en su libro "Vida de Florencio Sánchez", publicado en Santiago de Chile, en ediciones Ercilla no lo alojé porque él no me lo pidió y porque yo, a mi vez, nunca supe, ni le pregunté donde vivía, siendo norma de mi manera de ser, no meterme en la vida de los demás Pero en mi casa puse una salita a su disposición que fue durante toda su permanencia en Roma, —no muy larga, por cierto— su gabinete de trabajo y de lectura Algunas noches hacíamos subir de una *trattoria* que estaba en los bajos de mi residencia, dorados *frascos* del popular vino Frascati y en compañía de otro querido amigo, el entonces Mayor Enrique Patiño, agregado militar a la Legación y cultísimo y brillante periodista, charlábamos alegremente hasta altas

horas de la madrugada Una de esas noches invité a varios amigos para oir a Sánchez leer una de sus últimas comedias Pero a poco de dar comienzo a la lectura, nos impresionó a todos su rostro pálido, demacrado y sudoroso y los continuos accesos de tos que le obligaban a detenerse y apagaban su voz hasta la afonía completa. Los oyentes, además del Mayor Patiño que se hizo su amigo inseparable, eran entre otros, el periodista Julio Llanos, su esposa Doña Emita de la Barra, la famosa autora de la novela "Stella", que firmó con el pseudónimo "César Duayen", José Enrique Rovira, Cónsul General en el Perú y el Profesor Doctor Rossi, médico y amigo de casi todos los sudamericanos residentes en Roma. de los Ministros Roque Saenz Peña, ya proclamado Presidente de la República Argentina, del Doctor Eduardo Acevedo Díaz, que tenía la representación diplomática del Uruguay. de Don Alberto Blancas, Ministro argentino ante la Santa Sede, y demás Ministros latino-americanos

La lectura de Sánchez cesó con un poco de tristeza en todos y más aún en él Más tarde fueron inútiles los esfuerzos de Patiño y míos para que se hiciera ver por el doctor Rossi Pasó rápidamente la mala impresión de aquella velada y Florencio volvió a mi casa a internarse en la habitación que le fuera destinada, entregado a su obra y sus lecturas

A la caída de la noche yo iba a verlo. Le encontraba distraído, como absorto en sus pen-

samientos Le tocaba la espalda y él parecía despertar de un sueño Yo le gastaba alguna broma o le contaba algún chiste para distraerlo y entonces se incorporaba como movido por un resorte, me miraba fijamente con los ojos punzantes y a los varios segundos se rascaba la nuca y se expandía en una carcajada alegre, más que con el son de la voz con la expresión de los labios Pese a todo, el mal momento había pasado y un día nos anunció a Patiño y a mí su propósito de trasladarse a Milán para ponerse en contacto con Zacconi, con Grasso y varios empresarios El gobierno del doctor Williman acababa de adelantarle seis meses de sueldo en pago al cometido oficial que le fuera confiado y el hombre estaba alegre y optimista Pero convenimos en que él dejaría en Roma el importe de su haber en cuenta corriente de un Banco a dos firmas, a su nombre y al mío, para evitar que se los gastara "de un golpe" y que yo le iría girando a medida de sus necesidades. Yo me conozco —nos dijo— si me llevo en el bolso todo ese dinero desaparecerá como obra de encantamiento, sin que yo más tarde pueda explicarme cómo, ni cuándo Esta circunstancia dio motivo a que sucesivamente, y a breve plazo, me escribiera varias cartas pidiendo las sumas que necesitaba y que al mismo tiempo me obsequiara con las explicaciones de sus pedidos y las impresiones de sus viajes.

Para dar término a esta reseña de los pasos de Sánchez por Europa, voy a dar lectura

a una de sus bellísimas cartas, llenas de ilusiones, de observación, de fina gracia propias de un espíritu como el suyo que tal como él dice "nunca había podido ni había sabido experimentar la *joie de vivre*". Son páginas de artista que nos dejan el consuelo de comprobar que antes de los angustiosos días de su cruel agonía, solo y en tierra extranjera, vivió nuestro gran Florencio horas maravillosas de optimismo, de alegría y de quimera. Y al decir de Benavente, la vida es así: "La felicidad no existe. Sólo hay momentos felices".

He aquí párrafos de esa carta:

"Estimado compañero Acabo de llegar a Niza ¿Se da cuenta? Es como decir acabo de estrellarme, caído desde el cielo, con el duro prosaísmo de la vida Todavía estoy como aturdido Me parece esto el despertar de un magnífico sueño a los zamarreos de una implacable maritornes. He vivido quince días una vida jamás vivida ni siquiera presentida Las cosas que me han pasado, las cosas que me han hecho, no son para descriptas He sido un poco Morgan y un poco apache, un momento artista y un momento ruidoso "rasta" porteño, tan pronto Don Juan como Rodolfo. He acompañado a madame X a un "diner" de la regence de Beaulieu y he llevado a Mimí a comer en la Taverne Gothique, una princesa Antiguigne me tenía por caballero en la Redoute del Casino Municipal después de haber danzado por la tarde en la playa Masena la "farondele" con Lulú, cubierto

de besos y de yeso, me he bañado en los chorros de Louise de Monte Carlo y en los chorros de Champagne, de chez Jean y la bella Meunière; he experimentado, en suma, la emoción jamás superada de sentir arrastrada mi alma virgen y simple por el torrente del alma caótica de esta cosmópolis única ¡Qué cosa, compañero!

No tengo todavía, suficiente claridad de espíritu para analizar y definir mis impresiones, pero, puedo asegurarle que si alguna ocasión se me ha presentado de escribir brillantes páginas literarias, la ocasión es ésta ¿No le he descrito nunca mis impresiones de San Remo? Bueno, el sólo viaje de San Remo a Niza le ha dicho tantas cosas a mi espíritu de artista que, a pesar de cuanto se ha escrito al respecto, yo me siento capaz de encontrar nuevas formas y expresiones nuevas para pintarlo Y de Niza bastará que le confiese que allí sentí por primera vez, alegría sana y despreocupada, para que pueda usted deducir el calibre de mis impresiones ¡Qué latas le esperan, compañero, para cuando nos encontremos!

¿Cómo ha podido este señor hacer tanto? se preguntará usted, ¿verdad?

Pues he pagado bien caras esas caras impresiones Alrededor de 3 000 francos "Los Muertos" me han dado esa vida No sé cómo reparar el desastre, pero usted sabe que tengo por divisa el "pensierato" Dios dirá para mis asuntos económicos y que aún quedan otros muertos en la valija y en la mente Espero hacer,

en estos días, un nuevo contrato que me permita realizar el fracasado viaje a España, de donde me han mandado llamar por intermedio de Manuel Ugarte (A propósito, almorcé con él en su departamento del Buenos Aires Palace de Niza y lo recordamos largamente También estuve con Mendilaharzu, pero nos encontrabamos siempre, en sitios donde no resultaba oportuno charlar de letras y recordar) Bueno, che, si acaso me quedan algunos francos, mándemelos por *vaglia*, si no, no me los mande y escríbame"

A fines de 1915, volví a Montevideo, después de cinco años de ausencia y, como en otras ocasiones, fuí a buscar actuación literaria en la capital argentina que seguía siendo hermana auténtica de la nuestra, sin restricciones, ni resquemores Allí me acogió fraternalmente, el consagrado gran poeta nuestro Angel Falco y bajo su ala protectora —el ala ancha de su sombrero— fui hacia Natalio Botana, que acababa de fundar el diario "Crítica", donde se me organizó un magnífico y espeluznante homenaje que por poco acaba, pintorescamente, en una comisaría Natalio Botana me ofreció un banquete al que asistieron personalidades notorias entre otras, amén de Falco y el anfitrión, la tonadillera en moda, Teresita Zazá el genial capo cómico Parravicini, Ghiraldo, García Velloso, Martínez Cuitiño, Cires Irigoyen (sobrino dilecto del Presidente don Hipólito), y algunos más que no recuerdo El final del ágape, muy

copioso en copas, fue bastante tenebroso, al extremo que desaparecieron las lamparillas eléctricas del comedor del restaurante "La Pastora" Previamente Angel Falco me obsequió un suelto en "Crítica", muy afectuoso, con conceptos un poco similares a los ya muy antiguos de Herrera y Reissig en el que evocaba a un "jovencito pálido con cara de Pierrot elegante", y en el que narraba supuestas andanzas en orquestas de damas vienesas (yo acababa de llegar de Viena), y una milongada de contrapunto con Rubén Darío que, en efecto, yo había publicado unos años antes en la revista "Ideas y Figuras" de Alberto Ghiraldo Luego se *metía*, finamente con todo el mundo, incluso con Lugones Era aun la época del divino tesoro de la divina juventud

De regreso de Buenos Aires, los amigos escritores que más frecuenté, fueron José G Antuña, que ya diputado, de sensual y sutil madrigalista iba adquiriendo jerarquía de prosista y pensador insigne —el que hoy ha traspasado todas las fronteras de nuestra latinidad; el espléndido Mendilaharzu, de tan auténticos valores líricos, el poeta Carlos M de Vallejo, amigo fraterno que no podemos dejar en olvido, Carlos Lenzi, Mario Dupont Aguiar, Eugenio Villagrán Bustamante, ensayistas de rara pulcritud y hondura, Abelardo Rondán y algunos más Y años más tarde, el estupendo artífice del soneto, Eduardo Duhalde, el malogrado Emperador Para mí, otro hermano

Era lindo aquel Montevideo con sus casas chatas sus estatuas y monumentos, también, de poca altura, lejos de las "casas de cincuenta pisos y millares de circuncisos" de la oda de Rubén

Mis ausencias sucesivas, prolongadas, hasta de quince años, me interceptaron contactos con otros muchos poetas de máximo valimiento, también, posteriores al 900, que conocí en distintas épocas, poetas y escritores que están ya en las más altas cimas de nuestro ambiente intelectual

Mi larga permanencia en España me permite aseverar que somos en América de los que mejor hablamos la lengua de Castilla; con acento viril inconfundible, sin alambicados eufemismos, ni florilegios, ni floripondios Procuremos también extender esta virtud al arte y la ciencia de la escritura

PABLO MINELLI GONZÁLEZ

REVISTA NACIONAL Montevideo, Segundo ciclo Año I, Nº 188, abril-junio 1956

IV ROBERTO DE LAS CARRERAS VISTO POR ZUM FELDE

En nuestro último Minutero, destinamos unas pocas líneas a Roberto de las Carreras, cuya muerte ocurrió el 14 del corriente mes Prometimos, también dedicar más espacio a esta tan singular personalidad

Nos ha parecido que nadie más indicado para referirse a él que don Alberto Zum Felde A su indiscutible autoridad critica, une, en este caso, don Alberto, su condición de amigo de Roberto de las Carreras, de testigo de algunas de sus andanzas, de conocedor, por modo directo, de la atmósfera cultural del novecientos Por todas estas razones, nada nos ha parecido más oportuno que interrogar a don Alberto Zum Felde sobre la personalidad del escritor desaparecido Le hemos formulado cinco preguntas Y hemos obtenido cinco interesantes, vívidas respuestas Van a continuación unas y otras — Arturo Sergio Visca

P *¿Cómo caracterizaría usted la personalidad de Roberto de las Carreras, en su singularidad humana y de escritor?*

R Me parece el más neto y sumo representante de esas dos formas de conciencia intelectual características de su época, en Occidente· el dandysmo literario, cuyo deporte es espantar al burgués, (de Baudelaire a Wilde, etc) y el anarquismo revolucionario, destructor de todas las normas jurídicas y morales de la sociedad de tipo tradicional. La coincidencia de ambas corrientes en él, es lo que define su personalidad singular y terrible, única en nuestra historia

El amor libre, que predicó y practicó, en medio del escándalo ambiente, es un postulado anarquista Algunas tesis del teatro de Sánchez (que era anarquista, también) no están lejos de las suyas, las de sus panfletos más resonantes Así en *M'hijo el dotor* y *Nuestros Hijos,*

v gr La explicación psicoanalítica, referente a su circunstancia familiar, biográfica, agrega un factor más —el pasional— a ese producto de época. La exaltación estética del sensualismo es también característica de la literatura fin de siglo europeo (D'Annunzio, Pierre Louis, etc) El llevó todo esto al terreno del donjuanismo Pero su donjuanismo fue más literario que real Amaba más el escándalo que la aventura Era su arma de combate contra la burguesía

P *¿Qué grado de influencia le atribuye en la creación de las tendencias literarias del novecientos? Sobre Reissig por ejemplo, o Delmira Agustini*

R. Creo que la mayor influencia de R de las Carreras sobre Herrera y Reissig se ejerció, no tanto sobre su conversión al Modernismo, sino sobre sus actitudes de dandismo, de rebeldía y burla contra el ambiente nacional, sus desplantes *pour epater* a los "filisteos" Su famoso *Epílogo Wagneriano* a *La Política de Fusión*, y sus Decretos firmados *Yo, Julio, Imperator*, etc son bien carrerianos Aparte de Samaine, D'Annunzio y otros, introducidos por Roberto en el mirador familiar que se mitificó en *Torre de los Panoramas*, Herrera tenía ya, en cuanto a su Modernismo, la influencia inmediata de Darío y de Lugones, desde la otra orilla Pero en cuanto a la actitud de rebeldía y burla contra el ambiente, la influencia de Roberto fue única Herrera era de un carácter apacible y bonachón, y el dandismo agresivo de sus

escritos en prosa es contagio del de su amigo, traído de París Lo que no se le contagió fue el donjuanismo literario Eso hubiera sido demasiado En cuanto a Delmira, es posible, aunque no hay datos, que haya sentido algo de influencia del exaltado sensualismo d'annunziano del *Psalmo a Venus Cavalieri* y otros, pero estaba de por medio la lectura directa de D'Annunzio Y, además, lo mejor de Delmira supera en mucho a todo eso La trascendentalidad de su erotismo no está en ninguno de sus posibles maestros

P. *Cuál de sus obras le parece más memorable? ¿Hay alguna de ellas con valor permanente o sólo interesan como expresión de la literatura de una época?*

R Ya dije que Roberto quedará como personaje más que como escritor Su literatura está toda, directa o indirectamente, supeditada a su biografía y es una forma complementaria de su personalidad No tiene sentido sino se la refiere a él mismo Es documentaria Así el paganismo sensualista y galante que es su sustancia (Grecia a través de Francia) como el barroquismo ornamental de su prosa, son fenómenos de su tiempo, sin vigencia fuera de él Su estilo panfletario es mucho mejor que el de sus escritos poemáticos, pero sus panfletos sólo tienen interés histórico El más importante es *Amor Libre*

La evolución intelectual experimentada en la última etapa de su vida lúcida (de 1907 en

adelante) y de la que son expresión *La Visión del Arcáncel* y *La Venus Celeste*, esa región de las esencias platónicas, y aun más platonianas, a que llegó sorprendentemente, desprendiéndose del sensualismo de antes, está, lamentablemente, oscurecida por el fárrago metafórico Y es también documento

P. *¿Recuerda alguna anécdota de la que usted haya sido testigo y protagonizada por Roberto de las Carreras?*

R. Lo más significativo de su anecdotario, que recordaba, ya lo conté verbalmente a amigos, y ha pasado a la publicidad de las crónicas periodísticas.

Podría suplir ese vacío, recordando que, además de *El Sátiro*, su crónica escandalosa de Montevideo, tenía escritos otros dos libros, *Antología de la Aldea*, crítica ferozmente burlesca de nuestra literatura de esa época donde no quedaba títere con cabeza, y *Fuego al Ateneo*, no menos feroz ataque panfletario al mundo de nuestra alta burguesía doctoral y dirigente Supongo que todo eso ha desaparecido. Era lo mejor de su obra

P *¿Qué puede decirnos de los últimos años de Roberto de las Carreras? Entiendo que usted lo visitó algunas veces en ese tiempo. ¿Recordaba algo de sus años de vida lúcida?*

R. Después de su reclusión en sanatorios, lo visité algunas veces. Había perdido totalmente la memoria de su vida, en su lenguaje

mitológico podría decirse que había bebido del Leteo No respondió ya nunca acerca de su pasado ni de su literatura

Creo que no fue meramente casual mi última visita, hecha un mes antes de su muerte Hacía algunos años que no le veía, desde que fue llevado a casa de su hijo Raúl, en Canelones Al morir éste, hace poco, la familia llevó a Roberto a un sanatorio de Las Piedras. Allí tuvo oportunidad de verle un amigo nuestro, el poeta Casaravilla Roberto manifestó deseos de verme Fui Estaba en cama, pues ya apenas podía andar Hablamos poco; la visita transcurrió más bien en silencio. Su voz era muy apagada, sólo sus ojos sostenían un extraordinario brillo punzante, casi como en su juventud En el fondo, no eran muy necesarias las palabras, bastaba la presencia En ese silencio cabía toda una vida, y toda una muerte Sentí que su tránsito estaba muy próximo Tampoco hubieron palabras en su entierro Así fue mejor. Lo del mundo ya no importaba, sólo cabía un pensamiento de salvación Pensé en que la Caridad Suprema es más grande que todos nuestros errores y nuestras locuras Al fin de cuentas, muchos de aquellos contra los que peleó, eran más condenables que él fariseos de la Ley, tartufos de la Moral El era un niño terrible, jugando al fantasma, nada más

---

EL PAIS, Montevideo, setiembre 1º de 1963

V. MITOLOGIA DEL NOVECIENTOS

En la última entrega de la revista "Número" (Mayo de 1964), uno de sus Directores, el conocido crítico Sr Rodríguez Monegal, publica un trabajo sobre el tema *"Sexo y poesía en el Novecientos"* En nota final, se refiere a nuestra doble persona, con motivo de nuestra amistad juvenil con Roberto de las Carreras, autor tratado en ese estudio. Esa referencia contiene algunos datos inexactos —atribuibles, no al articulista sino a las fuentes informativas— que nos parece conveniente rectificar; no por la escasa importancia de nuestra propia biografía, sino en beneficio de la verdad histórica de esa época y del mismo autor tratado

No es cierto que A Zum Felde, por entonces Aurelio del Hebrón, joven aprendiz de literato, haya sido "secretario" de R de las Carreras Los secretarios de aquel escritor eran personas empleadas y remuneradas por ese oficio, el que consistía, principalmente, en escribir al dictado (pues él no escribía directamente, dictaba) de las dos a cinco de la tarde, en una mesa del Café Moka, junto a la vidriera que daba a Sarandí También se ocupaban de corregir pruebas de imprenta, ir a diarios y librerías, y hacer otras diligencias relacionadas con la publicidad del célebre personaje Aparte de ello, y como eran jóvenes de cierta cultura —recordamos a Teodoro Barboza y Zaide Fontán, estudiantes—, participaban asiduamente en las tertulias intelectuales del Moka, hacia el

atardecer Los demás participantes de esas tertulias heréticas —y de los paseos espectaculares por Sarandí, a la hora del "Tout-Montevideo"— éramos sólo sus amigos, algunos anarquistas notorios, pero en mayoría muchachos más o menos estudiantiles

No es cierto, tampoco, que el pseudo A del Hebrón vistiera como él Roberto vestía siempre de jaquet gris y ostentaba chalecos y corbatas fantásticas que había traído de París El jaquet gris era la prenda típica del dandismo literario platense, lo usaban igualmente Herrera y Reissig, José Ingenieros y otros de sus amigos, luego sus enemigos

A del Hebrón nunca lo usó, entonces porque era demasiado joven, después porque dejó de usarse (También Rodó y Zorrilla llevaron siempre jaquet, pero negro, como sus galeras)

Nuestro modesto atuendo literario juvenil consistía en chambergos negros de anchas alas, muy anchas, sobre la melena merovingia. Así representa a del Hebrón un dibujo del escultor Barbieri ilustrando un álbum de versos publicado poco después Roberto no usó nunca ni esa melena ni ese tipo de chambergo, característicos, no del dandismo sino de la bohemia, que era otro estilo, entonces en boga en todo el mundo desde Murger. Los chalecos fantásticos de Roberto no hubieran estado al alcance de nuestros medios (Tenía uno, recordamos, con un dragón chino bordado en oro sobre fondo azul claro, de muaré El que llevaba la tarde en que lo balearon, en Sarandí, era rojo, como el de Gautier)

Tampoco pudimos usar nunca sus raras y suntuosas corbatas, tampoco el famoso junco que llevaba siempre en la mano, jugando con él, como si fuera un florete

En cuanto a los versos "decadentes" que A del Hebrón hacía (o deshacía) por ese tiempo, observamos que no tenían mayor relación con la literatura de nuestro célebre personaje Roberto no hacía versos decadentes sinó prosas d'annunzianas o panfletarias, cosas distintas. El de los versos decadentes era Herrera y Reissig, su pontífice en nuestro medio, y en todo caso podrían relacionarse con su influencia, aunque su tema y su tono eran de otro carácter, como se aclara líneas abajo

Y además, estaban los otros ilustres "decadentes" Américo-hispanos Darío, Lugones, Nervo, etc El decadentismo era el estilo poético de la época. Delmira Agustini, ¿no es, también, en gran parte, decadente?

En cuanto se refiere a la condición de "discípulo" de R. de las Carreras, que en esa nota se atribuye al pseudo del Hebrón, ha de advertirse que éste no escribió nunca, ni entonces ni después, literatura erótica, género que era la especialidad de aquel escritor Tampoco pretendió cultivar el donjuanismo Su verdadero maestro intelectual estaba muy lejos del Café Moka, era un "iracundo" alemán llamado Federico Nietzsche. Su adolescencia se había nutrido en la metafísica demoníaca del "Zaratustra" y sus malos versos "decadentes" —feliz-

mente olvidados— reflejaban precisamente esa sugestión terrible

En fin, lo que, en realidad, admirábamos y nos atraía en Roberto, no era ni su donjuanismo (más teórico que práctico) ni su literatura erótica, sino su actitud de rebeldía y burla, el escándalo "epatant" de sus panfletos, la paradoja y la metáfora vivientes que eran él mismo, su figura y su leyenda de personaje dramático teatral, la aureola de satanismo que lo envolvía todo en medio a aquel "empedrado de trivialismo de provincia" (La frase, como se recordará, aunque robertiana, es de Herrera y Reissig, sobre quien había tan decisivo influjo, no obstante serle el otro tan superior, literariamente)

Por lo demás, y a ese respecto, es notorio que nuestra labor literaria, de orden crítico, toda muy posterior a esa época, nada tiene que ver con aquella deslumbrante tragicomedia novecentista, sobre la que cayó el telón sombrío de la primera Guerra Mundial

Queda hecha la aclaración

Pedimos perdón a los lectores por haber tenido que ocuparnos de nuestra persona

A ZUM FELDE

EL PAIS, Montevideo, junio 14 de 1964